

A close-up, high-contrast photograph of a woman's face, focusing on her eyes and lips. She has light brown eyes and is looking slightly to the side. Her hair is dark and pulled back. Several orange, spiky flowers, possibly proteas, are visible on the left side of the frame, partially obscuring her face. The lighting is soft, highlighting her features.

pandemonium

IMAGINA UN MUNDO SIN SENTIMIENTOS

Segunda parte de la saga DELIRIUM

LAUREN OLIVER 



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

La antigua Lena ya no existe. Yo la enterré. La deje al otro lado, tras una pared de humo y llamas. Con Álex. Ahora todo ha cambiado. Quiero luchar por un mundo donde el amor no sea considerado una enfermedad. Aunque no creo que pueda volver a enamorarme.

Lo ha conseguido. Lena ha llegado a Tierra Salvaje y se ha salvado, pero el camino no ha sido fácil. Poco a poco, va recordando los pasos que le han llevado hasta la comunidad de inválidos a la que pertenece. Pero ahora Lena es un miembro de la Resistencia, y tiene una misión importante que cumplir: luchar por un mundo donde el amor no sea considerado una enfermedad.

L≡LIBROS

Lauren Oliver

Pandemonium
Trilogía Delirium - 2

A mis padres

ahora

Estoy tumbada junto a Álex sobre una manta, en el patio trasero de la casa de la calle Brooks 37. Los árboles tienen un aspecto mucho más imponente y sombrío de lo habitual; están llenos de hojas oscuras que forman un manchón que no deja ver el cielo.

—Me temo que no es el mejor día para hacer un picnic —dice.

En ese momento me doy cuenta de que es cierto: no hemos tocado la cesta de comida. Sigue a los pies de la manta, llena de fruta medio podrida, cubierta de diminutas hormigas negras.

—¿Por qué no? —pregunto. Estamos tumbados de espaldas contemplando las nubes, tupidas como una muralla, que se entremezclan por encima de nuestras cabezas.

—Porque está nevando —responde él riendo. Una vez más veo que tiene razón. Está nevando: a nuestro alrededor revolotean gruesos copos de color ceniza. Además, hace mucho frío. Mi aliento forma pequeñas nubes de vaho. Me aprieto contra Álex, intentando conservar el calor.

—Abrázame —le pido, pero no reacciona. Intento arrebujarme contra su pecho, pero tiene el cuerpo rígido, inflexible—. Álex —digo—. Venga, que tengo frío.

—Tengo frío —repite él como un loro, sin mover apenas los labios agrietados, de color azul. Contempla las hojas fijamente, sin pestañear.

—Mírame —exijo, pero no vuelve la cabeza, no pestañea, no se mueve en absoluto. Me empieza a entrar la histeria y lucho por contener el grito que dice: «No está bien, no está bien, no está bien». Me incorporo y le pongo la mano en el pecho. Está frío como el hielo—. Álex —digo, y luego chilló—. ¡Álex!

—¡Lena Morgan Jones!

Vuelvo al presente entre un coro de risitas apagadas.

La señora Flerstein, la profesora de Ciencias del último curso de Secundaria en el Instituto Femenino Quincy Edwards de Brooklyn, sección 5, distrito 17, me está mirando. Es la tercera vez que me quedo dormida en su clase en lo que va de semana.

—Ya que parece que la Creación del Orden Natural te resulta tan soporífera —dice—, ¿qué tal si vas a la oficina de la directora a ver si te espabilas?

—¡No! —suelto más alto de lo que pretendía, lo que provoca una nueva oleada de risitas de las chicas de la clase.

Me matriculé en esta escuela justo después de las vacaciones de invierno, hace poco más de dos meses, y ya me han plantado el mote de *Rarita Número Uno*. Me evitan como si tuviera una enfermedad; como si tuviera la enfermedad.

Si ellos supieran...

—Este es el último aviso, señorita Jones —declara la señora Flerstein—. ¿Está claro?

—No volverá a suceder —aseguro obedientemente, tratando de parecer arrepentida. Aparto de mi mente la pesadilla, sepulto mis recuerdos de Álex, de Hana y de mi antigua escuela, lo entierro todo, todo, todo, como me enseñó a hacer Raven.

Mi antigua vida ha muerto.

La señora Flerstein me lanza una última mirada que pretende ser intimidatoria y se gira hacia la pizarra para retomar su clase sobre la energía divina de los electrones.

La señora Flerstein habría aterrorizado a la antigua Lena. Es una profesora vieja y mezquina que parece un cruce entre una rana y un pitbull, una de esas personas que hacen pensar que la cura no es necesaria: resulta imposible imaginarla capaz de amar a alguien, incluso aunque no la hubieran operado.

Pero la antigua Lena también está muerta.

Yo la enterré.

La dejé al otro lado de la alambrada, tras una pared de humo y de llamas.

entonces

Al principio, el fuego.

Fuego en mis piernas y en mis pulmones, fuego que arrasa cada nervio y cada célula de mi cuerpo. Así es como vuelvo a nacer, en medio del dolor: surjo de la oscuridad entre un calor sofocante. Me abro camino desde la húmeda negrura, llena de ruidos y olores extraños.

Corro y corro y, cuando ya no puedo correr más, avanzo cojeando hasta que me siento incapaz de andar. Entonces me arrastro centímetro a centímetro, hundiendo las uñas en el suelo, como un gusano que reptaba entre la vegetación exuberante del territorio desconocido de la Tierra Salvaje.

Sangro también, cuando nazco.

No estoy segura de cuánto he avanzado ni del tiempo que llevo adentrándome en el bosque cuando me percaté de que estoy herida. Al menos uno de los reguladores me alcanzó cuando estaba trepando por la alambrada. Una bala me ha rozado en el costado, justo por debajo de la axila, y tengo la camiseta empapada en sangre. Pero he tenido suerte; la herida es superficial, aunque la visión de la sangre y de la piel desgarrada hace que todo resulte real, auténtico: este sitio desconocido, esta espantosa vegetación desmesurada, todo lo que ha sucedido, todo lo que he dejado atrás.

Todo lo que me ha sido arrebatado.

Tengo el estómago vacío, pero vomito de todos modos. Toso y escupo bilis que cae sobre las hojas planas y brillantes que tengo al lado. Los pájaros gorjean por encima de mi cabeza.

Un animal que se ha acercado a investigar corre a refugiarse de nuevo entre la tupida vegetación.

Piensa, piensa, piensa. Álex. Piensa en lo que haría Álex.

Álex está aquí, justo aquí. Imagínatelo.

Me quito la camiseta, rasgo el dobladillo y me ato la parte más limpia alrededor del pecho, de forma que haga presión contra la herida y me ayude a contener la hemorragia. No tengo ni idea de dónde estoy ni adónde me dirijo. Solo pienso en moverme, seguir moviéndome, adentrarme más y más, lejos de

las alambradas y de ese mundo de perros y de armas y de...

Álex.

No. Álex está aquí. Tienes que imaginártelo.

Paso a paso, avanzo luchando contra espinas, abejas y mosquitos, apartando ramas gruesas y fuertes y enjambres de insectos como neblinas suspendidas en el aire. De pronto llego hasta un río: me encuentro tan débil que la corriente casi me derriba. Es de noche, la lluvia cae torrencial, violenta y gélida; me acurruco entre las raíces de un roble gigantesco, mientras a mi alrededor multitud de animales invisibles aúllan, jadean y se pasean en la oscuridad. Estoy demasiado aterrada para dormir. Si me duermo, moriré.

No nace de pronto la nueva Lena.

Nace paso a paso, y luego centímetro a centímetro.

Arrastrándome, con las entrañas retorcidas hasta que parecen convertirse en polvo, con la boca llena de sabor a humo.

Un dedo tras otro, como una oruga.

Así es como viene al mundo esa nueva Lena.

Cuando ya no puedo avanzar más, ni siquiera un centímetro, dejo caer la cabeza en la tierra y espero a la muerte. Estoy demasiado cansada para sentir miedo. Por encima de mi cabeza y a mi alrededor solo hay negrura, y los ruidos del bosque conforman una melodía que me expulsa de este mundo. Ya estoy en mi funeral. Me bajan a un oscuro y angosto nicho, y la tía Carol está aquí, y Hana, y mi madre y mi hermana y hasta mi padre, muerto hace mucho.

Todos contemplan cómo mi cuerpo desciende hasta la tumba y cantan.

Me encuentro en un túnel oscuro, lleno de niebla, pero no tengo miedo.

Álex me espera en el otro lado; Álex de pie, sonriente, bañado en la luz del sol.

Álex alarga los brazos hacia mí, me llama...

Eh, eh...

Despierta.

—Eh. Despierta. Vamos, venga, vamos.

La voz me trae de vuelta desde el túnel, y por un momento me siento tremendamente desilusionada al abrir los ojos y ver que no estoy ante Álex, sino delante de un rostro desconocido y afilado. No puedo pensar, mi mundo está hecho añicos. Cabello negro, nariz puntiaguda, ojos verdes brillantes: piezas de un rompecabezas al que no encuentro sentido.

—Venga, eso es, quédate conmigo. Bram, ¿dónde demonios está el agua?

Una mano bajo mi nuca y entonces, de repente, la salvación. Una sensación helada, líquida, deslizante: el agua me llena la boca, la garganta, rebosa por la barbilla, se lleva el polvo y el sabor a fuego. Primero toso, me ahogo, casi lloro. Luego trago todo lo que puedo y succiono, mientras la mano sigue sujetándome la nuca, y la voz no deja de animarme susurrando:

—Eso es. Bebe, bebe todo lo que necesites. Está bien. Ya estás a salvo.

Cabello negro, suelto, que me rodea como si estuviera dentro de una tienda de campaña: una mujer. No, una chica, una chica con boca fina y apretada, arrugas en las comisuras de los ojos y las manos tan ásperas como la madera y tan grandes como dos cestas. Pienso: « Gracias ». Pienso: « Madre » .

—Estás a salvo. Todo está bien. Estás bien.

Así es como nacen los bebés: acunados en brazos de alguien, succionando, indefensos.

Después, la fiebre me arrastra una vez más. Tengo escasos momentos de vigilia y capto impresiones inconexas. Más manos me levantan, escucho más voces y distingo un caleidoscopio de verdes y de fractales en el cielo. Después percibo el olor de un fuego de campamento y noto algo frío y húmedo contra mi piel, huelo el humo y escucho conversaciones amortiguadas, siento un dolor lacerante en el costado; luego, el hielo y el alivio. Una suavidad que se desliza por mis piernas.

Mis sueños son completamente diferentes a los que he tenido en toda mi vida. Están llenos de explosiones y violencia: sueños de piel que se derrite y de esqueletos calcinados hasta convertirse en restos negros.

Álex nunca volverá a mí. Me ha adelantado y ha desaparecido en el fondo del túnel. Se ha ido más allá.

Casi siempre que me despierto está ahí la mujer del pelo negro, pidiéndome que beba agua o poniéndome una toalla fresca en la frente. Las manos le huelen a humo y a cedro. Y, por debajo, entre el sueño y el despertar, entre la fiebre y los escalofríos, laten las palabras que repite una y otra vez, de forma que se van introduciendo en mis sueños, que empiezan a hacer retroceder parte de la oscuridad y me traen de vuelta desde el abismo. *A salvo. A salvo. A salvo. Ya estás a salvo.*

La fiebre cede, por fin, después de no sé cuánto tiempo, y finalmente me deslizo hacia la conciencia, aupada por la cadencia de esas palabras, suavemente, con delicadeza, como si cabalgara sobre una única ola hasta llegar a la orilla.

Incluso antes de abrir los ojos, oigo el entrec chocar de platos, huelo una fritura y escucho un murmullo de voces. Lo primero que pienso es que estoy en casa y que tía Carol está a punto de llamarme para que baje a desayunar: una mañana como cualquier otra.

Luego viene el aluvión de recuerdos: la huida con Álex, la escapada fallida y mis días y noches sola en la Tierra Salvaje regresan con estruendo. Abro los ojos de repente, tratando de incorporarme, pero el cuerpo no me obedece. Solo puedo alzar la cabeza, es como si me hubiera convertido en piedra.

La chica del pelo negro, la que debe de haberme encontrado y traído aquí — sea donde sea « aquí » —, está de pie en el rincón, junto a una pileta grande de

roca. Se da la vuelta en cuanto me oye moverme en la cama.

—Con cuidado —dice. Saca la mano de la pila, empapada hasta el codo. Tiene la cara afilada y alerta, como un animal. Sus dientes son diminutos, demasiado pequeños para el tamaño de tu boca, y están un poco torcidos. Atraviesa el cuarto y se agacha junto a la cama—. Llevas inconsciente un día entero.

—¿Dónde estoy? —consigo articular con un graznido. Tengo la voz áspera; apenas la reconozco como propia.

—Campamento base —responde, observándome detenidamente—. Así lo llamamos, vaya.

—No, quiero decir... —me esfuerzo por organizar mis recuerdos, por recomponer lo que sucedió después de que escalara la verja. Solo puedo pensar en Alex—. O sea, ¿esto es la Tierra Salvaje?

Un gesto que parece de sospecha le cruza rápidamente la cara.

—Estamos en una zona libre, sí —contesta con cautela. Se pone en pie y, sin decir una palabra más, se aleja de la cama y desaparece por una puerta oscura. Me llegan voces indistintas del interior del edificio. Siento una breve punzada de miedo y me pregunto si habré cometido un error al mencionar la Tierra Salvaje y si estas personas serán de fiar. Es la primera vez que oigo a alguien llamar a la tierra no regulada «zona libre».

Pero no. Sean quienes sean, deben de estar de mi lado; me han salvado y me han tenido completamente a su merced durante días.

Consigo incorporarme hasta quedar casi sentada, con la cabeza apoyada en la dura pared de piedra a mis espaldas. Todo el cuarto es de piedra: el suelo, de piedra ordinaria, y las paredes, de piedra con una fina película de moho negro en partes de la superficie. Hay un fregadero de piedra anticuado con un grifo oxidado. Tiene aspecto de no haber funcionado en años. Estoy tumbada en un catre estrecho y duro, cubierto de edredones raídos. Es el único mueble de la estancia, además de una silla de madera y unos cuantos cubos metálicos en el rincón, bajo la pila. No hay ventanas ni luces, solo dos focos de emergencia que funcionan con baterías y llenan la habitación de una débil luz azulada.

En una pared hay una pequeña cruz de madera con la figura de un hombre suspendido en el centro. Reconozco el símbolo: pertenece a una de las antiguas religiones de los tiempos anteriores a la cura, aunque no recuerdo a cuál.

De repente me acuerdo de mi primer año de Historia de América y de la señora Dernler, que nos miraba desde detrás de sus enormes gafas mientras golpeaba el libro de texto abierto con el dedo y decía:

—¿Lo veis? ¿Lo veis? Las viejas religiones, corruptas, manchadas con el amor. Apestaban a *deliria*, rezumaban amor.

Y, claro, en aquel momento aquello resultaba terrible y verdadero.

El amor, la más letal de las cosas letales.

El amor que mata.

Álex.

Tanto si lo tienes...

Álex.

Como si no.

Álex.

—Cuando te encontramos estabas medio muerta —comenta con naturalidad la chica del pelo negro al regresar al cuarto. Trae entre las manos un cuenco de arcilla que sostiene con cuidado—. O incluso peor. No creíamos que fueras a conseguirlo. Yo pensé que al menos había que intentarlo.

Me dirige una mirada dubitativa, como si no estuviera segura de si ha valido la pena el esfuerzo. Durante un instante me acuerdo de mi prima Jenny, de la forma en que solía poner los brazos en jarras y me miraba de hito en hito, y tengo que cerrar los ojos rápidamente para que no me regrese de golpe la avalancha de imágenes y recuerdos de una vida que ya está muerta.

—Gracias —digo.

Se encoge de hombros, pero replica: «De nada», y parece decirlo en serio. Acerca la silla de madera a la cama y se sienta. Lleva la larga melena sujeta tras la oreja izquierda. Más abajo se ve la marca de la operación, una cicatriz de tres puntas, justo como la que tenía Álex. Pero no puede estar curada porque se encuentra aquí, al otro lado de la verja: es una inválida.

Intento levantarme del todo, pero tengo que volver a recostarme tras luchar unos segundos, agotada del esfuerzo. Me siento como una marioneta medio muerta. Además noto un dolor abrasador en los ojos. Cuando bajo la vista veo que tengo la piel todavía llena de cortes, rozaduras y arañazos, picaduras de insectos y costras.

El bol que sostiene la chica está lleno de un caldo verdoso bastante claro. Hace ademán de pasármelo, luego vacila.

—¿Puedes sujetarlo tú sola?

—Claro que puedo —contesto con voz cortante sin pretenderlo. El cuenco pesa más de lo que pensaba. Me cuesta llevármelo a la boca, pero lo consigo finalmente. Tengo la garganta tan áspera como la lija y el caldo me sienta bien, aunque deja un sabor extraño, como a musgo. Trago con avidez y me lo termino entero.

—Despacio —aconseja la chica, pero me siento incapaz de parar. Es como si el hambre abriera las fauces en mi interior, mostrando un fondo negro, infinito, que lo llena todo. En cuanto me acabo el caldo, quiero más desesperadamente, aunque casi al momento me empiezan a dar calambres en el estómago—. Te vas a poner enferma —dice moviendo la cabeza, y me quita el recipiente.

—¿Hay más? —pregunto con un graznido ahogado.

—Dentro de un rato —contesta.

—Por favor.

El hambre es una serpiente que culebrea al fondo de mi estómago, devorándome desde el interior.

La chica del pelo negro suspira, se levanta y desaparece por la puerta oscura. Me parece oír que las voces se alzan en el pasillo y el ruido se hace más fuerte. Luego, de repente, el silencio. Regresa con un segundo cuenco de caldo. Se lo quito de las manos y se vuelve a sentar a mi lado. Se abraza las piernas apretándolas contra el pecho, como lo haría un niño pequeño. Tiene las rodillas morenas y huesudas.

—Bueno —dice—, ¿desde dónde cruzaste? —al verme dudar, se contradice rápidamente—. No importa. No tienes que hablar de ello si no quieres.

—No, no. No pasa nada —bebo a sorbitos de la escudilla, más despacio, degustando el extraño sabor a tierra; es como si lo hubieran cocido con piedras. Igual lo han hecho así. Álex me contó una vez que los inválidos, la gente que vive en la Tierra Salvaje, han aprendido a arreglárselas con las provisiones más escasas—. Vine de Portland —demasiado pronto el cuenco vuelve a estar vacío, aunque la serpiente de mi estómago dista mucho de estar satisfecha—. ¿Dónde estamos ahora?

—A algunos kilómetros al este de Rochester.

—¿Rochester, en New Hampshire? —pregunto.

Se sonríe.

—Exacto. Debes de haber caminado un montón. ¿Cuánto tiempo estuviste sola?

—No lo sé —apoyo la cabeza en la pared. Rochester, New Hampshire. Eso significa que, aunque crucé por la frontera norte, me debo de haber desviado mientras estuve perdida en la Tierra Salvaje: he acabado noventa kilómetros al suroeste de Portland. Vuelvo a sentirme exhausta, aunque llevo días durmiendo sin parar—. Perdí la noción del tiempo.

—Los tienes bien puestos —comenta. No estoy muy segura de lo que significa, pero me lo puedo imaginar—. ¿Cómo cruzaste?

—No estaba..., no estaba yo sola —digo, y la serpiente me muerde las entrañas y se contrae después—. O sea, se suponía que no iba a estar yo sola.

—¿Estabas con alguien más? —Me escudriña de forma penetrante, con los ojos casi tan oscuros como el pelo—. ¿Algún amigo?

No sé cómo corregirla. Mi mejor amigo. Mi novio. Mi amor. Sigo sin sentirme del todo cómoda con esa palabra y me parece casi sacrilega, así que me limito a asentir con la cabeza.

—¿Qué pasó? —pregunta con voz más suave.

—Él... él no lo consiguió —sus ojos relampaguean de comprensión cuando pronuncio « él » : si veníamos juntos de Portland, de un lugar segregado, debemos de haber sido algo más que simplemente amigos. Por suerte, no sigue

preguntando—. Conseguimos llegar hasta la misma alambrada fronteriza. Pero luego los reguladores y los guardias... —se intensifica el dolor en mi estómago—. Había demasiados.

De repente se pone de pie y coge uno de los cubos metálicos del rincón, lo coloca junto a la cama y se vuelve a sentar.

—Nos llegaron rumores —dice brevemente—. Historias de una gran escapada en Portland, mucha policía, y que habían tapado todo el asunto.

—¿Sí? —vuelvo a intentar incorporarme, pero los calambres hacen que me apoye de nuevo en la pared—. ¿Y sabéis qué le pasó a... a mi amigo?

Pregunto aunque sé la respuesta. Claro que la sé.

Lo vi allí de pie, cubierto de sangre, cuando se abalanzaron sobre él como un enjambre, como las hormigas negras de mi sueño.

La chica no contesta, se limita a apretar la boca en una línea rígida y mueve la cabeza. No tiene que añadir nada más, está claro lo que quiere decir. Está escrito en la compasión de su cara.

La serpiente se desenrosca del todo y empieza a dar latigazos. Cierro los ojos. Álex, Álex, Álex: mi razón de vivir, mi futuro, la promesa de algo mejor, se ha ido, se ha convertido en ceniza. Nada volverá a ir bien.

—Yo tenía la esperanza...

Suelto un pequeño gemido a medida que la horrible serpiente de mi estómago reptaba hasta mi garganta y me provoca un acceso de náusea.

La chica vuelve a suspirar y separa la silla de la cama.

—Creo —logro articular, conteniendo las ganas de vomitar—. Creo que voy a...

Y entonces me doblo sobre la cama y devuelvo en el cubo que me ha colocado al lado, con el cuerpo retorcido por las arcadas.

—Sabía que lo ibas a echar —asiente con un gesto. Luego desaparece por el pasillo oscuro. Un segundo después, vuelve a asomar la cabeza por la puerta—. Por cierto, me llamo Raven.

—Yo, Lena —digo, y las palabras traen consigo una nueva oleada de vómito.

—Lena —repite. Da un golpe en la pared con los nudillos—. Bienvenida a la Tierra Salvaje.

Luego vuelve a desaparecer y me quedo a solas con el cubo.

Esa misma tarde, Raven regresa y pruebo de nuevo el caldo. Esta vez lo bebo a sorbitos pequeños y consigo retenerlo. Sigo tan débil que apenas puedo alzar el bol hasta los labios.

Necesito que me ayude a sostenerlo. Supongo que debería darme vergüenza, pero soy incapaz de sentir nada. Cuando se me pasa la náusea, me siento invadida por una sensación de atontamiento tan completa como si me hubiera sumergido en agua helada.

—Muy bien —sentencia Raven con tono aprobador cuando consigo tomar la

mitad del líquido. Aparta el cuenco y se marcha de nuevo.

Ahora que estoy despierta y consciente, lo único que deseo es volver a dormirme. Al menos en sueños puedo estar con Álex, puedo soñar que estoy en un mundo diferente. Aquí, en este mundo, no tengo nada: ni familia, ni hogar, ni un sitio al que ir. Álex se ha ido. Ahora mismo, hasta mi identidad habrá sido invalidada oficialmente.

No puedo ni llorar. Tengo las entrañas deshechas. No hago más que recordar una y otra vez el instante final en que me volví y lo vi de pie tras aquella pared de humo. Intento alargar los brazos mentalmente a través de la alambrada, más allá del humo, trato de cogerle la mano y tirar de él.

Álex, vuelve.

No hay nada que hacer más que hundirse. Las horas se cierran en torno a mí y me ahogan. Me siento encajonada, como si estuviera en una tumba.

Poco después oigo ruidos de pasos, y luego, ecos de risas y conversaciones. Esto, por lo menos, me da algo en lo que concentrarme. Intento diferenciar las voces, adivinar cuántas personas hablan, pero no consigo más que distinguir algunos tonos (hombres, chicos) y alguna risa aguda; de vez en cuando, una carcajada. Oigo a Raven gritar: « Vale, vale », pero en general las voces son olas de sonido, tonos indistintos, como una canción lejana.

Claro, es lógico que chicas y chicos compartan casa en la Tierra Salvaje. Después de todo, ese es el objetivo principal: la libertad para elegir, la libertad para estar cerca unos de otros, la libertad para mirar y tocar y amarse unos a otros; pero el simple pensamiento me resulta tan alejado de lo habitual que no puedo evitar que me dé un poco de miedo.

En realidad, Álex es el único chico que he conocido, el único con el que he hablado. No me gusta la idea de tener a un montón de hombres desconocidos justo al otro lado de la pared de piedra, con sus voces de barítono y sus resoplidos de risa. Antes de conocer a Álex, viví casi dieciocho años con una fe ciega en el sistema, creyendo al cien por cien que el amor era una enfermedad, que debíamos protegernos, que las chicas y los chicos tenían que mantenerse estrictamente separados para evitar el contagio. Miradas, contactos, abrazos: todo traía consigo el riesgo de contaminación. Y aunque estar con Álex me cambió, ese miedo no desaparece de la noche a la mañana. Es imposible.

Cierro los ojos, respiro profundamente e intento de nuevo obligarme a descender capa tras capa de conciencia para llegar hasta el sueño y abandonarme en él.

—Venga, Blue. Fuera de aquí. Hora de dormir.

Abro los ojos de golpe. Una niña de unos seis o siete años lleva un rato mirándome desde el umbral de la puerta. Es morena y delgada, lleva unos harapientos vaqueros cortos y una sudadera de algodón que le queda como catorce tallas demasiado grande, tan grande que se le cae en los hombros y deja

al descubierto unos omóplatos tan puntiagudos como las alas de un pájaro. Su pelo, de un color rubio sucio, le llega casi hasta la cintura, y está casi descalza. Raven intenta esquivarla con un plato en las manos.

—No estoy cansada —replica la niña sin dejar de mirarme fijamente. Da saltitos sobre un pie y luego sobre el otro, pero no se atreve a adentrarse en el cuarto. Tiene los ojos de un matiz azul asombroso, del color de un cielo resplandeciente.

—No discutas —la riñe Raven, dándole un empujón cariñoso con la cadera al pasar a su lado—. Fuera.

—Pero...

—¿Cuál es la regla número uno, Blue? —la voz de Raven se vuelve severa.

La niña se lleva el dedo pulgar a la boca y se muerde la uña.

—Obedecer a Raven —farfulla.

—Obedecer siempre a Raven. Y Raven dice que es hora de dormir. Ya. Vete. Blue me lanza una última mirada de pesar y se va corriendo.

Raven suspira, pone los ojos en blanco y aparta la silla de la cama.

—Lo siento —se disculpa—. Todo el mundo está deseando conocer a la chica nueva.

—¿Quién es todo el mundo? —pregunto. Tengo la garganta seca. No he sido capaz de levantarme y llegar hasta el fregadero, y de todos modos, seguro que las cañerías no funcionan. En la Tierra Salvaje no puede haber agua corriente. Todas esas instalaciones, el agua y la electricidad, fueron destruidas hace años, durante la gran campaña de bombardeos—. Quiero decir, ¿cuántos sois?

Raven se encoge de hombros.

—Bueno, el número varía, ya sabes. La gente va y viene, pasa de un hogar a otro. Probablemente en este momento seamos unos veinte o así, pero en junio hemos llegado a tener hasta cuarenta flotantes, y en invierno este hogar se cierra completamente.

Asiento con la cabeza, aunque me confunden los términos *hogares* y *flotantes*. Álex me contó lo mínimo sobre la Tierra Salvaje y, claro, solo llegamos a cruzar con éxito una vez: la primera y única que estuve en territorio no regulado antes de nuestra gran escapada.

Antes de mi gran escapada.

Hinco las uñas en las palmas de mis manos.

—¿Estás bien?

Raven me contempla con atención.

—No me vendría mal un poco de agua —confieso.

—Aquí tienes —dice—. Tómate esto.

Me entrega un plato con dos pastelitos redondos, parecidos a crepes pero más oscuros y toscos. Agarra de un rincón una lata de sopa abollada y la usa como cazo para recoger un poco de agua de uno de los cubos que hay bajo la pila. Solo

espero que ese cubo no sea el mismo en el que vomité.

—Es difícil encontrar vidrio por aquí —comenta al verme alzar las cejas ante la lata de sopa—. Por las bombas.

Lo dice como si estuviera en una frutería y pidiera pomelos, como si fuera lo más natural del mundo. Se vuelve a sentar, trenzándose un mechoncito de pelo con los largos dedos morenos.

Me acerco a los labios la lata de sopa. Tiene los bordes dentados, así que bebo con precaución.

—Aquí aprendes a apañártelas con lo que hay —declara con cierto orgullo—. Somos capaces de construir cosas a partir de la nada, solo con basura, desechos y huesos. Ya verás.

Me quedo mirando el plato que tengo en el regazo. Estoy hambrienta, pero las palabras *basura* y *huesos* hacen que se me quiten las ganas de comer.

Raven debe de adivinar lo que estoy pensando, porque se ríe.

—No te preocupes —añade—. No es nada asqueroso. Solo frutos secos, un poco de harina y algo de aceite. No es lo mejor que has comido en tu vida, pero te dará fuerzas. Andamos mal de provisiones; hace una semana que no hemos recibido ninguna entrega. La huida nos fastidió pero bien, y a sabes.

—¿Mi huida?

Asiente con la cabeza.

—Las fronteras han estado muy vigiladas durante toda la semana pasada, con seguridad reforzada en las alambradas —abro la boca para pedir disculpas, pero me corta—. No pasa nada. Eso lo hacen cada vez que hay una violación en la seguridad. Andan siempre preocupados porque vaya a producirse un levantamiento masivo y la gente salga corriendo hacia la Tierra Salvaje. Dentro de poco volverán a relajarse y entonces recibiremos más víveres. Mientras tanto. —Apunta con la barbilla hacia el plato—. Frutos secos.

Le doy un pequeño mordisco a uno de los pastelillos. La verdad es que no está mal: tostadito, crujiente y un poco grasiento. Me deja los dedos pringosos. Es mucho mejor que el caldo, y así se lo digo a Raven.

Me dedica una sonrisa luminosa.

—Sí, Roach es el cocinero habitual. Puede preparar una comida deliciosa con prácticamente nada. Bueno, es capaz de elaborar algo comestible casi a partir de la nada.

—¿Roach? ¿Es su nombre auténtico?

Raven acaba de trenzarse un mechón, se echa la trencita por detrás del hombro y empieza a hacer otra.

—Tan auténtico como cualquier nombre —dice—. Roach lleva toda la vida en la Tierra Salvaje. Procedía de uno de los hogares más al sur, cerca de Delaware. El nombre se lo pondría alguien de allí. Cuando llegó aquí ya se llamaba Roach.

—¿Y Blue? —pregunto. Consigo comerme todo el primer pastelito sin que se me revuelva el estómago y dejo el plato en el suelo junto a la cama. No quiero arriesgarme a tomar el segundo.

Raven duda apenas un instante.

—Ella nació justo aquí, en el hogar.

—Y le pusisteis el nombre por sus ojos —comento.

Raven se pone de pie de repente y se aparta antes de contestar.

—Eso es.

Se acerca al fregadero y apaga una de las linternas. El cuarto se sume aún más en las sombras.

—¿Y tú? —le pregunto.

Se señala el pelo, negro como el ala de un cuervo.

—Raven —sonríe—. No es que sea lo más original.

—No, lo que quiero decir es... ¿has nacido aquí? ¿En la Tierra Salvaje?

La sonrisa desaparece de pronto como si alguien soplara una vela. Durante un momento, parece casi enfadada.

—No —responde secamente—. Vine aquí cuando tenía quince años.

Ya sé que no debería hacerlo, pero no puedo evitar insistir en el tema.

—¿Tú sola?

—Sí.

Recoge la segunda linterna, que sigue emitiendo una luz tenue, y se acerca a la puerta.

—¿Y cómo te llamabas antes? —pregunto, y ella se queda inmóvil, de espaldas a mí—. Antes de que vinieras a la Tierra Salvaje, quiero decir.

Continúa quieta unos instantes. Luego se da la vuelta. Mantiene la linterna baja, así que tiene la cara envuelta en la oscuridad. Sus ojos son dos reflejos desnudos, como piedras negras iluminadas por la luz de la luna.

—Más vale que te acostumbres cuanto antes —dice, con serenidad pero con firmeza—. Todo lo que fuiste, la vida que tenías, la gente que conocías son polvo —menea la cabeza y su tono se endurece—. No hay un antes. Solo hay el ahora y lo que venga después.

Luego sale al pasillo. Se lleva la linterna y me deja en una oscuridad completa. El corazón me late a toda velocidad.

A la mañana siguiente, me despierto muerta de hambre. El plato sigue ahí con el segundo pastelillo. Al intentar cogerlo, me caigo de la cama y me golpeo las rodillas contra el frío suelo de piedra.

Hay un escarabajo recorriendo el dulce. Antes me habría dado tanto asco que ya no me lo habría comido, pero ahora tengo tanta hambre que me da lo mismo. Aparto el insecto de un golpecito, veo cómo se escabulle por un rincón y me como el pastelillo con avidez, sujetándolo con las dos manos y chupándome los dedos. Apenas amortigua los gruñidos de mi estómago.

Me incorporo lentamente, apoyándome en la cama. Es la primera vez que me pongo de pie en días, la primera vez que hago algo más que gatear hasta el barreño que Raven dejó en un rincón para que hiciera mis necesidades. Agachada en la oscuridad, con la cabeza baja y las piernas temblorosas, soy como un animal; ya no soy humana.

Estoy tan débil que, al llegar a la puerta, tengo que hacer un descanso, apoyada en la jamba. Me siento igual que una garza, con su pico descomunal y sus patas flacuchas, igual que aquellas que se veían en la ensenada en Portland, totalmente desproporcionadas y torcidas.

Mi cuarto desemboca en un corredor largo y oscuro, también sin ventanas, también de piedra. Oigo voces de gente que habla y que ríe, ruidos de sillas contra el suelo, alguien que chapotea con agua y tintineo de cacharros. Sonidos de comida. El pasillo es estrecho y voy palpando el muro con las manos a medida que avanzo, según voy sintiendo de nuevo las piernas y el cuerpo. A la izquierda hay un vano sin puerta que da a un cuarto amplio, lleno de productos de limpieza y de materiales médicos: gasas, frascos y frascos de antibióticos, cientos de cajas de jabón y de vendas. Al otro lado hay cuatro colchones estrechos colocados directamente sobre el suelo, con un revoltijo de mantas y de ropa encima. Un poco más allá veo otro cuarto que debe de usarse solo para dormir. Tiene colchones extendidos de lado a lado; cubren la superficie casi por entero, de forma que el suelo recuerda a un enorme edredón de retales.

Siento una punzada de culpa. Está claro que me han dado la mejor cama y el mejor cuarto. Me sigue asombrando lo equivocada que estuve durante todos aquellos años en que creía los rumores y las mentiras que me contaban. Pensaba que los inválidos eran animales; pensaba que me iban a destrozar con sus garras. Pero esta gente me ha salvado y me ha dejado el sitio más blando para dormir, me ha cuidado para que me cure y no me ha pedido nada a cambio.

Los animales son los del otro lado de la alambrada: esos monstruos que llevan uniforme. Hablan con voz dulce y suave, y mienten y sonríen mientras te rebanan el cuello.

El pasillo gira bruscamente a la izquierda y las voces aumentan de volumen. Ahora huelo carne que se está cocinando y el estómago me gruñe ruidosamente. Paso al lado de otros cuartos. Algunos son dormitorios, pero hay uno casi vacío, lleno de estanterías. En un rincón hay media docena de latas de alubias, un paquete a medio usar de harina y, extrañamente, una cafetera cubierta de polvo. Al otro lado se apilan cubos y latas de café junto a una fregona.

Otro giro a la derecha; el pasillo termina bruscamente y se abre en una sala grande, mucho más iluminada que las otras. A lo largo de una pared entera se extiende una pileta de piedra similar a la de mi cuarto. Por encima, sobre una balada larga, descansan media docena de linternas a pilas, que llenan el espacio con una luz cálida. En el centro hay dos mesas de madera largas y estrechas,

llenas de gente.

Cuando entro, la conversación se detiene de repente. Docenas de ojos se alzan en mi dirección y de pronto me doy cuenta de que no llevo nada más que una amplia camiseta sucia que me llega a la mitad del muslo.

Hay hombres en la sala, sentados junto a las mujeres. Son personas de todas las edades, todas incuradas, y esto me resulta tan extraño, tan contrario a como debiera ser, que casi me quedo sin aliento. Estoy muerta de miedo. Abro la boca para hablar, pero no me salen las palabras. Y sigo sintiendo el peso del silencio, la ardiente quemadura de todas esas miradas.

Raven acude en mi ayuda.

—Seguramente tendrás hambre —comenta incorporándose, y le hace un gesto a un chico que está sentado al final de la mesa. Tendrá unos trece o catorce años; está muy delgado, casi esquelético, y tiene unos cuantos granos en la piel.

—Squirrel —llama con dureza. Otro mote extraño—. ¿Has terminado de comer?

El chico contempla su plato vacío con aire compungido, como si pudiera hacer que se materializara más comida por arte de magia.

—Sí —responde lentamente. Alza la vista hacia mí y luego la baja de nuevo al plato vacío. Me abrazo el cuerpo, me rodeo la cintura.

—Entonces, levántate. Lena necesita un sitio para sentarse.

—Pero. —Squirrel hace ademán de protestar, pero Raven lo fulmina con la mirada.

—Arriba, Squirrel. Haz algo útil. Vete a mirar los nidos, a ver si hay mensajes.

El chico me lanza una mirada hosca, pero se pone de pie y lleva su plato al fregadero. Lo deja caer sobre la piedra con estrépito, lo que provoca que Raven, que se ha vuelto a sentar, suelte un grito: « ¡Squirrel, como lo rompas, te toca comprar otro! ». Esto provoca algunas risitas ahogadas, y el chico sube dramáticamente por los escalones de piedra que hay en el extremo más lejano de la sala.

—Sarah, ponle a Lena algo de comer.

Raven ha vuelto a concentrarse en su comida: una especie de papilla grisácea que forma un montón grueso en el centro del plato.

Una niña se pone de pie con entusiasmo, igual que un resorte. Tiene los ojos muy grandes y el cuerpo como un alambre. Todos en la sala están delgados, la verdad. Solo veo codos y hombros por todas partes, bordes y ángulos.

—Ven, Lena —parece disfrutar al decir mi nombre, como si fuera un privilegio especial—. Te serviré un plato.

Señala el rincón: un caldero de acero enorme y abollado y una cazuela combada con tapa, dispuestos sobre una vieja cocina de leña. Al lado hay platos y fuentes, cada uno procedente de una vajilla distinta, y algunas tablas de cortar,

todo apilado sin orden ni concierto.

Llegar allá significa entrar de verdad en la sala: pasar junto a las mesas. Si antes notaba las piernas inseguras, ahora lo que me preocupa es que me fallen en cualquier momento y se me doblen. Curiosamente, noto la diferencia de textura de las miradas masculinas. Los ojos de las mujeres son penetrantes, evaluadores; los de los hombres son más cálidos, sofocantes, igual que una caricia. Me cuesta trabajo respirar.

Vacilante, me acerco a la cocina. Sarah me anima con gestos como si yo fuera un bebé, aunque ella misma no tendrá más de doce años. Me mantengo lo más cerca posible del fregadero, por si me tambaleo; quiero ser capaz de agarrarme con la mano y recuperar rápidamente el equilibrio.

En general, los rostros de la sala forman un manchón indistinto de trazos de color, pero algunos se destacan: veo a Blue que me contempla con los ojos muy abiertos, y a un chico más o menos de mi edad, con una extraña mata de pelo rubio, que parece a punto de echarse a reír en cualquier momento. Hay otro chico un poco mayor con el ceño fruncido y una mujer con una larga melena de color castaño que le cae por la espalda. Por un momento se cruzan nuestras miradas y siento un latido fuerte, como si me tartamudara hasta el corazón. Pienso: «Mamá». Hasta este instante no se me había ocurrido que mi madre podría estar aquí, que debería estar aquí, en alguna parte, en la Tierra Salvaje, en alguno de los hogares o campamentos o como quiera que los llamen.

Luego, la mujer se mueve un poco, le veo la cara y me doy cuenta de que no, por supuesto: no es ella. Es demasiado joven. Debe de tener la edad de mi madre la última vez que la vi, hace doce años. Ni siquiera estoy segura de que fuera capaz de reconocerla si la volviera a ver. Mis recuerdos de ella están borrosos, distorsionados por capas de tiempo y de sueños.

—Gachas —dice Sarah en cuanto llego hasta ella. Me ha agotado cruzar la sala. No puedo creer que este sea el mismo cuerpo que solía correr nueve kilómetros fácilmente en un día, que subía y bajaba la colina de Munjoy Hill a toda velocidad como si nada.

—¿Cómo?

—Gachas —destapa la olla—. Así las llamamos. Es lo que comemos cuando andamos cortos de provisiones. Avena, arroz, a veces algo de pan, lo que nos quede de cereales. Lo hervimos cagando leches y ya está: gachas.

Me sobresalta el taco que sale de su boca.

Sarah coge un plato de plástico para niños pequeños, con fantasmales siluetas de animalitos que aún se vislumbran en la superficie, y me sirve una enorme ración de gachas. Detrás de mí, en las mesas, la gente ha regresado a sus conversaciones. La sala se llena con el zumbido bajo de las voces y yo empiezo a sentirme algo mejor; al menos eso significa que ya no soy el centro de atención.

—La buena noticia —continúa Sarah alegremente— es que anoche Roach trajo un regalito a casa.

—¿Un regalito? —estoy haciendo auténticos esfuerzos por entender su manera de hablar—. ¿Consiguió provisiones?

—Mejor que eso —me dedica una sonrisa y levanta la tapa de la segunda olla. Dentro hay una carne dorada, chamuscada, crujiente: un olor que casi me hace llorar—. Conejo.

Nunca en mi vida había comido conejo. Jamás me había planteado que ese animal fuera comestible, y menos para desayunar, pero acepto agradecida el plato y me falta muy poco para devorar la carne ahí mismo, de pie. La verdad es que preferiría quedarme donde estoy. Cualquier cosa antes que sentarme entre todos esos extraños.

Sarah debe de notar mi ansiedad.

—Vamos —dice—. Siéntate conmigo.

Me coge del brazo y me lleva hacia la mesa. Esto también me sorprende. En Portland, en las comunidades, todo el mundo tiene mucho cuidado de no tocarse. Hana y yo pocas veces nos dábamos abrazos o nos pasábamos el brazo por los hombros, y eso que era mi mejor amiga.

Un retortijón recorre mi cuerpo y me doblo por la mitad. Casi tiro el plato.

—Cuidado —al otro lado de la mesa está el chico rubio, el que antes casi no podía contener la risa. Arquea las cejas, del mismo rubio pálido que el pelo: resultan prácticamente invisibles. Tiene la marca del procedimiento bajo el oído izquierdo, al igual que Raven, pero las dos deben de ser falsas. Solo los incurados viven en la Tierra Salvaje; solo la gente que ha elegido huir de las ciudades enclaustradas o se ha visto obligada a ello—. ¿Estás bien?

No respondo. No puedo. Una vida entera de temores y de amenazas se apodera de mí, y las palabras destellan rápidamente en mi mente: *ilegal, malo, simpatizante, enfermedad*.

Respiro hondo e intento ignorar la sensación de rechazo. Esas son palabras de Portland, palabras antiguas; ellas, como la antigua Lena, se han quedado al otro lado de la alambrada.

—Está bien —interviene Sarah—. Solo tiene hambre.

—Estoy bien —respondo como un eco quince segundos más tarde. El chico vuelve a sonreírse.

Sarah se sienta en el banco y señala el espacio vacío junto a ella, el que acaba de dejar Squirrel. Menos mal que estamos al final de la mesa y no tengo que preocuparme por estar apretujada entre dos personas. Me siento, con la vista fija en el plato. Me doy cuenta de que todos me miran de nuevo. Por lo menos, la conversación continúa como una reconfortante manta de ruido.

—Venga, come.

Sarah me hace gestos para animarme. Le saco al menos seis años, pero me

trata como si yo fuera la niña. Y a su lado me siento como si lo fuera.

—No tengo tenedor —murmuro. El rubio se ríe entonces, con una carcajada larga y estruendosa. También Sarah.

—No hay tenedores —dice—. Ni cucharas. Ni nada. Tú come.

Me arriesgo a levantar la cabeza y veo que la gente de alrededor me mira y sonrío: parece que les hago gracia. Uno de ellos, un hombre de pelo gris que debe de tener por lo menos setenta años, me hace una señal de asentimiento, y yo bajo los ojos rápidamente. Todo mi cuerpo arde de vergüenza. Claro, cómo van a preocuparse por los cubiertos y esas cosas en la Tierra Salvaje.

Cojo con los dedos un trozo de conejo y muerdo la carne, separándola del hueso. En ese momento estoy a punto de llorar: nunca en toda mi vida había probado algo tan rico.

—Está bueno, ¿eh? —comenta Sarah, pero yo solo puedo asentir con la cabeza. De pronto se me olvida que la sala está llena de desconocidos y que todos me están mirando. Me lanzo a por el conejo como un animal. Agarro un puñado de gachas con la mano, me lo meto en la boca y me chupo los dedos. Hasta eso me sabe bueno. Tía Carol alucinaría si me viera. Cuando era pequeña, solo me comía los guisantes si no tocaban el pollo; solía separar muy bien cada alimento en el plato.

Casi enseguida dejo el plato vacío. Solo quedan unos pocos huesos totalmente mondados. Chupo los restos de gachas de mis dedos y me paso el dorso de la mano por la boca. Siento una náusea y cierro los ojos, luchando por que pase.

—Vamos —interviene Raven poniéndose en pie de repente—. Hora de hacer las tareas.

Se produce una oleada de actividad: todos se levantan ruidosamente de los bancos y se oyen fragmentos de conversación que no puedo seguir (« pusimos las trampas ayer », « te toca a ti echarle un vistazo a Grandma »). La gente pasa por detrás de mí, suelta su plato con estrépito en el fregadero y luego sube por las escaleras de la izquierda que están más allá de la cocina. Siento hasta el olor de sus cuerpos: es una corriente, un cálido río humano. Mantengo los ojos cerrados hasta que la sala se queda vacía y se me pasan un poco las ganas de vomitar.

—¿Cómo te encuentras?

Abro los ojos. Raven está de pie frente a mí, con las manos apoyadas en la mesa. Sarah sigue sentada a mi lado. Se ha abrazado una pierna y tiene el mentón sobre la rodilla. En esa postura se nota la edad que tiene.

—Mejor —contesto, y es cierto.

—Puedes ayudar a Sarah con los platos —dice Raven—, si te ves con fuerzas.

—Vale —respondo, y ella asiente con la cabeza.

—Bien. Y luego, Sarah, puedes acompañarla arriba. Lena es mejor que vayas conociendo la casa, pero no te precipites tampoco. No quiero tener que traerte de vuelta de los bosques otra vez.

—Vale —repito, y ella sonríe, satisfecha. Obviamente, está acostumbrada a mandar. ¿Cuántos años tendrá? Imparte órdenes con gran autoridad, aunque debe de ser más joven que la mitad de los inválidos de aquí. Se me ocurre que a Hana le caería bien, y el dolor regresa como una cuchillada justo debajo de las costillas.

—Ah, otra cosa. Sarah —Raven va hacia las escaleras—, consíguele a Lena unos pantalones en el almacén, ¿vale? Para que no tenga que andar pavoneándose por ahí medio en bolas.

Noto que me vuelvo a poner colorada y, tímidamente, me pongo a tirar del dobladillo de la camiseta para que me cubra los muslos. Raven me mira y se ríe.

—No te preocupes —dice—, no tienes nada que no hayamos visto antes.

Luego sube los escalones de dos en dos y desaparece.

En casa de Carol normalmente me tocaba lavar los platos, y me acostumbré. Pero fregar los cacharros en la Tierra Salvaje es harina de otro costal. Primero, está el tema del agua. Sarah me acompaña por el pasillo hasta una de las habitaciones por las que pasé de camino a la cocina.

—Este es el cuarto de las provisiones —explica, y contempla con el ceño fruncido todos los estantes vacíos y el paquete de harina casi terminado—. En este momento andamos un poco mal —continúa, como si no fuera evidente. Siento una punzada de ansiedad por ella, por Blue, por todos los de aquí, que son solo delgadez y puro hueso.

—Aquí guardamos el agua —continúa—. La cogemos por la mañana. Yo no, porque aún soy demasiado pequeña. Los chicos, y a veces también Raven.

Se acerca al rincón de los cubos y veo que están llenos. Levanta uno por el asa con las dos manos, y suelta un gruñido. Es muy grande, casi tanto como ella.

—Con uno más seguramente bastará —dice—. Agarra uno pequeño y ya está.

Sale de la habitación con el cubo a cuestas, caminando como un bebé patoso.

Avergonzada, me doy cuenta de que apenas soy capaz de levantar uno de los cubos más pequeños. El asa de metal se me clava dolorosamente en las palmas, que siguen cubiertas de ampollas y costras por el tiempo que pasé sola en la Tierra Salvaje. Antes de llegar al pasillo, tengo que dejarlo en el suelo y apoyarme en la pared.

—¿Estás bien? —me grita Sarah desde delante.

—Sí, sí —contestó, un poco cortante. No pienso permitir que venga en mi auxilio. Vuelvo a alzar el cubo, avanzo titubeante unos pasos, lo dejo en el suelo, descanso. Lo levanto, arrastro los pies, suelo, descanso. Lo levanto, arrastro los pies, suelo, descanso. Cuando llego a la cocina, estoy sin aliento y empapada. El sudor hace que me piquen los ojos. Por suerte, Sarah no lo nota. Está agachada junto a la cocina, atizando el fuego con el extremo chamuscado de un palo de madera para que arda más vivamente.

—Por las mañanas hervimos el agua para desinfectarla —me cuenta—. Tenemos que hacerlo o nos iríamos por la patilla de la mañana a la noche.

Reconozco en su forma de hablar a Raven: este debe ser uno de sus mantras.

—¿De dónde viene el agua? —pregunto, agradecida porque esté de espaldas. Así puedo descansar, al menos por el momento, en uno de los bancos más cercanos.

—Del río Coheco —responde—. No está lejos. Un kilómetro y medio, dos como mucho.

Imposible: no puedo imaginarme cargar esos cubos, llenos, durante kilómetro y medio.

—También conseguimos por el río muchas otras cosas —continúa Sarah—. Nuestros amigos de dentro nos las mandan por ese medio. El Coheco entra en Rochester y vuelve a salir —se ríe—. Raven dice que algún día le harán llenar un formulario de « propósito del viaje ».

Sarah alimenta la estufa con madera de una pila que hay en el rincón. Luego se pone de pie y hace un gesto de asentimiento.

—Solo vamos a calentar el agua un poco. Limpia mejor si está caliente.

En una de las baldas altas sobre el fregadero hay una cazuela metálica, tan grande que podría servir para bañar cómodamente a un niño. Antes de que pueda ofrecerle ayuda, Sarah se sube a la pila, equilibrándose con cuidado sobre el borde como una gimnasta, y se endereza hasta coger la olla. Luego da un salto y aterriza sin ruido en el suelo.

—Vale —se aparta de la cara el pelo que se le ha salido de la coleta—. Ahora tenemos que echar el agua en la cazuela y ponerla al fuego.

En la Tierra Salvaje todo es proceso, un lento avance hacia delante. Todo lleva tiempo. Mientras esperamos a que hierva el agua, Sarah me hace una lista de la gente que vive en este hogar y me suelta un lío de nombres que no seré capaz de retener: Grandpa, el mayor; Lu, abreviatura de Lucky, que perdió un dedo por una grave infección pero consiguió salvar la vida y conservar el resto de sus miembros; Bram, abreviatura de Bramble, que apareció milagrosamente un día en la Tierra Salvaje, en medio de una maraña de zarzas y espinas, como si lo hubieran depositado allí los lobos. Casi cada nombre tiene su anécdota, hasta el de Sarah. Cuando llegó a la Tierra Salvaje, hace siete años, con su hermana mayor, les rogó a los habitantes del hogar que le dieran un nombre nuevo, uno que molara. Al acordarse, hace una mueca: quería un nombre duro como Blade o Iron, pero Raven se limitó a reírse, le puso una mano en la cabeza y dijo:

—Pues a mí me pareces una Sarah.

Y así se quedó.

—¿Quién es tu hermana? —pregunto. Por un momento me acuerdo de la mía, Rachel. No de la que dejé atrás, la curada, carente de expresión y lejana, como cubierta por un velo, sino la Rachel que aún recuerdo de mi infancia.

Luego cierro los ojos un instante y dejo que la imagen se desvanezca.

—Ya no está aquí. Dejé el hogar este verano, no hace mucho, para unirse a la R. Volverá por mí en cuanto yo tenga edad de ayudar.

En su voz hay una nota de orgullo, así que asiento para darle ánimos, aunque no tengo ni idea de lo que es «la R».

Más nombres: Hunter, el chico rubio que estaba sentado frente a mí en la mesa («Ese es su nombre de antes», dice Sarah, pronunciando la palabra *antes* de forma apagada, como si fuera un taco. «No tiene ni idea de caza») y Tack, que vino del norte hace unos años.

—Todo el mundo dice que es un maleducado —comenta, y de nuevo percibo un eco de Raven en sus palabras. Juguetea con la tela de su camiseta, que está tan gastada que parece casi traslúcida—. Pero yo no lo creo. Conmigo tiene buen rollo.

Por su descripción, deduzco que Tack es el chico de pelo negro que me contempló con el ceño fruncido cuando entré en la cocina. Si esa es su forma normal de mirar, no me extraña que la gente piense que es un borde.

—¿Por qué se llama Tack?

Se ríe.

—Porque pincha igual que una chincheta —dice—. Se lo puso Grandpa.

Decido mantenerme alejada de él, si finalmente me quedo en el hogar. No es que crea que tengo muchas opciones, pero siento que no pinto nada en este sitio, y una parte de mí desearía que Raven me hubiera dejado donde me encontró. Allí estaba más cerca de Álex. Él se encontraba al otro extremo del túnel negro y largo. Yo podría haber atravesado aquella negrura y haberme reunido de nuevo con él.

—El agua ya está —anuncia por fin Sarah.

Proceso exasperantemente lento: llenamos una de las pilas con el agua caliente y Sarah va echando el jabón despacio, sin malgastar ni una gota. Esa es otra particularidad de la Tierra Salvaje: todo se usa y se vuelve a utilizar, se mide y se raciona.

—¿Y qué pasa con Raven? —pregunto mientras meto los brazos en el agua caliente.

—¿Cómo que qué pasa?

La cara de Sarah se ilumina. Le tiene cariño a Raven, lo noto.

—¿Cuál es su historia? ¿Dónde estaba antes?

No sé por qué insisto en ese tema. Supongo que siento curiosidad. Me gustaría saber cómo se convirtió en la persona que es: segura, temible, una líder.

El rostro de Sarah se ensombrece.

—El antes no existe —replica con sequedad. Luego se queda en silencio por primera vez en una hora. Lavamos los platos sin hablar.

Sarah abandona su mutismo cuando terminamos y vamos a buscar algo que

ponerme. Me lleva a un cuarto pequeño que antes me pareció un dormitorio. Hay ropa esparcida por todas partes, montones y montones por el suelo y las estanterías.

—Esto es el almacén —dice, riéndose tontamente mientras hace un gesto ampuloso con una mano.

—¿Y de dónde viene toda esta ropa?

Entro con cuidado en la habitación, pisando camisetas y calcetines enrollados. Cada centímetro del suelo está cubierto de prendas.

—La encontramos —contesta Sarah vagamente, y de repente adopta un aire feroz—. La gran campaña de bombardeos no fue como ellos dijeron, ¿sabes? Los zombis mintieron, al igual que mienten sobre todo lo demás.

—¿Los zombis?

Sarah sonríe.

—Es como llamamos a los curados, una vez que han pasado la intervención. Raven dice que es como si fueran zombis. Dice que la cura vuelve estúpida a la gente.

—Eso no es cierto —rebato instintivamente, y estoy a punto de corregirla: son las pasiones las que nos vuelven estúpidos animales. Librarse del amor es acercarse al amor. Ese es un viejo dicho del *Manual de FSS*. Se suponía que la cura nos libraba de las emociones extremas y nos aportaba claridad de pensamiento y de sentimiento.

Pero cuando me acuerdo de los ojos vidriosos de la tía Carol y de la cara inexpresiva de mi hermana, me doy cuenta de que en realidad la palabra *zombi* es bastante adecuada. Y es cierto que todos los libros de Historia y los profesores nos mintieron sobre la gran campaña de bombardeo: se suponía que la Tierra Salvaje había sido barrida por completo y que los inválidos, o los habitantes de los hogares, no existían.

Sarah se encoge de hombros.

—Si eres lista, te implicas. Si te implicas, amas.

—¿Eso también te lo ha dicho Raven?

Vuelve a sonreír.

—Raven es super lista.

Me lleva un rato rebuscar, pero al final encuentro un par de pantalones verde caqui y una camiseta de algodón larga. Me resulta raro ponerme la ropa interior vieja de otra persona, así que me quedo con lo que llevo puesto. Sarah quiere que me ponga el nuevo modelo; está disfrutando con esto y no hace más que decirme que me pruebe cosas distintas, comportándose por primera vez como una chica normal. Cuando le pido que se dé la vuelta para cambiarme de ropa, me mira como si estuviera loca; supongo que en la Tierra Salvaje no hay mucha intimidad. Pero al final se encoge de hombros y se vuelve hacia la pared.

Es un gusto quitarme la camiseta larga que he llevado durante varios días. Sé

que huelo mal y me encantaría darme una ducha, pero de momento agradezco tener ropa relativamente limpia. Los pantalones me van bien, me quedan bajos en las caderas y no arrastran mucho después de darles unas cuantas vueltas, y la camiseta es suave y cómoda.

—No está mal —sentencia Sarah cuando se vuelve a mirarme—. Ya casi pareces humana.

—Gracias.

—He dicho casi.

Se vuelve a reír.

—Bueno, entonces, casi gracias.

Me cuesta más encontrar zapatos. En la Tierra Salvaje, casi nadie los usa durante el verano, y Sarah me enseña orgullosa las plantas de sus pies, morenas y encallecidas. Finalmente encontramos un par de zapatillas de deporte que me quedan un poquito grandes; con calcetines gordos, me irán perfectas.

Al arrodillarme para atarme los cordones, me atraviesa una nueva oleada de dolor. He hecho esto tantas veces antes en carreras de cross, en los vestuarios, sentada junto a Hana, rodeada de una maraña de cuerpos, bromeando sobre quién corre mejor de las dos. Y, de alguna manera, siempre lo daba por hecho.

Por primera vez me viene el pensamiento: «Ojalá no hubiera cruzado». Lo aparto al instante, intento enterrarlo. Ya está hecho y Álex ha muerto por esto. No tiene sentido mirar atrás. No puedo mirar atrás.

—¿Estás lista para ver el resto del hogar? —pregunta Sarah.

Hasta el simple hecho de desnudarme y volverme a vestir me ha dejado exhausta, pero necesito aire y espacio desesperadamente.

—Muéstrame el camino —digo.

Volvemos por la cocina y subimos la estrecha escalera de piedra del fondo. Sarah se adentra corriendo y desaparece de mi vista cuando las escaleras hacen un giro abrupto.

—¡Ya casi estamos! —me grita.

Tras una última curva sinuosa, se acaban las escaleras de repente: salgo a una brillantez resplandeciente y siento el suelo blando bajo mis pies. Tropiezo, confundida, ciega por un momento. Casi me parece estar soñando. Me quedo ahí, parpadeando, esforzándome por encontrarle sentido a este mundo tan extraño.

Sarah está a unos pocos metros, riendo a carcajadas. Alza los brazos, bañados por la luz del sol.

—Bienvenida al hogar —dice, y baila un poco dando saltitos sobre la hierba.

He dormido bajo tierra; me lo podía figurar por la falta de ventanas y la humedad, y ahora las escaleras nos han conducido hacia la superficie de forma repentina. Donde debería haber una casa, un edificio, no se ve más que una amplia extensión de hierba cubierta de madera carbonizada y enormes cascotes.

No estaba preparada para sentir la luz del sol ni el olor de la vida y la

vegetación. En torno a nosotras hay árboles altísimos. Las hojas tienen un tono amarillento, como si estuvieran ardiendo, y el suelo es un mosaico donde se alternan puntos de luz y de sombra.

Durante un instante, algo antiguo y profundo surge dentro de mí; siento deseos de tirarme al suelo y llorar de alegría o abrir los brazos y dar vueltas. Después de pasar tanto tiempo en el interior, quiero beberme todo ese espacio, todo el aire brillante y todo el vacío que se extiende a mí alrededor.

—Esto era una iglesia —explica Sarah. Apunta hacia las piedras rotas y la madera ennegrecida que tengo a mi espalda—, pero las bombas no afectaron la cripta. Hay un montón de sitios subterráneos en la Tierra Salvaje que sobrevivieron a los bombardeos, ya verás.

—¿Una iglesia?

Esto me sorprende. En Portland, nuestras iglesias están hechas de acero, cristal y paredes claras de yeso blanco. Son espacios asépticos, lugares donde se celebra el milagro de la vida y se demuestra la ciencia de Dios con microscopios y tubos de ensayo.

—Es una de las antiguas —continúa Sarah—. También hay un montón de estas. En el lado oeste de Rochester queda una entera, aún en pie. Ya te la enseñaré algún día, si quieres —luego alarga el brazo y me tira de la camiseta—. Venga, vamos. Hay un montón de cosas que ver.

La única vez que había estado en la Tierra Salvaje fue con Álex. Entonces logramos pasar la frontera a hurtadillas para que él pudiera enseñarme dónde vivía. Aquel asentamiento, como este, estaba situado en un claro, en un lugar que estuvo habitado anteriormente, una zona de la que los árboles y la maleza no se habían apoderado todavía. Pero este claro es enorme y está lleno de arcos de piedra medio derruidos y de paredes que se mantienen en pie a duras penas. A un lado hay unas escaleras de cemento que se elevan del suelo y desembocan en la nada. En el último peldaño han anidado varios pájaros.

Apenas puedo respirar mientras Sarah y yo nos abrimos paso lentamente por la hierba húmeda, que casi me llega a las rodillas en algunas zonas. Es un mundo en ruinas, un lugar absurdo, con puertas que no separan nada, con un camión oxidado, sin ruedas, en mitad de un tramo de hierba de color verde pálido. Un árbol crece justo en el centro y hay desperdigados por todas partes brillantes trozos de metal retorcido, fundidos y doblados en formas irreconocibles.

Sarah camina a mi lado dando brinco, excitada por estar al aire libre. Esquiva con facilidad las piedras y los desechos de metal que ensucian la hierba, mientras que yo tengo que mantener la vista constantemente en el suelo. Avanzo despacio, y es cansado.

—Aquí había una ciudad —informa Sarah—. Probablemente esto fuera la calle mayor. Por aquí no queda casi ningún edificio, pero los árboles son jóvenes. Así es cómo sabes dónde estaban las casas. La madera se quema mucho más

fácilmente. Por supuesto —baja la voz hasta que es solo un susurro, con los ojos muy abiertos—, no fueron las bombas las que causaron más daño, ¿sabes? Fueron los incendios que vinieron después.

Consigo asentir con la cabeza.

—Esto era una escuela —me señala una enorme de vegetación rastrera con la forma aproximada de un rectángulo. Los árboles del perímetro están marcados por el fuego: blancos, calcinados y casi sin hojas. Me recuerdan a fantasmas altos y flacos—. Las taquillas estaban ahí sin más, abiertas. Y en algunas había ropa y cosas.

Por un momento adopta un aire culpable, y luego caigo en la cuenta: la ropa del almacén, los pantalones y la camiseta que llevo puestos; toda esa ropa debe de venir de algún sitio, debe de haber sido rescatada de los restos.

—Espera un momento.

Siento que me falta la respiración, así que nos paramos un rato delante de la antigua escuela para que descanse. Estamos en un trozo donde da el sol, y agradezco el calor. Los pájaros gorjean y silban por encima de nosotras como pequeñas sombras veloces sobre el fondo del cielo. Más lejos, distingo sonidos de risas y gritos alegres: los inválidos que recorren los bosques. El aire está lleno de hojas entre el verde y el dorado, que revolotean en remolinos.

Una ardilla, sentada sobre las patas traseras, mordisquea rápidamente un fruto seco en el peldaño superior de lo que debía de ser una de las entradas de la escuela. Ahora las escaleras están demolidas y se han convertido en tierra blanda, cubierta de flores silvestres. Pienso en todos los pies que las habrán pisado, que habrán pasado justo por donde está la ardilla. Imagino todas las manos pequeñas que marcaron las combinaciones numéricas en las taquillas, en todas las voces y en el ajeteo de gente en movimiento. Pienso en lo que debieron ser los bombardeos: el pánico, los gritos, las carreras, el fuego.

En la escuela siempre nos enseñaron que la campaña de bombardeo, la limpieza, todo aquello, fue algo rápido. Vimos imágenes de pilotos que saludaban desde el avión mientras las bombas caían sobre una lejana alfombra verde, con árboles tan pequeños que parecían de juguete y finas columnas de fuego que se alzaban como plumas sobre la vegetación. Nada de caos, nada de dolor, nada de ruidos y gritos. Solo una población entera, la gente que había resistido y se había quedado, que se negó a trasladarse a los lugares aprobados y vallados, los no creyentes y los contaminados, borrados todos a la vez, con la rapidez con la que se pulsa un botón, como si todo fuera un sueño.

Pero no pudo haber sido así en realidad. Imposible. Las taquillas seguían llenas, claro. A los chicos no les dio tiempo a hacer nada más que luchar con uñas y dientes para alcanzar las salidas.

Algunos, pocos, puede que escaparan y consiguieran adaptarse a vivir en la Tierra Salvaje, pero la mayoría murió. Nuestros profesores nos dijeron la

verdad, al menos en eso. Cierro los ojos, siento que me mareo y casi pierdo el equilibrio.

—¿Te pasa algo? —me pregunta Sarah. Me toca la espalda con su mano fina y firme—. Podemos volver si quieres.

Abro los ojos. Solo nos hemos alejado unos cien metros de la iglesia. Ante nosotras se extiende casi toda la calle mayor, y estoy empeñada en verla entera.

Caminamos aún más despacio mientras Sarah me va señalando los lugares vacíos, los cimientos destrozados donde alguna vez debieron de alzarse los edificios: un restaurante («Era una pizzería; ahí es donde conseguimos la cocina»), una tienda de *delicatessen* («Aún se puede ver el letrero, ¿lo ves, medio enterrado por allí?: SÁNDWICHES A LA CARTA») y una tienda de comestibles.

Esta última parece deprimir a Sarah. Aquí el terreno está calcinado y la hierba parece más reciente que en los otros sitios, por haber excavado la tierra durante años y años.

—Durante mucho tiempo no hacíamos más que encontrar cosas de comer, todas enterradas por aquí. Latas de comida, ya sabes, y hasta artículos empaquetados que consiguieron sobrevivir al fuego —suspira con aire apenado—. Ahora eso ya se ha terminado.

Seguimos caminando. Otro restaurante, con un mostrador enorme de acero, y dos sillas de respaldo metálico, colocadas una junto a la otra en un cuadrado donde da la luz, una ferretería («Nos ha salvado la vida un montón de veces»). Junto a la ferretería hay un antiguo banco: aquí también hay escaleras que desaparecen de repente hundiéndose en la tierra, como una boca que bosteza tallada en el suelo. El joven de pelo oscuro, el mirón, acaba de llegar adonde da el sol. Camina tranquilamente, con un rifle colgado al hombro.

—Hola, Tack—saluda Sarah con timidez.

Él le revuelve el pelo al pasar.

—Eso es solo para chicos —dice—. Ya lo sabes.

—Ya sé, ya sé —ella pone los ojos en blanco—. Solamente le estoy enseñando esto a Lena. Ahí es donde duermen los chicos —explica dirigiéndose a mí.

Así que ni siquiera los inválidos han acabado del todo con la segregación de sexos. Este pequeño elemento de normalidad, de familiaridad, es un alivio.

Los ojos de Tack se vuelven hacia los míos y frunce el ceño.

—Hola.

La voz me hace un gallo. Intento sonreír, sin éxito. Tack es muy alto y, como todos los de la Tierra Salvaje, está delgado, pero sus brazos son puro músculo. Tiene la mandíbula cuadrada y fuerte y lleva la marca de la operación: una cicatriz de tres puntas tras la oreja izquierda. Me pregunto si será falsa, como la de Álex, o si quizá en su caso la cura no funcionó.

—Sea como sea, manteneos alejadas de los sótanos.

Las palabras están dirigidas a Sarah, pero mantiene los ojos fijos en mí. Son fríos y calculadores.

—Lo haremos —dice Sarah, y Tack se aleja—. Es así con todo el mundo —susurra.

—Ya entiendo lo que dice Raven de que es un maleducado.

—Pero no te sientas mal, vamos. No te lo puedes tomar como algo personal.

—No, no —contesto, pero lo cierto es que el breve encuentro me ha dejado muy agitada. Aquí todo está mal, todo está al revés, invertido: marcos de puertas que se abren al aire, estructuras invisibles, edificios, señales, calles que arrojan la sombra del pasado sobre todas las cosas. Los siento, puedo oír el ajetreo de cientos de pies, escucho la risa antigua que corre por debajo de los cantos de los pájaros. Es un lugar construido con ecos y recuerdos.

De pronto me siento agotada. Solo hemos recorrido la mitad de la antigua calle, pero mi empeño inicial entera me parece absurdo en este momento. El brillo del sol, el aire y el espacio abierto me desorientan. Me doy la vuelta demasiado rápido, aturdida, y tropiezo con un bloque de piedra manchado de cagadas de pájaro; pierdo el equilibrio y aterrizo de bruces en la tierra.

—¡Lena! —Sarah se acerca a mí rápidamente y me ayuda a ponerme de pie. Me he mordido la lengua y tengo un sabor metálico en la boca—. ¿Estás bien?

—Dame un momento —digo respirando entrecortadamente. Me siento en la roca y caigo en que ni siquiera sé qué día es ni en qué mes estamos—. ¿Qué día es hoy?

—Veintisiete de agosto —contesta, con la cara fruncida de preocupación, pero manteniendo la distancia.

Veintisiete de agosto: me fui de Portland el veintiuno. He perdido casi una semana en la Tierra Salvaje, en este mundo al revés.

Este no es mi lugar. Mi mundo se encuentra a kilómetros de distancia: un mundo donde las puertas dan a habitaciones y a limpias paredes blancas, un mundo donde los frigoríficos emiten un zumbido apagado, un mundo de calles bien definidas y de aceras que no están llenas de grietas. Me recorre otra punzada y me doblo en dos, abrazándome las rodillas. En menos de un mes, Hana se someterá a la operación.

Álex entendía cómo eran aquí las cosas. Podría haber reconstruido para mí esta calle destruida y haberla convertido en un lugar con sentido y con orden. Él iba a ser mi guía en este territorio inexplorado. Con él me habría sentido bien.

—¿Te traigo algo?

La voz de Sarah suena insegura.

—Estoy bien —apenas puedo pronunciar las palabras entre el dolor—. Es por la comida. No estoy acostumbrada.

Me voy a marear otra vez. Dejo caer la cabeza sobre las piernas y toso para mantener a raya el sollozo que me estremece.

Pero Sarah debe de haberse dado cuenta de lo que me sucede, porque murmura en voz muy bajita:

—Cuando pasa un tiempo, te acostumbras.

Me da la sensación de que habla de algo más que del desayuno.

Después de esto, lo único que podemos hacer es regresar, recorrer la calle bombardeada y pasar entre los fragmentos de metal, que brillan entre la hierba alta como serpientes al acecho.

El dolor es como hundirse, como ser enterrado. Estoy entre unas aguas del color pardo de la tierra removida. Me ahogo con cada respiración. No hay nada a lo que agarrarse, no tiene fin, no existe ningún asidero. No puedo hacer nada más que dejarme ir.

Dejarme ir. Sentir a mí alrededor el peso, cómo me aprietan los pulmones, la presión lenta, baja. Dejarme ir más profundamente. No hay nada más que el fondo. No queda nada más que el sabor a metal y los ecos de los recuerdos y los días que parecen oscuridad.

ahora

Esa es la chica que yo era entonces: tropezaba y me hundía, perdida en la brillantez y en el espacio. Mi pasado había sido borrado por completo, lavado con lejía hasta convertirlo en un blanco desnudo y puro.

Pero se puede construir un futuro a partir de cualquier cosa; de un fragmento, de un parpadeo. Del deseo de avanzar lentamente, paso a paso. Se puede construir una ciudad etérea desde las ruinas.

Esta es la chica que soy en este preciso momento: las rodillas apretadas, las manos en los muslos. Blusa de seda ceñida en torno al cuello, falda con cinturilla de lana, modelo estándar, con la divisa del Instituto Quincy Edwards. Pica. Desearía poder rascarme, pero no lo haré. Ella se lo tomaría como una señal de nerviosismo, y no estoy nerviosa; no volveré a estar nerviosa en mi vida.

Ella parpadea. Yo no. Ella es la señora Tulle, la directora, con la cara como un pescado apretado contra un cristal y los ojos tan abiertos que parecen distorsionados.

—¿Va todo bien en casa, Magdalena?

Se me hace raro escuchar mi nombre completo en sus labios. Todo el mundo me ha llamado siempre Lena.

—Sí —contesto.

Revuelve los papeles de su escritorio. Todo en su oficina está ordenado, todos los ángulos se encuentran alineados de forma precisa. Hasta el vaso de agua está perfectamente centrado sobre el posavasos. *A los curados siempre les ha gustado el orden: enderezar, alinear, ajustar. La limpieza está cercana a la divinidad, y el orden es ascensión.* Eso les da algo que hacer, supongo: tareas con las que llenar todas esas largas horas vacías.

—Vives con tu hermana y su marido, ¿es correcto?

Asiento con la cabeza y repito el resto de la historia de mi nueva vida.

—Mi padre y mi madre murieron en uno de los incidentes.

Esto, por lo menos, se acerca algo a la verdad. La antigua Lena también era huérfana, o como si lo fuera, vaya.

No hace falta dar más explicaciones. Todo el mundo ha oído hablar ya sobre

los incidentes: en enero, la Resistencia organizó sus primeros ataques violentos y visibles de importancia.

En un puñado de ciudades, miembros de la Resistencia, ayudados por simpatizantes y, en algunos casos, por jóvenes no curados, provocaron explosiones simultáneas en varios edificios municipales importantes.

En Portland, la Resistencia eligió como objetivo parte de las Criptas. En el caos que siguió a la explosión murieron unos doce civiles. La policía y los reguladores consiguieron restaurar el orden, pero no antes de que escaparan varios cientos de prisioneros.

Me resulta irónico. Mi madre pasó diez años abriendo un túnel para escapar de aquel lugar. Si hubiera esperado seis meses, habría salido caminando sin dificultad.

La señora Tulle hace una mueca.

—Sí, ya lo vi en tu historial.

Detrás de ella, un humidificador gira silenciosamente. Sin embargo, el aire está seco. En su despacho huele a papel y, más débilmente, a espuma del pelo. Me baja por la espalda un hilillo de sudor. La falda da calor.

—Nos preocupa que estés teniendo dificultades para adaptarte —dice mirándome con esos ojos de pescado—. Siempre comes sola —es una acusación.

Hasta a la nueva Lena le da un poco de vergüenza; lo único peor que no tener amigos es que te compadezcan por no tenerlos.

—La verdad es que he tenido ciertos problemas con las chicas —dice la nueva Lena—. Las encuentro un poco inmaduras.

Mientras hablo, ladeo la cabeza un poco para que se vea la marca triangular que tengo justo detrás del oído izquierdo: la marca de la operación, la señal de que estoy curada.

Al momento, su expresión se suaviza.

—Bueno, claro, eso es normal. Después de todo, muchas de ellas son más jóvenes que tú. Aún no han cumplido los dieciocho, no han sido curadas.

Extiendo las manos como para decir: «Era de esperar».

Pero la señora Tullen no ha terminado conmigo, aunque su voz ya no es tan cortante.

—La señora Flerstein me dice que te has vuelto a quedar dormida en clase. Estamos preocupadas, Lena. ¿Te parece que la carga de trabajo es excesiva para ti? ¿Tienes problemas para dormir por la noche?

—Estoy un poco estresada —confieso—. Es por todo lo de la ASD.

La señora Tulle arquea las cejas.

—No sabía que estabas en la ASD.

—En la división A —digo—. Tenemos una gran concentración el próximo viernes. La verdad es que esta tarde hay una reunión de planificación en

Manhattan. No querría llegar tarde.

—Claro, claro, estoy al corriente de lo del mitin del viernes —la señora Tulle alza los papeles, los golpea sobre el escritorio para asegurarse de que los bordes están alineados y los coloca dentro de un cajón. Me doy cuenta de que me he librado. La ASD es la palabra mágica: *América sin Delirium*. Es el Ábrete Sésamo. En cuanto la menciono, la señora Tulle es todo amabilidad—. Es impresionante que estés tratando de compaginar tus compromisos extracurriculares con tus tareas escolares, Lena. Y apoyamos el trabajo que está llevando a cabo la ASD. Simplemente asegúrate de que encuentras un equilibrio. No quiero que tus calificaciones se resientan por tu trabajo social, por muy importante que sea.

—Comprendo.

Bajo la cabeza y adopto un aire compungido. La nueva Lena es buena actriz. La señora Tulle me sonríe.

—Ya puedes irte. No quiero que llegues tarde a tu reunión.

Me pongo de pie y me cuelgo la bolsa al hombro.

—Gracias.

Hace una señal con la cabeza indicando la puerta, lo que significa que puedo irme.

Camino por los pasillos de linóleo recién fregados. Más paredes blancas, más silencio. Todas las alumnas se han ido y a a casa.

Luego salgo por la puerta de doble hoja al paisaje de un blanco deslumbrante: una inesperada nevada en marzo, una dura luz brillante, los árboles cubiertos de gruesas fundas negras de hielo.

Me aprieto la chaqueta y cruzo con paso firme la cancela de hierro hasta la Octava Avenida.

Esta es la chica que soy en este momento. Aquí está mi futuro, en esta ciudad llena de carámbanos que cuelgan como cuchillos listos para caer.

Hay más tráfico en las ciudades hermanas del que he visto en toda mi vida. En Portland casi nadie tenía coches que funcionaran; en Nueva York, la gente es más rica y puede permitirse la gasolina. Cuando llegué a Brooklyn por primera vez, solía ir a Times Square solo para verlos, a veces doce seguidos, uno detrás de otro.

Sin embargo, mientras me dirijo a Manhattan, las calles están casi vacías. En la Treinta y Uno, el autobús se para detrás de un camión de basura que se ha quedado atascado en un montón de nieve de color carbonilla. Cuando llego al Javits Center ya ha empezado la reunión de la ASD. La escalera está desierta, al igual que el enorme vestíbulo. Oigo el ruido distante y atronador de un micrófono y un aplauso que suena como un rugido. Me apresuro a llegar al detector de metales y me quito el bolso antes de quedarme de pie con los brazos y piernas abiertos, mientras un hombre imperturbable me pasa el detector sobre el pecho y

entre las piernas. Hace tiempo que ya no me dan vergüenza estos procedimientos. Luego hay que pasar por la mesa plegable que está colocada justo delante de una enorme puerta de doble hoja. Me llegan aplausos entrecortados del otro lado y más voces de micrófono, amplificadas, apasionadas, atronadoras. No se distinguen las palabras.

—Tarjeta de identidad, por favor —pide automáticamente la mujer que está sentada tras la mesa, una voluntaria. Espero mientras escanea la tarjeta y paso cuando me hace una señal con la cabeza.

El salón de actos es enorme. Deben de caber al menos dos mil personas y, como siempre, está casi lleno. Quedan algunos asientos vacíos a la izquierda, cerca del escenario, así que doy la vuelta por la parte de fuera, tratando de acomodarme en un sitio sin llamar la atención. No tengo de qué preocuparme: todo el mundo está con el hombre que se encuentra tras el atril del orador. El ambiente está cargado de energía; es como si hubiera miles y miles de gotas suspendidas, a punto de caer.

—... no basta con afianzar nuestra seguridad —dice el hombre. Su voz retumba por el salón. Bajo las altas luces de los fluorescentes, el cabello le brilla con un tono negro, como un casco. Es Thomas Fineman, el fundador de la ASD —. Nos hablan de riesgos y de daños, de perjuicios y efectos colaterales. Pero ¿qué peligro entraña para nosotros como pueblo, como sociedad, el que no actuemos? Si no insistimos en proteger el todo, ¿de qué nos sirve la salud de una parte?

Aplausos dispersos. Thomas se ajusta los puños y se inclina para acercarse más al micrófono.

—Este ha de ser nuestro propósito único y unificado. Este es el objetivo de nuestra manifestación. Pedimos que nuestro gobierno, nuestros científicos, nuestras agencias, nos protejan. Pedimos que mantengan su lealtad hacia Dios y hacia su Orden. ¿No fue Dios mismo quien, a lo largo de miles de años, rechazó millones de especies que eran defectuosas o tenían algún tipo de fallo, en su camino hacia una creación perfecta? ¿No aprendemos que a veces hay que expurgar lo débil y lo enfermo para evolucionar una sociedad mejor?

El aplauso asciende hasta alcanzar la cumbre. Yo también aplaudo. Lena Morgan Jones aplaude.

Esta es mi misión, el trabajo que me ha encontrado Raven. Vigilar a la ASD. Observar. Mezclarme con ellos.

No me han dicho nada.

—Por último, pedimos al gobierno que mantenga la promesa del *Manual de FSS*: asegurar la Seguridad, Salud y Felicidad de nuestras ciudades y de nuestro pueblo.

Yo observo.

Filas de luces altas.

Filas de rostros como medias lunas, pálidos, hinchados, temerosos y agradecidos: los rostros de los curados.

Una moqueta gris, deshilachada por el roce de tantos pies.

Un hombre a mi derecha resuella, con los pantalones ceñidos por el cinturón demasiado apretado sobre su panza.

Cerca del escenario, en una pequeña zona acordonada, hay tres sillas. Solo una está ocupada.

Un chico.

Es lo más interesante que veo. Las otras cosas —la moqueta, los rostros— son iguales en cada reunión de la ASD. Hasta el hombre gordo. A veces es gordo, a veces es delgado, otras es una mujer. Pero da igual: todo ellos son siempre iguales.

El chico tiene el pelo ondulado y de color rubio caramelo, y le llega hasta la mitad de la mandíbula. Sus ojos son azul oscuro, de un color tormentoso. Viste un polo rojo, de manga corta a pesar del frío, y vaqueros oscuros bien planchados. Sus mocasines son nuevos, y lleva un brillante reloj plateado en la muñeca. Todo en él exuda riqueza. Mantiene las manos juntas sobre el regazo. Todo en él exuda también distinción. Hasta su expresión impasible, mientras contempla a su padre sobre el escenario, es fruto de la perfección y de la práctica, la encarnación del desapego controlado de una persona curada.

Por supuesto, no está curado, todavía no. Es Julián Fineman, el hijo de Thomas Fineman, y aunque tiene dieciocho años, aún no le han hecho la operación. Hasta ahora, los científicos se han negado a tratarle. Eso cambiará el próximo viernes, el mismo día en que está planeada la gran concentración de la ASD en Times Square. Le practicarán la intervención y entonces estará curado.

Posiblemente. También es posible que muera, o que su funcionamiento mental se vea tan dañado que será como si estuviera muerto. Pero aun así le harán la intervención. Su padre insiste. Julián insiste.

Nunca lo había visto en persona, aunque sabía quién era porque su cara aparecía en pósteres y en la parte de atrás de los panfletos. Julián es famoso. Es un mártir de la causa, un héroe de la ASD, preside la división juvenil de la organización.

Es más alto de lo que esperaba. Y más guapo, también. Las fotos no hacen justicia al ángulo de su mandíbula ni a la anchura de sus hombros: tiene constitución de nadador.

En el estrado, Thomas Fineman está acabando su parte del discurso.

—No negamos los peligros derivados de que la cura se administre más temprano —continúa—, pero afirmamos que los riesgos de retrasarla son aún peores. Estamos dispuestos a asumir las consecuencias. Tenemos el valor suficiente para sacrificar a unos pocos por el bien de todos.

Hace una pausa mientras el auditorio se llena de aplausos una vez más, e

inclina la cabeza apreciativamente hasta que se desvanece el rugido. La luz destella en su reloj. Su hijo y él usan modelos idénticos.

—Y ahora me gustaría presentarles a una persona que encarna todos los valores de la ASD. Este joven entiende mejor que nadie la importancia de insistir en una cura, incluso para los jóvenes, incluso para los casos en que la operación resulta peligrosa. Él comprende que, para que los Estados Unidos progresen, para que todos nosotros vivamos felices y a salvo, ocasionalmente hay que sacrificar las necesidades de los individuos. El sacrificio es la seguridad, y la salud solo puede darse en el todo. Miembros de la ASD, por favor, den la bienvenida a mi hijo, Julián Fineman.

Clap, clap, clap, aplaude Lena junto al resto de la multitud. Thomas abandona el escenario cuando su hijo sube. Se cruzan en las escaleras, se saludan con un breve gesto de asentimiento. No se tocan.

Julián ha traído algunos apuntes que coloca en el atril, delante de él. Por un momento, el auditorio se llena con el sonido amplificado de los papeles que se rozan. Los ojos de Julián recorren la multitud y, durante un segundo, se posan en mí. Entreabre la boca y mi corazón se detiene. Es como si acabara de reconocermé. Luego sigue paseando la mirada, y mi corazón vuelve a latir contra mis costillas. Lo único que pasa es que estoy paranoica.

Julián manipula el micrófono para ajustarlo a su altura. Es incluso más alto que su padre. Es curioso que tengan un aspecto tan distinto: Thomas es alto, moreno y con aspecto feroz, como un halcón; su hijo es aún más alto y de hombros anchos, pero rubio, con esos imposibles ojos azules. Solo comparten el duro ángulo de la mandíbula.

Se pasa una mano por el pelo y me pregunto si estará nervioso, pero cuando empieza a hablar, su voz tiene un tono firme y lleno de poder.

—Tenía nueve años cuando me dijeron que me estaba muriendo —comienza sin rodeos, y de nuevo noto esa sensación de expectativa suspendida en el aire. Gotas relucientes, como si todos nos hubiéramos inclinado hacia delante solo unos centímetros—. Entonces comenzaron los ataques. El primero fue tan violento que casi me corté la lengua de un mordisco; durante el segundo, me golpeé la cabeza contra la chimenea. Mis padres se inquietaron.

Algo se desgarró en mi estomago, muy profundamente, bajo todas las capas que he ido añadiendo en los últimos seis meses. Atraviesa a la falsa Lena, con su coraza y sus tarjetas de identidad y la cicatriz de tres puntas en el cuello.

Este es el mundo en el que vivimos: un mundo de seguridad, felicidad y orden, un mundo sin amor.

Un mundo en el que los niños se golpean la cabeza en chimeneas de piedra y casi se cortan la lengua de un mordisco y los padres se inquietan. No están desconsolados, desesperados, frenéticos. Se inquietan, como cuando suspendes Matemáticas o como cuando se les olvida pagar los impuestos.

—Los médicos me dijeron que tenía un tumor en el cerebro; estaba creciendo, y eso era lo que causaba los ataques. La operación para extirparlo pondría en peligro mi vida. No estaban seguros de que pudiera soportarla. Pero si no me operaban, si dejaban que el tumor creciera y se expandiera, entonces ya no tendría ninguna posibilidad.

Hace una pausa y me parece verle lanzar una breve mirada hacia su padre. Thomas Fineman ha tomado el asiento que su hijo ha dejado vacío, y está sentado, con las piernas cruzadas y el rostro impassible.

—Ninguna posibilidad —repite Julián—. Y por eso esa cosa enferma, esa formación, tenía que ser extirpada. Tenía que ser separada del tejido limpio. De otro modo, no haría más que crecer y conseguiría que el tejido sano acabara también enfermo.

Revuelve sus papeles y mantiene los ojos fijos en ellos mientras lee en voz alta:

—La primera operación fue un éxito y, por un tiempo, los ataques desaparecieron. Luego, cuando tenía doce años, volvieron de nuevo. El cáncer estaba de vuelta y esta vez presionaba la base del tronco encefálico.

Aprieta con las manos el podio brevemente y luego lo suelta. Por un momento, reina el silencio. Alguien tose entre el público. Gotas, gotas: todos somos gotas idénticas, gotas en suspensión, esperando que alguien nos derrame, que alguien nos muestre el camino, que alguien nos vierta en una dirección determinada.

Julián alza la vista. A sus espaldas hay una pantalla donde se proyecta su imagen, quince veces más grande. Sus ojos son un remolino de azul, verde y oro, como la superficie del océano en un día de sol. Tras la placidez, tras la consumada calma, me parece ver algo que destella, una expresión que se desvanece antes de que pueda encontrarle un nombre.

—Desde la primera me han hecho tres operaciones más —continúa—. Han extirpado el tumor cuatro veces, y en tres ocasiones ha vuelto a aparecer, como sucede con la enfermedad, a menos que se elimine por completo —hace una pausa para que se comprendan las implicaciones de su declaración—. Llevo dos años sin cáncer.

Se oyen algunos aplausos. Alza la mano y el salón vuelve a quedar en silencio.

Sonríe, y el enorme Julián que hay tras él sonríe también: una versión pixelada, un borrón.

—Los médicos me han dicho que realizar más operaciones podría poner en peligro mi vida. Ya han eliminado demasiado tejido, han llevado a cabo demasiadas extirpaciones; si me hicieran la cura, podría perder por completo la capacidad de regular mis emociones. Podría dejar de hablar, de ver, de moverme —se gira un poco en el podio—. Hasta es posible que mi cerebro deje

de funcionar.

No puedo remediarlo, yo también estoy conteniendo el aliento junto a todos los demás. Solo Thomas Fineman tiene un aspecto relajado: me pregunto con qué frecuencia habrá escuchado este discurso.

Julían se inclina un poco hacia el micrófono y de pronto es como si se estuviera dirigiendo a cada uno de nosotros de forma individual. Habla en un tono bajo y urgente, como si nos susurrara un secreto al oído.

—Es por eso por lo que se han negado a curarme. Llevamos más de un año luchando para que nos asignen una fecha para la operación, y por fin hemos conseguido que nos den una. El veintitrés de marzo, el día de nuestro mitin, me practicarán la intervención.

Otra ronda de aplausos, pero Julían sigue hablando. Aún no ha terminado.

—Será una fecha histórica, aunque puede que sea mi último día. No piensen que no soy consciente de los riesgos, porque sí lo soy —se endereza y su voz se hace más potente, atronadora. Los ojos relampaguean en la pantalla, deslumbrantes, llenos de luz—. Pero no hay otra opción, como no la había cuando tenía nueve años. Debemos extirpar la enfermedad. Tenemos que suprimirla, sean cuales sean los riesgos. Si no, no hará más que crecer. Se extenderá como el peor de los cánceres y nos pondrá en peligro a todos nosotros, a cada persona nacida en este vasto y maravilloso país. Así que esto es lo que os digo: vamos a eliminar la enfermedad dondequiera que esté. Tenemos que hacerlo. Muchas gracias.

Eso es, ya está. Lo ha conseguido. Nos ha inclinado hacia un lado, a todos los que aguardábamos con una expectación indefinida, y ahora nos vertemos hacia él, fluyendo en una ola de estruendosos gritos y aplausos. Lena aplaude junto con los demás, hasta que le arden las palmas; sigue aplaudiendo hasta que se le quedan entumecidas. La mitad del público se pone de pie, vitoreando. Alguien comienza a vocear una consigna: « ¡ASD!, ¡ASD! », y pronto nos unimos todos. Es ensordecedor, casi rompe los tímpanos. En cierto momento, Thomas se une a su hijo en el estrado una vez más y se colocan juntos solemnemente, uno al lado del otro, uno rubio, el otro moreno, como las dos caras de la luna. Los contemplamos mientras seguimos aplaudiendo, cantando, mostrando nuestra aprobación con un rugido. Son la luna, nosotros somos una marea y bajo su liderazgo libramos al mundo de toda la enfermedad y la plaga.

entonces

Siempre hay alguien enfermo en la Tierra Salvaje. En cuanto me encuentro lo bastante bien como para salir de la enfermería y pasar a ocupar un colchón en el suelo, Squirrel toma el relevo, y después Grandpa. Por la noche, en el hogar resuenan los ruidos de toses, de respiraciones agitadas, de gente que parlorea por la fiebre: sonidos de la enfermedad que atraviesan las paredes y nos llenan a todos de temor. El problema es el espacio y la cercanía. Vivimos amontonados unos sobre otros, respiramos el mismo aire que estornudamos, lo compartimos todo. Nada ni nadie está verdaderamente limpio.

El hambre nos corroe y nos vuelve irritables. Tras mi primera exploración, me he retirado al subsuelo como un animal que se arrastra desesperadamente hasta alcanzar la seguridad de su madriguera. Pasa un día, luego otro. Siguen sin llegar víveres. Cada mañana va gente distinta a comprobar los mensajes; deduzco que han encontrado alguna forma de comunicarse con los simpatizantes y con la Resistencia del otro lado. Eso es todo lo que puedo hacer: escuchar, observar, guardar silencio.

Por las tardes duermo y, cuando no puedo dormir, cierro los ojos y me imagino que estoy de nuevo en la casa abandonada del número 37 de la calle Brooks y que Álex está tumbado junto a mí. Intento atravesar la cortina, pienso que si de algún modo consigo desandar los días que han transcurrido desde la escapada, si puedo reparar ese desgarrón en el tiempo, podré recuperarle.

Pero en cuanto abro los ojos, veo que sigo ahí, en un colchón en el suelo, aún hambrienta.

Al cabo de cuatro días, todo el mundo se mueve lentamente como si nos encontráramos bajo el agua. Me resulta imposible alzar las cazuelas. Si intento ponerme de pie demasiado rápido, me dan mareos. Paso mucho tiempo en cama y, cuando no estoy acostada, me da la impresión que todos me miran con hostilidad; puedo sentir el resentimiento de los inválidos, duro, como una pared. Quizá son solo imaginaciones mías, pero, después de todo, esto es por mi culpa.

La caza tampoco ha ido bien. Roach atrapa algunos conejos y hay bastante excitación general, pero la carne es dura y tiene mucho cartilago y, cuando la

sirven, casi no llega para todos.

Raven insiste en que sigamos la misma rutina y en que lo mantengamos todo limpio. Mientras barro el almacén, oigo de pronto gritos desde la superficie, risas y carreras. Por las escaleras bajan pies apresurados. Hunter entra decidido en la cocina, seguido por una mujer mayor, Miyako. Hace días que no los veo con tanta energía, ni a ellos ni a nadie.

—¿Dónde está Raven? —me pregunta Hunter sin aliento.

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

Miyako suelta un gruñido de exasperación y ambos se dan la vuelta, dispuestos a subir las escaleras de nuevo a toda prisa.

—¿Qué pasa?

—Nos ha llegado un mensaje del otro lado —dice Hunter. Así llaman a las comunidades valladas: «el otro lado» cuando se sienten caritativos; si no Zombilandia—. Los pertrechos llegarán hoy. Necesitamos ayuda para recogerlos.

—¿Tú puedes ayudar? —pregunta Miyako, evaluándome. Ella es ancha de hombros y muy alta; si comiera la suficiente, sería una amazona. En la situación actual, es puro músculo y nervio.

Muevo la cabeza en sentido negativo.

—Yo aún no he recuperado las fuerzas.

Hunter y Miyako intercambian una mirada.

—Los otros nos ayudarán —murmura Hunter. Luego suben de nuevo las escaleras, deprisa y me dejan sola.

Regresan esa misma tarde diez personas, cargando con las resistentes bolsas de basura empapadas de agua que nos han llegado por el río Cochecho, en la frontera. Ni siquiera Raven puede mantener el orden o controlar la excitación. Todos rompen las bolsas en pedazos, gritando y saltando de alegría a medida que los víveres caen al suelo: latas de alubias, atún, pollo, sopa, paquetes de arroz, harina, lentejas y más alubias; cecina, sacos de frutos secos y cereales, huevos cocidos envueltos en un nido de toallas, tiritas, vaselina, cacao para los labios, medicamentos, incluso un paquete nuevo de ropa interior, ropas, botes de jabón y champú.

Sarah abraza la cecina contra su pecho y Raven acerca la nariz a un paquete de jabón y aspira su aroma. Es como una fiesta de cumpleaños, pero mejor: es de todos, es para compartirlo. En ese momento siento una ráfaga de felicidad. Solo por un instante, me da la sensación de que pertenezco a este lugar.

Nuestra suerte ha cambiado. Pocas horas después, Tack caza un ciervo.

Esa noche disfrutamos de nuestra primera comida en condiciones desde que llegué. Nos servimos enormes platos de arroz integral cubierto con carne estofada, tomates triturados y hierbas secas. Está tan rico que me dan ganas de

llorar y, de hecho, Sarah lo hace: solloza sentada frente a su plato. Miyako le pasa el brazo por el hombro y le susurra algo. Ese gesto me recuerda a mi madre: hace algunos días le pregunté a Raven por ella, pero no pudo decirme nada.

«¿Qué aspecto tiene?», me preguntó. Tuve que confesar que no lo sabía. Cuando yo era niña, tenía el pelo castaño, largo y suave, y la cara redonda. Pero después de más de diez años en las Criptas, la cárcel de Portland, donde pasó toda mi vida mientras yo la creía muerta, dudo que se parezca a la mujer de mis borroso recuerdos infantiles.

«Se llama Annabel», le dije, pero Raven ya estaba negando con la cabeza.

—Come, come —le insta Miyako a Sarah, y esta obedece. Todos lo hacemos, vorazmente: cogemos el arroz con la mano y lamemos el plato hasta dejarlo limpio. A alguien del otro lado hasta se le ha ocurrido incluir una botella de whisky cuidadosamente envuelta en una sudadera, y todo el mundo aplaude cuando va pasando. Solo he bebido alcohol una o dos veces cuando vivía en Portland y nunca le vi el punto, pero cuando me llega la botella le doy un traguito. Me quema a medida que baja y me hace toser. Hunter sonríe y me da palmadas en la espalda. Tack casi me arranca la botella de las manos.

—No bebas si luego lo vas a escupir —me espeta con aspereza.

—Ya te acostumbrarás —susurra Hunter, inclinado sobre mí; casi las mismas palabras que me dijo Sarah hace una semana. No estoy segura de si se refiere al whisky o a la actitud de Tack, pero ya noto un cálido bienestar que se extiende por mi estómago. Cuando la botella vuelve a llegar a mi lado, le doy un trago más largo, y luego otro, y el calor se extiende hasta mi cabeza.

Más tarde lo veo todo dividido, fragmentado, como una serie de fotografías barajadas que caen al azar. Miyako y Lu en el rincón, con los brazos entrelazados, bailando mientras los demás aplauden; Blue, hecha un ovillo en el asiento y luego Squirrel llevándola en sus brazos, dormida, fuera del cuarto; Raven, de pie en uno de los bancos, dando un discurso sobre la libertad. Se ríe también y el pelo le cae como una cortina brillante. Tack la ayuda a bajar, manos morenas en torno a su cintura, un momento suspendido cuando ella se detiene en el aire, entre sus brazos. Me recuerda a bandadas de pájaros que salen volando. Me recuerda a Álex.

Un día, Raven se vuelve hacia mí y me suelta de repente:

—Si quieres quedarte, tendrás que trabajar.

—Ya trabajo —replico yo.

—Tú limpias —me rebate ella—. Y hierves el agua. Los demás traemos agua, buscamos comida y salimos a recoger los mensajes. Hasta Grandma trae agua, y acarrea los cubos grandes durante tres kilómetros. Y eso que tiene sesenta años.

—Yo...

Claro que tiene razón, y lo sé. La culpa me acompaña cada día, tan pesada

como el aire enrarecido del hogar. Oí a Tack comentarle a Raven que conmigo se desperdicia una buena cama. Tuve que quedarme agachada en el almacén durante casi media hora abrazándome las rodillas hasta que dejé de temblar. Hunter es el único de los habitantes del hogar que es bueno conmigo, pero es que él es bueno con todo el mundo.

—No estoy lista. Aún no he recuperado las fuerzas.

Ella me contempla durante un momento y deja que el silencio se extienda incómodo entre nosotras para que me percate de lo absurdo de mis palabras. Si todavía no estoy lo suficientemente fuerte, también es por mi culpa.

—Pronto nos iremos. El traslado comenzará dentro de algunas semanas. Necesitaremos toda la ayuda posible.

—¿El traslado? —repito.

—Nos vamos al sur —se vuelve y hace ademán de alejarse por el pasillo—. Cerramos el hogar para el invierno. Si quieres venir, tendrás que colaborar.

Luego se detiene.

—También puedes quedarte aquí, claro —añade volviéndose y arqueando una ceja—. Aunque los inviernos son letales. Cuando se hiela el río, no podemos conseguir más provisiones. Pero quizá es eso lo que quieres.

Yo no digo nada.

—Tienes hasta mañana para decidir —sentencia.

A la mañana siguiente, Raven me despierta en mitad de una pesadilla. Me incorporo jadeando. Recuerdo que caía por el aire y que había una masa de pájaros negros. Todas las chicas siguen durmiendo y la habitación está llena de su respiración rítmica.

Debe haber una vela encendida en el pasillo, porque un rayito de luz penetra en el cuarto. Apenas puedo distinguir la silueta de Raven, agachada junto a mí. Me doy cuenta de que ya está vestida.

—¿Qué has decidido? —musita.

—Quiero ir con vosotros —susurro a mi vez. Es lo único que soy capaz de decir. Mi corazón sigue latiendo con fuerza en el pecho.

No puedo ver su sonrisa, pero me parece oírla: los labios que chasquean, una pequeña exhalación que podría ser una risa.

—Me alegro por ti —sostiene un cubo abollado—. Es hora de ir por agua.

Se retira y yo busco a tientas mi ropa en la oscuridad. Cuando llegué al hogar, el cuarto de dormir me provocó una sensación de caos, una explosión de telas, de prendas y de pertenencias desordenadas. Con el tiempo me he dado cuenta de que no está tan desorganizado. Cada persona tiene un pequeño espacio, circunscrito por sus posesiones. Hemos trazado círculos invisibles en torno a nuestras pequeñas camas, mantas o colchones, y la gente defiende esos nichos como sea, como perros que marcan su territorio. Hay que mantener todo lo que posees y necesitas dentro de tu pequeño círculo. Si sale de esa línea, deja de ser

tuyo. La ropa que he cogido del almacén está doblada al pie de mi manta.

Salgo del cuarto y camino por el pasillo, guiándome por el tacto. Encuentro a Raven en la cocina, rodeada de cubos vacíos, atizando el fuego de anoche con el extremo romo y calcinado de un palo largo. No ha encendido las linternas aquí tampoco: sería un desperdicio de pilas. El olor de la madera quemada, las sombras y los hombros de Raven recubiertos de un resplandor naranja que me dan la impresión de que continúo soñando.

—¿Lista?

Se vuelve hacia mí, se endereza y se cuelga un cubo de cada brazo.

Yo asiento y ella me señala con la cabeza los demás cubos.

Subimos las escaleras y salimos al mundo exterior. Abandonar el subterráneo, el aire cerrado y la falta de espacio, resulta tan asombroso y abrupto como la primera vez, cuando exploré el resto del hogar con Sarah. Lo primero que me sorprende es el frío. El viento helado me atraviesa la camiseta, y suelto un grito ahogado sin darme cuenta.

—¿Qué pasa? —pregunta Raven, hablando con un tono normal ahora que estamos afuera.

—Frío —replico. El aire huele ya a invierno, aunque las copas aún conservan sus hojas. En el borde del horizonte, por encima de la irregular y deshilachada línea de los árboles, se ve un pequeño resplandor dorado donde el sol comienza a elevarse poco a poco. El mundo es gris y morado, y los animales y los pájaros comienzan a moverse.

—Falta menos de una semana para octubre —comenta Raven encogiéndose de hombros—. Cuidado con lo que pisas —añade cuando tropiezo con un trozo de metal retorcido medio hundido en la tierra.

Entonces me doy cuenta de que he estado dejándome llevar al ritmo de los días, sin pensar en las fechas: mientras estaba enterrada bajo el suelo, he supuesto que el resto del mundo también se mantenía inmóvil.

—Dime si camino demasiado rápido —me pide Raven.

—Vale —respondo. Mi voz suena extraña en el aire vacío, tenue, de este mundo otoñal.

Nos abrimos paso a través de la antigua calle mayor. Raven camina con facilidad, evitando casi instintivamente los trozos rotos de hormigón y la basura de metal retorcido, al igual que lo hacía Sarah. En la entrada a la cámara acorazada del banco, donde duermen los chicos, nos espera Bram. Tiene el pelo oscuro y la piel color café. Es uno de los más silenciosos, uno de los pocos que no me dan miedo. Hunter y él están siempre juntos, y verlos así me trae recuerdos de Hana y yo: la una morena, la otra rubia. Raven le pasa varios cubos en silencio y él se une a nosotros sin hablar, pero me sonríe y se lo agradezco.

Aunque el aire es frío, pronto empiezo a sudar y el corazón me presiona dolorosamente contra las costillas. Hace más de un mes que no camino más de

veinte metros de una vez. Tengo los músculos débiles y enseguida me duelen los hombros de cargar incluso con los cubos vacíos. No hago más que mover las asas en las palmas; me niego a quejarme o a pedirle ayuda a Raven, aunque debe de haberse dado cuenta de que me cuesta mantenerme a su altura. No quiero ni pensar en lo largo y lento que va a ser el camino de vuelta, cuando los cubos estén llenos.

Hemos dejado atrás el hogar y la antigua calle mayor y nos dirigimos hacia los árboles. En torno a nosotros, las hojas muestran diferentes matices de dorado, naranja, rojo y marrón.

Es como si el bosque entero estuviera ardiendo, un bello fuego lento. Siento el espacio a mi alrededor, sin límites ni muros, el aire libre y brillante. Los animales se mueven a ambos lados sin que los veamos, produciendo un crujido al pisar las hojas secas.

—Casi hemos llegado —informa Raven desde delante—. Lo estás haciendo muy bien, Lena.

—Gracias —respondo entre jadeos. Me cae el sudor en los ojos y me cuesta creer que antes tuviera frío. Ni siquiera me molesto en apartar de mi camino las ramas sueltas. Bram va delante de mí y, según avanza, las ramas se doblan. Cuando paso me golpean fuerte en brazos y piernas, dejándome pequeñas marcas de latigazos en la piel. Estoy demasiado cansada para que me importe. Siento como si llevara horas caminando, pero eso es imposible. Sarah comentó que el río estaba a unos dos kilómetros. Además, el sol acaba de elevarse.

Avanzamos un poco más y lo oímos, por encima del gorjeo de los pájaros y del ruido del viento entre los árboles: un sonido bajo, el murmullo del agua en movimiento. Luego, los árboles se separan, el suelo se vuelve rocoso y nos encontramos en el borde de un riachuelo amplio y calmo. El sol se refleja en el agua y da la sensación de que hay monedas brillando bajo la superficie. A unos quince metros hacia la izquierda, cae una pequeña cascada y el río rodea una serie de piedrecitas negras, manchadas de líquenes. De repente tengo que contener las ganas de llorar. Este lugar ha existido siempre: cuando las ciudades fueron bombardeadas y cayeron en la ruina, cuando los muros se elevaron, el riachuelo estaba aquí, saltando sobre las rocas, lleno de su propia risa secreta.

Somos cosas tan pequeñas, tan tontas... Durante la mayor parte de mi vida pensé que la naturaleza era estúpida: ciega, animal, destructora. Nosotros, los humanos, éramos limpios e inteligentes, y teníamos el control; habíamos luchado para someter al resto del mundo, lo habíamos derribado a golpes, lo habíamos fijado en una diapositiva y en las páginas del *Manual de FSS*.

Raven y Bram ya se han metido en el río y se inclinan para llenar los cubos.

—Venga —ordena Raven, cortante—. Los otros se estarán despertando.

Ambos han venido descalzos; yo me agacho para desatarme los cordones. Tengo los dedos hinchados de frío, aunque ya no puedo sentirlo. Me arde el

cuerpo. Lo paso mal con los cordones y, cuando me acerco al agua, Raven y Bram ya tienen sus cubos llenos y alineados en la orilla. En la superficie flotan briznas de hierba e insectos muertos que giran. Luego los quitaremos y herviremos el agua para esterilizarla.

En cuanto doy un paso en el río, estoy a punto de caerme. Incluso cerca de la orilla la corriente es mucho más fuerte de lo que parece. Muevo los brazos como loca tratando de mantener el equilibrio y dejo caer uno de los cubos. Bram, que está esperando en la orilla, se echa a reír. Su risa es aguda y sorprendentemente dulce.

—Venga —Raven le da un empujón—. Ya vale de espectáculo. Nos vemos en el hogar.

Bram se lleva obedientemente dos dedos a la sien.

—Hasta luego, Lena —se despide, y me doy cuenta de que es la primera vez que alguien que no sea Raven, Sarah o Hunter me dirige la palabra en una semana.

—Hasta luego —contesto.

El lecho del riachuelo está cubierto de pequeños guijarros. Los siento resbaladizos y duros contra la planta de los pies. Recupero el cubo caído y me agacho bastante, como han hecho Raven y Bram, para llenarlo. Cargar con él hasta la orilla me cuesta más. No tengo fuerza en los brazos y las asas de metal se me clavan dolorosamente en las palmas.

—Falta uno más —indica Raven, observándome de brazos cruzados.

El siguiente es un poco más ancho que el primero, y más difícil de manejar una vez lleno. Tengo que llevarlo con las dos manos, algo agachada, y me golpea la espinilla. Llego a la orilla y lo deposito con un suspiro de alivio. No tengo ni idea de cómo conseguiré volver al hogar cargando los dos a la vez. Es imposible. Me va a llevar horas.

—¿Lista? —pregunta Raven.

—Dame solo un minuto —digo posando las manos en las rodillas. Ya me tiemblan un poco los brazos. Me gustaría quedarme aquí el mayor tiempo posible, con el sol que se cuele entre los árboles, el arroyo que habla su propio lenguaje antiguo y los pájaros que vuelan de un lado a otro como sombras oscuras. «A Álex le encantaría este sitio», me digo sin querer. He intentado con todas mis fuerzas no pensar en su nombre, ni siquiera recordar la idea.

Junto a la orilla hay un pajarito con un plumaje de color azul tinta que se acicala con el agua, y de repente me entra un deseo intenso de desnudarme y nadar para limpiarme todas las capas de polvo, sudor y mugre que no he podido quitarme en el hogar.

—¿Te puedes dar la vuelta? —le pregunto a Raven. Pone los ojos en blanco con aire divertido, pero accede.

Me quito los pantalones, la ropa interior y la camiseta, y lo dejo todo en la

hierba. Entrar en el agua me produce dolor y placer a partes iguales; me recorre el cuerpo entero un frío cortante, una sensación pura. A medida que avanzo hacia el centro del riachuelo, las piedras que piso se hacen amplias y planas y la corriente tira de mis piernas con más fuerza. Aunque no es muy ancho, más allá de la cascada diminuta hay un espacio oscuro donde el lecho se hunde y forma una poza natural en la que se puede nadar. Estoy de pie temblando, el agua me llega a las rodillas, y en el último momento me echo atrás. Está tan fría. El agua parece tan oscura, negra y profunda.

—No te voy a esperar eternamente —me grita Raven, vuelta de espaldas.

—¡Cinco minutos! —contesto, y extendiendo los brazos y me zambullo en la profundidad del agua. Siento un golpe: el frío es un muro gélido e impenetrable que me desgarrar cada nervio del cuerpo; me pitan lo oídos y siento un murmullo a mi alrededor. El aliento me abandona y salgo con la respiración entrecortada, rompiendo la superficie del agua, mientras el sol se eleva y el cielo se vuelve más profundo, se hace sólido, casi inalcanzable.

Y así, de repente, el frío desaparece. Meto la cabeza bajo el agua, tragando líquido, y dejo que la corriente me arrastre en la dirección que quiera. Con la cabeza bajo el agua, casi puedo comprender su idioma, el sonido balbuceante, como un gorgoteo. Sumergida, escucho cómo el arroyo pronuncia el nombre que me he esforzado en olvidar: *Alex, Alex, Alex*. También oigo cómo se lleva el nombre lejos de mí. Salgo del arroyo temblando y riendo, y me visto mientras me castañetea los dientes, con las uñas ribeteadas de azul.

—Nunca antes te había oído reír —comenta Raven una vez que me he puesto la ropa. Lleva razón. No me había reído desde que llegué a la Tierra Salvaje. Es una sensación tontamente maravillosa—. ¿Estás lista?

—Sí —respondo.

Ese primer día cargo un solo cubo cada vez, agarrándolo con las dos manos. Se me cae agua al avanzar, y yo juro y maldigo. Un pequeño avance, deposito el cubo, vuelvo por el otro. Avanzo algunos metros. Luego, pausa, descanso, jadeo.

Raven se adelanta. De vez en cuando hace una parada, deja sus cubos, arranca trozos de corteza de los árboles y los tira por el sendero para que encuentre el camino cuando se ha alejado demasiado y no la veo. Vuelve media hora después, con una taza de metal llena de agua potabilizada y un retal de algodón lleno de almendras y pasas. El sol ya está alto y brillante y su luz penetra entre los árboles como una cuchilla.

Raven se queda conmigo, aunque en ningún momento me ofrece ayuda. Tampoco se la pido. Me mira impasible, con los brazos cruzados, mientras yo recorro mi lento y doloroso trayecto por el bosque.

Recuento final: dos horas y tres ampollas en las palmas, una del tamaño de una cereza. Los brazos me tiemblan tanto que apenas puedo llevármelos a la cara cuando intento enjuagarme el sudor. Un corte rojo en una mano, donde el asa de

metal de uno de los cubos me ha abierto la piel.

Durante la cena, Tack me sirve una enorme cantidad de arroz con alubias y, aunque apenas puedo sostener el plato por las ampollas y a Squirrel se le ha quemado el arroz, que está marrón y crujiente por la parte de abajo, me parece que es lo mejor que he comido desde que vine a la Tierra Salvaje.

Después de cenar, me siento tan cansada que me quedo dormida con la ropa puesta, casi en cuanto apoyo la cabeza contra la almohada, y por eso se me olvida pedirle a Dios, en mis oraciones, que no me deje despertar.

Solo a la mañana siguiente me doy cuenta de qué día es: veintiséis de septiembre.

A Hana le hicieron la operación ayer.

Hana se ha ido.

No he llorado desde que Álex murió.

Álex está vivo.

Eso se convierte en mi mantra. Es lo que me repito cada día a medida que emerjo al amanecer oscuro y a la niebla, y comienzo, lenta y concienzudamente, a entrenarme otra vez.

Si soy capaz de llegar corriendo hasta el antiguo banco, con los pulmones que me estallan y los muslos temblorosos, entonces Álex estará vivo.

Primero son solo quince metros; luego, veinte; luego, dos minutos seguidos; luego, cuatro.

Si consigo llegar hasta aquel árbol, Álex volverá.

Álex está justo más allá de esa colina; si consigo llegar arriba sin detenerme, estará allí.

Al principio, tropiezo y casi me tuerzo el tobillo media docena de veces. No estoy acostumbrada a este paisaje accidentado, lleno de basura, y apenas distingo los obstáculos a la luz baja y turbia del alba. Pero mi vista mejora o mis pies se aprenden el camino, y algunas semanas después me acostumbro a los planos y ángulos del terreno y a la geometría de todas estas calles y edificios rotos, y consigo recorrer toda la calle mayor sin mirar al suelo.

Y después llego más lejos, y más rápido.

Álex está vivo. Un esfuerzo más, solo el sprint final, y ya verás.

Cuando Hana y yo estábamos en el equipo de cross, solíamos motivarnos con este tipo de juegos mentales. Correr es una disciplina de la mente más que otra cosa. Uno vale tanto como su entrenamiento, y tu entrenamiento vale solo lo que tu fuerza mental. *Si consigues hacer los doce kilómetros sin caminar, sacarás un diez en los exámenes de Historia.* Nos solíamos decir la una a la otra ese tipo de cosas. A veces funcionaba; otras veces, no. A veces, riendo, nos rendíamos en el kilómetro diez: « ¡Vaya! A la mierda la nota de Historia ».

Esa es la cuestión: en realidad, no nos importaba. Un mundo sin amor es también un mundo donde no hay nada en juego.

Álex está vivo. Un poco más, más, más. Corro hasta que se me hinchan los pies, hasta que me sangran los dedos y me salen ampollas. Raven me riñe mientras me prepara cubos de agua fría para que ponga los pies en remojo, me dice que tenga cuidado y me advierte del riesgo de infección. Los antibióticos no se consiguen fácilmente por aquí.

La mañana siguiente, me envuelvo los dedos en trapos antes de meterlos en las zapatillas y vuelvo a correr. Si eres capaz, solo un poco más lejos, solo un poco más deprisa, ya verás, ya verás, ya verás. Álex está vivo.

No estoy loca. Ya sé que no está vivo, no de verdad. En cuanto acabo de correr y vuelvo cojeando hacia la cripta de la iglesia, me doy cuenta de la verdad: la estupidez de todo esto, el sinsentido. Álex se ha ido y, por mucho que corra, que me esfuerce o que sangre, no va a volver.

Lo sé. Pero cuando estoy corriendo, hay siempre una fracción de segundo en que el dolor me parte por la mitad, casi no puedo respirar y todo lo que veo es una mancha de color, y en esa décima de segundo, justo cuando el dolor alcanza su punto culminante y se hace imposible y noto cómo me atraviesa algo blanco, entonces veo algo a mi izquierda, un parpadeo de color (pelo castaño, intenso, como una corona de hojas), y entonces sé también que si volviera la cabeza, él estaría ahí, riendo, mirándome, con los brazos abiertos hacia mí.

Nunca vuelvo la cabeza para mirar, claro. Pero un día lo haré. Un día miraré y él estará de vuelta, y todo irá bien.

Mientras tanto, corro.

ahora

Después de la reunión de la ASD, sigo a la muchedumbre que sale a la luz de la primavera temprana. La energía sigue ahí, latiendo en todos nosotros, pero a la luz del sol y con el frío resulta más mezquina, tiene un filo más duro; es un impulso para destruir.

Hay varios autobuses esperando en la acera, y las colas para subir describen un zigzag que sube por las escaleras del Javits Center. Llevo media hora esperando y ya he visto volver tres veces los autobuses cuando me doy cuenta de que me he dejado uno de los guantes en el salón de actos. Consigo no ponerme a maldecir. Estoy rodeada de curados y no quiero levantar sospechas.

Como me faltan solo veinte personas para llegar a la cabeza de la fila, por un momento me planteo dejar el guante. Pero los últimos seis meses me han enseñado mucho sobre la escasez: en la Tierra Salvaje es prácticamente un pecado el desperdiciar y, además, casi siempre trae mala suerte. «Si malgastas hoy, mañana te faltarán»: otro de los mantras favoritos de Raven.

Me salgo de la fila, lo que atrae miradas confusas y ceños fruncidos, y vuelvo escaleras arriba hacia las puertas de cristal esmerilado. El regulador que se ocupaba del detector de metales ya se ha ido, aunque ha dejado una radio portátil enchufada y medio vaso de café sin la tapa. La mujer que comprobó mi tarjeta de identidad también se ha ido, y han retirado la mesa plegable de los folletos de la ASD. Las luces superiores están apagadas y, en la penumbra, el vestíbulo parece incluso más amplio de lo normal.

Al abrir de un empujón las puertas del salón, por un instante me siento desorientada. De repente veo la cima enorme de una montaña cubierta de nieve, como si yo cayera hacia ella desde arriba. La foto está proyectada, enorme, en la pantalla donde antes se encontraba la cara ampliada de Julián Fineman. El resto del salón está a oscuras, y la imagen es vívida y definida. Distingo un denso anillo de árboles en la base, como pelo negro, y unos picos afilados como cuchillos en la cumbre coronada de encaje blanco. Me quedo sin aliento. Es hermoso.

Luego, la imagen cambia. Esta vez contemplo una playa de arena pálida y un

océano como un remolino verde y azul. Avanzo hacia el interior de la sala conteniendo un grito. No he vuelto a ver el mar desde que me fui de Portland.

La imagen cambia otra vez. Ahora la pantalla está llena de árboles enormes que se elevan hacia el cielo, apenas visible por el dosel que forman las gruesas ramas. La luz del sol se refleja en ángulos agudos sobre los troncos rojizos y la vegetación de flores y rizados helechos verdes. Sigo avanzando, encantada, embelesada, y me tropiezo con una de las sillas metálicas plegables. Al momento, una persona se levanta en la primera fila y una silueta en sombra aparece flotando en la pantalla, ocultando parte del bosque. La pantalla se queda en blanco y se encienden las luces: la silueta es Julián Fineman. En la mano tiene un control remoto.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta enérgicamente. Claramente, le he pillado con la guardia baja—. La reunión ha terminado —añade sin esperar respuesta.

Por debajo de esa actitud agresiva, noto algo más: vergüenza. Y estoy segura, en ese momento, de que este es el secreto de Julián Fineman: se sienta en la oscuridad y se imagina en otros lugares. Mira fotos hermosas.

Me quedo tan sorprendida que apenas pudo soltar, tartamudeando:

—Yo. Se me ha perdido un guante.

Julián aparta la mirada y aprieta el mando a distancia. Cuando sus ojos vuelven a posarse en los míos, ha recuperado la compostura y la cortesía.

—¿Dónde estabas sentada? —me pregunta—. Puedo ayudarte a buscarlo.

—No —suelto en voz demasiado alta. Sigo en estado de shock. El aire entre nosotros sigue estando cargado, es inestable, como durante la reunión. Una parte profunda de mí sufre. Ver esas imágenes, ese océano aumentado en la enorme pantalla, me ha hecho sentir como si pudiera caer por el espacio y llegar al bosque, o lamer la nieve de esa cumbre igual que si fuera nata montada. Ojalá pudiera pedirle que apagara las luces y me las mostrara de nuevo.

Pero él es Julián Fineman, es todo lo que odio, y no voy a pedirle nada.

Me desplazo rápidamente adonde estaba sentada durante la reunión. Él me observa todo el rato sin moverse. Se queda ahí totalmente quieto, ante la pantalla en blanco. Solo sus ojos se mueven, están vivos. Puedo sentirlos en mi nuca, en mi espalda, enredados en mi pelo. Encuentro el guante sin dificultad, lo recojo del suelo y lo enarboló bien alto para que lo vea.

—Lo he encontrado —digo, evitando cuidadosamente sus ojos. Me dirijo apresurada a la salida, pero me detiene con una pregunta.

—¿Cuánto tiempo llevabas ahí?

—¿Cómo?

Me vuelvo otra vez a mirarle. Su rostro en este momento resulta carente de expresión, imposible de leer.

—¿Cuánto tiempo llevabas ahí detrás? ¿Cuántas imágenes has visto?

Dudo, preguntándome si es una especie de prueba.

—He visto la montaña —digo por fin.

Se mira los pies y luego sube la vista. Incluso desde lejos me sobresalta la claridad de sus ojos.

—Estamos buscando fortalezas —comenta alzando la barbilla, como si esperara que yo le contradijera—. Campamentos de inválidos. Estamos usando todo tipo de técnicas de vigilancia.

Vale, otro hecho probado: Julián Fineman es un mentiroso.

Al mismo tiempo, es un síntoma de progreso que alguien como él use siquiera la palabra *inválido*. Hace dos años, se suponía que los inválidos ni siquiera existían. Se creía que habíamos sido exterminados durante la gran campaña de bombardeo. Éramos un mito, como los unicornios y los hombres lobo.

Eso fue antes de los incidentes, antes de que la Resistencia comenzara a hacerse notar con más fuerza, hasta el punto en que se hizo imposible ignorar su existencia.

Me obligo a sonreír.

—Espero que los encontréis —digo—. Espero que los encontréis a todos y cada uno de ellos.

Julián asiente con la cabeza.

Al volverme, añado:

—Antes de que ellos os encuentren a vosotros.

Su voz suena cortante.

—¿Qué has dicho?

Le lanzo una mirada por encima del hombro.

—Antes de que nos encuentren a nosotros —respondo. Abro las puertas de un empujón, y luego dejo que se cierren a mi espalda.

Cuando llego de vuelta a Brooklyn, ya se ha puesto el sol. El apartamento está frío. Las persianas están echadas y sólo hay una luz encendida en el recibidor. Sobre el aparador de la entrada hay un montón de cartas.

NADIE ESTARÁ A SALVO HASTA QUE TODOS ESTÉN CURADOS, dice el primer sobre en nítida letra de imprenta, encima de nuestra dirección. Luego, debajo: POR FAVOR, APOYE A LA ASD.

Junto al correo hay una pequeña bandeja de plata con nuestros documentos de identificación. Hay dos tarjetas de identidad colocadas una junto a la otra: Rebecca Ann Sherman y Thomas Clive Sherman, ambos con caras serias en sus retratos oficiales, mirando directamente al frente. Rebecca tiene el cabello negro como el carbón, con la raya perfectamente trazada, y grandes ojos verdes. Thomas lleva el pelo tan corto que resulta difícil saber de qué color es. Tiene los ojos semi-cerrados, como si estuviera a punto de dormirse.

Bajo las tarjetas están sus documentos, unidos con un clip. Si alguien los hojeara, podría enterarse de todos los hechos relevantes de sus vidas: fechas y lugares de nacimiento, padres y abuelos, sueldos, notas escolares, incidentes de

desobediencia, evaluaciones y notas finales, fecha y lugar de su ceremonia de boda, todas sus direcciones anteriores.

Por supuesto, Rebecca y Thomas no existen en realidad, como tampoco existe Lena Morgan Jones: una muchacha de rostro delgado, que tampoco sonríe en su tarjeta oficial de identidad. Coloco mi tarjeta junto a la de Rebecca. Nunca se sabe cuándo podría haber una redada o un censo. Más vale no tener que andar buscando los documentos. Más vale que nadie se ponga a fisgar por aquí.

Hasta que llegué a Nueva York no comprendí la obsesión de Raven por el orden en la Tierra Salvaje: todas las superficies deben tener el aspecto adecuado. Deben estar pulidas. No deben tener migas.

De esa forma no hay rastro que seguir.

En el salón, las cortinas están cerradas. Así se conserva el calor y se mantienen alejados los ojos curiosos: de los vecinos, de los reguladores, de las patrullas que pasan. En Zombilandia siempre hay alguien vigilando. La gente no tiene nada más que hacer. No piensa. No siente pasión, ni odio, ni tristeza. No sienten nada más que miedo y deseo de controlar. Así que vigilan, fisgan, husmean.

En la parte de atrás del apartamento está la cocina. Colgadas en la pared, sobre la mesa, hay una fotografía de Thomas Fineman y otra de Cormac T. Holmes, el científico a quien se atribuye la primera cura que se llevó a cabo con éxito.

Más allá de la cocina hay una especie de pequeña alcoba que sirve de despensa. Está cubierta de baldas estrechas y llena a rebosar de comida. El recuerdo de haber pasado hambre es difícil de olvidar, y todos nos hemos convertido en unos acaparadores en secreto. Llevamos barritas de cereales en el bolso y nos llenamos los bolsillos con sobres de azúcar.

Nunca se sabe cuándo puede volver el hambre.

Una de las tres paredes de la despensa es, en realidad, una puerta oculta. La abro suavemente y aparece ante mis ojos un tramo de bastos peldaños de madera. Una luz mortecina ilumina el sótano y me llega el sonido entrecortado de voces. Raven y Tack están discutiendo; nada nuevo. Oigo que Tack dice con tono de reproche:

—Es que no entiendo por qué no podemos ser sinceros unos con otros. Se supone que estamos del mismo lado.

—Ya sabes que eso es muy poco realista, Tack—responde Raven cortante—. Es mejor así. Tienes que fiarte de mí.

—Tú eres la que no se fía.

La voz se corta de repente cuando cierro la puerta a mi espalda con bastante ruido, para que sepan que estoy ahí. Detesto oírlos pelear. Nunca había oído discutir a adultos hasta que escapé a la Tierra Salvaje, aunque con el tiempo me he ido acostumbrando. He tenido que hacerlo. Da la sensación de que siempre

están riñendo por algo.

Bajo las escaleras. Al verme, Tack se aparta y se pasa una mano por los ojos. Raven dice bruscamente:

—Llegas tarde. La reunión ha terminado hace horas. ¿Qué ha pasado?

—He perdido la primera tanda de autobuses —antes de que se ponga a echarme un sermón, continúo hablando rápidamente—. Me había olvidado un guante y me ha tocado volver a buscarlo. He hablado con Julián Fineman.

—¿Qué? —estalla Raven, y Tack suspira y se frota la frente.

—Nada, apenas un minuto —casi les cuento lo de las imágenes y, en el último momento, decido no hacerlo—. Tranquila. No ha pasado nada.

—Nada de tranquila, Lena —gruñe Tack—. ¿Qué te habíamos dicho? Se trata de mantenerse en todo momento fuera del radar.

A veces me parece que Tack y Raven se toman sus papeles de Thomas y Rebecca, tutores rigurosos, un poco demasiado en serio, y tengo que luchar contra el impulso de poner los ojos en blanco.

—No ha sido nada importante —insisto.

—Todo es importante. ¿No lo entiendes? Nosotros.

Raven le corta:

—Sí lo entiende. Lo ha escuchado miles de veces. Déjala tranquila, ¿vale?

Tack la contempla en silencio durante un momento. Su boca es una fina línea blanca. Raven le devuelve la mirada con firmeza. Sé que están enfadados por otras cosas, no solo por mí, pero de todas formas siento una oleada cálida de culpabilidad. Estoy empeorando la situación.

—Eres increíble —murmura Tack lentamente; creo que no desea que yo lo oiga.

Luego pasa junto a mí y sube las escaleras.

—¿Adónde vas? —pregunta Raven con tono exigente, y durante un instante algo arde en sus ojos, una especie de necesidad o de miedo. Pero desaparece antes de que pueda identificarlo.

—Voy a salir —dice Tack sin detenerse—. Aquí no hay aire. No puedo respirar.

Luego, dando un empujón, se abalanza dentro de la despensa. La puerta se cierra en lo alto de la escalera, y Raven y yo nos quedamos solas.

Durante un segundo permanecemos calladas. Luego, ella hace un gesto con la mano y suelta una risita.

—No le hagas caso —dice—. Ya sabes cómo es.

—Sí —digo, sintiéndome incómoda. La pelea ha enrarecido el ambiente.

Tack llevaba razón: el sótano tiene un ambiente pesado, grumoso. Normalmente, este lugar secreto es mi parte favorita de la casa, y también lo es para Raven y Tack. Es el único sitio donde podemos quitarnos nuestra piel falsa, nuestros nombres falsos, nuestros pasados falsos.

Al menos este cuarto parece habitado. La parte de arriba tiene el aspecto de una casa normal, huele como una casa normal y está llena de las cosas normales de una casa, pero de algún modo es incorrecta. Es como si estuviera inclinada algunos centímetros.

Al contrario que el resto del piso, el sótano es un desastre. Raven no es capaz de limpiar y ordenar todo lo que Tack es capaz de acumular y revolver. Libros, libros de verdad, libros prohibidos, libros viejos, amontonados por todas partes. Tack los colecciona. Los almacena como los demás acumulamos comida. He intentado leer algunos, solo para enterarme de cómo eran las cosas antes de la cura y de las alambradas, pero me produce dolor imaginármelo: toda aquella libertad, todos aquellos sentimientos, tanta vida. Es mejor, mucho mejor, no pensar demasiado en ello.

A Álex le encantaban los libros. Fue el primero que me enseñó la poesía. Esa es otra razón por la cual ya no soy capaz de leer.

Raven suspira y se pone a ordenar algunos papeles amontonados de cualquier manera en una desvencijada mesa de madera situada en el centro del cuarto.

—Es esa maldita concentración —dice—. Hace que todo el mundo esté nervioso.

—¿Qué pasa? —inquiero.

No hace caso de la pregunta.

—Es lo mismo de siempre. Hay rumores de disturbios. La red clandestina dice que van a aparecer los carroñeros, que intentarán montar una buena. Pero no se sabe nada seguro.

Su voz adopta un aire duro. A mí no me gusta ni siquiera pronunciar la palabra *carroñeros*. Me deja mal sabor de boca, como de algo podrido, un gusto a ceniza. Todos nosotros, los inválidos, la Resistencia, odiamos a los carroñeros. Nos dan mala fama. Estamos de acuerdo en que echarán a perder mucho de lo que tratamos de conseguir; ya lo han hecho. Los carroñeros son inválidos como nosotros, pero no luchan por nada. Nosotros queremos acabar con las vallas y terminar con la cura. Los carroñeros quieren acabar con todo, quemarlo todo hasta convertirlo en polvo, robar y matar y prenderle fuego al mundo.

Solo me he encontrado una vez con un grupo de carroñeros, pero sigo teniendo pesadillas.

—No serán capaces de llevarlo a cabo —digo intentando parecer segura de mí misma—. No están organizados.

Raven se encoge de hombros.

—Eso espero.

Apila unos libros sobre otros, asegurándose de que las esquinas se correspondan. Durante un segundo me asalta la tristeza: Raven, ahí de pie entre tanto desorden, ordenando libros como si significara algo, como si sirviera de algo.

—¿Puedo ayudarte?

—No te preocupes —me lanza una sonrisa un poco tensa—. Ese es mi trabajo, ¿vale?

Otra de sus frases hechas. Al igual que cuando insiste en que el pasado ha muerto, esto se ha convertido en una especie de mantra. *Yo me ocupo, tú haz lo que yo te diga*. Todos necesitamos mantras, supongo, dichos que nos repetimos para seguir avanzando.

—Vale.

Por un instante nos quedamos ahí y me siento rara. En algunas cosas Raven es como mi familia —lo que más se aproxima a una familia—, pero en otras ocasiones me doy cuenta de que no la conozco mejor que en agosto, cuando me encontró. Sigo sin saber quién era antes de llegar a la Tierra Salvaje. Ha cerrado esa parte de sí misma, la ha doblado y la ha escondido en algún lugar profundo e inalcanzable.

—Vamos —señala con la cabeza hacia la escalera—. Es tarde. Deberías comer algo.

Al subir los peldaños, rozo con los dedos la matrícula metálica que hemos pegado en la pared. La encontramos en la Tierra Salvaje, medio enterrada en el barro y la nieve casi derretida durante el traslado. En aquel momento veíamos la muerte de cerca, estábamos agotados y muertos de hambre, enfermos y congelados.

Bram fue el que la vio primero y, cuando la levantó del suelo, el sol se abrió paso a través de la cubierta de nubes y el metal relució de repente con un brillo claro, casi hasta cegarme, por lo que apenas pude leer las palabras grabadas bajo el número.

Palabras antiguas, palabras que casi me hicieron caer de rodillas.

Vive libre o muere.

Cuatro palabras. Quince letras. Crestas, bultos, volutas bajo las yemas de mis dedos.

Otro dicho. Nos aferramos a él, y nuestra fe lo vuelve realidad.

entonces

Cada día hace más frío. Por las mañanas, la hierba está cubierta de escarcha. El aire me hace daño en los pulmones cuando corro, y los bordes del río están cubiertos por una fina capa de hielo que se quiebra en torno a nuestros tobillos cuando nos metemos en el agua con los cubos. El sol está aletargado y se hunde tras el horizonte cada día más temprano, tras un débil trayecto aguado por el cielo.

Estoy recuperando las fuerzas. Soy una roca que se erosiona lentamente por el roce del agua; soy un palo endurecido al fuego. Tengo las palmas y las plantas de los pies encallecidas, tan gruesas y duras como piedras. Nunca dejo de correr. Cada día me ofrezco voluntaria para traer el agua, aunque se supone que tenemos que rotar. Pronto consigo cargar los dos cubos y yo sola todo el trayecto hasta el campamento sin detenerme a hacer un solo descanso.

Álex pasa junto a mí, entrando y saliendo de las sombras, colándose entre los árboles de color amarillo y carmesí. En el verano tenía una silueta más definida: podía verle los ojos, el pelo, parte del brazo. A medida que las hojas van cayendo al suelo entre espirales y los árboles se quedan cada vez más desnudos, Álex se va convirtiendo en una sombra negra que aletea al borde de mi mirada.

También aprendo. Hunter me enseña cómo nos llegan los mensajes, cómo los simpatizantes del otro lado nos alertan de la llegada de un cargamento.

—Vamos —me insta una mañana después del desayuno. Blue y yo estamos en la cocina lavando los platos. La niña nunca se ha abierto a mí. Contesta mis preguntas con simples movimientos de cabeza. Su pequeño tamaño, su timidez, lo fino de sus huesos. Cuando estoy con ella, no puedo evitar acordarme de Grace.

Por eso la evito siempre que puedo.

—¿Adónde? —le pregunto.

Sonríe.

—¿Se te da bien trepar?

La pregunta me intriga.

—Más o menos —me sorprende acordarme de repente de cuando escalé la alambrada fronteriza con Álex. Enseguida la sustituyo por otra imagen; trepo

entre las ramas frondosas de uno de los grandes arces de Deering Oaks Park. El pelo rubio de Hana aparece por entre las capas de verde. Da vueltas en torno al tronco, animándome para que suba más arriba.

Pero en ese momento tengo que apartarla del recuerdo. Aquí, en la Tierra Salvaje, he aprendido a hacer eso. La borro de mi mente: su voz, el brillo de su pelo. Dejo solo la sensación de la altura, las hojas que se mueven, la hierba verde por debajo.

—Entonces es hora de enseñarte los nidos —dice Hunter.

No me seduce la idea de salir al exterior. Anoche hacía un frío paralizante. El viento aullaba entre los árboles, se colaba por las escaleras y entraba por cada grieta hasta alcanzar todos los rincones de la madriguera con dedos largos y gélidos. Esta mañana, después de correr, he vuelto medio congelada, con los dedos entumecidos, ateridos e insensibles. Pero los nidos me inspiran curiosidad; he oído a los otros habitantes del hogar usar esa palabra y estoy deseando alejarme de Blue.

—¿Puedes acabar tú sola? —le pregunto, y ella asiente mordiéndose el labio inferior. Grace también solía hacer ese gesto cuando estaba nerviosa. Me siento muy culpable. No es culpa suya que me recuerde a Grace.

No es culpa suya que yo dejara atrás a Grace.

—Gracias, Blue —digo, y le pongo una mano en el hombro. Siento como tiembla ligeramente bajo mis dedos.

El frío es un muro, una fuerza física. Entre la colección de ropas he conseguido encontrar un viejo anorak, pero me viene demasiado grande y no impide que se me congelen las manos y el cuello. El viento se desliza por el interior hasta que se me entumece el corazón en el pecho. El suelo está helado y la hierba escarchada cruje bajo nuestros pies. Caminamos deprisa para conservar el calor. Nuestro aliento forma nubecitas de vaho.

—¿Por qué no te cae bien Blue? —me pregunta Hunter de improviso.

—Sí me cae bien —replico rápidamente—. Bueno, la verdad es que ella no me habla, pero —me interrumpe—. ¿Es tan evidente?

Se ríe.

—O sea, que no te cae bien.

—Lo que pasa es que me recuerda a alguien, eso es todo —contesto con brusquedad, y Hunter se pone serio.

—¿De antes? —pregunta.

Asiento, y él alarga la mano y me aprieta ligeramente el codo, para indicar que me entiende. Hunter y yo hablamos de todo menos de antes. De todos los habitantes del hogar, es con el que me llevo mejor. Nos sentamos juntos en la cena y a veces nos quedamos charlando después, hasta que el aire del cuarto se desdibuja con el humo del fuego agonizante.

Hunter me hace reír, aunque durante mucho tiempo pensé que no volvería a

hacerlo.

No me ha sido fácil sentirme cómoda con él. Me ha resultado duro dejar de lado todas las lecciones que había aprendido en el otro lado, en Portland, advertencias que me habían repetido hasta la saciedad todas las personas a las que admiraba y en las que confiaba.

Me habían enseñado que la enfermedad crecía en el espacio entre hombres y mujeres, entre chicos y chicas, que se transmitía por el contacto, por las miradas y las sonrisas, y arraigaba en su interior al igual que el moho que pudre un árbol desde dentro hacia fuera.

Pero Hunter es un amigo, nada más, y cuando estoy con él nunca tengo miedo.

Ahora nos dirigimos hacia el norte, lejos del hogar. Es temprano y el bosque está silencioso. Solo se oye el sonido de nuestros zapatos sobre la gruesa capa de hojas muertas. No ha llovido desde hace varias semanas. Los bosques están sedientos. Es curioso cómo he aprendido a sentir el bosque, a entenderlo: sus estados de ánimo y sus rabietas, sus explosiones de alegría y color; es tan distinto de los parques cuidadosamente mantenidos de Portland. Aquellos espacios verdes eran como animales en el zoológico: enjaulados y, de alguna forma, sometidos. La Tierra Salvaje está viva, es hermosa y muy temperamental. A pesar de las privaciones de esta vida, me doy cuenta de que estoy comenzando a amar este lugar.

—Casi hemos llegado —declara Hunter mientras señala hacia la izquierda con la cabeza. Más allá de las ramas desnudas, veo un alambre de pinchos enrollado en lo alto de una valla y siento un zarpazo de miedo, caliente y repentino. No me había dado cuenta de que habíamos llegado tan cerca de la frontera. Debemos de estar bordeando el límite de Rochester—. No te preocupes —alarga la mano y me aprieta el hombro—. En esta parte de la barrera no hay patrullas.

Ya llevo un mes y medio en la Tierra Salvaje y casi me había olvidado de las vallas. Es asombroso lo cerca que he estado, todo este tiempo, de mi antigua vida. Sin embargo, la distancia que me separa de ella es inmensa.

Nos volvemos a alejar de la alambrada. Pronto llegamos a una zona de árboles muy altos, con ramas grises desnudas y retorcidas como dedos artríticos. Parecen llevar muertos mucho tiempo.

Cuando se lo comento a Hunter, se limita a reír y mueve la cabeza.

—Nada de muertos —le da un golpecito a uno con los nudillos al pasar—. Solo están esperando su momento. Están almacenando energía. Acumulan toda su vida en lo más profundo, para el invierno. Cuando llegue el calor, volverán a florecer. Ya verás.

Me siento reconfortada por sus palabras. «Ya verás» significa: «Vamos a volver aquí». Significa: «Ya eres una de nosotros». Paso los dedos por el tronco

y siento la corteza seca que se descama bajo mis yemas. Es imposible imaginar que pueda quedar algo vivo bajo toda esa dureza, que algo fluya o se mueva.

Hunter se detiene tan de repente que casi me choco con él.

—Ya hemos llegado —dice sonriendo—. Estos son los nidos.

Señala hacia arriba. En lo alto de las ramas hay grandes marañas de palos y ramilletes, trozos de musgo y de matas trepadoras colgantes, todo entretejido hasta dar la sensación de que los árboles están coronados por una cabellera... y lo que es más raro: las ramas están pintadas.

Gotas de pintura azul y amarilla manchan la corteza y delicadas huellas de pájaro, también de colores, bailan en torno a los nidos.

—¿Pero qué...?

Veo un pájaro grande, del tamaño de un cuervo, que se dirige hacia un nido justo por encima de nosotros. Se detiene, nos observa. Todo el pájaro es negro excepto las patas, que están pintadas de un tono muy vivo azul claro. Lleva algo en el pico. Un momento después, vuela hasta el nido y comienza un coro de gorjeos.

—Azul —dice Hunter con aire satisfecho—. Eso es buena señal. Las provisiones llegarán hoy.

—No entiendo.

Me paseo bajo la red de nidos. Debe de haber cientos de ellos. En realidad, algunos están colgados entre ramas de árboles distintos, como formando un dosel. Aquí hace incluso más frío, el sol apenas llega a penetrar.

—Ven —dice Hunter—. Te lo enseñaré.

Se sube al árbol más cercano y trepa sin dificultad por el tronco, usando los abundantes salientes y ramas para apoyar manos y pies.

Le sigo con torpeza, imitando sus movimientos y agarrándome en los mismos sitios. Hace mucho tiempo que no subo a los árboles. Lo recuerdo como algo que hacía sin esfuerzo en la infancia: trepaba por las ramas sin pensar y encontraba inconscientemente los huecos y las grietas del árbol. Ahora me resulta difícil y doloroso.

Por fin consigo llegar a una de las ramas bajas más gruesas. Hunter está sentado a horcadas encima, esperándome. Me agacho detrás de él. Me tiemblan un poco las piernas, y él me sujeta por los tobillos para que no me caiga.

Los nidos están llenos de pájaros: montones de plumas oscuras y lisas y de chispeantes ojos negros. Saltan y picotean entre multitud de pequeñas semillas marrones, almacenadas para el invierno. Varios de ellos, molestos por nuestra llegada, vuelan hacia el cielo chillando y graznando.

Los nidos están pintados con la misma pintura azul vivo, una enmarañada red de huellas de cuando las aves pasan de un nido a otro.

—Sigo sin entender —digo—. ¿De dónde viene el color?

—Del otro lado —contesta Hunter, y noto el orgullo en su voz—. De

Zombilandia. En el verano crecen matas de arándanos al otro lado de la valla. Los pájaros buscan comida por allí. A lo largo de los años, los de dentro empezaron a alimentarlos con frutos y semillas, a mantenerlos a lo largo del invierno. Cuando tienen que enviarnos mensajes, colocan comedores de diferentes colores, con semillas y pintura a partes iguales. Los pájaros picotean esa mezcla y luego vuelan de regreso aquí para almacenar las semillas. Los nidos se colorean y recibimos el mensaje. Azul, amarillo, o rojo. Azul si todo va bien, si podemos esperar un cargamento. Amarillo si hay algún problema o retraso.

—¿Y no se mezclan los colores? —pregunto.

Hunter se gira con los ojos brillantes.

—Eso es lo maravilloso —dice, y señala con la cabeza en dirección a los nidos—. A los pájaros no les gusta el color. Atrae a los depredadores. Por eso están aseando los nidos. Cada día comienzan con la paleta en blanco.

Según estoy mirando, el pájaro del nido más cercano a nosotros escoge las ramitas de color azul y las separa del resto con el pico: está puliendo, cortando y limpiando, como alguien que arranca las malas hierbas de su jardín. Ante nuestros ojos, el nido se transforma en algo gris y pardo, de colores discretos.

—Es asombroso —comento.

—Es la naturaleza —la voz de Hunter adopta un tono serio—. Los pájaros alimentan, y luego anidan. Los puedes pintar de cualquier color que quieras y mandarlos al otro lado del mundo, pero siempre encontrarán un modo de volver. Y al final mostrarán su verdadero color una vez más. Eso es lo que hacen los animales.

Mientras habla, de repente me acuerdo de las redadas del verano pasado: cuando los reguladores uniformados irrumpieron en una fiesta ilegal, con bates de béisbol y porras, y usaron a los perros contra la multitud. Los animales soltaban espuma por la boca y enseñaban los dientes. Me acuerdo de un enorme charco de sangre en una pared, del sonido de cráneos quebrándose bajo el golpe de la madera dura. Bajo sus insignias y sus miradas inexpresivas, los curados están llenos de un odio que resulta más frío y también da más miedo. Están desprovistos de pasión, pero también carecen de empatía.

Bajo sus colores, ellos también son animales. No podría haberme quedado allí, nunca volveré. No me convertiré en uno de los muertos vivientes.

Hasta que regresamos al suelo y nos dirigimos al hogar, no caigo en lo que había dicho Hunter.

—¿Y qué significa el rojo? —pregunto.

Me mira sobresaltado. Llevamos un rato en silencio, ambos perdidos en nuestros pensamientos.

—¿Qué?

—El azul se refiere a los cargamentos. El amarillo es por si ha habido un

retraso. ¿Y qué significa el rojo, entonces?

Durante un momento me parece ver miedo en sus ojos y de golpe vuelvo a sentir frío.

—El rojo significa «huye» —dice.

Pronto comenzará el traslado en toda regla. Nos iremos todos, el hogar entero, en dirección al sur. Es una empresa ardua, y Raven y Tack pasan horas planeando, debatiendo y peleando. No es la primera vez que organizan un traslado, pero deduzco que todos fueron duros y peligrosos y que para Raven resultaron un fracaso.

Sin embargo, pasar los inviernos en el norte es todavía más penoso y está demostrando que resulta más peligroso aún, así que nos iremos. Raven insiste en que esta vez no morirá nadie. Todo el que salga del hogar llegará sano y salvo a nuestro destino.

—Eso no lo puedes garantizar —oigo que dice Tack una noche. Es tarde; me ha despertado el ruido de arcadas que viene de la enfermería. Ahora le toca a Lu.

Me he levantado de la cama y me he dirigido a la cocina a buscar agua cuando me doy cuenta de que Tack y Raven siguen ahí, iluminados por el resplandor atenuado del fuego. La cocina está oscura, llena de humo de la madera.

Me detengo en el pasillo.

—Nadie va a morir —repite Raven con testarudez. La voz le tiembla un poco.

Tack suspira. Se le nota cansado, y también algo más. Sensible. Preocupado. He llegado a pensar en él como si fuera un perro, todo ladrido y gruñidos. Sin nada de suavidad o de cariño.

—No puedes salvarlos a todos, Raven —dice.

—Puedo intentarlo —dice ella.

Me vuelvo a mi cuarto sin beber agua y me tapo con las mantas hasta la barbilla. El ambiente está lleno de sombras, de formas cambiantes que no puedo identificar.

Una vez abandonemos el hogar, habrá dos problemas esenciales: comida y cobijo. Hay otros campamentos, otros grupos de inválidos más al sur, pero los asentamientos son escasos y están separados por vastas extensiones de terreno descubierto. En otoño e invierno, la parte norte de la Tierra Salvaje es implacable: yerma y precaria, llena de animales hambrientos.

A lo largo de los años, los invitados que se desplazaban han trazado un itinerario. Han marcado los árboles con un sistema de agujeros y tajos de cuchillo para indicar la ruta más sencilla hacia el sur.

La próxima semana, un grupo de exploradores del hogar iniciará las expediciones preliminares. Seis irán caminando hasta nuestro siguiente campamento grande, que está a unos ciento veinte kilómetros hacia el sur,

llevarán consigo comida y pertrechos en mochilas. Cuando lleguen, enterrarán la mitad de los alimentos para que no se los coman los animales, y marcarán el sitio con un grupo de piedras. Dos volverán y los cuatro restantes avanzarán otros noventa kilómetros y enterrarán la mitad de lo que quede. De ellos, dos volverán al hogar.

El quinto explorador esperará allí mientras el sexto, con lo que quede de comida, sigue otros setenta kilómetros y deja las provisiones, luego, los dos volverán juntos al hogar, sobreviviendo con lo que consigan encontrar y cazando con trampas. Para entonces el resto habremos terminado los preparativos y lo tendremos todo empaquetado.

Cuando le pregunto a Raven por qué los campamentos están cada vez más cerca a medida que se llega al sur, apenas levanta la vista de lo que está haciendo.

—Ya lo verás —replica, cortante. Lleva el cabello sujeto con muchas trencitas pequeñas. Se lo ha peinado Blue y lo ha decorado con hojas doradas y bayas negras de cristobalina, que son venenosas.

—¿No sería mejor avanzar todo lo que podemos cada día? —insisto.

El tercer campamento está a unos ciento cincuenta kilómetros de nuestro destino final, aunque supongo que, según avancemos hacia el sur, encontraremos otros hogares, más caza y gente que compartirá su comida y alojamiento con nosotros.

Raven suspira.

—Para entonces estaremos débiles —dice por fin, enderezándose para mirarme—. Estaremos hambrientos y tendremos frío. Probablemente nevará. Te digo que la Tierra Salvaje te absorbe la energía. No es como cuando sales a dar una de tus carreritas matutinas. No se puede hacer mayor esfuerzo. Yo he visto... —se interrumpe moviendo la cabeza, como para apartar un recuerdo— tenemos que tener mucho cuidado —concluye.

Me siento tan ofendida que por un momento no puedo hablar. Raven las ha llamado «carreritas», como si fueran una especie de juego. Pero ahí me he dejado fragmentos de mí misma, piel, sangre, sudor y vómito, trozos de Lena Haloway, que se han ido deshaciendo poco a poco, esparcidos en la oscuridad.

Raven nota que me ha sentado mal.

—Ayúdame con esto, ¿vale? —pregunta. Está confeccionando bolsitas de emergencia, una para cada habitante del hogar, con aspirinas, tiritas y toallitas antibacterianas. Lo apila todo en el centro de un cuadrado de tela de una sabana vieja, luego lo dobla para hacer una bolsa y la ata con un trozo de alambre—. Tengo los dedos tan gordos que no hago más que enredarme con todo.

No es cierto, tiene los dedos tan finos como el resto de su cuerpo, y sé que está intentando que me sienta mejor. Pero contesto:

—Sí, claro.

Casi nunca pide ayuda, así que cuando la pide, se la das.

Los exploradores acabarán agotados. Aunque llevarán la carga de toda la comida, es para conservarla, no para comérsela, y solo gastarán un poco para sí mismos. El último explorador, el que va a recorrer los trescientos veinte kilómetros, tiene que ser el más fuerte. Sin debatirlo ni hablar de ello, todo el mundo sabe que será Tack.

Una noche, consigo reunir el valor para abordarle. Está de un humor raro. Hoy Bram ha traído tres conejos que habían caído en las trampas, y por una vez todos hemos comido hasta llenarnos.

Después de la cena, Tack se sienta junto al fuego para liarse un cigarrillo. No alza la mirada mientras me aproximo.

—¿Qué? —pregunta, abrupto como siempre, pero su voz sostiene el filo habitual.

—Quiero ser una de los exploradores.

Llevo toda la semana dándole vueltas. He escrito mentalmente discursos completos, pero en el último momento no me salen más que esas pocas palabras.

—No —responde Tack sin más miramientos. Y así, sin más toda mi preocupación, mis planes y mis estrategias se quedan en nada.

—Soy rápida —digo—. Soy fuerte.

—No lo suficiente.

—Quiero ayudar —insisto, consciente de la queja que desprende mi voz, de que me parezco a Blue cuando le da una de sus escasas rabiets.

Tack pasa la lengua por el papelillo y luego cierra el cigarro con unos cuantos giros expertos de los dedos. Alza la vista hacia mí y en ese instante me doy cuenta de que él nunca me mira. Sus ojos son astutos, evaluadores, llenos de mensajes que no comprendo.

—Hasta luego —dice. Sin más, se pone de pie, pasa a mi lado y sube la escalera.

ahora

La mañana de la concentración hace un calor impropio de esa época del año. La poca nieve que continúa en el suelo y en los tejados se deshace en arroyos que se cuelan por las alcantarillas, y gotea de las farolas y de las ramas de los árboles. Hay una luz cegadora. Los charcos del suelo parecen metal pulido, un espejo perfecto.

Raven y Tack me acompañan al mitin, aunque me han advertido de que en realidad no se van a quedar conmigo. Mi trabajo es mantenerme cerca del escenario. Tengo que vigilar a Julián antes de que se dirija hacia el Columbia Memorial, en el distrito residencial, donde se le hará la intervención.

—Pase lo que pase, no le quites los ojos de encima —me ha instruido Raven—. Pase lo que pase, ¿vale?

—¿Por qué? —pregunto, sabiendo que mi pregunta no será contestada. A pesar de que oficialmente soy un miembro de la Resistencia, prácticamente no sé nada de cómo funciona ni de lo que se supone que hacemos.

—Porque lo digo yo.

Muevo los labios al mismo tiempo que ella y coreo sus palabras sin emitir ningún sonido, mientras me mantengo de espaldas para que no me vea.

Curiosamente, en las paradas de autobús hay largas colas. Dos reguladores distintos reparten los números a los pasajeros que esperan: Raven, Tack y yo iremos en el 5, cuando llegue. Hoy la ciudad ha cuadruplicado el transporte público. Se esperarán veinticinco mil personas en la manifestación, de las cuales unas cinco mil serán miembros de ASD, y el resto espectadores y curiosos.

También estarán allí mucho de los grupos que se oponen a la ASD y a la idea de una operación temprana, lo que incluye a gran parte de la comunidad científica. La intervención aún no es segura para los niños, alegan y puede derivar en defectos sociales tremendos: una nación de locos e imbéciles. La ASD alega que su cautela es excesiva. Las consecuencias positivas, dicen, superan con mucho a los riesgos. Y si es necesario, lo que haremos será ampliar nuestras prisiones para meter en ellas a los defectuosos, fuera de la vista.

—Muévanse, muévanse.

El regulador de delante nos dirige hacia el autobús. Avanzamos ordenadamente, mostrando nuestra tarjeta de identidad y volviendo a enseñarla de nuevo al subir al vehículo. Me viene a la cabeza la imagen de un rebaño de animales que camina pesadamente, con la cabeza baja.

Raven y Tack no se hablan, deben haber tenido otra pelea. Noto entre ellos una tensa electricidad que no me ayuda a calmar la desazón que siento. Raven encuentra dos sitios vacíos al fondo, pero sorprendentemente, Tack se sienta junto a mí.

—¿Qué haces? —pregunta ella, enérgica, inclinándose hasta adelante. Tiene que ir con cuidado de hablar en voz baja. Las personas curadas no discuten. Ese es uno de los beneficios de la operación.

—Quiero asegurarme de que Lena está bien —musita él como respuesta.

Alarga la mano y toma la mía, apenas un contacto rápido. Una mujer sentada al otro lado del pasillo nos mira con curiosidad.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —respondo, pero mi voz suena ahogada. Durante la mañana no estaba intranquila en absoluto. Ellos han sido los que me han puesto nerviosa. Obviamente están preocupados por algo, y creo saber qué es. Deben de creer que los rumores sobre los carroñeros son ciertos; que van a montar algo, que intentarán impedir la concentración por algún medio.

Ni siquiera cruzar el puente de Brooklyn surte el efecto habitual de tranquilizarme. Por primera vez, está atascado por el tráfico: coches particulares y autobuses que llevan gente al mitin.

A medida que nos aproximamos a Times Square, me voy poniendo más nerviosa. No he visto tanta gente junta en mi vida. Nos toca bajarnos en la Treinta y Cuatro porque los autobuses no pueden avanzar más. Las calles están abarrotas: un manchón enorme de gente, un río de color. También hay reguladores, oficiales y voluntarios que llevan uniformes inmaculados, además de miembros de la guardia armada, situados muy tiesos en filas, mirando fijamente al frente como soldaditos de juguete alineados a punto de desfilar. Solo que estos soldaditos, los de verdad, llevan enorme pistolas, con cañones que brillan a la luz del sol.

En cuanto me uno a la multitud, me empujan y me zarandean por todas partes. Aunque Raven y Tack están detrás de mí, los pierdo de vista unas cuantas veces entre la gente. Ahora no veo por qué me han dado instrucciones con anterioridad. No hay forma de que pueda mantenerme cerca de ellos.

Hay un ruido espantoso. Los reguladores usan sus silbatos para dirigir el flujo de peatones, y oigo en la distancia tambores y gente que corea eslóganes. La manifestación no empieza oficialmente hasta dentro de dos horas, pero ya me parece distinguir el sonsonete del eslogan de la ASD: *En los números hay seguridad y de nada carecemos...*

Avanzamos lentamente hacia el norte por las amplias e interminables simas entre los edificios, apretados y contenidos por todos lados. La gente sale a los balcones para mirarnos. Veo cientos y cientos de estandartes blancos, pancartas de apoyo hacia la ASD, y apenas unos pocos de color esmeralda, de oposición.

—¡Lena! —me vuelvo; Tack se abre paso entre la masa de gente y me coloca un paraguas en la mano—. Dicen que va a llover más tarde.

El cielo es de un perfecto color azul pálido, veteado de finas nubes como mechones de cabello blanco.

—No creo —comienzo a decir.

—Cógelo —me interrumpe—. Confía en mí.

—Gracias.

Intento que mi voz suene amable; es raro que Tack sea tan atento. Él duda, se muerde la comisura de los labios. Le he visto hacer el mismo gesto cuando está trabajando en un puzle en el apartamento y no consigue encajar todas las piezas. Me parece que está a punto de decirme algo más, de darme algún consejo, pero solo comenta:

—Tengo que encontrar a Rebecca.

Tartamudea un poco al pronunciar el nombre oficial de Raven.

—Vale.

Ya la hemos perdido de vista. Guardo el paraguas en la mochila con dificultad. La gente de alrededor me mira mal porque apenas hay sitio para respirar, y mucho menos para quitarme la bolsa de la espalda. De repente me doy cuenta de que no hemos quedado después de la concentración. No sé dónde se supone que voy a encontrarme con ellos.

—Oye.

Alzo la vista, pero Tack ya se ha ido. Todas las caras me resultan desconocidas; estoy rodeada de extraños. Me giro en redondo y siento un pinchazo en las costillas. Un regulador me empuja hacia delante con su porra.

—Estás reteniendo a todos —dice terminante—. Muévete.

Tengo el pecho lleno de mariposas. Me ordeno seguir respirando. No hay nada de qué preocuparse; es solo como ir a las reuniones de la ASD, pero más grande.

En la calle Treinta y Ocho están los controles, donde tenemos que esperar en fila para que nos manoseen y nos cacheen agentes de policía con dispositivos electrónicos. También nos comprueban el cuello —los incurados tienen su propia sección especial separada de la concentración— y escanean nuestras tarjetas de identidad, aunque por suerte no pueden comprobarlo todo por medio del SVS, el sistema de validación segura. Aun así, me lleva una hora pasar. Más allá de las vallas de seguridad, hay voluntarios que reparten toallitas antibacterianas: pequeños paquetes blancos con el logo de la ASD.

La limpieza está cercana a la divinidad. La seguridad está en los detalles. La

felicidad está en el método.

Permito que una mujer de cabello plateado me ponga un paquete en la mano.

Y luego, por fin, entro. Aquí los tambores producen un ruido furioso y el canto de eslóganes es una onda constante, como el sonido de las olas que golpean contra la orilla. El corazón me late en la garganta al mismo ritmo.

Una vez vi una foto de Times Square antes de la cura, antes de que se cerraran las fronteras. Tack la encontró cerca de Salvamento, un hogar en Nueva Jersey, justo al otro lado del río frente a Nueva York. Nos refugiábamos allí mientras esperábamos a que llegara nuestra documentación falsa. Un día encontró un álbum entero de fotos, totalmente intacto, enterrado bajo un montón de piedras y madera carbonizada. Por las noches, yo lo hojeaba y fingía que esas fotos, esa vida de amigos y de novios y de hacer tonterías, todas aquellas imágenes luminosas y alegres, eran mías.

Times Square tiene un aspecto muy distinto al de entonces. A medida que avanzo entre la multitud, se me corta el aliento en la garganta.

Hay una enorme plataforma elevada, una tarima construida en el extremo de la plaza abierta, bajo la valla publicitaria más grande que he visto en mi vida. Está cubierta de estandartes de la ASD: cuadrados rojos y blancos que ondean ligeramente al viento.

La iglesia Unificada de la Ciencia y la Religión ha tomado posesión de una valla y la ha marcado con su símbolo fundamental: una mano gigante que sostiene una molécula de hidrógeno. Los otros letreros que hay, grandísimos, sobre las paredes de un blanco reluciente, están desgastados hasta resultar ilegibles. Es imposible saber lo que anunciaban en su momento. En uno de ellos me parece distinguir la huella espectral de una sonrisa.

Y, por supuesto, todas las luces están muertas.

La foto que vi de Times Square era una toma nocturna, pero podría haber sido sacada con la luna llena: no he visto más luces en mi vida, ni podría haberlas imaginado. Luces que brillaban, que destellaban, en colores chillones que me hacían pensar en esos puntos que flotan en los ojos después de mirar al sol.

Las bombillas siguen ahí, pero no están encendidas. Las palomas se posan encima y se acomodan entre las luces apagadas. Nueva York y sus ciudades hermanas tienen controles obligatorios sobre la electricidad, como Portland. Aunque hay un mayor número de coches y autobuses, los apagones son más severos y frecuentes. Hay demasiada gente, y no llega para todos.

En el estrado hay dispuestos micrófonos y sillas; detrás se eleva una enorme pantalla de video, como la que suele usar la ASD en sus reuniones.

Hombres de uniforme se ocupan de los arreglos de último momento. Ahí es donde tiene que estar Julián; debo acercarme de alguna forma.

Comienzo a abrirme paso despacio, trabajosamente, entre la multitud. Me cuesta avanzar, no progreso mucho. Tengo que pelear, dar codazos y pedir

perdón cada vez que me aprieto contra alguien para pasar. Ni siquiera me ayuda medir menos de un metro setenta: no hay espacio suficiente entre los cuerpos, no hay fisuras por las que colarse.

Entonces me vuelve a entrar el pánico. Si vienen los carroñeros, si algo sale mal, no habrá donde esconderse. Estaríamos atrapados aquí como animales en un corral. La gente se pisotearía intentando salir. Se produciría una auténtica estampida.

Pero los carroñeros no vendrán. No se atreverán. Es demasiado peligroso. Hay demasiada policía, demasiados reguladores, demasiadas armas.

Apretándome, consigo pasar junto a una serie de gradas, todas acordonadas, donde se sientan miembros de la Joven Guardia de la ASD, chicas y chicos separados, por supuesto, todos esforzándose por no mirarse los unos a los otros en ningún momento.

Por fin consigo llegar hasta el pie de la plataforma, que debe de medir tres o cuatro metros de altura. Una serie de empinados peldaños de madera conduce a los ponentes. Al pie se ha reunido un grupo de personas. Distingo a Thomas y Julián Fineman detrás de una maraña de guardaespaldas y agentes de policía.

Julián y su padre van vestidos igual. Julián lleva el pelo peinando hacia atrás con espuma, y se le riza justo detrás de las orejas. Cambia el peso de un pie a otro, intentando ocultar su evidente nerviosismo.

Me pregunto por qué es tan importante, por qué Tack y Raven me han dicho que no le quite ojo. Se ha convertido en un símbolo de la ASD, claro —el sacrificio en nombre de la seguridad general—, pero me pregunto si presenta algún tipo de riesgo adicional.

Me acuerdo de lo que dijo en la reunión: « Tenía nueve años cuando dijeron que me estaba muriendo » .

Me pregunto qué se sentirá al morir lentamente.

Me pregunto qué se sentirá al morir deprisa.

Me clavo las uñas en la palma para mantener alejados los recuerdos.

Un retumbar de tambores llega desde el otro lado de la plataforma, una parte de la plaza que no se ve desde aquí. Seguramente allí haya una banda desfilando. El canto aumenta de volumen y ahora todo el mundo se une; la multitud entera se deja influir inconscientemente por ese ritmo. En la distancia distingo otra consigna, inconexa y entrecortada: « La ASD es peligrosa para todos nosotros. La cura debería proteger, no lastimar » . Los disidentes. Deben de estar recluidos en algún otro sitio, lejos del estrado.

Más alto, cada vez más fuerte. Me uno al canto, dejo que mi cuerpo encuentre el ritmo, siento que el zumbido de todos esos miles de personas me recorre de los pies a la cabeza y anida en mi pecho.

Y aunque no crea en nada de todo esto —ni en las palabras, ni en la causa, ni en la gente que me rodea—, aun así me asombra la energía que experimento por

estar en una muchedumbre, la electricidad, la sensación de poder.

Peligroso.

De repente, justo cuando el cántico llega a su punto más alto, Thomas Fineman se aparta de los guardaespaldas y sube los escalones de dos en dos hasta lo alto de la plataforma.

El ritmo se rompe entre oleadas de gritos y aplausos. Por todas partes aparecen banderolas y pancartas blancas que se despliegan y ondean al viento. Algunas son las oficiales de la ASD. Otras personas simplemente han recortado largas tiras de tela. Times Square está lleno de tentáculos blancos.

—Gracias —dice Thomas Fineman por el micrófono. Su voz resuena por encima de todos nosotros; luego hay un chirrido agudo cuando el amplificador suelta un quejido. Fineman hace una mueca, tapa el micrófono con la mano y se inclina para darle instrucciones a alguien. El ángulo de su cuello muestra a la perfección la marca de la operación. La cicatriz de tres puntas se ve ampliada en la pantalla de video.

Vuelvo la vista hacia Julián. Está de pie con los brazos cruzados, observando a su padre desde detrás de la muralla de guardaespaldas. Debe de tener frío, pues no lleva ningún abrigo sobre la chaqueta del traje.

—Gracias —Thomas Fineman vuelve a intentarlo y continúa al comprobar que el amplificador no reverbera—. Mucho mejor. Amigos míos.

Entonces es cuando sucede.

Ta, ta, ta.

Tres pequeñísimas explosiones, como los petardos que solíamos tirar el 4 de julio en Eastern Prom.

Un grito agudo y desesperado.

Y luego, todo es ruido.

Figuras de negro aparecen de ninguna parte, de todas partes. Suben desde las alcantarillas, se materializan en el suelo, adquieren forma detrás del vapor maloliente. Descienden por las fachadas de los edificios como arañas, ayudándose de largas cuerdas negras. Atraviesan la muchedumbre con cuchillos afilados y brillantes, agarrando bolsos y arrancando collares del cuello de la gente, arrebatando anillos de un tajo.

Ta, ta, ta.

Carroñeros. Las entrañas se me vuelven líquidas. El aliento se detiene en mi garganta.

La gente tira y empuja en todas direcciones, desesperada por encontrar una salida. Los carroñeros nos tienen rodeados.

—¡Al suelo, al suelo, al suelo!

Ahora el aire se llena de disparos. La policía ha abierto fuego. Un carroñero que había descendido hasta la mitad de un edificio recibe un balazo, en la espalda. Su cuerpo se sacude una vez, rápidamente, y luego se queda colgando

sin vida en el extremo de la cuerda, meciéndose suavemente al viento. No sé cómo, una de las pancartas de la ASD se ha enredado en su equipo y veo la mancha de sangre que se extiende lentamente por la tela blanca.

Estoy en una pesadilla. Estoy en el pasado. Esto no está sucediendo.

Alguien tira de mí desde atrás, y caigo al suelo. El impacto contra el cemento me hace volver a la realidad. La gente corre en estampida y consigo apartarme a toda prisa de un par de pesadas botas.

Tengo que volver a ponerme de pie.

Intento incorporarme y me vuelven a derribar. Esta vez me quedo sin aliento; alguien me pisa, siento su peso en mitad de la espalda. El miedo hace que me centre y que se agudicen mis instintos. Tengo que ponerme de pie.

Ya se ha roto una de las barreras policiales. Tengo ante mí un trozo de madera astillada. Lo cojo y lo utilizo para defenderme de la multitud; golpeo al lastre abrumador de la gente, al miedo. La madera impacta contra las piernas, contra el músculo y la piel. Por un breve instante noto que cambia el peso, un ligero alivio. Me pongo en pie de un salto y corro a toda prisa hacia el estrado.

Julián se ha ido. Se supone que debo vigilarle. Pase lo que pase.

Gritos desgarradores. Olor a humo.

Luego lo veo a mi izquierda. Se lo llevan hacia uno de los antiguos accesos del metro, que está, como todas las otras entradas, tapado con tablones de madera. Uno de los guardaespaldas se adelanta y abre el contrachapado empujándolo hacia dentro.

No era una barrera. Era una puerta.

A continuación desaparecen y la hoja se cierra a sus espaldas.

Siguen los disparos. Los gritos se elevan todavía más. Un carroñero ha recibido una bala justo cuando iniciaba el descenso. Cae por el balcón hasta la multitud de abajo. La gente es una ola: cabezas, brazos, rostros crispados.

Corro hacia la entrada de metro por la que ha desaparecido Julián. Encima hay una vieja serie de números y letras, gastadas siluetas desnudas: N, R, Q, 1, 2, 3, 7. Lo encuentro reconfortante en mitad del pánico y los gritos; es un código del mundo antiguo, una señal de otra vida.

Me pregunto si el viejo mundo pudo haber sido peor que este; esa época de luces deslumbrantes, electricidad crepitante y gente que se amaba abiertamente. Me pregunto si también gritaban y se pisoteaban unos con otros hasta morir, si disparaban a sus vecinos.

Luego me dan otro golpe que me deja sin aliento y caigo hacia atrás sobre el codo izquierdo. Oigo un crujido y el dolor me atraviesa como una estaca.

Sobre mí se cierne un carroñero. Imposible saber si es hombre o mujer. Va todo vestido de negro y lleva un pasamontañas que le tapa hasta el cuello.

—Dame el bolso —gruñe, pero la voz suena más grave, pero se puede distinguir el timbre por debajo.

No sé por qué, esto hace que me enfade aún más. «¿Cómo te atreves?», me apetece soltarle. «Lo has fastidiado todo para todos». Pero me incorporo y me quito poco a poco la mochila, sintiendo pequeñas explosiones de dolor que irradian desde el codo hasta el cuello.

—Venga, venga, deprisa.

Cambia el peso de un pie a otro mientras acaricia el largo cuchillo afilado que lleva enganchado en el cinturón.

Mentalmente hago recuerdo de todo lo que llevo en la mochila: una cantimplora metálica vacía. El paraguas de Tack Dos barritas de cereales. Llaves. Una edición en pasta del *Manual de FSS*. Tack insistió en que lo trajera, y ahora me alegro. Tiene casi seiscientos páginas. Debería ser lo suficiente pesado. Agarro las asas de la mochila con la mano derecha, aferrándolas bien.

—He dicho que te muevas.

La carroñera, impaciente, se inclina para agarrar la bolsa. La giro hacia arriba con ímpetu, luchando contra el dolor. Le da en la cabeza con fuerza suficiente para derribarla: se tambalea hacia un lado y cae al suelo. Me pongo en pie de un salto, pero ella se lanza a mis tobillos. Le pego dos buenas patadas en las costillas.

Los sacerdotes y los científicos llevan razón en una cosa: en nuestro corazón, en el fondo, somos como animales.

La carroñera gime, se dobla en dos y salto por encima de ella; evito todas las barreras de la policía, que están tiradas, rotas y destrozadas. Los gritos siguen formando una cresta de sonido en torno a mí: se han convertido en un aullido tremendo, como una sirena gigantesca, amplificada.

Consigo llegar a la vieja entrada del metro. Por un instante dudo, con la mano en la plancha de madera. Su textura me reconforta: gastada por el tiempo, caldeada por el sol, representa un poco de normalidad en medio de toda esta locura.

Otro disparo de rifle. Oigo un cuerpo que cae al suelo a mi espalda. Más gritos.

Me inclino hacia delante y empujo. La puerta se entreabre algunos centímetros y revela una turbia oscuridad y un olor acre, rancio.

No miro atrás.

Vuelvo a cerrar la puerta de un empujón y me quedo ahí un momento para que se me acostumbren los ojos a la falta de luz, tratando de captar sonidos de voces o pasos. Nada. El olor es más intenso aquí, es el olor de la muerte antigua: huesos de animales y putrefacción. Me llevo el puño de la chaqueta a la nariz y aspiro. Se oye un goteo continuo hacia la izquierda. Por lo demás, todo es silencio.

Ante mí se abren unas escaleras llenas de trozos de periódicos arrugados, vasos de papel aplastados y colillas, todo apenas iluminado por una lámpara

eléctrica como las que teníamos en la Tierra Salvaje. Alguien debe de haberla dejado ahí antes.

Me muevo hacia las escaleras, totalmente alerta. Puede que los guardaespaldas de Julián me hayan oído abrir la puerta. Quizá estén esperando para saltar sobre mí. Mentalmente, maldigo los detectores de metales y los escáneres corporales. Daría cualquier cosa por tener un cuchillo, un destornillador, lo que fuera.

Entonces me acuerdo de las llaves. Una vez más me quito la mochila. Al doblar el codo, el dolor sube hasta el hombro, y tengo que contener el aliento para no gritar. Menos mal que he caído sobre el brazo izquierdo; si fuera el derecho, estaría completamente incapacitada.

Moviéndome con dolorosa lentitud para no hacer demasiado ruido, encuentro las llaves en el fondo de la bolsa y las sujeto entre los dedos como me enseñó Tack. No es que sea una gran arma, pero es mejor que nada. Luego bajo las escaleras escudriñando la oscuridad, buscando algo que se mueva, formas repentinas que surjan de pronto.

Nada. Todo está perfectamente tranquilo y silencioso.

Al pie de la escalera hay una lúgubre cabina de cristal que todavía conserva manchas de dedos. Más allá se alinean doce tornos oxidados en un túnel. Como molinos de viento en miniatura paralizados. Los salto con cuidado y aterrizo suavemente al otro lado. Desde aquí se abren varios túneles hacia las sombras, cada uno marcado con letreros diferentes, más letras y números. Julián puede haber ido por cualquiera de ellos y todos están en tinieblas; la luz de la lámpara no llega tan lejos. Considero la idea de volver atrás para recogerla, pero eso me delataría.

Una vez más, me detengo y escucho. Al principio no se oye nada. Luego me parece oír un ruido apagado que procede del túnel de la izquierda. Sin embargo, en cuanto me pongo a caminar en la dirección del ruido, vuelve el silencio una vez más. Me invade la certeza de que solo me lo he imaginado y vacilo, frustrada, sin saber qué hacer a continuación.

He fallado en mi misión, eso es evidente. Mi primera misión de verdad para el movimiento. Por otro lado, Raven y Tack no pueden culparme por perder a Julián cuando atacaron los carroñeros. No tenía forma de preverlo o de haberme preparado para ese caos. Nadie podría haber previsto eso.

Me imagino que lo mejor que puedo hacer es esperar aquí unas horas, al menos hasta que la policía restablezca el orden; cosa que harán, no me cabe ninguna duda. Si hace falta, me quedaré aquí a pasar la noche. Mañana pensaré en cómo regresar a Brooklyn.

En ese momento, una sombra aparece repentinamente por la izquierda. Me giro rápidamente con el puño extendido, pero no hay más que aire. Una rata gigantesca pasa rápido por delante de mí, a unos centímetros de mi zapatilla.

Suelto aire al ver que se mete por otro túnel, arrastrando su larga cola sobre la suciedad. Siempre he odiado las ratas.

Entonces lo oigo, claro e inconfundible: dos ruidos apagados y un gemido bajo, una voz que murmura:

—Por favor.

La voz de Julián.

Todo mi cuerpo se pone en tensión. En ese momento, el miedo tira de mis entrañas. La voz procedía de algún punto del interior del túnel, que está completamente a oscuras.

Me deslizo junto a la pared pegándome a ella todo lo posible, palpando con los dedos el musgo y los baldosines lisos a medida que avanzo, con cuidado de no hacer ningún ruido al caminar ni al respirar. Cada pocos pasos me detengo y escucho, esperando que Julián vuelva a decir algo, pero lo único que oigo es un goteo constante. Debe de haber un escape en alguna cañería.

Entonces lo veo.

Hay un hombre ahorcado, colgado de una rejilla del techo con un cinturón que le rodea el cuello. Por encima, el agua se condensa en una tubería metálica y gotea sobre el suelo del túnel. Tap, tap, tap.

Está tan oscuro que no distingo su cara. La rejilla solo deja pasar un débil hilo de luz grisácea, pero por la anchura de sus hombros lo identifico: es uno de los guardaespaldas de Julián. A sus pies yace el otro, hecho un ovillo en postura fetal. Tiene un cuchillo de mango largo clavado en la espalda.

Me precipito hacia delante, olvidando no hacer ruido. Entonces oigo otra vez la voz de Julián, más tenue:

—Por favor.

Estoy aterrada. No sé de dónde viene la voz, no puedo pensar en nada más que en salir de aquí, en escapar, escapar. Preferiría enfrentarme a los carroñeros en terreno abierto antes que atrapada como una rata, en la oscuridad. No moriré bajo tierra.

Corro ciegamente, cubriéndome los brazos, hasta que choco contra una pared. Regreso a tientas hacia el centro del túnel. El pánico me ha hecho torpe.

Tap, tap, tap.

Por favor. Por favor, sacadme de aquí. Nunca he corrido tan rápido. Me va a estallar el corazón, no puedo tomar aliento.

Dos siluetas negras se despliegan de repente a ambos lados, como enormes pájaros oscuros que extienden sus alas para envolverme.

Me agarran de la muñeca y se me caen las llaves.

—No tan rápido —dijo uno de ellos. Entonces, un dolor abrasador, un foganazo blanco.

Me hundo en la oscuridad.

entonces

Miyako, que debería haber sido una de las exploradoras, es, por el contrario, la última en pasar por la enfermería.

—Volverá a estar bien mañana —dice Raven—. Ya verás. Es fuerte como un toro.

Pero al día siguiente tose tanto que oímos cómo el ruido reverbera en las paredes. Su respiración suena pesada y acuosa. Suda hasta empapar las mantas mientras se queja de que tiene frío; está helada.

Empieza a toser sangre. Cuando me toca cuidar de ella, veo que se le ha secado en las comisuras de la boca. Se la limpio con un trapo húmedo, pero tiene todavía fuerza suficiente para oponerse. La fiebre le hace ver formas y sombras en el aire, les da manotazos y musita algo incompresible.

Ya no puede ponerse de pie, ni siquiera cuando Raven y yo intentamos alzarla entre los dos. Gime de dolor, y al final nos damos por vencidas. En vez de eso, cambiamos las sábanas cuando se orina. Yo creo que deberíamos quemarlas, pero Raven insiste en que no podemos; esa noche la veo frotándolas furiosamente en la pila mientras sube el vapor del agua hirviendo. Sus antebrazos tienen el color rojo brillante de la carne cruda.

Y después, una noche me despierto y el silencio es perfecto, un estanque fresco y profundo.

Durante un momento, aún envuelta por la niebla de mis sueños, pienso que Miyako debe de haberse puesto mejor. Mañana estará agachada en la cocina, atizando el fuego. Mañana haremos las rondas juntas y la veré preparar trampas con sus largos dedos. Cuando me vea observándola, sonreirá.

Pero todo está demasiado silencioso. Me levanto; un nudo de temor se tensa en mi pecho. El suelo está helado.

Raven permanece sentada al pie de la cama de Miyako, mirando el vacío. Lleva el pelo suelto, y las sombras aleteantes de la vela hacen que sus ojos parezcan dos pozos huecos.

Los ojos de Miyako están cerrados. Sé sin lugar a dudas que está muerta.

El deseo de reírme, histérico e inapropiado, me atenaza la garganta. Para

sofocarlo digo:

—¿Está...?

—Sí —responde Raven brevemente.

—¿Cuándo?

—No estoy segura. Me he quedado dormida un momento —se pasa una mano por los ojos—. Cuando me he despertado, ya no respiraba.

Mi cuerpo sufre un golpe de calor y después se queda completamente frío. No sé qué decir, así que me quedo ahí un rato, intentando no mirar el cuerpo de Miyako: una estatua, una sombra, un rostro adelgazado por la enfermedad, reducido al hueso.

Solo puedo pensar en sus manos, que hace apenas unos días se movían de forma tan experta sobre la mesa de la cocina, tocando un ritmo suave para que Sarah cantara. Eran como un fogonazo, como alas de colibrí, llenas de vida.

Siento como si algo se me hubiera quedado atrapado en el fondo de la garganta.

—Lo... lo siento.

Raven no dice nada durante un rato. Luego:

—No tendría que haberle hecho cargar agua. Me dijo que no se encontraba bien. Tenía que haberla dejado descansar.

—No puedes culparte —digo rápidamente.

—¿Por qué no?

Entonces Raven alza la vista. En ese momento parece muy joven, desafiante, testaruda, como mi prima Jenny cuando la tía Carol le decía que era hora de hacer los deberes. Recuerdo que Raven es muy joven: veintiún años, solo unos pocos más que yo. La Tierra Salvaje te envejece.

Me pregunto cuánto tiempo duraré yo aquí.

—Porque no es culpa tuya —me pone nerviosa no verle los ojos—. No puedes, no debes sentirte mal por esto.

Entonces se pone de pie, protegiendo la vela con una mano.

—Ahora estamos del otro lado de la valla —murmura con cansancio al pasar a mi lado—. ¿No lo entiendes? Aquí no puedes decirme lo que debo sentir.

Al día siguiente nieva. Durante el desayuno, Sarah llora en silencio mientras sirve la papilla de avena: era amiga de Miyako.

Los exploradores dejaron el hogar hace cinco días: Tack, Hunter, Roach, Buck, Lu y Squirrel. Se han llevado la pala para enterrar las provisiones, así que buscamos trozos de metal y madera, cualquier cosa que sirva para cavar un hoyo.

Por suerte, la nevada es ligera: a media mañana apenas han caído dos centímetros, pero hace frío y el suelo está helado. Después de golpear y escarbar durante media hora, apenas hemos conseguido abrir un pequeño agujero en la tierra. Raven, Bram y yo estamos sudando. Sarah, Blue y algunos otros están

acurrucados a algunos metros de distancia, temblando.

—Esto no funciona —declara Raven, jadeante. Suelta un trozo retorcido de metal que ha usado como pala y lo manda lejos de una patada. Luego se vuelve y comienza a caminar de regreso hacia la madriguera—. Tendremos que quemar su cuerpo.

—¿Quemar su cuerpo? —las palabras me salen como una explosión antes de que pueda detenerlas—. No podemos quemar su cuerpo. Eso es...

Raven se vuelve de repente, con los ojos centelleantes.

—¿De veras? ¿Y tú qué quieres hacer, eh? ¿Quieres dejarla en la enfermería?

Normalmente, cuando Raven alza la voz yo cedo, pero esta vez me mantengo firme.

—Se merece que la entierremos —replico, deseando que no me tiemble la voz.

Raven se me acerca en dos zancadas.

—Es un desperdicio de nuestra energía —responde entre dientes, y entonces me doy cuenta de toda la furia y desesperación que siente. Me acuerdo de que le oí decirle a Tack «No va a morir nadie»—. No podemos permitirnoslo.

Se vuelve de nuevo de espaldas a mí y anuncia en voz alta, para que los otros lo oigan:

—Tenemos que quemar su cuerpo.

Envolvemos el cadáver de Miyako en las sábanas que Raven lavó. Quizá supiera todo el tiempo que se usarían para esto. No hago más que pensar que voy a vomitar.

—Lena —Raven me ladra, cortante—. Tómala de los pies.

Obedezco. Su cuerpo pesa más de lo que parece posible. En la muerte, se ha convertido en un bloque de hierro. Me siento furiosa con Raven, tanto que podría escupirle.

A esto nos vemos reducidos aquí. Esto es lo que nos hace a todos la Tierra Salvaje: pasamos hambre, morimos, envolvemos a nuestros amigos en sábanas viejas y andrajosas y los quemamos al aire libre.

Sé que no es culpa de ella: es de la gente del otro lado de la alambrada, es de ellos, de los zombis, de mi antigua gente, pero el enfado se niega a disiparse. Me quema hasta abrirme un agujero en la garganta.

A medio kilómetro del hogar hay un barranco por el que algún momento ocurrió un arroyo. La colocamos ahí y Raven salpica el cuerpo con gasolina: solo un poco, porque no tenemos mucha.

La nieve cae ahora con más fuerza. Al principio no arde. Blue empieza a llorar a gritos y Grandma se la lleva bruscamente lejos del fuego diciéndole:

—Calla, Blue. No estás ayudando.

La niña entierra la cara en el chaquetón de pana demasiado largo de Grandma para amortiguar el sonido de sus lloros. Sarah está en silencio, con la

cara pálida, temblando.

Raven echa más gasolina al cuerpo y por fin consigue que arda. Enseguida el aire se llena de un humo asfixiante, del olor del cabello quemado; el ruido también es horrible, un crujido que te hace pensar en carne que se desprende del hueso. Raven ni siquiera puede pronunciar el elogio fúnebre completo antes de que le den náuseas.

Me aparto con los ojos llenos de lágrimas, no sé si por el humo o por el enfado.

De repente siento unas ganas locas de cavar, de enterrar, de hacerles unos buenos tajos a la tierra. Me muevo a ciegas, camino atontada de regreso a la guarida. Me lleva un rato localizar los pantalones cortos de algodón y la vieja camiseta hecha jirones que llevaba cuando vine a la Tierra Salvaje. La camiseta la hemos estado usado como trapo para secar los platos. Estas son las únicas cosas que me quedan de antes: los restos de mi antigua vida.

Los otros están reunidos en la cocina. Bram atiza el fuego para avivarlo de nuevo. Raven hierva agua en una olla, para preparar café, sin duda. Sarah baraja unas cartas abombadas por la humedad y muy manoseadas. Los demás están sentados en silencio.

—Eh, Lena —me dice Sarah cuando pasó junto a ella. Me he guardado los pantalones y la camiseta bajo la chaqueta, y mantengo los brazos cruzados con fuerza sobre el estómago. No quiero que nadie sepa lo que voy a hacer, sobre todo Raven—. ¿Quieres jugar a los descartes?

—Ahora no —gruño. La Tierra Salvaje nos vuelve mezquinos también. Mezquinos y duros, todo aristas.

—Podemos jugar a otra cosa —dice—. Podríamos jugar a...

—Te he dicho que no.

Salgo corriendo escaleras arriba antes de percatarme de que he herido sus sentimientos.

El ambiente está pesado y el paisaje es una mancha blanca. Por un momento, el frío me deja pasmada y quedo ahí, parpadeando, confusa. Todo está cubierto con una capa de nieve como una envoltura afelpada. Aún me llega el olor a quemado del cuerpo de Miyako. Empiezo a imaginar que, con la nieve, la ceniza volará sobre nosotros. Fantaseo pensando que nos cubrirá mientras dormimos, que sellará la madriguera y nos asfixiara a todos en el interior, bajo tierra.

En el límite del hogar hay un enebro. Es donde comienzo y termino mis carreras. Debajo no se ha acumulado la nieve; solo hay una fina película que aparto con el puño del anorak.

Luego me pongo a cavar.

Araño la tierra con los dedos. El enfado y el dolor me pinzan los ojos y me estrechan la visión hasta reducirla a un túnel. Ni siquiera siento el frío y el dolor

en las manos. La tierra y la sangre se me van secando en las uñas, pero no me importa. Entierro ahí los gastados recuerdos que me quedan de mi vida anterior, bajo el enebro, en la nieve.

Dos días después de quemar el cuerpo de Miyako, la nieve sigue cayendo. Raven mira al cielo ansiosamente, maldiciendo entre dientes. Es hora de irse. Lu y Squirrel, los primeros exploradores, ya han regresado. Casi todo el hogar está recogido, aunque seguimos acumulado comida y provisiones del río y cazamos y ponemos todas las trampas que podemos; pero la nieve lo hace difícil porque los animales se mantienen bajo tierra.

En cuanto vuelva el resto de los exploradores, nos iremos. Estarán de vuelta en cualquier momento, le decimos todos a Raven para calmar su ansiedad.

La nieve cae lenta, constante, y convierte el mundo en un ventisquero blanco.

He empezado a comprobar los nidos cada día a la busca de mensajes. Se hace más difícil trepar a los árboles cubiertos de hielo. Después, cuando vuelvo a la guardia, me laten los dedos dolorosamente a medida que recuperan la sensibilidad. Nos han llegado suministros de forma regular durante semanas, aunque a veces se han quedado retenidos río arriba, en las aguas poco profundas, que se hielan más rápido. Nos toca liberarlos del hielo con mangos de escoba. Roach y Buck regresan al hogar, exhaustos pero triunfantes. Por fin deja de nevar. Ahora solo queda esperar a Hunter y Tack.

Luego, un día, los nidos están amarillos. Y al día siguiente también: amarillos.

El tercer día de amarillo, Raven me lleva aparte.

—Estoy preocupada —dice—. Algo debe de suceder dentro.

—Quizá hayan vuelto a patrullar —comento—. Tal vez hayan vuelto a conectar la corriente en la valla.

Se muerde el labio y mueve la cabeza.

—Sea lo que sea, debe de ser algo importante. Todo el mundo sabe que es hora de que nos vayamos. Necesitamos todos los víveres que podamos conseguir.

—Seguro que es algo temporal —digo—. Fijo que mañana nos llega un cargamento.

Raven vuelve a mover la cabeza.

—No podemos permitirnos esperar mucho más —murmura con voz estrangulada. Sé que no solo está pensando en las provisiones, sino también en los exploradores.

Al día siguiente, el cielo está azul pálido y el sol alto produce un calor asombroso, que se cuela entre las nubes y convierte el hielo en arroyitos. La nieve trajo consigo el silencio, pero ahora los bosques vuelven a estar vivos, llenos del sonido de gotas, crujidos y gorjeos. Es como si a la Tierra Salvaje le hubieran quitado el bozal.

Todos estamos de buen humor, todos excepto Raven, que hace su inspección diaria del cielo y se limita a musitar:

—No durará.

De camino a los nidos, por la nieve, tengo tanto calor que me quito la chaqueta y me la anudo a la cintura. Hoy los nidos van a estar azules, lo intuyo. Estarán azules y llegarán las provisiones, los exploradores regresarán y todos viajaremos juntos hacia el sur. La luz es cegadora, se refleja en las hojas brillantes y me llena el campo de la visión de puntos de color, destellados rojos y verdes.

Cuando llego a los nidos, me desato la chaqueta y la cuelgo en una de las ramas bajas. Ya se me da bien trepar; encuentro el camino con facilidad y noto una especie de alegría en el pecho que hace mucho que no sentía. Desde lejos llega un zumbido vago, una vibración baja que me recuerda a los grillos que cantan en verano.

Hay un vasto mundo a nuestro alrededor, un espacio sin límites más allá de las fronteras y las reglas, y también en los intersticios entre ellas. Vamos a viajar libremente por ese mundo. Todo va a salir bien.

Casi he alcanzado los nidos. Ajusto mi peso, busco un apoyo mejor para mis pies y me impulso hacia arriba, hasta la última rama.

Justo entonces, una sombra pasa rápido junto a mí, tan repentina que me asusto y por poco me caigo hacia atrás. Durante un instante siento el terror de la caída, la inclinación, el aire frío a mis espaldas, pero en el último momento consigo enderezarme. Aun así, me late el corazón y no puedo evitar la sensación fugaz de que me hundo.

Y entonces veo que lo que me ha sobresaltado no ha sido una sombra.

Es un pájaro. Un pájaro que luchaba contra algo pegajoso, un pájaro cubierto de pintura que forcejeaba en su nido, salpicando color por todas partes.

Rujo. Rujo. Rujo.

Hay un montón: plumas marrones cubiertas con una gruesa capa de color escarlata, que aletean entre las ramas.

El rojo significa: «Huye».

No sé cómo consigo bajar del árbol. Me deslizo y caigo; debido al terror, mis miembros han perdido toda la gracia y la agilidad. El color rojo significa: «Huye». Me lanzo desde algo más de un metro de altura y aterrizo en la nieve con una voltereta. El frío se me cuela por los vaqueros y el jersey. Cojo la chaqueta y salgo corriendo, justo como Hunter me dijo que hiciera, por ese mundo deslumbrante de hielo que se funde, mientras la negrura me invade la mirada. Cada paso es una agonía, y siento como si estuviera en una de esas pesadillas en las que intentas escapar pero no puedes moverte.

El zumbido que oía antes se ha hecho más fuerte. No son grillos en absoluto. Parecen avispas.

Parecen motores.

Me arden los pulmones, me duele el pecho, las lágrimas me escuecen en los

ojos mientras me dirijo tambaleante hacia el hogar. Quiero gritar. Quiero que me salgan alas y poder volar. Y por un momento pienso: « Quizá todo haya sido un error. Puede que no pase nada malo» .

Entonces el zumbido se convierte en un rugido, y veo por encima de los árboles el primer avión que rasga el cielo, gritando.

Pero no. Soy yo la que grita.

Grito mientras corro. Grito cuando cae la primera bomba y la Tierra Salvaje se convierte en un incendio a mi alrededor.

ahora

Abro los ojos al dolor. Durante un segundo, todo es un remolino de color y por un instante siento un pánico total. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? Luego enfoco la mirada y distingo formas y contornos. Estoy en un cuarto de piedra sin ventanas, tendida en un catre. En mi confusión, pienso que tal vez he conseguido regresar a la madriguera y me encuentro en la enfermería.

Pero no. Este cuarto es más pequeño y está más sucio. No hay fregaderos, solo un cubo en un rincón. El colchón en el que estoy tumbada es fino, tiene manchas y no hay sábanas.

Me vuelven los recuerdos: el mitin en Nueva York, la entrada al metro, la visión terrible de los guardaespaldas. Me acuerdo de una voz áspera en mi oído: *No tan rápido.*

Intento incorporarme y al momento tengo que cerrar los ojos, abrumada por el peso que siento tras ellos, como la presión de un cuchillo.

—El agua ayuda.

Esta vez me incorporo y me giro, venciendo el dolor. Julián Fineman está sentado en otro catre estrecho detrás de mí, con la cabeza apoyada en la pared, y me mira con los ojos entrecerrados. Sostiene una taza metálica, que me ofrece.

—La han traído hace poco —dice.

Tiene un corte profundo que va desde la ceja hasta la mandíbula, cubierto de sangre seca, y un moretón en la frente, a la izquierda, justo bajo el comienzo del pelo. Hay una pequeña bombilla en la celda, en el alto techo. A la luz blanca, su pelo es del color de la paja fresca.

Inmediatamente, mis ojos se dirigen hacia la puerta. Él menea la cabeza en sentido negativo.

—Cerrada con llave desde afuera.

Vale. Presos.

—¿Quiénes son? —pregunto, aunque ya lo sé. Los que nos han traído a este sitio deben de ser carroñeros. Me acuerdo de aquella visión infernal en los túneles, del guardia colgado y el otro muerto a puñaladas. Nadie más que los carroñeros podrían haber hecho eso.

Julián mueve la cabeza. Ahora veo que también tiene cardenales en el cuello. Le deben de haber agarrado como para ahogarle. No lleva chaqueta y tiene la camisa desgarrada, manchada de sangre de la nariz, pero conserva un aire sorprendentemente tranquilo. La mano que sostiene la taza es firme.

Solo sus ojos son eléctricos, intranquilos; con ese azul vívido, imposible, están atentos y vigilantes.

Alargo la mano para aceptar la taza, pero en el último momento, él la aparta unos centímetros.

—Yo te conozco de la reunión —dice, y algo aletea en sus ojos—. Perdiste un guante.

—Sí.

De nuevo hago ademán de coger la taza.

El agua sabe a musgo, pero la sensación en mi garganta es asombrosa. En cuanto bebo un trago, me doy cuenta de que nunca en mi vida había tenido tanta sed. El vaso no alcanza más que para calmarme el ansia. Me bebo casi toda de un trago antes de darme cuenta, con cierta culpa, de que quizá Julián quiera un poco. Queda apenas un centímetro, que le ofrezco.

—Puedes acabártela —dice, y no se lo discuto. Al beber, siento que me mira otra vez y veo que contempla mi cicatriz de tres puntas junto a la nuca. Parece hacerle sentir seguro.

Aunque parezca mentira, aún tengo la mochila: por alguna razón, los carroñeros no me la han quitado. Eso me da esperanza. Puede que sean sanguinarios, pero está claro que no tienen mucha práctica en secuestrar a la gente. Saco una barrita de cereal, luego me lo pienso. Todavía no estoy muerta de hambre y no tengo ni idea de cuánto tiempo voy a estar atrapada en esta ratonera. Eso lo aprendí en la Tierra Salvaje: es mejor esperar mientras aún puedes hacerlo. Al final estarás tan desesperado que perderás el autocontrol.

Las otras cosas que he traído, el Manual del FSS, el tonto paraguas de Tack, la cantimplora que vacié en el autobús hacia Manhattan y un tubo de rímel al fondo, probablemente de Raven, no sirve nada. Ahora sé por qué no se han molestado en confiscármela.

Aun así, lo saco todo, lo coloco con cuidado sobre la cama y vuelco la mochila agitándola vigorosamente, como si de repente pudiera materializarse un cuchillo, una ganzúa o cualquier otra forma de salvación.

Nada. Sin embargo, tiene que haber alguna forma de salir de aquí.

Me pongo de pie y voy a la puerta, doblando el brazo izquierdo. El dolor en el codo se ha amortiguado hasta quedarse en un latido apagado, así que no está roto; otra buena señal.

Pruebo a abrir la puerta: está cerrada con llave, como ha dicho Julián, y es de hierro macizo. Imposible de romper. Hay una puertecita más pequeña, como del tamaño de una gatera, acoplada en la grande. Me agacho para examinarla. La

forma en que están colocadas las bisagras permite que se abra solo desde su lado, no desde el nuestro.

—Por ahí han pasado el agua —dice Julián—. Y también comida.

—¿Comida? —eso me sorprende—. ¿Te han dado comida?

—Un poco de pan. También algunos frutos secos. Me lo he comido todo. No sabía cuánto tiempo ibas a estar sin sentido.

Aparta la mirada.

—No pasa nada —incorporándome, recorro las paredes a la búsqueda de grietas o fisuras, una puerta oculta, un punto débil por el que podamos evadirnos—. Yo hubiera hecho lo mismo.

Comida, agua, una celda subterránea: esos son los hechos. Me doy cuenta de que estamos bajo tierra por el moho que crece en lo alto de las paredes; es de un tipo especial, el mismo que teníamos en la madriguera. Viene de la tierra a nuestro alrededor.

Quiere decir, en esencia, que estamos enterrados.

Pero si hubieran querido matarnos, ya estaríamos muertos. Eso también es un hecho.

Aun así, no resulta particularmente reconfortante. Si los carroñeros nos han mantenido con vida hasta ahora, solo puede ser porque nos tienen preparado algo mucho peor que la muerte.

—¿Qué recuerdas? —le pregunto a Julián.

—¿Qué?

—¿Qué recuerdas sobre el ataque? ¿Ruidos, olores, orden de los acontecimientos?

Cuando le miro directamente, aparta los ojos. Claro, ha sufrido años de entrenamiento: segregación, principios de evasión, los tres protectores: *Distancia, Separación, Desapasionamiento*. Me siento tentada de recordarle que no es ilegal establecer contacto visual con una persona curada, pero me parece absurdo mantener aquí una conversación sobre el bien y el mal.

Supongo que aún no se ha hecho a la idea de cuál es nuestra verdadera situación. Por eso se mantiene tan sereno.

Suspira, se pasa una mano por el pelo.

—No me acuerdo de nada.

—Inténtalo.

Mueve la cabeza como esforzándose por liberar los recuerdos, se echa hacia atrás de nuevo y se queda mirando al techo.

—Cuando aparecieron los inválidos durante la concentración...

Hago una mueca inconsciente cuando pronuncia esa palabra. Tengo que morderme el labio para no corregirle: *carroñeros*. No inválidos. No todos somos iguales.

—Sigue —le animo. Me desplazo a lo largo de las paredes, pasando las manos

por el cemento. No sé lo que espero encontrar. Estamos atrapados, no hay más. Pero parece que a Julián le resulta más fácil hablar cuando no le miro.

—Bill y Tony, los escoltas de mi padre, me agarraron y tiraron de mí hacia la salida de emergencia. Lo habíamos planeado con anterioridad: en caso de que sucediera algo, se suponía que deberíamos entrar en los túneles y esperar a mi padre —su voz se quiebra un poco al pronunciar la palabra *padre* y tose—. Los túneles estaban oscuros. Tony fue a buscar las linternas que había escondido antes. Entonces oímos un grito y un ruido como un chasquido. Como una nuez, Julián traga saliva. Por un momento me siento mal por él. Ha visto mucho en un tiempo muy breve.

Pero me recuerdo a mí misma que su padre y él son la razón de que existan los carroñeros, de que se vean forzados a existir. La ASD y otras organizaciones similares han ejercido presión y han recurrido a todo tipo de tretas para eliminar cualquier sentimiento del mundo. Han tratado de impedir que explotara el géiser del descontento taponándolo con un puño de hierro.

Pero la presión acaba por acumularse y al final la explosión llega siempre.

—Entonces Bill se adelantó para asegurarse de que Tom estaba bien —prosigue—. Me dijo que no me moviera, así que me quedé esperando donde estaba. Y entonces alguien me cogió del cuello desde atrás. No podía respirar. Todo se volvió borroso. Otra persona se acercó, pero no le vi la cara. Entonces me golpearon —se señala la nariz y la camisa—. Perdí el sentido. Al despertar estaba aquí. Contigo.

He terminado mi inspección de nuestra improvisada celda, pero me siento llena de energía nerviosa y no consigo sentarme. Continúo dando vueltas de un lado para otro, con los ojos fijos en el suelo.

—¿Y no te acuerdas de nada más? ¿De ningún otro ruido o algún olor?

—No.

—¿Y nadie ha hablado? ¿Nadie te ha dicho nada?

Se produce una pausa.

—No.

No estoy segura de si está mintiendo o no, pero lo paso por alto. Noto cómo se apodera de mí el agotamiento total. El dolor vuelve a martillarme el cráneo y veo puntos de color que estallan tras mis párpados. Caigo pesadamente en el suelo y me llevo las rodillas al pecho.

—¿Y ahora qué? —pregunta Julián. En su tono se percibe cierta desesperación. Me doy cuenta de que sí es consciente de nuestra situación. Y no está sereno: está asustado, y lucha contra ello.

Apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos.

—Ahora, a esperar.

Es imposible saber qué hora es y si es de día o de noche. La bombilla lanza una plana luz blanca. Pasan las horas. Al menos, Julián sabe estar callado. Se

queda en su catre y noto que me mira cuando no le miro. Seguramente es la primera vez que está a solas con una chica de su edad durante tanto tiempo. Sus ojos recorren mi pelo, mis piernas y mis brazos, como si yo fuera una extraña especie de animal en el zoo. Me entran deseos de volver a ponerme la chaqueta y taparme, pero no lo hago. Tengo calor.

—¿Cuándo te hicieron la operación? —me pregunta en un momento dado.

—En noviembre —contesto de forma automática. Mi mente le da vueltas una y otra vez a las mismas preguntas. ¿Por qué traernos aquí? ¿Por qué mantenernos vivos? Lo de Julián lo puedo comprender. Él tiene valor; deben de querer un rescate.

Pero yo no valgo nada. Y eso me pone nerviosa.

—¿Te dolió? —pregunta.

Alzo la vista hacia él. De nuevo me sobresalta la claridad de sus ojos: ahora tienen el color de un río transparente, mezclado con sombras violeta y azul oscuro.

—No demasiado —miento.

—Yo odio los hospitales —murmura apartando la mirada—. Los laboratorios, los científicos, los médicos. Todo eso.

Se hace el silencio.

—¿No estás ya acostumbrado a ello? —replico sin poder evitarlo.

Alza un poco la comisura izquierda de la boca: una pequeña sonrisa. Me mira de soslayo.

—Hay ciertas cosas a las que uno no se acostumbra nunca, supongo —dice, y sin ninguna razón, me acuerdo de Álex y noto que se me encoge el estómago.

—Sí, supongo que sí —respondo.

Más tarde se produce un cambio, el silencio se transforma. Estaba tumbada en el catre para conservar las fuerzas, pero me incorporo hasta quedarme sentada.

—¿Qué pasa? —pregunta Julián, y levanto la mano para que se calle.

Pisadas al otro lado de la puerta que se acerca. Luego, un ruido metálico cuando las bisagras de la gatera giran con lentitud.

Me lanzo inmediatamente al suelo, para tratar de ver a nuestros secuestradores. Caigo con fuerza sobre el hombro derecho justo en el momento en que pasa una bandeja por la abertura. Se vuelve a cerrar la portezuela.

—Mierda.

Me incorporo frotándome el hombro. La bandeja contiene solo dos rebanadas grandes de pan y varios trozos de cecina. Nos han dado también una cantimplora llena de agua. No está mal, considerando algunas de las cosas que comía en la Tierra Salvaje.

—¿Has visto algo? —pregunta Julián. Muevo la cabeza en sentido negativo—. Tampoco serviría de mucho, imagino.

Duda un minuto y luego baja de la cama para sentarse también en el suelo.

—La información sirve siempre —replico con brusquedad. Esa es otra cosa que he aprendido de Raven; claro que Julián no lo entiende. La gente como él no quiere saber, ni pensar, ni tener que elegir nada: eso es parte del problema.

Ambos hacemos ademán de alcanzar el agua y nuestras manos se tocan sobre la bandeja. Julián aparta la suya como si se hubiera quemado.

—Adelante —digo.

—Tú primero —dice él.

Cojo el agua y tomo un sorbo sin dejar de observarle. Hace pedacitos el pan. Noto que quiere que dure; debe de estar muerto de hambre.

—Quédate con mi pan —digo. No estoy segura de por qué se lo ofrezco. No es inteligente: para escapar de aquí tengo que estar fuerte.

Se me queda mirando. Curiosamente, a pesar de tener el pelo rubio trigo y caramelo y los ojos azules, sus pobladas pestañas son negras.

—¿Estás segura?

—Cógelo —estoy a punto a añadir: « Antes de que cambie de idea ».

Se come el segundo trozo ansiosamente, agarrándolo con las dos manos. Cuando termina, le paso la cantimplora, y duda antes de llevársela a la boca.

—Ya sabes que no puedes contagiarte por mí —le digo.

—¿El qué?

Se sobresalta un poco, como si hubiera interrumpido un largo silencio.

—La enfermedad. Los *deliria nervosa de amor*. No te la puedo contagiar. Estás a salvo —Álex me dijo una vez exactamente lo mismo. Sepulto los recuerdos, deseando que se queden en lo profundo de las tinieblas—. Y además, en cualquier caso, no la puedes contraer por compartir comida o bebida. Eso es un mito.

—Pero se puede contagiar por los besos —comenta él tras una pausa. Duda antes de decir « besos ». No es un término que use ya muy a menudo, excepto en la intimidad.

—Eso es distinto.

—Además, no es eso lo que me preocupa —añade con aire convincente, y se bebe un gran trago de agua como para demostrarlo.

—¿Qué es lo que te preocupa, entonces?

Cojo mi trozo de cecina, me apoyo en la pared y empiezo a mordisquearlo. No me mira a los ojos.

—Es solo que no he pasado mucho tiempo con...

—¿Chicas?

Niega con la cabeza.

—Con nadie —dice—. Con nadie de mi edad.

Por un momento nos miramos a los ojos, y entonces me recorre una pequeña sacudida. Sus ojos han cambiado: ahora las aguas transparentes se han extendido

y se han hecho más profundas, se han convertido en un océano de colores cambiantes, verdes, dorados y púrpuras.

Julián parece pensar que ha hablado demasiado. Se pone de pie, camina hasta la puerta y se vuelve. Es la primera señal de agitación que le he visto. Durante todo el día ha estado muy calmado.

—¿Por qué crees que nos tienen encerrados aquí? —pregunta.

—Para pedir un rescate, probablemente.

Es lo único que tiene sentido.

Julián se pasa el dedo por el corte del labio, pensándolo.

—Mi padre pagará —dice un momento después—. Yo soy valioso para el movimiento.

Yo no comento nada. En un mundo sin amor, eso es lo que somos las personas: valores, beneficios y cargas, números y datos. Sopesamos, cuantificamos, medimos, y el alma quedara reducida a polvo.

—No le gustará tener que tratar con los inválidos —añade.

—No sabes si ellos son los responsables de que estemos aquí —replico rápidamente, y luego me arrepiento. Incluso aquí, Lena Morgan Jones tiene que actuar como se espera de ella.

Julián me mira frunciendo el ceño.

—Ya los viste en la manifestación, ¿no? —me quedo callada—. No sé. Quizá lo que ha sucedido sea para bien. Quizá ahora la gente comprenda lo que intenta hacer la ASD. Así entenderán por qué es tan necesario.

Usa su voz pública, como si se estuviera dirigiendo a una muchedumbre.

Me pregunto cuántas veces le habrán dicho esas mismas palabras, cuántas veces le habrán insistido con esas mismas ideas. Me pregunto si tendrá dudas alguna vez.

De pronto me indigno con él y con su serena certeza sobre el mundo, como si la vida se pudiera diseccionar y etiquetar nítidamente igual que un espécimen en un laboratorio.

Pero no digo nada de esto. Lena Morgan Jones mantiene la máscara puesta.

—Eso espero —sentencio fervientemente, y luego me voy a mi catre y me hago un ovillo de cara a la pared para que se dé cuenta de que no me apetece seguir hablando con él.

Como venganza, musito palabras dirigidas al cemento: palabras antiguas, palabras prohibidas que Raven me enseñó, de una de las antiguas religiones.

*El Señor es mi pastor, nada me falta.
En prados de hierba fresca me hace reposar;
me conduce junto a fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas. Me guía por el camino justo,
haciendo honor a su nombre.*

Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré...

Termino quedándome dormida. Cuando abro los ojos, todo está oscuro, y tengo que contener un grito. Han apagado la bombilla y nos han dejado en la negrura. Me noto congestionada y enferma. Aparto la manta de lana hasta los pies del catre y disfruto del aire fresco sobre la piel.

—¿No puedes dormir?

La voz de Julián me sobresalta. No está en su catre. Apenas puedo verle: es una silueta grande recortada contra la sombra.

—Estaba durmiendo —digo—. ¿Y tú?

—No —contesta. Su voz suena ya más suave, menos precisa, como si de algún modo la oscuridad hubiera derretido sus límites—. Es tonto, pero.

—¿Pero qué?

Imágenes del sueño siguen aleteando en mi mente, bordeando los límites de la conciencia. He soñado con la Tierra Salvaje. Estaba Raven; Hunter también estaba.

—Sueño. Tengo pesadillas —Julián pronuncia las palabras apresuradamente, parece sentirse avergonzado—. Las sufro desde siempre.

Durante una décima de segundo siento un tirón en el pecho, como si algo duro se me hubiera aflojado. Hago esfuerzos para apartar ese sentimiento. Estamos en lados opuestos, él y yo. Nunca podrá existir ninguna comprensión entre nosotros.

—Dicen que eso mejorará después de la operación —añade casi como una disculpa, y yo me pregunto si estará pensando en lo obvio: « Si consigo sobrevivir a ella » .

Me quedo callada. Tose y luego se aclara la garganta.

—¿Y tú qué? —pregunta—. ¿Has tenido pesadillas alguna vez? O sea, antes de que te hicieran la operación.

Pienso en los cientos y cientos de curados que duermen sin sueños en sus camas de matrimonio, con la cabeza envuelta en niebla, en un sueño dulce y vacío.

—Nunca —respondo, y me doy la vuelta, me subo la manta por encima de las piernas y finjo que duermo.

entonces

No hay tiempo para irnos como habíamos planeado. Cogemos lo que podemos y salimos corriendo, mientras a nuestras espaldas la Tierra Salvaje se vuelve fuego rugiente y humo. Nos mantenemos cerca del río con la esperanza de que el agua nos proteja si el incendio avanza.

Raven lleva en brazos a Blue, rígida y aterrorizada. Yo llevo a Sarah de la mano. Lloro en silencio, envuelta en el enorme chaquetón de Lu. No ha tenido tiempo de coger el suyo. Lu se las apaña sin él. Cuando llega el peligro de congelación, Raven y yo nos turnamos para prestarle nuestros abrigos. El frío se te introduce en el cuerpo, te aprieta las entrañas, hace que te lloren los ojos.

Y tras nosotros están las llamas.

Hemos conseguido escapar sanos y salvos del hogar quince. Faltan Squirrel y Grandma. Nadie recuerda haberlos visto, con las prisas por abandonar la guarida. Una de las bombas se hundió profundamente en la tierra justo al lado, lo que provocó el derrumbamiento de un muro de la enfermería y lanzó una nube de piedras, polvo e insectos hacia la entrada. Después de eso, no hubo más que caos y gritos.

Cuando se retiran los aviones, llegan los helicópteros. Durante horas dan vueltas sobre nuestras cabezas y el aire se fragmenta, se hace jirones por el interminable zumbido. Lanzan productos químicos sobre la Tierra Salvaje hasta crear una niebla que nos quema la garganta, nos ahoga y nos provoca escozor en los ojos. Nos ponemos camisetas y trapos en el cuello y sobre la boca y avanzamos entre la bruma. Al menos no mandan tropas de tierra. Debemos considerarnos afortunados por eso.

Por fin oscurece demasiado para que continúen los ataques. El cielo nocturno está sucio de humo. Los bosques se llenan de crujidos y chasquidos a medida que muchos árboles sucumben a las llamas, pero por lo menos nos hemos alejado lo suficiente río abajo para estar a salvo del fuego. Por fin Raven considera que no hay peligro en hacer una pausa para descansar y ver con qué contamos.

Solo tenemos una cuarta parte de la comida que habíamos almacenado, y ningún medicamento.

Bram piensa que deberíamos regresar por la comida.

—Nunca conseguiremos llegar al sur con lo que tenemos —alega, y me doy cuenta de que Raven tiembla mientras lucha para prender un fuego. Apenas puede encender una cerilla. Debe de tener las manos congeladas. Yo hace horas que no siento las mías.

—¿Es que no lo entiendes? —le espeta ella—. El hogar está acabado. Ya no podemos volver atrás. Hoy querían terminar con nosotros, con todos y cada uno. Si Lena no nos hubiera avisado, estaríamos todos muertos.

—¿Y qué pasa con Tack y Hunter? —insiste testarudo Bram—. ¿Qué harán cuando vuelvan por nosotros?

—¡Maldita sea, Bram! —la voz de Raven se alza un poco, histérica, y Blue, que se ha quedado dormida, hecha un ovillo entre las mantas, se revuelve nerviosa. Raven se pone de pie; por fin ha conseguido que el fuego prenda. Retrocede un paso y se queda mirando las primera llamas que se revuelven, azules y verdes y rojas—. Tendrán que cuidarse ellos solos —murmura. Aunque ha recuperado el control de sí misma, percibo el dolor que se desprende de sus palabras, como una cinta de miedo y de pena—. Tendremos que continuar sin ellos.

—Vaya mierda —declara Bram sin ganas. Sabe que ella tiene razón.

Raven se queda ahí durante largo rato, mientras los demás se mueven en silencio por la ribera del río para montar el campamento: apilan las mochilas para formar un refugio contra el viento, recolectan la comida y calculan las nuevas raciones. Yo me acerco a Raven y me quedo un rato a su lado. Me gustaría abrazarla, pero no puedo. No es el tipo de cosas que puedes hacer con Raven. De alguna manera extraña, comprendo que ahora necesito su dureza más que nunca.

Con todo, desearía reconfortarla, así que digo, muy bajo para que nadie pueda oírme:

—Tack va a estar bien. Si alguien puede sobrevivir ahí fuera, pase lo que pase, es él.

—Sí, lo sé —dice—. Eso no me preocupa. Él va a sobrevivir sin problema.

Pero cuando me mira veo algo apagado en sus ojos, como si hubiera cerrado una puerta en lo más profundo de su ser, y sé que no se lo cree de veras.

La mañana siguiente gris y fría. Ha empezado a nevar otra vez. Nunca había pasado tanto frío, y tengo que dar saltitos durante un buen rato hasta que vuelvo a sentir los pies. Hemos dormido todos a la intemperie. A Raven le preocupaba que las tiendas se vieran demasiado, lo que nos habría convertido en objetivo fácil si volvían los aviones o los helicópteros, pero el cielo está vacío y los bosques en silencio. Con la nieve se mezclan partículas de ceniza que extienden un tenue olor a humo.

Nos dirigimos hacia el primer campamento, el que prepararon Roach y Buck

para nuestra llegada, a ciento veinte kilómetros de distancia. Al principio caminamos en silencio, mirando al cielo de vez en cuando, pero al cabo de algunas horas empezamos a relajarnos, sigue cayendo la nieve, suavizando el paisaje y purificando el aire hasta que sepulta el olor a humo.

Entonces hablamos con mayor libertad. ¿Cómo nos habrán encontrado? ¿Por qué nos habrán atacado? ¿Por qué en este momento?

Durante años, los inválidos han contado con una ventaja fundamental: se suponía que no existían. Durante décadas, el gobierno ha negado que hubiera ningún habitante en la Tierra Salvaje, lo que mantuvo a los inválidos relativamente a salvo. Cualquier ataque a gran escala habría equivalido a admitir su error.

Pero eso parece haber cambiado.

Mucho más tarde, nos enteramos de la razón: la Resistencia ha incrementado sus ataques. Se han cansado de esperar, de montar protestas y pequeñas travesuras: de ahí los incidentes: explosivos colocados en prisiones, ayuntamientos y dependencias oficiales de todo el país.

Sarah, que se había adelantado, regresa junto a mí.

—¿Qué crees que les habrá sucedido a Tack y Hunter? —me pregunta—. ¿Estarán bien? ¿Crees que nos encontrarán?

—Chist —la hago callar con brusquedad. Raven camina delante de mí, y levanto la mirada para ver si nos ha oído—. No te preocupes por eso. Saben cuidar de sí mismos.

—¿Y qué pasa con Squirrel y Grandma? ¿Crees que habrán conseguido escapar?

Pienso en ese estremecimiento gigante, en toda la piedra y el cemento que se hundieron, en el humo y los gritos. Había tanto ruido y tantas llamas. Intento pensar si pisé a Squirrel y a Grandma corriendo por los bosques, pero no recuerdo más que siluetas que chillaban, órdenes dadas a gritos, personas que se convertían en humo.

—Haces demasiadas preguntas —la censuro—. Deberías conservar las fuerzas.

Sarah, que venía trotando como un perrillo, baja el ritmo hasta ir al paso.

—¿Vamos a morir? —pregunta con aire solemne.

—No seas tonta. Ya has hecho traslados antes.

—Pero la gente de dentro de la valla —se muerde el labio—. Nos quieren matar, ¿verdad?

Siento que algo se tensa en mi interior, un espasmo de odio profundo. Le pongo una mano en la cabeza.

—Todavía no han acabado con nosotros —respondo, y empiezo a imaginarme que un día volaré sobre Portland, sobre Rochester, sobre todas y cada una de las ciudades valladas de todo el país, y las bombardearé una y otra

vez, y veré cómo arden sus edificios hasta reducirse a polvo y cómo todas esas personas se derriten y sangran hasta convertirse en llamas, para darles a probar su propia medicina.

Si nos quitas algo, nosotros te quitaremos otra cosa. Si nos robas, te robaremos hasta la camisa. Si nos presionas, golpearemos.

Esa es la forma en que funciona el mundo ahora.

Llegamos al primer campamento justo antes de la medianoche del tercer día, tras una confusión en el último minuto junto a un árbol caído, con las raíces expuestas al cielo, que Roach había marcado con un pañuelo rojo. Dudamos si dirigirnos al este o al oeste, perdemos una hora caminando en la dirección equivocada y tenemos que desandar ese tramo; pero en cuanto avistamos la pequeña pirámide de piedras que levantaron Roach y Buck para marcar dónde está enterrada la comida, reina la alegría general.

Corremos los últimos veinte metros dando gritos hasta alcanzar el claro, llenos de una energía renovada.

El plan era quedarse aquí un día, a los sumo dos, pero Raven opina que deberíamos acampar durante más tiempo y tratar de cazar lo que podamos con trampas. Hace cada día más frío; gradualmente se hará más difícil encontrar pequeñas piezas de caza y no tenemos comida suficiente para recorrer todo el camino hasta el sur.

Ya es seguro plantar las tiendas, durante un tiempo podemos olvidar que estamos huyendo, que hemos perdido a miembros de nuestro grupo y que dejamos atrás muchas provisiones en el hogar. Encendemos un fuego, nos sentamos alrededor de su resplandor y nos calentamos las manos mientras contamos historias para distraernos del frío, del hambre y del viento, que huele a la nevada que se avecina.

ahora

—Cuéntame una historia.

—¿Cómo?

La voz de Julián me sobresalta. Lleva horas sentado en silencio. Yo me he puesto a dar vueltas otra vez, pensando en Raven y en Tack. ¿Habrán podido escapar de la concentración? ¿Pensarán que estoy herida o muerta? ¿Vendrán a buscarme?

—Que me cuentes una historia —está sentado en su catre, con las piernas cruzadas. Me he dado cuenta de que es capaz de quedarse sentado así durante horas, con los ojos entrecerrados, como si estuviera meditando. Su calma ha empezado a irritarme—. Hará que el tiempo pase más rápido —añade.

Otro día, más horas que se arrastran. Ha vuelto la luz y nos han traído el desayuno (más pan, más cecina, más agua). Esta vez me he pegado a la puerta y he podido ver unos pantalones oscuros y unas botas pesadas. Una áspera voz masculina me ha ordenado que pase la bandeja vieja por la gatera y yo he obedecido.

—No sé ninguna historia —digo. Julián ya no se siente incómodo mirándome; es más, se siente demasiado cómodo. Noto sus ojos fijos en mí mientras doy vueltas, como si me estuviera dando un ligero toque en el hombro.

—Bueno. Entonces, cuéntame tu vida —dice Julián—. No tiene por qué ser una buena historia.

Suspiro mientras repaso la vida que Raven me ayudó a construir para Lena Jones.

—Nací en Queens. Fui al colegio Unity hasta quinto y luego me pasé a Nuestra Señora de la Doctrina. El año pasado me trasladé a Brooklyn y me matriculé en el Quincy Edwards para mi último curso.

Julián sigue mirándome, como si esperara más. Hago un gesto rápido de impaciencia con la mano y añado:

—Me hicieron la cura en noviembre. Sin embargo, pasaré mi evaluación a finales de este semestre, con todas las demás. Todavía no tengo una pareja asignada.

Me quedo sin cosas que decir. Lena Jones, como todos los curados, es bastante aburrida.

—Esos son hechos —dice Julián—. No es una historia.

—Vale —me siento en mi catre con las piernas dobladas y me vuelvo hacia él—. Si sabes tanto... ¿por qué no me cuentas una historia tú a mí?

Espero que se ponga todo colorado, pero se limita a echar la cabeza hacia atrás con un resoplido. Hoy la herida del labio tiene peor aspecto; está amoratada e hinchada. Han empezado a extenderse por su mandíbula sombras de color amarillo y verde, pero no se ha quejado, ni de eso ni del feo corte que tiene en la mejilla.

Por fin comienza:

—Una vez, cuando era muy pequeño, vi a dos personas besándose en público.

—¿En una ceremonia de matrimonio, quieres decir? ¿Para sellarla?

Niega con la cabeza.

—No. En la calle. Eran manifestantes, ¿sabes? Era justo delante de la ASD. No sé si no estaban curados o si el procedimiento no había funcionado o qué. Yo solo tenía unos seis años. Ellos...

En el último momento titubea.

—¿Ellos qué?

—Se besaban con la lengua.

Me mira durante apenas un segundo y luego aparta la vista. Hoy en día, besarse con la lengua es algo peor que ilegal. Está considerado algo sucio, un acto asqueroso, un síntoma de que la enfermedad se ha afianzado.

—¿Y qué hiciste?

Me inclino hacia delante a mi pesar. Estoy asombrada, tanto por la historia como por el hecho de que Julián la esté compartiendo conmigo.

Él esboza una sonrisa.

—¿Quieres saber algo divertido? Al principio pensé que él se la estaba comiendo.

No puedo remediarlo: suelto una breve carcajada y, cuando empiezo, ya no puedo parar. Toda la tensión de las últimas cuarenta y ocho horas se rompe en mi pecho y me río tan fuerte que se me saltan las lágrimas. El mundo entero está del revés. Vivimos en la casa de la risa.

Julián también se echa a reír; luego hace una mueca y se toca el labio amoratado.

—¡Ay! —exclama, y esto me provoca nuevas carcajadas, que se le contagian. Vuelve a decir: «¡Ay!», y al momento estamos los dos muertos de risa. Julián tiene una risa sorprendentemente agradable, grave y musical.

—Vale, ahora te toca a ti otra vez —dice por fin, jadeando, y se acaba la risa.

Yo sigo esforzándome por recobrar el aliento.

—Espera, espera. ¿Y qué pasó después?

Él me mira, aún sonriendo. Tiene un hoyuelo en la mejilla derecha. En su entrecejo aparece una arruga.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué le sucedió a la pareja? ¿A los que se besaban?

La arruga de su entrecejo se hace más profunda y mueve la cabeza, confundido.

—Vino la policía —continúa, como si fuera evidente—. Los pusieron en cuarentena en Rikers. Puede que sigan allí.

Y así, tal cual, la risa restante me abandona como un golpe seco en el pecho. Me acuerdo de que Julián es uno de ellos: los zombis, los enemigos. Los que me arrebataron a Álex.

De pronto, me siento mal. Acabo de reírme con él. Hemos compartido algo. Me mira como si fuéramos amigos, como si fuéramos iguales.

Me dan ganas de vomitar.

—Venga —dice él—. Te toca a ti.

—Yo no tengo ninguna historia —digo. Mi voz suena áspera, como un ladrado.

—Todo el mundo tiene —empieza a decir él.

—Yo no —le corto, y me bajo otra vez del catre. Me pica todo el cuerpo y solo puedo quitarme la sensación caminando.

Pasamos el resto del día sin cruzar palabra. Unas cuantas veces parece que Julián va a decir algo, así que al final me voy al catre y me tumbo, cierro los ojos y finjo que duermo. Pero no duermo.

En mi mente se revuelven una y otra vez las mismas palabras:

Tiene que haber una salida. Tiene que haber una salida.

El sueño auténtico no llega hasta mucho después, cuando de nuevo apagan la luz. Es como hundirse lentamente, como ahogarse en la niebla. Demasiado pronto, me vuelvo a destapar y me incorporo, con el corazón a cien por hora.

Julián grita en sueños en el catre junto al mío, musitando palabras incoherentes. La única que puedo identificar es «no».

Espero un poco para ver si se despierta solo. Da patadas y se revuelve. El somier metálico cruje.

—Eh —digo. Sigue hablando angustiado, así que me incorporo—. Eh, Julián —le llamo en voz más alta.

Sigue sin responder. Alargo el brazo y busco el suyo en la oscuridad. Tiene el pecho cubierto de sudor. Encuentro su hombro y le muevo suavemente.

—Julián, despierta.

Por fin abre los ojos, jadeante, y se aparta bruscamente de mi contacto. Se incorpora. Oigo el ruido del colchón cuando se desplaza su peso y distingo su silueta, una negrura densa, la curva de su columna. Durante un momento nos quedamos sentados en silencio. Él respira con dificultad. De su garganta sale un ruido ronco. Me vuelvo a tumbar y le escucho inspirar en la oscuridad. Espero a

que se calme.

—¿Más pesadillas? —preguntó.

—Sí —responde tras un momento.

Dudo. Parte de mí se siente inclinada a darse la vuelta y volver a dormir. Pero estoy demasiado despierta, y la oscuridad resulta opresiva.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto.

Hay un largo minuto de silencio. Luego comienza a hablar apresuradamente.

—Estaba en un complejo de laboratorio —comienza—. Y fuera había una gran alambrada y toda una serie de... La verdad es que no sé explicarlo, pero no era una valla de verdad. Estaba hecha de cuerpos. De cadáveres. El aire estaba negro por la cantidad de moscas.

—Sigue —susurro cuando Julián hace una nueva pausa.

Traga saliva.

—Llegaba el momento de mi operación, me ataban a una camilla y me decían que abriera la boca. Dos científicos me obligaban tirando de la mandíbula. Mi padre, que estaba también ahí, acercaba un cubo lleno de hormigón fresco y yo sabía que me lo iba a echar por la garganta. Gritaba y trataba de impedirse lo por todos los medios, pero él no hacía más que decir que todo iría bien, que me iba a hacer bien, y entonces el hormigón me empezaba a llenar la boca y no podía respirar.

Deja de hablar. Noto una presión en el pecho. Durante un segundo de locura siento la necesidad de abrazarlo, pero eso sería terrible, y estaría mal por miles de razones. Él debe de sentirse mejor después de contarme el sueño, porque se vuelve a tumbar.

—Yo también tengo pesadillas —rápidamente me corrijo—. Bueno, quiero decir que las tenía.

Incluso en la oscuridad, me da la impresión de que Julián se me ha quedado mirando.

—¿Quieres hablar de ello?

Me devuelve mis mismas palabras.

Pienso en las pesadillas que solía tener sobre mi madre: sueños en los que contemplaba impotente cómo ella saltaba de un acantilado. Nunca le he hablado a nadie de eso, ni siquiera a Álex. Los sueños cesaron cuando supe que estaba viva, que había estado encerrada en las Criptas durante todos los años en que creía que había muerto. Ahora mis pesadillas han adoptado nuevas formas. Están llenas de fuego, y de Álex, y de espinas que se convierten en cadenas y me arrastran hasta el interior de la tierra.

—A menudo tenía pesadillas sobre mi madre —casi me ahogo al pronunciar «madre», y espero que él no se dé cuenta—. Murió cuando tenía seis años.

Esto también podría resultar cierto. Nunca la volveré a ver.

Se oye un ruido en el catre de Julián y, cuando habla, me doy cuenta de que

se ha vuelto hacia mí.

—Háblame de ella —me pide suavemente.

Me quedo mirando a la oscuridad, que parece estar llena de diseños cambiantes.

—Le gustaba experimentar en la cocina —explico lentamente. No puedo contarle demasiado; no debo decir nada que le haga concebir sospechas. Pero hablar en la oscuridad proporciona alivio, así que me dejo llevar—. Solía sentarme en la encimera de la cocina y mirar cómo enredaba. Casi todo lo que preparaba acababa en la basura, pero siempre era divertido, y me hacía reír —hago una pausa—. Me acuerdo de una vez que hizo crepes de pimienta picante. No estaban mal —Julián permanece en silencio. El ritmo de su respiración se ha vuelto regular—. También solía jugar conmigo —añado.

—¿De veras?

La voz de Julián tiene un tono asombrado.

—Sí. Juegos de verdad no solo esos rollos educativos que promueven en el *Manual de FSS*. Ella fingía.

Me detengo y me muerdo el labio, preocupada por haber ido demasiado lejos.

—¿Qué fingía?

Noto un peso descontrolado en el pecho y de pronto regresa todo: mi vida de verdad, mi antigua vida, la casa destartada en Portland, el sonido del agua y el olor de la bahía, las paredes ennegrecidas de las Criptas y las formas de diamante color verde esmeralda que creaba el sol al colocarse entre los árboles de la Tierra Salvaje; todas las capas, apiladas unas sobre otras, que he enterrado para que nadie las encuentre nunca. Y de repente siento que tengo que seguir hablando; si no, voy a explotar.

—Mi madre tenía una llave con la que supuestamente abría las puertas a otros mundos. Era solo una llave normal, no sé de dónde la sacaría, a lo mejor de algún mercadillo, pero la guardaba en una caja roja y solo la sacaba en las ocasiones especiales. Y cuando la sacaba, fingíamos que viajábamos por todas esas dimensiones distintas. En un mundo, los animales tenían humanos como mascotas; en otro, cabalgábamos sobre la cola de estrellas fugaces. Había también un mundo submarino, y otro en el que la gente dormía por el día y bailaba durante la noche. Mi hermana también jugaba.

—¿Cómo se llamaba?

—Grace —contesto, me aprieta la garganta, y ahora combino capas y lugares, mezclando vidas. Mi madre desapareció incluso antes de que Grace naciera; además, Grace era mi prima. Pero, curiosamente, lo puedo imaginar: mi madre levantando a Grace y haciéndola girar en un círculo enorme, mientras la música sale de los viejos altavoces; las tres corriendo por largos pasillos de madera, fingiendo que cazamos una estrella. Abro la boca, pero me doy cuenta

de que no puedo hablar más. Estoy a punto de llorar, y me trago las lágrimas mientras se me contrae la garganta.

Julián se queda callado durante un minuto. Luego dice:

—Yo también fingía cosas.

—¿Ah, sí? —vuelvo la cara hacia la almohada para que se amortigüe el temblor de mi voz.

—Sí... En los hospitales, sobre todo, y en los laboratorios —otro instante—. Imaginaba que estaba de vuelta en casa. Cambiaba los ruidos por otras cosas, ¿entiendes? Por ejemplo, el ruido de los monitores de actividad cardíaca era justo como el bip, bip, bip de la cafetera eléctrica. Cuando oía pisadas fingía que eran mis padres, aunque nunca eran ellos. Ya sabes que los hospitales siempre huelen a lejía con un ligero toque a flores; yo me figuraba que era porque mi madre estaba lavando las sábanas.

Ya se me ha pasado la presión en la garganta y ahora puedo respirar con mayor facilidad. Agradezco que Julián no haya comentado que el comportamiento de mi madre parece no regulado, que no se haya mostrado desconfiado y no haya hecho demasiadas preguntas.

—Los funerales también huelen así —digo—. A lejía. Y a flores también.

—No me gusta ese olor —musita Julián. Si estuviera menos entrenado y fuera menos cuidadoso, diría que lo odia. Pero no puede decirlo: eso está demasiado cerca de la pasión, la pasión es muy similar al amor y el amor es *deliria nervosa de amor*, la más letal de todas las cosas letales; es la razón de las capas secretas de las personas, la razón de los espasmos en la garganta.

Julián continúa:

—Y también imaginaba que era un explorador. Pensaba cómo sería viajar a... otros lugares.

Me acuerdo de cuando le encontré después de la reunión de la ASD: sentado a solas en la oscuridad, contemplando todas aquellas imágenes vertiginosas de montañas y bosques.

—¿Qué tipo de lugares? —pregunto, con el corazón un poco acelerado.

Vacila unos instantes.

—Otros sitios, sin más —dice por fin—. Otras ciudades de los Estados Unidos.

Algo me dice que vuelve a mentir. Me pregunto si en realidad está hablando de la Tierra Salvaje o de otras partes del mundo: lugares sin alambradas, donde aún existe el amor, aunque se supone que ya tendría que haber acabado con todos.

Quizá nota que no le creo, porque se apresura a añadir:

—Eran solo cosas de niños. Así me entretenía de noche en los laboratorios, cuando me hacían pruebas y operaciones y cosas así. Era para no tener miedo.

En el silencio, siento el peso de la tierra sobre nuestras cabezas: capas y capas, densas y sin aire. Intento luchar contra la abrumadora impresión de que

vamos a estar aquí enterrados para siempre.

—¿Ahora tienes miedo? —pregunto.

Tarda una décima de segundo en contestar.

—Tendría más miedo si estuviera solo.

—Yo también —admito, y una vez más siento una oleada de complicidad con él—. ¿Julián?

—¿Sí?

—Dame la mano.

No sé por qué digo eso; quizá porque no le veo. En la oscuridad es más fácil.

—¿Para qué?

—Tú hazlo.

Lo oigo moverse. Se acerca y alarga el brazo en el espacio entre los dos catres. Extiendo la mano y encuentro la suya grande, fresca y seca. Se sobresalta un poco cuando su piel entra en contacto con la mía.

—¿Crees que es seguro? —pregunta. Su voz suena ronca.

No sé si se refiere a los *deliria* o al hecho de que estamos atrapados aquí, pero deja que mis dedos se entrelacen con los suyos. Nunca le ha tocado la mano a nadie, y se nota. Le lleva un momento de titubeo el comprender cómo hacerlo.

—Todo va ir bien —digo. No sé si lo creo o no. Me da un pequeño apretón, lo que no deja de sorprenderme. Supongo que hay ciertas cosas que se nos ocurren de forma natural, aunque no las hayamos hecho nunca. Nos quedamos agarrados de la mano y poco después escucho su respiración, que se va haciendo más lenta y profunda. Cierro los ojos y pienso en olas que llegan despacio a la orilla. Poco después me quedo dormida: sueño que estoy en un tióvivo con Grace y que contemplamos, riendo, cómo todos los caballitos de madera se liberan de sus sitios y se lanzan a galopar por el aire.

entonces

Durante tres días, el tiempo se mantiene igual. Los bosques forman una sinfonía de sonido a medida que los árboles y el río van deshaciéndose del hielo. Enormes gotas de agua con colores de piedras preciosas caen sobre nuestras cabezas según caminamos por el bosque buscando bayas, guaridas de animales y buenos sitios para cazar. Hay una sensación generalizada de alivio y de celebración, casi como si de verdad hubiera llegado la primavera, aunque somos conscientes de que esto es solo un aplazamiento temporal. Raven es la única que no parece contenta.

Ahora tenemos que estar todo el tiempo alerta a la busca de comida. La tercera mañana, Raven me nombra a mí para que la acompañe a comprobar las trampas. Cada vez que encontramos una vacía, maldice un poco entre dientes. En general, los animales se han refugiado bajo tierra.

Antes de llegar a la última trampa, escuchamos a la presa y Raven aprieta el paso. Se oye un ruido frenético de algo que escarba en las frágiles hojas que cubren el suelo del bosque, y también un chillido asustado. Un conejo grande ha quedado atrapado por una pata trasera en los dientes metálicos de la trampa. Tiene el pelo manchado de sangre oscura. Aterrorizado, intenta saltar hacia delante y luego vuelve a caer, jadeando, de lado.

Raven se agacha y saca un cuchillo de mango largo de la bolsa. Está afilado, pero aún tiene manchas de óxido y, supongo, de sangre seca. Si dejamos ahí el conejo, se retorcerá, dará vueltas y se sacudirá hasta desangrarse, o tal vez al final se dé por vencido y muera lentamente de hambre. Si ella lo mata con rapidez, le hará un favor. Aun así, no puedo mirar. Nunca me ha tocado ocuparme de las trampas, no tengo estómago para eso.

Raven vacila. Luego, de repente, me pone el cuchillo en la mano.

—Toma —me dice—. Hazlo tú.

No es que no sea aprensiva; caza constantemente. Esta es otra de sus pruebas. Curiosamente, el cuchillo es bastante pesado. Miro al conejo, que escarba y se revuelve en el suelo.

—Yo... no puedo. Nunca he matado.

La mirada de Raven es dura.

—Bueno, ya es hora de que aprendas.

Sujeta al animal con las dos manos. No deja de retorcerse; le pone una en la cabeza y la otra en la tripa para inmovilizarlo. El conejo debe de pensar que ella intenta ayudarlo, porque deja de moverse. Incluso así, noto cómo respira acelerada, desesperadamente.

—No me obligues —le pido, avergonzada porque tengo que rogarle y enfadada por verme obligada a hacerlo.

Raven vuelve a ponerse de pie.

—Sigues sin entenderlo, ¿no? —dice—. Esto no es un juego, Lena. Y no termina aquí, ni cuando lleguemos al sur, ni nunca. Lo que pasó en el hogar —se interrumpe moviendo la cabeza—. No hay sitio para nosotros en ninguna parte. No, a menos que cambien las cosas. Van a venir a por nosotros. Bombardearán y quemarán nuestros hogares, se expandirán las fronteras y las ciudades y ya no quedará Tierra Salvaje, nadie para luchar ni nada por lo que hacerlo, ¿lo entiendes?

No respondo. Siento el calor que asciende hasta mi nuca. Me estoy mareando.

—No siempre voy a estar a tu lado para ayudarte —sentencia, y se arrodilla de nuevo. Esta vez aparta el pelo del conejo con los dedos, dejando al descubierto parte del cuello rosado, carnoso, y una arteria que late.

—Aquí —dice—. Hazlo.

Se me ocurre en ese momento que el animal que está sujetando es como nosotros: atrapado, obligado a huir de su madriguera, luchando desesperadamente por respirar, por tener un poco más de espacio. Y de repente me entra una cólera cegadora contra ella, por sus sermones y su cabezonería, por pensar que la forma de ayudar a la gente es ponerla contra la pared o pegarle hasta que empieza a devolver los golpes.

—No creo que sea un juego —le espeto sin ocultar mi enfado.

—¿Qué?

—Te crees que eres la única que sabe algo —aprieto los puños, uno contra el muslo y el otro cerrado sobre el mango del cuchillo—. Te crees que eres la única que sabe lo que es la pérdida o la ira. Te crees que eres la única que sabe lo que es huir.

Me estoy acordando de Álex, y la odio por ello también, por traérmelo de vuelta. El dolor y la furia crecen como una ola negra.

—No creo que yo sea la única —replica Raven—. Todos hemos perdido algo. Esa es norma ahora, ¿no? Incluso en Zombilandia. Ellos pierden más que los demás, posiblemente.

Alza los ojos y me mira. No sé por qué, no puedo dejar de temblar.

Raven habla con una serena intensidad.

—Más vale que aprendas una cosa: si quieres algo, si lo haces tuyo, siempre se lo estarás quitando a otra persona. Esa es otra regla. Y algo debe morir para que otros vivan.

Me quedo sin aliento. Por un momento, el mundo deja de girar y solo queda el silencio y los ojos de Raven.

—Pero tú ya lo sabes todo al respecto, ¿no, Lena?

Nunca alza la voz, pero siento las palabras como un golpe físico. Me empieza a zumbar la cabeza y se me llena el pecho de un dolor abrasador. Todo lo que pienso es: «No lo digas, no lo digas, no lo digas», y caigo en los profundos túneles oscuros de sus ojos, de vuelta hasta aquella terrible madrugada en la frontera, cuando el sol penetraba por la bahía como una mancha lenta.

Ella continúa:

—¿No intentaste cruzar la frontera con alguien más? Nos llegaron los rumores. Estabas con alguien —lo dice como si acabara de acordarse, aunque me doy cuenta en este momento de que ya lo sabía, claro que lo sabía, lo ha sabido desde el principio. La ira y el odio me llenan tan rápido y con tanta fuerza que me da la sensación de que voy a ahogarme—. Se llamaba Álex, ¿no?

Me lanzo contra ella antes de darme cuenta de que me he movido. Tengo el cuchillo en la mano y se lo voy a clavar justo en la garganta, la voy a desangrar y a destripar y la voy a dejar ahí para que se la coman los animales.

En el instante en que caigo sobre ella, me da un golpe en las costillas y pierdo el equilibrio. Me agarra de la muñeca y tira de mí hacia abajo, de forma que el cuchillo se clava directamente en el cuello del conejo, justo donde ella señalaba la arteria. Suelto un grito. Sigo sosteniendo el arma, y ella me aprieta la mano para mantenerla en el sitio. El conejo se revuelve una vez y luego se queda quieto. Durante un instante, me imagino que aún puedo sentir el latido de su corazón bajo mis dedos como un eco rápido. El cuerpo del animal está caliente. Junto a la punta del cuchillo brota un poco de sangre.

Raven y yo estamos tan cerca que puedo oler su aliento y el sudor que impregna su ropa. Intento apartarme, pero ella me agarra más fuerte.

—No te enfades conmigo —dice—. No he sido yo quien lo ha hecho.

Para enfatizar sus palabras, me aprieta más la mano; el cuchillo penetra unos centímetros más en el cuerpo del animal y se acumula más sangre en torno a él.

—Que te den —suelto, y de repente me pongo a llorar por primera vez desde que llegué a la Tierra Salvaje, por primera vez desde que Álex murió. Se me cierra la garganta y apenas puedo pronunciar las palabras. Casi me ahogo. Se me está pasando el enfado, reemplazado por una intensa lástima hacia ese maldito animal, tonto y confiado, que corría demasiado rápido y no miraba por dónde iba y, aun así, incluso cuando tenía la pata atrapada en la trampa, siguió creyendo que podía escapar. Estúpido, estúpido, estúpido.

—Lo siento, Lena. Las cosas son como son.

Efectivamente, tiene un aire contrito: sus ojos se han suavizado y veo lo cansada que está, lo cansada que debe de haber estado siempre, viviendo años y años de esta forma, teniendo que luchar a brazo partido solo por un espacio en el que respirar.

Raven me suelta por fin, y de forma experta y rápida libera al animal muerto de la trampa. Saca el cuchillo del cuerpo, lo limpia en el suelo y se lo mete en el cinto. Luego engancha las patas del conejo con una anilla de metal de su mochila, para que cuelgue cabeza abajo. Cuando se pone de pie, el animal oscila como un péndulo. Raven sigue observándome.

—Y así sobrevivimos un día más —dice, se da la vuelta y se aleja.

Una vez leí algo sobre una especie de hongo que crece en los árboles. El hongo empieza a invadir los sistemas que transportan el agua y los nutrientes desde las raíces hasta las ramas. Los va inutilizando uno por uno y los va desplazando. Pronto, el hongo, y sólo él, transporta agua, los elementos químicos y todo lo que el árbol necesita para sobrevivir. Así va descomponiéndolo lentamente desde dentro, haciendo que se pudra minuto a minuto.

Eso es lo que hace el odio. Te alimenta y al mismo tiempo te va pudriendo.

Es duro, profundo y afilado, un sistema que bloquea. Es completo y lo abarca todo.

El odio es una alta torre. En la Tierra Salvaje, empiezo a construirla y a ascender.

ahora

Me despierta una voz que grita:

—¡Bandeja!

Me incorporo en la cama y veo que Julián se ha acercado a la puerta. Está a cuatro patas, como me puse yo ayer para echar un vistazo a nuestro captor.

—¡Cubo! —es la siguiente orden áspera, y siento alivio y tristeza a la vez cuando Julián coge del rincón el cubo metálico que hace que el cuarto huela intensamente a orina. Ayer nos turnamos para usarlo. Julián me hizo prometer que me mantendría de espaldas, con los oídos tapados, y que además cantaría. Cuando me tocó a mí, sólo le dije que se volviera, pero él se tapó los oídos y se puso a cantar igualmente. Tiene una voz horrible, totalmente desafinada, pero cantó en voz alta y alegre, como si no lo supiera o no le importara, una canción que hacía siglos que no escuchaba, una que forma parte de un juego infantil.

Aparece una nueva bandeja, seguida por un cubo limpio. Luego, la trampilla se vuelve a cerrar con un chasquido, los pasos se alejan y Julián se pone de pie.

—¿Has podido ver algo? —pregunto, aunque sé que la respuesta será negativa. Tengo la garganta ronca y me siento extrañamente avergonzada. Anoche me abrí demasiado. Los dos lo hicimos.

A Julián le vuelve a costar mirarme.

—Nada —contesta.

Compartimos la comida en silencio. Esta vez es un cuenco pequeño lleno de frutos secos y otro pedazo grande de pan.

Bajo la luz brillante de la bombilla resulta raro estar sentados en el suelo, tan juntos, así que mientras como doy vueltas por el cuarto. El silencio entre nosotros tiene un peso. Hay una tensión en la celda que no existía antes. Sin ninguna lógica, culpo a Julián por ello. Él me hizo hablar anoche y no debería haberlo hecho. Por otro lado, yo fui la que le tocó la mano. Ahora mismo, eso me parece inconcebible.

—¿Vas a estar todo el día así? —pregunta Julián con voz forzada. Me doy cuenta de que él también siente la tensión.

—Si no te gusta, no mires —replico bruscamente.

Más silencio. Luego dice:

—Mi padre me sacará de aquí. Seguro que paga enseguida.

El odio contra él vuelve a florecer en mi interior. Debe de saber que a mí no hay nadie en el mundo que me ayude a salir de este sitio. Debe de saber que cuando nuestros secuestradores, quienesquiera que sean, se den cuenta de ello, o bien me matarán o me dejarán aquí para que me pudra.

Pero no digo nada. Asciendo las verticales y lisas paredes de la torre. Me encierro en lo más profundo; elevo muros de piedra entre nosotros.

Las horas aquí son planas y redondas, discos grises que se apilan unos sobre otros. Tienen un olor agrio y almizclado, como el aliento de alguien desnutrido. Se desplazan despacio, monótonamente, hasta dar la sensación de que no se mueven en absoluto. Solo ejercen presión hacia abajo, interminablemente.

Y luego, de repente, la luz se apaga, lo que nos sume una vez más en las tinieblas. Siento un alivio tan intenso que llega casi a la alegría: he conseguido sobrevivir un día más. Con la oscuridad, parte de mi desasosiego comienza a disolverse. A la luz, Julián y yo somos aristas colocadas de forma incómoda, que chocan la una con la otra. Pero en la penumbra me reconforta oír cómo se tumba en su catre y saber que solo nos separan algunos metros. Encuentro consuelo en su presencia.

Hasta el silencio tiene un aire distinto: más cómodo, más comprensivo.

—¿Estás dormida? —pregunta Julián poco después.

Oigo que se da la vuelta para estar de cara a mí.

—¿Quieres escuchar otra historia? —pregunta.

Asiento. No puede verme, pero interpreta mi silencio como aceptación.

—Una vez hubo un tornado realmente malo —hace una pausa—. Esta es una historia inventada, por cierto.

—Vale —digo, y cierro los ojos. Pienso que estoy de vuelta en la Tierra Salvaje, que me escuecen los ojos por el humo del fuego del campamento y que a través de la neblina me llega la voz de Raven.

—Había una niña, Dorothy, que se quedó dormida en su casa, y toda la casa se elevó del suelo por el tornado y fue por el cielo dando vueltas. Cuando la niña se despertó, se encontró en una tierra extraña llena de gente pequeña, y la casa había aterrizado encima de una bruja malvada y la había aplastado. Así que todas las personas pequeñas, los munchkins, le quedaron muy agradecidos y le dieron a Dorothy un par de zapatillas mágicas.

Se queda en silencio.

—¿Y...? —pregunto—. ¿Qué pasa después?

—No sé —admite.

—¿Cómo que no sabes? —digo.

Hace un ruido al volverse en el catre.

—Solo llegué hasta ahí —explica—. Nunca leí el resto.

Me siento muy alerta de repente.

—O sea, que no te la habías inventado, ¿no?

Duda durante un segundo.

—No —contesta finalmente.

Mantengo un tono de voz sereno, plano.

—Es la primera vez que oigo esa historia —comento—. No la recuerdo de ninguna de las cartillas escolares. Creo que me acordaría si hubiera estado en el programa.

Muy pocas historias son aprobadas para Uso y Divulgación: dos o tres al año como máximo, y a veces ninguna. Si no la conozco, lo más probable es que se deba a que nunca fue aprobada.

Julían carraspea.

—No estaba. En el programa quiero decir —hace una pausa—. Estaba prohibida.

Noto un cosquilleo en la piel.

—¿Y dónde encontraste tú una historia prohibida?

—Mi padre conoce a mucha gente importante en la ASD. Gente del gobierno, sacerdotes, científicos. Así que tiene acceso a documentos confidenciales y cosas que se remontan a la época anterior. A los tiempos de la enfermedad.

Me quedo callada. Le oigo tragar saliva antes de continuar.

—Cuando era pequeño, mi padre tenía un estudio. Bueno, la verdad es que tenía dos. Un estudio normal, donde realizaba la mayor parte de su trabajo para la ASD. Mi hermano y yo nos sentábamos y le ayudábamos a doblar panfletos durante toda la noche. Hasta hoy, la medianoche siempre me huele a papel.

Me sorprende la referencia a su hermano. Nunca he oído hablar de él, nunca he visto su foto en los materiales de la ASD o en el *Word*, el periódico del país. Pero no quiero interrumpirle.

—Su otro estudio estaba siempre cerrado con llave. Nadie podía entrar y mi padre mantenía la llave escondida. Pero... —más ruidos—. Pero un día vi dónde la guardaba. Era tarde. Se suponía que yo tenía que estar durmiendo. Salí de mi cuarto a por un vaso de agua y le vi desde el descansillo de la escalera. Se acercó a una estantería del salón. En la balda superior había una figurita de porcelana de un gallo. Separó la cabeza del cuerpo y metió la llave dentro. Al día siguiente, fingí que estaba enfermo para no tener que ir a la escuela. Cuando mi madre y mi padre se fueron a trabajar y mi hermano a coger el autobús, bajé sin hacer ruido, cogí la llave y abrí el segundo estudio de mi padre —se ríe brevemente—. No creo haber pasado más miedo en mi vida. Me temblaban tanto las manos que se me cayó la llave tres veces antes de meterla en la cerradura. No tenía ni idea de lo que me iba a encontrar dentro. No sé lo que me imaginaba, tal vez cadáveres o inválidos encerrados.

Me tenso, como cada vez que escucho la palabra. Luego me relajo y dejo

que me resbale sin tocarme.

Se ríe de nuevo.

—Cuando finalmente abrí la puerta y vi todos aquellos libros, me mosqueé. Vaya chasco. Pero luego me di cuenta de que no eran libros normales. No se parecían en nada a los libros que veíamos en la escuela ni a los que leíamos en la iglesia. Entonces me di cuenta de lo que eran: tenían que ser libros prohibidos.

No puedo remediarlo. Florece un recuerdo, largo tiempo olvidado: cuando puse el pie por primera vez en la caravana de Álex y vi decenas y decenas de títulos extraños, con los lomos estropeados, brillando a la luz de las velas; cuando escuché por primera vez la palabra poesía. Cada historia aprobada cumple un propósito, pero los libros prohibidos son mucho más que eso. Algunos de ellos son redes; puedes ir siguiendo un camino, tanteando sus hilos con las manos, hasta llegar a rincones oscuros y extraños. Otros son globos que vuelan por el cielo dando bandazos: inalcanzables y totalmente ajenos, pero es bello mirarlos.

Y algunos de ellos, los mejores, son puertas.

—A partir de entonces, bajaba al estudio cada vez que me quedaba solo en casa. Sabía que estaba mal, pero no podía evitarlo. También había música, muy diferente de los rollos aprobados por la Biblioteca de Música y Películas Autorizadas. No te lo creerías, Lena. Llena de palabras malas, toda sobre los *deliria*... Pero no todo era malvado o desesperado. Se supone que en la época anterior todos eran infelices, ¿verdad? Se supone que todos estaban enfermos. Pero parte de la música —se interrumpe y canturrea en voz baja—. «Todo lo que necesitas es amor».

Me recorre un escalofrío. Se me hace extraño escuchar la palabra pronunciada en voz alta. Él se queda en silencio durante un rato. Luego continúa, en voz aún más baja:

—¿Te lo puedes creer? «Todo lo que necesitas.» —su voz se aleja, como si se hubiera dado cuenta de lo cerca que estábamos tumbados y se apartara. En la oscuridad es apenas una silueta—. Bueno, la cosa es que al final mi padre me pilló. Acababa de empezar la historia que te he contado, *El maravilloso Mago de Oz*, se llamaba. Nunca le había visto tan enfadado. La mayor parte del tiempo es muy tranquilo, ya sabes, por la cura. Pero ese día me arrastró hasta el salón y me golpeó tanto que me desmayé.

Me lo cuenta en un tono inexpresivo, carente de sentimientos, y se me encoge el estómago de odio hacia su padre y hacia todos lo que son como él. Predican la unión y la santidad, y en su casa y en su corazón golpean, golpean, golpean.

—Me dijo que eso me enseñaría lo que podían hacer los libros prohibidos —continúa, y se queda meditando—. Al día siguiente tuve mi primer ataque —añade.

—Lo siento —susurro.

—Yo no le echo la culpa de nada —repite Julián rápidamente—. Los

médicos dijeron que puede que aquel ataque me salvara la vida. Así fue como descubrieron el tumor. Además, él solo intentaba ayudarme. Quería mantenerme a salvo, ya sabes.

En ese momento se me rompe el corazón por él y, antes de dejarme llevar por esa marea, me acuerdo de las lisas murallas de mi odio. Me imagino que subo un tramo de escaleras y que desde mi torre apunto al padre de Julián y le veo arder.

Un rato después, Julián pregunta:

—¿Tú crees que soy una mala persona?

—No —contesto, oprimiendo la palabra para que pase junto a la roca que tengo en la garganta.

Durante algunos minutos, respiramos al unísono. Me pregunto si él se da cuenta.

—Nunca comprendí por qué aquel libro estaba prohibido —dice poco después—. La parte mala debía de venir más tarde, después de la bruja de los zapatos. Llevo preguntándomelo desde entonces. Es curioso cómo algunas cosas nunca se olvidan.

—¿Te acuerdas de alguna otra historia de las que leíste? —pregunto.

—No. Y de las canciones tampoco. Solo ese verso. « Todo lo que necesitas es amor» .

Vuelve a cantar.

Nos quedamos en silencio un rato y yo empiezo a flotar a medias entre el sueño y la vigilia. Camino por la cinta color plata brillante de un río que describe curvas por el bosque, llevo zapatos que lucen al sol como si estuvieran hechos de monedas.

Paso bajo una rama y hay una maraña de hojas en mi pelo. Acerco la mano y siento una mano cálida, dedos.

Me sobresalto y recupero la consciencia. La mano de Julián merodea a unos centímetros de mi cabeza. Se ha desplazado al borde de su catre y siento la calidez de su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo?

Me late el corazón a toda velocidad. Siento el ligero temblor de su mano cerca de mi oído derecho.

—Lo siento —susurra, pero no la aparta—. Yo... —no puedo verle la cara. Es una sombra larga, curva, inmóvil, como si estuviera hecha de madera pulida—. Tienes un pelo muy bonito —dice por fin.

Siento como si me aplastaran el pecho. El cuarto parece más caluroso que nunca.

—¿Puedo? —pregunta en voz tan baja que casi no lo oigo, y asiento con la cabeza porque no puedo hablar. También es como si me aplastaran la garganta.

Suave, tiernamente, baja la mano esos pocos centímetros. Durante un

momento la deja ahí, y de nuevo oigo que exhala rápidamente, como una especie de liberación. Se me queda el cuerpo paralizado, silencioso, caliente: una estrella que explota, un estallido mudo. Luego me pasa los dedos por el pelo y yo me relajo y se me alivia la tensión, y respiro y me siento viva porque todo va bien, todo va a salir bien.

Julián continúa deslizando la mano por mi cabello, retorciéndolo entre sus dedos, rizándolo en torno a su muñeca y dejando que caiga de nuevo sobre la almohada, y esta vez, cuando cierro los ojos y veo el brillante río plateado, entro directamente en el agua y dejo que me arrastre.

Por la mañana, lo primero que veo al despertar es azul: los ojos de Julián, que me observan. Se vuelve rápidamente, pero no lo suficiente. Me ha estado mirando mientras dormía. Me da vergüenza; me siento enfadada y halagada al mismo tiempo. Me pregunto si habré dicho algo. A veces pronuncio el nombre de Álex, y estoy bastante segura de que he soñado con él la noche pasada. Ya no me acuerdo de nada, pero me he despertado con ese sentimiento de Álex, como un hueco tallado en el centro del pecho.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —pregunto. Con la luz, todo parece tenso y embarazoso otra vez. Estoy a punto de creer que lo que sucedió anoche fue un sueño. Julián me puso los dedos en el pelo. Julián me tocó. Y yo dejé que me tocara.

Me gustó.

—Un rato —responde—. No podía dormir.

—¿Pesadillas? —pregunto. El aire del cuarto es sofocante. Cada palabra implica un esfuerzo.

—No —dice. Espero que añada algo más, pero el silencio se extiende entre nosotros.

Me incorporo. Hace calor en la celda y huele mal. Siento náuseas. Busco algo que decir, algo para acabar con la tensión.

Y entonces Julián dice:

—¿Crees que nos van a matar?

La tensión se deshinchiza de golpe. Hoy estamos del mismo lado.

—No —contesto, con más seguridad de la que siento. Cada día que pasa estoy más y más confusa. Si los carroñeros estuvieran planeando pedir rescate por él, seguramente ya lo habrían hecho. Pienso en Thomas Fineman, en el metal pulido de sus gemelos y en su sonrisa dura y brillante. Pienso en él dándole una paliza a su hijo de nueve años hasta que pierde la consciencia.

Puede que haya decidido no pagar. La idea está ahí, una duda punzante que trato de ignorar.

Pensar en Thomas Fineman hace que me acuerde de algo.

—¿Cuántos años tiene ahora tu hermano? —pregunto.

—¿Qué?

Julían se incorpora y se queda de espaldas a mí. Tiene que haberme oído, pero de todas formas repito la pregunta. Observo cómo su espalda se tensa, una pequeña contracción apenas perceptible.

—Está muerto —responde bruscamente.

—¿Cómo...? ¿Cómo murió? —pregunto con suavidad.

Una vez más, Julián casi escupe la palabra.

—Accidente.

Aunque me doy cuenta de que se siente incómodo, no quiero dejar el tema.

—¿Qué tipo de accidente?

—Sucedio hace mucho tiempo —replica secamente, y luego, de repente, se gira hacia mí—. ¿Y a ti qué te importa? ¿Por qué quieres saberlo? Yo no sé nada de ti. Y no me meto en tus asuntos ni te doy la tabarra al respecto.

Me asusta tanto su estallido que estoy a punto de contestarle en el mismo tono. Pero me he ido descuidando demasiado, así que me refugio en la suavidad, en la calma perfecta de Lena Jones: la calma de los muertos andantes, la calma de los curados.

—Solo sentí curiosidad —comento suavemente—. No tienes por qué contarme nada.

Durante un segundo, me parece distinguir el pánico en su rostro, que relampaguea como una advertencia. Luego desaparece, sustituido por la misma severidad que he visto en su padre. Asiente una vez con la cabeza, cortante, se pone de pie y empieza a dar vueltas por el cuarto. Su agitación me produce un placer perverso. Al principio estaba tan sereno. Me agrada verle perder los papeles al menos un poco. Aquí abajo, la protección y la certeza ofrecidas por la ASD no significaban nada.

Y así, sin más, estamos otra vez en lados contrarios. Hay cierto consuelo en el silencio glacial de la mañana. Así es como deberían ser las cosas. Es lo justo.

Nunca debería haber dejado que me tocara. No debería haber permitido que se me acercara. Mentalmente, repito una disculpa: «Lo siento. Voy a tener cuidado. Nada de descuidos». No estoy segura si la dirijo a Raven, a Álex o a los dos.

El agua no llega. Ni la comida. Y entonces, a mitad de la mañana, se produce un cambio sutil en el aire: ecos distintos a los sonidos del agua que gotea y el hueco fluir del aire subterráneo. Por primera vez en horas, Julián me mira.

—¿Oyes...? —empieza a decir, pero lo hago callar.

Voces en el corredor y ruido de botas pesadas: se acerca más de una persona. Se me acelera el corazón e instintivamente miro alrededor buscando un arma. Aparte del cubo, no hay gran cosa. Ya he intentado aflojar las patas metálicas de los catres sin éxito. Mi mochila está al otro lado del cuarto y, justo cuando estoy pensando en lanzarme a por ella —cualquier arma es mejor que no tener nada —, se descorren los cerrojos, la puerta gira hacia dentro y dos carroñeros

armados entran en la celda.

—Tú —el primer carroñero, de mediana edad, con la piel más blanca que he visto nunca, señala a Julián con el extremo de su rifle—. Ven.

—¿A dónde vamos? —pregunta Julián, aunque debe de saber que no le van a contestar. Está de pie, con los brazos a los costados. Su voz es firme.

—Somos nosotros los que hacemos las preguntas —le espeta el hombre pálido, y sonríe. Tiene los dientes amarillos y las encías con manchas oscuras. Lleva pantalones de estilo militar y una vieja chaqueta del ejército, pero es un carroñero, sin la menor duda. En su mano izquierda distingo un tatuaje azul medio borrado y, cuando recorre el interior del cuarto dando vueltas en torno a Julián como un chacal con su presa, se me hiela la sangre. Tiene una cicatriz de la operación, pero es una chapuza de cuidado: tres trazos en el cuello, rojos como heridas abiertas. En ellas se ha tatuado un triángulo negro. Hace décadas, el procedimiento era mucho más arriesgado que ahora; cuando era pequeña, mis compañeras de clase contaban historias sobre gente que no se había curado, sino que habían enloquecido, había sufrido muerte cerebral o se había vuelto total y absolutamente despiadada, incapaz de sentir nada por nadie nunca más.

Intento combatir el pánico que se instala en mi pecho y hace que me lata el corazón con un ritmo agitado, errático. El segundo carroñero, una chica que podría tener la edad de Raven, se apoya en la jamba de la puerta, bloqueándome la salida. Es más alta que yo y está más delgada. Tiene muchos *piercing* en la cara: cuento cinco aros en cada ceja y piedrecitas incrustadas en la frente y en la barbilla, además de lo que parece un anillo de boda en su nariz. No quiero ni pensar de dónde lo habrá sacado. Lleva en la cadera una pistola colgada del cinturón, e intento calcular lo que tardaría en sacarla y apuntarme en la cabeza.

Sus ojos se vuelven hacia mí. Debe de leer la expresión de mi cara, porque dice:

—Ni lo pienses siquiera.

Su voz suena extraña y arrastra las palabras. Cuando abre la boca para bostezar, veo que es porque en su lengua reluce un metal. Tachuelas, aros, pinchos, todo colgado en la lengua o alrededor. Da la impresión de que se ha tragado un alambre de espino.

Julián vacila solo un momento. Se lanza hacia delante con un movimiento repentino, dislocado, y luego se recupera. Al pasar por la puerta, flanqueado por la chica de los *piercings* a un lado y por el albino al otro, camina con elegancia, como si se fuera de picnic.

No me mira ni siquiera una vez. Luego, la puerta vuelve a cerrarse con un chasquido, oigo cómo se deslizan los cerrojos y me quedo sola.

La espera es una agonía. Es como si me ardiera el cuerpo. Aunque tengo hambre y sed y me siento débil, soy incapaz de dejar de dar vueltas. Intento no pensar en lo que habrán hecho con Julián. Quizá, después de todo, hayan pagado

el rescate por él y lo hayan liberado, pero no me ha gustado la forma en que el albino ha sonreído cuando decía: «Somos nosotros los que hacemos las preguntas».

En la Tierra Salvaje, Raven me enseñó a buscar patrones y repeticiones por todas partes: la orientación del musgo en los árboles, el nivel de sotobosque, el color del suelo. También me enseñó a fijarme en las anomalías, en lo que encajaba en el patrón: una zona donde de repente crecía vegetación podía indicar que había agua. Una calma súbita normalmente significaba que había un gran depredador cerca. ¿Y si se veían más animales de lo normal? Que había más comida.

La aparición de los carroñeros es una anomalía, y no me gusta nada.

Para mantenerme ocupada, deshago la mochila y la vuelvo a hacer. Luego la deshago una vez más y coloco el contenido en el suelo, como si esa triste colección de objetos fuera un jeroglífico que me pudiera revelar significados inéditos. Dos envoltorios de barritas de cereal. Un tubo de rimel. Una botella de agua vacía. El *Manual de FSS*. Un paraguas. Me levanto, doy vuelta y me vuelvo a sentar.

A través de las paredes, me parece oír un sonido amortiguado.

Me digo que es solo mi imaginación.

Me coloco el *Manual de FSS* en el regazo y hojeo las páginas. Aunque los salmos y las oraciones siguen siendo familiares, las palabras me resultan extrañas, de un significado indescifrable; es como volver a un sitio donde no habías estado desde la infancia y descubrir que todo es más pequeño y decepcionante.

Me recuerda a la vez que Hana sacó un vestido que en Primero se ponía todos los días. Estábamos en su habitación, aburridas, sin hacer nada, y nos reíamos como locas y ella no hacía más que repetir: «No puedo creer que haya habido un momento en que yo fuera tan pequeña».

Me duele el pecho. Parece que hiciera muchísimo tiempo, un tiempo imposible de concebir, desde aquella época en que nos sentábamos en una habitación con moqueta y nos pasábamos los días vagueando juntas, sin hacer nada. No me di cuenta del privilegio que era aquello: estar aburrida con tu mejor amiga, tener tiempo que perder.

Hacia la mitad del *Manual* hay una página marcada. Me detengo y veo que hay varias palabras enérgicamente subrayadas en un párrafo. El fragmento está situado en el capítulo 22: Historia Social.

«Cuando tienes en cuenta cómo la sociedad puede persistir en su ignorancia, tienes que considerar también cuánto tiempo persistirá en el error. Toda estupidez se transforma entonces en algo inevitable, y todos los males se convierten en valores (a las opciones que se las llama libertad, y al amor felicidad), y de ese modo no queda posibilidades de escapar».

Hay tres palabras subrayadas con mucho énfasis: *Tienes. Que. Escapar.*

Avanzo algunos capítulos más y encuentro otra página marcada. Varias palabras están rodeadas por un círculo, en apariencia al azar y de forma chapucera. El pasaje completo dice: «Las herramientas de una sociedad saludable son la obediencia, el compromiso y el acuerdo. La responsabilidad corresponde tanto al gobierno como a los ciudadanos. Las responsabilidades son tuyas» .

Alguien —¿Tack? ¿Raven?— ha trazado un círculo en torno a varias palabras en el párrafo: *Las herramientas. Son. Tuyas.*

Ahora busco en cada página. De algún modo, ellos sabían que esto iba a ocurrir, sabían que yo podía ser secuestrada o que esto iba a suceder. No me extraña que Tack insistiera en que me trajera el *Manual de FSS*: me dejó claves en su interior. Me llena un sentimiento de pura alegría. No se han olvidado de mí; no me han abandonado. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo aterrorizada que estaba: sin Tack y Raven no tengo a nadie. Durante este año se han convertido en algo muy importante para mí: amigos, padres, hermanos, mentores.

Hay otra página marcada. Alguien ha dibujado una gran estrella junto al Salmo 37.

*A través del viento y la tempestad,
En medio de la tormenta y la lluvia,
La calma habitará en mi interior.
Una piedra cálida, pesada y seca;
La raíz, la fuente, un arma contra el dolor.*

Leo varias veces el salmo completo y la decepción llega con un sonido sordo. Yo esperaba una especie de mensaje cifrado, pero no distingo ningún significado oculto. Quizá Tack solo quería decirme que mantuviera la sangre fría. O quizá la estrella es de antes y no tiene relación, o quizá yo no he entendido nada y todas las marcas están ahí por pura chiripa, resultado del azar.

Pero no. Tack me dio el libro porque sabía que podría necesitarlo. Tanto él como Raven son minuciosos. No hacen las cosas a lo tonto ni sin una razón. Cuando se vive al borde del abismo, no se pueden hacer las cosas a tontas y a locas.

*A través del viento y la tempestad,
En medio de la tormenta y la lluvia,*

Lluvia.

El paraguas de Tack, el que me puso en la mano y me insistió en que cogiera en un día despejado.

Me tiemblan las manos mientras agarro el paraguas y me pongo a examinarlo con más detenimiento. Casi al momento veo una fisura diminuta, casi imperceptible si no la hubiera estado buscando, que discurre a lo largo del mango. Introduzco la uña en la estrechísima ranura y trato de abrirla, pero no se mueve.

—Mierda —exclamo en voz alta, lo que me hace sentir mejor—. Mierda, mierda, mierda.

Cada vez que lo digo, agito el paraguas en todas direcciones y le doy vueltas, pero el mango de madera sigue en su sitio, pulido y sólido.

—¡Mierda!

Algo estalla en mi interior: es la frustración, la espera, el pesado silencio. Lanzo el paraguas con fuerza contra la pared y oigo un sonido seco. Al caer, las dos mitades del mango se separan limpiamente y un cuchillo golpea contra el suelo. Cuando lo saco de su funda de acero, veo que es uno de los de Tack. La empuñadura es de hueso tallado y la hoja está muy afilada. Una vez vi a Tack destripar un ciervo completo con él, desde el cuello hasta la cola. Ahora la hoja está tan pulida que puedo reflejarme en ella.

De repente se oye un ruido en el corredor: pisadas fuertes y un sonido como si llevaran algo a rastras hacia la celda. Me tensó y aferro el arma, todavía agachada: podría salir corriendo cuando se abra la puerta, lanzarme contra los carroñeros, atacar, atacar, al menos sacarles un ojo o soltar algún tajo antes de echar a correr. Antes de que pueda planear nada, se abre la puerta y es Julián quien entra cayéndose, medio inconsciente, sangrando y tan lleno de golpes que solo lo reconozco por la camisa. La puerta vuelve a cerrarse con estrépito.

—Ay, Dios mío.

Parece como si le hubiera atacado un animal salvaje. Tiene la ropa empapada en sangre, y durante un segundo de terror vuelvo atrás en el tiempo, hasta la alambrada. Veo cómo el rojo traspasa la camiseta de Álex y sé que va a morir. Entonces esa visión se disuelve: contemplo de nuevo a Julián, a cuatro patas, tosiendo y escupiendo sangre en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —guardo el cuchillo rápidamente bajo mi colchón y me arrodo junto a él—. ¿Qué te han hecho?

De su garganta sale un gorgoteo, seguido de otro ataque de tos. Julián cae sobre los codos y el pecho se me llena de un temor aleteante. «Va a morir», pienso, y la certeza aparece en la cúspide de una oleada de pánico.

No. Esto es diferente. Esto puedo arreglarlo.

—Déjalo. No intentes hablar —digo. Ha ido arrastrándose hasta adoptar una postura casi fetal. Mueve el párpado izquierdo, pero no estoy segura de si me oye o me entiende. Pongo su cabeza con cuidado en mi regazo y le ayudo a girarse

para que se quede tumbado de espaldas. Tengo que ahogar un grito al verle la cara: carne sin forma, una masa machacada. Y sangrienta. El ojo derecho está tan hinchado que no se abre, y le sale mucha sangre de un corte profundo por encima de la ceja.

—Mierda —murmuro.

He visto heridas graves antes, pero siempre he tenido material médico, por primitivo que fuera. Aquí no hay nada y Julián se sacude de forma extraña, agitada me preocupa que le dé un ataque.

—Quédate conmigo —susurro, intentando mantener la voz serena por sí está consciente y puede oírme—. Tengo que quitarte la camisa, ¿vale? Quédate todo lo quieto que puedas. Voy a hacer una compresa con ella. Ayudará a contener la hemorragia.

Le desabrocho la camisa mugrienta. Al menos no tiene marcas en el cuerpo, aparte de unos pocos golpes grandes y de mal aspecto. Toda la sangre debe ser de la cara. Los carroñeros le han dado una buena paliza, pero sin intención de causarle un daño serio. Al sacarle los brazos de las mangas gime de dolor, pero consigo quitarle la prenda. La presiono contra la herida de la frente, deseando tener un trapo limpio. Vuelve a quejarse.

—Chist —digo. Me late el corazón a toda velocidad. Su piel desprende olas de calor—. Estás bien. Tú respira. ¿Vale? Todo va a ir bien.

Queda un poquito de agua en la taza que nos trajeron ayer; Julián y yo lo la estábamos reservando. Humedezco la camisa y le limpio la cara con ella. Luego me acuerdo de las toallitas antibacterianas que distribuía la ASD durante la concentración y, por primera vez, les agradezco su obsesión por la limpieza. Aún conservo la mía doblada en el bolsillo trasero del pantalón. Al abrirla, el olor astringente del alcohol me provoca una mueca: sé que va a doler, pero si Julián contrae una infección será imposible que logremos salir de aquí.

—Esto te va a escocer un poco —advierto, y le acerco la toallita a la piel.

Al momento suelta una aullido. Abre los ojos todo lo que puede y se incorpora de golpe. Tengo que sujetarlo por los hombros para obligarle a que se tumbé de nuevo.

—Duele —musita, pero al menos ya está consciente y alerta. El corazón me salta en el pecho. Me doy cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

—No seas niño —digo, y sigo limpiándole la cara mientras tensa todo el cuerpo y aprieta los dientes. Al retirar casi toda la sangre, me doy cuenta de todo el daño que le han hecho. Se le ha vuelto a abrir el corte en el labio y le han debido de dar muchos golpes en la cara, no sé si con los puños o con un objeto romo. Lo más preocupante es la herida de la frente. Sigue sangrando, pero en general podría haber sido mucho peor.

Vivirá.

—Toma —le acerco la taza metálica a los labios, al tiempo que apoyo su

cabeza en mis rodillas. Queda un centímetro de agua—. Bebe esto.

Cuando se acaba el agua, cierra otra vez los ojos, pero ya respira con normalidad y se le han pasado los temblores. Cojo la camisa y rasgo una tira larga de tela, intentando contener los recuerdos que presionan y resurgen: esto lo aprendí de Álex. En algún momento, en otra vida, el me salvó cuando estaba herida. Me envolvió la pierna con una venda. Me ayudó a escapar de los reguladores.

Doblo el recuerdo con cuidado en mi interior y lo entierro muy profundamente.

—Alza un poco la cabeza.

Julián obedece, esta vez sin quejarse, así que puedo pasarle la tela alrededor. Le ato la tira en la frente y la anudo fuerte cerca de la herida para que forme una especie de torniquete.

Luego vuelvo a depositar su cabeza sobre mis muslos.

—¿Puedes hablar? —él asiente—. ¿Me puedes contar lo que ha pasado?

Tiene el lado izquierdo del labio tan hinchado que su voz suena distorsionada, como si estuviera hablando a través de una almohada.

—Querían saber cosas —tartamudea, luego inhala profundamente y continúa—. Me han preguntado cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—La casa de mi familia. En Charles Street. Los códigos de seguridad. Los escoltas. Cuántos y cuándo.

No digo nada. No estoy segura de que se dé cuenta de lo que esto significa y lo grave que es. Los carroñeros están desesperados. Quieren atacar su casa y le están usando para encontrar la forma de entrar. Puede que planeen matar a Thomas Fineman, o quizá solo buscan lo típico: joyas, aparatos electrónicos con los que hacer trueques en el mercado negro, dinero y, por supuesto, armas. Siempre están haciendo acopio de armas.

Esto solo puede significar una cosa: su plan de pedir un rescate por Julián ha fallado, el señor Fineman no ha picado.

—No les he contado nada —jadea Julián—. Han dicho que... dentro de pocos días... con más sesiones... hablaría.

Ya no queda ninguna duda: tenemos que salir de aquí en cuanto podamos. Cuando Julián decida hablar, y al final lo hará, ni él ni yo seremos de ninguna utilidad para los carroñeros, y no es que tengan fama de soltar a sus prisioneros sin más.

—Vale, escucha —intento mantener la voz baja, con la esperanza de que así no note mi inquietud—. Nos vamos a ir de aquí, ¿vale?

Mueve la cabeza en sentido negativo, un gesto mínimo de incredulidad.

—¿Cómo? —pregunta con un graznido.

—Tengo un plan.

No es verdad, pero supongo que algo se me ocurrirá. A la fuerza. Raven y Tack confían en mí. Al pensar en los mensajes que me dejaron y en el cuchillo, siento que me invade una sensación de calidez. No estoy sola.

—Armados —Julián traga, vuelve a intentarlo—. Están armados.

—Nosotros también.

Mi cerebro salta hacia delante y se centra en el corredor: las pisadas que bajan y vuelven a subir, una cada vez. Solo un guardia a la hora de la comida. Eso es bueno. Si conseguimos de alguna manera que abra la puerta... Me meto tanto en el plan que no me doy cuenta de lo que digo.

—Mira, ya he estado en situaciones graves antes. Tienes que confiar en mí. Una vez, en Massachusetts...

Julián me interrumpe:

—¿Cuándo... tú... Massachusetts?

Entonces me doy cuenta de que la he fastidiado. Lena Jones nunca ha estado en Massachusetts, y él lo sabe. Durante un instante pienso si contarle otra mentira, y en esa pausa Julián se apoya sobre los codos y se gira para mirarme entre gestos de dolor.

—Ten cuidado —adviento—. No te vayas a hacer daño.

—¿Cuándo has estado en Massachusetts? —repite, con una lentitud dolorosa para que se entienda cada palabra.

Quizá es el aspecto que tiene: con la tira de tela manchada de sangre alrededor de la frente y los ojos tan hinchados que están casi cerrados, como un animal apaleado. O quizá es que en este momento me doy cuenta de que los carroñeros nos van a matar, si no mañana, al día siguiente o al otro.

O tal vez es que tengo hambre, estoy cansada y harta de fingir.

De repente decido contarle la verdad.

—Escucha —digo—, yo no soy quién tú crees.

Julián se queda muy quieto. De nuevo me recuerda a un animal: una vez encontramos una cría de mapache, casi hundida en un charco de lodo que se había abierto tras el deshielo. Bram fue a ayudarlo, pero cuando se acercó, el animal se quedó así de quieto, con una inmovilidad eléctrica, más alerta y con más energía que si se hubiera revuelto.

—Todo lo que te conté, que me crié en Queens y que tuve que repetir un año en la escuela... No era verdad.

Una vez yo estuve del otro lado, en la posición de Julián.

Cuando Álex me dijo lo mismo: «Yo no soy quién tú crees».

Yo estaba luchando contra la corriente marina. Aún recuerdo cómo fui nadando de regreso hasta la orilla: la vez que más he nadado y más me he cansado en mi vida.

—No tienes por qué saber quién soy, ¿vale? No tienes por qué saber de dónde vengo. Pero Lena Jones es una historia inventada. Incluso esto —me toco con los

dedos el cuello, pasándolos por la cicatriz de tres puntas—. Esto también es de mentira.

Julián sigue sin decir nada, aunque ha retrocedido y se apoya en la pared para incorporarse hasta quedar sentado. Mantiene las rodillas dobladas y las manos y los pies apoyados en el suelo, de manera que, si pudiera, se lanzaría hacia delante y echaría a correr.

—Sé que en este momento no tienes muchas razones para confiar en mí —continuó—. Pero de todas formas, te pido que lo hagas. Si nos quedamos aquí, nos van a matar. Yo puedo hacer que salgamos de aquí. Pero para eso voy a necesitar tu ayuda.

En mis palabras hay una pregunta y me detengo, esperando su respuesta.

Durante un largo rato hay silencio. Al final pronuncia con un graznido.

—Vosotros.

Me sorprende la malevolencia de su voz.

—¿Qué?

—Vosotros —repite—. Vosotros habéis hecho esto. Vosotros me lo habéis hecho a mí.

Mi corazón late con fuerza contra el pecho, dolorosamente.

Durante un segundo pienso que le está dando una especie de ataque, una alucinación y casi tengo la esperanza de que sea así.

—¿De qué estás hablando?

—Tu gente —dice. Y entonces me viene a la boca un sabor desagradable y me doy cuenta de que está totalmente lúcido. Sé lo que quiere decir y sé lo que está pensando—. Tu gente ha hecho esto.

—No —digo, y luego lo repito más enérgicamente—. No. Nosotros no hemos tenido nada que ver con...

—Eres una inválida. Eso es lo que me estás diciendo, ¿no? Estás infectada —le tiemblan los dedos contra el suelo, producen un sonido como el tamborileo de la lluvia. Me doy cuenta de que está furioso y, probablemente, también asustado—. Estas enferma.

Casi escupe la palabra.

—Eso de ahí fuera no son mi gente —le rebato, y lucho por conseguir que el enfado no se apodere de mí y me arrastre hacia el fondo: es una fuerza oscura, una corriente que presiona junto a los confines de mi mente—. Esa gente no es... —casi digo: « No son humanos »—. No son inválidos.

—Mentirosa —espeta furioso. Ahí está. Justo como el mapache, cuando Bram por fin lo fue a levantar del barro: se revolvió bruscamente y le hundió los dientes en la carne de la mano derecha.

El sabor desagradable que tengo en la boca sube desde el estómago. Me pongo de pie, con la esperanza de qué Julián no se dé cuenta de que yo también estoy temblando.

—No sabes de lo que estás hablando —digo—. No sabes nada sobre nosotros y no sabes nada de mí.

—Cuéntame —ordena Julián, aún con esa corriente subterránea de rabia y de frialdad. Cada palabra suena cortante y dura—. ¿Cuándo te contagiaste?

Me río aunque no tiene nada de gracia. El mundo está al revés y todo es una mierda y mi vida ha sido partida en dos y hay dos Lenas diferentes que corren en paralelo: la antigua y la nueva, y nunca volverán a formar un todo completo. Y sé qué Julián ya no me va a ayudar. He sido una idiota al pensar que lo haría. Es un zombi, como siempre ha dicho Raven. Y los zombis hacen aquello para lo que han sido diseñados: caminan sin pensar hacia adelante, con una obediencia ciega, hasta que se pudren para siempre.

Bueno, pues yo no. Saco el cuchillo de debajo del colchón, me siento en el catre y me pongo a pasar con rapidez la hoja por el armazón metálico para afilarla, disfrutando de la forma en que capta la luz.

—No importa —le digo a Julián—. Nada importa.

—¿Cómo? —insiste—. ¿Cómo fue?

El espacio negro de mi interior se estremece levemente, se amplía un poco más.

—Vete a la mierda —respondo, pero ya estoy calmada. Mantengo la vista en el cuchillo, que destella como una señal que marca el camino para salir de la oscuridad.

entonces

En el primer campamento nos quedamos cuatro días. La noche antes de que nos volvámos a poner en marcha, Raven me lleva a un lado.

—Es el momento —me dice.

Sigo enfadada con ella por lo que me dijo junto a la trampa, aunque la rabia ha sido sustituida por un resentimiento sordo, apagado. Ella siempre lo ha sabido todo sobre mí. Me siento como si se hubiera introducido en mi interior, hasta lo más profundo, y hubiera roto algo.

—¿El momento de qué? —pregunto.

A mi espalda, el fuego del campamento arde suavemente. Blue, Sarah, y algunos otros se han quedado dormidos a la intemperie en un enredo de mantas, pelo y piernas. Han empezado a dormir así, revueltos, formando un edredón de retales humanos para conservar el calor. Grandpa charla con Lu en voz baja mientras masca un poco del último tabaco que le queda. Se lo mete y se lo saca de la boca y a veces escupe a la hoguera, provocando que se eleven algunas llamas verdes. Los demás se han debido de meter en las tiendas.

Raven me ofrece la más leve de las sonrisas.

—De hacerte la operación.

El corazón me da un salto. Hace un frío intenso y me duelen los pulmones si inspiro profundamente. Raven me conduce lejos del campamento, unos treinta metros río abajo, hasta la orilla ancha y llana donde rompemos la gruesa capa de hielo para coger agua cada mañana.

Bram nos espera ahí. Ha encendido otra hoguera, que arde con buena llama y da calor. Me pican los ojos por la ceniza y el humo, aunque aún nos encontremos a un par de metros de distancia. La madera está colocada en forma de tipi indio y las llamas azules y blancas intentan lamer el cielo. El humo actúa como un borrador que difumina las estrellas.

—¿Todo listo? —pregunta Raven.

—Casi —dice Bram—. Cinco minutos más.

Está agachado junto a un cubo de madera torcido, que han apoyado contra varios troncos a un lado de la hoguera. Lo habrá remojado en agua para que no

se queme, porque está tan cerca del fuego que al final el agua romperá a hervir.

Veo que saca un instrumento pequeño y delgado de una bolsa que tiene a los pies. Parece un destornillador con el mango redondo y fino y la punta afilada y reluciente. Lo echa dentro del cubo, se pone de pie y contempla cómo el mango de plástico describe lentos círculos en el agua que ya empieza a hervir.

Me siento mal. Miro a Raven, pero ella observa fijamente el fuego con un gesto indescifrable.

—Toma —Bram se aparta de la hoguera y me pone en la mano una botella de whisky—. Te conviene beber un poco.

No me gusta el sabor del whisky, pero le quito el tapón cierro los ojos y doy un buen trago. El alcohol me quema la garganta y tengo que luchar contra las ganas de vomitar.

Al momento, me sube un calor desde el estómago que me adormece la boca y la garganta y me protege la lengua, así que bebo otro trago y un tercero.

Cuando Bram dice: «Estamos listos» y a me he pulido un cuarto de la botella. Por encima, a través del humo, las estrellas describen lentos movimientos, brillantes como puntas de metal. Parece como si tuviera la cabeza separada del cuerpo. Me siento pesadamente en el suelo.

—Con cuidado —aconseja Bram. Sus blancos dientes destacan en la oscuridad—. ¿Cómo te encuentras, Lena?

—Bien —respondo; me cuesta más de lo normal pronunciar la palabra.

—Ya está listo —sentencia Bram—. Raven, coge la manta, ¿vale?

Raven se desplaza detrás de mí, y entonces Bram me pide que me tumbe. Obedezco, agradecida. Noto que se mitiga la sensación de atontamiento, de encontrarme en un barco que se balancea.

—Sujétale tú del brazo izquierdo —ordena Raven, arrodillándose junto a mí. El pendiente que lleva en la oreja derecha, una pluma y un colgante de plata, se mece como un péndulo—. Yo cojo el derecho.

Me agarran fuerte y entonces me entra el pánico.

—Oye —luchó por incorporarme—. Que me hacéis daño.

—Es importante que te quedes muy quieta —Raven hace una pausa—. Te va a doler un poco, Lena. Pero se pasa enseguida, ¿vale? Confía en nosotros.

El miedo me provoca un nuevo incendio en el pecho, Bram sujeta el instrumento metálico que acaba de esterilizar, y la hoja atrapa toda la luz de la hoguera y desprende un brillo horrible, azul y blanco. Me da tanto pavor que no intento luchar, sé que no serviría de nada. Raven y Bram son demasiado fuertes.

—Muerde esto —Bram me mete en la boca una tira de cuero que huele al tabaco de Grandpa.

—Espera —trato de protestar, pero no puedo hablar por culpa del cuero. Bram me pone una mano en la frente y me sube la cabeza hasta que la barbilla apunta al cielo. A continuación se inclina sobre mí, con el instrumento metálico

en la mano. Noto la presión de la punta justo detrás de mi oído izquierdo. Me gustaría gritar, pero no puedo; me gustaría salir corriendo, pero tampoco puedo.

—Bienvenida a la Resistencia, Lena —me susurra—. Intentaré que sea rápido.

El primer corte es profundo. Me invade una sensación quemadora. Luego recupero la voz y grito.

ahora

—Lena.

Mi nombre me saca del sueño. Me incorporo, con el corazón acelerado en el pecho.

Julián ha movido su catre hacia la puerta, junto a la pared, lo más lejos posible de mí. El sudor se acumula en mi labio superior. Hace días que no me ducho y el cuarto desprende un olor animal, a cerrado.

—¿Al menos es tu nombre auténtico? —pregunta Julián tras una pausa. Su voz sigue siendo fría, aunque ha perdido parte de su agresividad.

—Es mi nombre —replico. Cierro los ojos, los aprieto bien hasta que aparecen pequeños estallidos de color tras los párpados. He tenido una pesadilla. Estaba en la Tierra Salvaje, Raven y Álex estaban allí, y había también un animal, algo enorme que habíamos matado.

—Llamabas a Álex —siento un pequeño espasmo de dolor en el estómago. Más silencio—. Fue él ¿no? Fue él quien te pasó la enfermedad.

—¿Qué más te da? —digo. Me tumbo de nuevo.

—¿Y qué le pasó? —pregunta Julián.

—Murió —replico cortante; eso es lo que quiere oír. Visualizo una alta torre con paredes lisas, que se alza hasta el mismo cielo. Hay escaleras incrustadas a un lado, que van dando vueltas hacia arriba. Doy el primer paso hacia la frescura y la sombra.

—¿De qué? —pregunta Julián—. ¿Por los *deliria*?

Sé que si digo que sí, se sentirá bien. « ¿Lo ves? » , pensaré. « Tenemos razón. Estábamos en lo cierto desde el principio. Si la gente muere, es porque tenemos razón » .

—Vosotros —respondo—. Tu gente.

Julián toma aire rápido. Cuando vuelve a hablar, su voz es más suave.

—Dijiste que no tenías pesadillas.

Me encierro entre los muros. Desde la torre, las personas de abajo no son más que hormigas, manchitas, signos de puntuación: se borran fácilmente.

—Soy una inválida —digo—. Mentimos.

Por la mañana tengo un plan más claro, más firme, Julián sigue sentado en el rincón, observándome igual que me miraba cuando nos atraparon. Continúa llevando el trapo en torno a la cabeza, pero ahora parece más alerta y se le ha bajado la hinchazón de la cara.

Deshago el paraguas, separando la parte de nailon del armazón de metal. Luego extendiendo la tela y la corto en cuatro tiras largas. Las ato juntas y pruebo su resistencia. No está mal. No aguantará mucho rato, pero solo necesito algunos minutos.

—¿Qué haces? —me pregunta Julián. Noto que está esforzándose por no parecer demasiado curioso. No le contesto. Ya no me importa lo que haga, si viene conmigo o si se queda aquí pudriéndose para siempre, con tal de que no me moleste.

No me lleva mucho tiempo sacar las bisagras de la gatera. Lo consigo tirando en varias direcciones y jugando con la punta del cuchillo; estaban flojas y oxidadas. Consigo empujar la puerta hacia fuera y cae contra el corredor haciendo ruido. Eso hará que venga alguien, y pronto. Se me acelera el corazón. «Es la hora de la función», como decía Tack justo antes de salir de caza. Saco el *Manual de FSS* y le arranco una página.

—No vas a caber por ese espacio —comenta Julián. Es demasiado pequeño.

—Cállate —le pido—. ¿Puedes hacer eso por mí? Solo te pido que te calles.

Abro el tubito de rimel y mentalmente le mando un mensaje de agradecimiento a Raven. Ahora que está en el otro lado, en Zombilandia, busca todas esas pequeñas comodidades y chucherías, esas tiendas bien iluminadas llenas de baldas repletas de cosas que comprar.

Julián me mira mientras escribo una nota en el lado en blanco del papel.

La chica es violenta. Me da miedo que me mate. Dispuesto a hablar si me dejáis salir AHORA.

Lanzo la nota por el agujero para que caiga en el pasillo. Luego vuelvo a guardar en la mochila el libro, la cantimplora vacía con los trozos del paraguas despedazado. Agarro el cuchillo, me coloco junto a la puerta y espero, intentando disminuir la velocidad de la respiración, pasando el arma de vez en cuando a la otra mano y limpiándome el sudor de las palmas contra los pantalones. Hunter y Bram me llevaron una vez a cazar ciervos con ellos, solo a observar, y esta era la parte que no podía soportar: la inmovilidad, la espera.

Por suerte, no tengo que esperar mucho. Alguien debe de haber oído caer la gatera. Enseguida oigo que se cierra otra puerta: más información, la información es buena. Eso significa que hay otra puerta en alguna parte, otra habitación subterránea. Me llega un ruido de pasos que se acerca. Espero que sea la chica, la que llevaba el anillo de matrimonio clavado en la nariz.

Sobre todo, espero que no sea el albino.

Pero las pisadas suenan fuerte y, cuando se detienen justo ante la puerta, es

un hombre quien masculla:

—¿Qué coño pasa?

Todo mi cuerpo está en tensión, cargado como un cable eléctrico. Solo voy a tener una oportunidad para que esto funcione.

Ahora que he utilizado la trampilla, distingo perfectamente unas botas militares manchadas de barro y unos pantalones verdes anchos como los que usan los técnicos de laboratorio y los barrenderos. El hombre gruñe y empuja un poco la puertecita con la bota como si fuera un ratón y quisiera ver si está vivo. Luego se arrodilla y coge la nota.

Aprieto más el cuchillo. Mi corazón parece haberse detenido. No respiro, el periodo entre latidos es eterno.

Abre la puerta. No pidas refuerzos. Abre la puerta ya. Vamos, venga, vamos.

Por fin se oye un suspiro pesado y un ruido de llaves. Y también un chasquido, me figuro que cuando le quita el seguro al arma.

Todo es muy definido y muy lento, como si lo viera por un microscopio. Va a abrir la puerta.

Las llaves giran en la cerradura y Julián salta alarmado, se pone de pie y suelta un grito. Durante un instante, el guardia vacila. Luego, la puerta comienza a abrirse hacia dentro, hacia mí, hacia donde estoy de pie apretada contra la pared, invisible.

Y así, sin más, es como si un columpio girara en dirección contraria. Los segundos se atropellan a tal velocidad que no puedo contarlos. Todo es instinto y una imagen borrosa. Los acontecimientos se concentran en un único momento: la puerta se abre del todo, a unos pocos centímetros de mi cara, y el guardia entra en la celda diciendo: « Vale, soy todo oídos » .

En ese instante empujo la puerta con las dos manos y le golpeo con ella. Oigo una breve exclamación, una maldición y un gruñido.

—¡Joder! —Grita Julián—. ¡Joder!

Salto desde detrás de la puerta por puro instinto, sin pensar, y aterrizo sobre la espalda del carroñero. Vacila sobre sus pies y se agarra la cabeza, donde le ha debido de dar la puerta. Mi impulso le hace caer al suelo. Le golpeo con la rodilla en la espalda y le acerco el cuchillo a la garganta.

—No te muevas —estoy temblando. Espero que no lo note—. No digas nada. Ni se te ocurra gritar. Quédate así como estás, callado y tranquilo, no te pasará nada.

Julián me observa con los ojos muy abiertos, en silencio. El carroñero se porta bien. Se queda quieto. Mantengo la rodilla contra su espalda y la punta del arma en la garganta. Cojo un extremo de la cuerda de nailon con los dientes y le tuerzo los brazos a la espalda, manteniéndolos juntos con la rodilla.

De repente, Julián se separa de la pared y se acerca.

—¿Qué estás haciendo?

Mi voz suena como un gruñido, entre el nailon y los dientes apretados. No puedo enfrentarme a Julián y al carroñero a la vez. Si interfiere, se acabó.

—Dame la cuerda —me pide con calma. Durante un instante no me muevo —. Voy a ayudarte —añade.

Le paso la cuerda sin hablar y se arrodilla detrás de mí. Mantengo al carroñero sujeto contra el suelo mientras Julián le ata de pies y manos. Lo mantengo quieto presionando la rodilla contra su espalda y visualizo los espacios entre las costillas, la piel suave, las capas de carne y grasa y, más abajo el corazón, que bombea de vida. Solo haría falta un golpe rápido.

—Dame el cuchillo —dice Julián.

Aprieto más el mango.

—Dámelo.

Dudo antes de entregárselo, pero Julián se limita a cortar la cuerda sobrante. No lo maneja con excesiva precisión y tarda un minuto antes de entregarme el pedazo y devolverme el cuchillo.

—Deberías amordazarle —comenta en tono práctico—. Así no podrá pedir ayuda.

Está asombrosamente tranquilo. Levanto la cabeza del carroñero y le introduzco la improvisada mordaza en la boca. Patalea y se revuelve como un pez fuera del agua, pero consigo atarle la tela en la nuca. Los nudos no son muy fuertes se librará en diez o quince minutos, pero eso debería darnos tiempo suficiente.

Me pongo de pie con rapidez y me cuelgo la mochila de los hombros. La puerta de la celda sigue abierta. Solo eso, la puerta abierta, me llena de una alegría tan completa que podría gritar. Me imagino a Raven y Tack observándose con aprobación.

No os decepcionaré.

Vuelvo la vista. Julián se ha puesto de pie.

—¿Vienes o qué? —pregunto.

Asiente. Sigue teniendo muy mal aspecto. Sus ojos son apenas dos rendijas, pero aprieta la boca en una línea tensa.

—Vamos.

Meto el cuchillo en su funda y me lo guardo en el cinto de los pantalones. No me preocupa que Julián retrase mi huida: tal vez hasta sea de utilidad. Por lo menos, es otro objetivo. Si me persiguen o me atacan, puede servir de distracción.

Cerramos la puerta del cuarto sigilosamente a nuestra espalda, amortiguando los gritos inarticulados del guardia y el forcejeo de sus botas contra el suelo.

Al salir de la celda, nos hallábamos ante un corredor largo, estrecho y bien iluminado. Cuatro puertas de metal, todas cerradas, se suceden al lado izquierdo, y al final del pasillo hay otra puerta de acero. Esto me confunde un poco; yo

daba por sentado que nuestra celda era simplemente un anexo de uno de los viejos túneles del metro, y que saldríamos a la oscuridad, al frío y la humedad. Pero obviamente nos encontramos en un espacio más complicado, dentro de un complejo subterráneo.

Las voces que he escuchado antes proceden de una de las puertas cerradas de la izquierda. Me parece reconocer el gruñido bajo y monótono del albino. Capto apenas algunas palabras de la conversación: «... esperar... mala idea desde el principio». Sigue una respuesta entrecortada, otra voz del hombre. Me tranquiliza saber dónde se encuentra el albino, pero no oigo a la chica de los *piercings*. Eso significa que al menos cuatro carroñeros estuvieron implicados en nuestro secuestro. Obviamente, se están organizando. Eso es malo, muy malo.

A medida que avanzamos, las voces se hacen más fuertes y claras. Los carroñeros discuten: «... Atenernos al acuerdo original. No debemos a nadie...». Siento como si se me hubiera atascado el corazón en la garganta y soy incapaz de respirar. Justo cuando estoy a punto de deslizarme junto a la puerta, se oye un ruido fuerte en el interior del cuarto. Me quedo inmóvil, pensando que ha sido un disparo. Oigo girar la manilla de la puerta. Se me aflojan las entrañas y pienso: «ya está, se acabó».

Luego, la voz que no reconozco dice fuerte:

—Venga, no te mosquees. Hablemos de esto.

—Estoy harto de hablar.

Ese es el albino. Así que, fuera lo que fuera el ruido no eran disparos.

Julián se ha quedado inmóvil junto a mí. Instintivamente nos hemos pegado a la pared; no es que vaya a ayudarnos mucho si los hombres salen de golpe al pasillo. Nuestros brazos casi se tocan y siento una leve pelusa de su antebrazo. Parece que transmite una corriente de pequeños impulsos eléctricos. Me separo un centímetro.

Por fin, el tirador hace un último ruido y entonces el albino dice:

—Vale, escucho.

Sus pasos se retiran hacia el interior del cuarto y se me relaja el espasmo del pecho. Le hago un gesto a Julián. *Vámonos*. Asiente con la cabeza. Tenía los puños apretados, y sus nudillos forman medias lunas blancas.

Todas las puertas del corredor están cerradas. No se oyen más voces y no hay ni rastro de otros carroñeros. Me pregunto qué contienen esos cuartos: quizá, pienso, haya prisioneros en todos, tumbados en catres gemelos, esperando a que paguen su rescate o a que los maten. La idea me enferma, pero no puedo pensar en eso mucho rato. Esa es otra regla de la Tierra Salvaje: lo primero es cuidar de uno mismo.

Esa es la desventaja de la libertad: cuando eres completamente libre, también estás completamente solo.

Llegamos a la puerta situada al final del pasillo. Agarro el pomo y tiro. Nada.

Entonces observo el teclado numérico que hay colocado justo encima. Es del mismo tipo que había en la cancela de Hana.

La puerta requiere un código.

Julián debe de verlo al mismo tiempo que yo, porque murmura:

—Mierda. Mierda.

—Vale, vale, pensemos —susurro intentando aparentar serenidad. Pero la mente se me ha vuelto de nieve: en ella solo hay una idea que cae como una ventisca, congelándome la sangre. Estoy perdida. Me voy a quedar aquí atrapada y, cuando me encuentren, tendré que pagar por el guardia atado y lleno de moretones. Y ya no serán tan descuidados conmigo. Nada de puertecitas con gatera para mí.

—¿Qué hacemos? —pregunta Julián.

—¿Hacemos? —le lanzo una mirada por encima del hombro. Tiene la coronilla cubierta de sangre seca y aparto la vista para evitar sentir compasión por él—. ¿Así que ahora estamos juntos en esto?

—Tenemos que estarlo —dice—. Tendremos que ayudarnos el uno al otro si queremos escapar.

Me agarra de los codos y me aparta suavemente pero con firmeza. El contacto me sorprende; debía de hablar en serio cuando propuso dejar a un lado nuestras diferencias por el momento. Y si él puede, yo también.

—No vas a poder abrirlo sin la llave —advierto—. Necesitamos el código.

Julián pasa los dedos por el teclado. Luego da un paso atrás, se queda mirando la puerta con los ojos entrecerrados y toca el marco, como poniendo a prueba su resistencia.

—Tenemos un teclado similar en la cancela de casa —comenta pasando los dedos por la jamba y buscando grietas en el yeso—. Yo nunca me acuerdo de código. Mi padre lo ha cambiado muchas veces y entran y salen demasiados trabajadores, así que tuvimos que buscar un sistema, una serie de claves, un código dentro de un código; pequeñas señales colocadas en la puerta y alrededor para que, aunque se cambie el código, yo pueda saber cuál es.

De repente, se me enciende la lamparita: entiendo el porqué de la historia y la forma de salir.

—El reloj —señalo el que hay encima de la puerta. Está inmóvil: la manilla pequeña se encuentra situada un poco por encima de las nueve y la grande parada en las tres—. Nueve y tres —según lo digo, me siento insegura—. Pero eso son solo dos números. La mayoría tiene cuatro, ¿no?

Julián introduce 9393 y prueba a abrir la puerta. Nada. 39393 tampoco funciona.

—Mierda —Julián le da un puñetazo al teclado para mostrar su frustración.

—Vale, vale —respiro profundamente. Nunca he sido muy buena con los códigos y los rompecabezas. La asignatura que peor se me da es Matemáticas—.

Pensemos detenidamente en esto.

Es ese instante, resurgen las voces pasillo abajo. Una puerta se abre apenas unos pocos centímetros.

—Sigo sin estar convencido —declara el albino—. Si dicen que no quieren pagar, nosotros nos salimos del juego.

—Julián.

Le toco el brazo, víctima de un terror repentino. El albino está saliendo al pasillo. Nos va a ver en cualquier momento.

—Mierda —repite Julián en voz baja, casi sin soltar el aire. Se desplaza un poco en el sitio hacia atrás y hacia delante, como si tuviera frío, pero sé que debe de tener tanto miedo como yo. De repente se queda inmóvil—. Las nueve y quince —señala mientras la puerta se abre otros pocos centímetros y las voces se derraman en el pasillo.

—¿Qué?

Agarro fuerte el cuchillo volviendo la cabeza una y otra vez, mirando a Julián y a la puerta que se abre, se abre.

—No es nueve y tres. Son las nueve y quince. Cero, nueve, uno, cinco.

Ya se ha inclinado sobre el teclado de nuevo e introduce los números a golpes. Se oye un zumbido bajo y un chasquido. Julián se inclina hacia la puerta, que se desplaza justo cuando las voces se hacen más claras y cortantes a nuestra espalda. Pasamos justo en el momento en que la puerta se abre del todo y los carroñeros dan sus primeros pasos por el corredor.

Entramos en un cuarto amplio y bien iluminado, con el techo alto. Las paredes están cubiertas de estanterías, tan llenas de cosas que en ciertos sitios la madera ha empezado a ceder y a combarse bajo el peso: paquetes de comida, bidones grandes de agua y mantas, pero también cuchillos, cubiertos y lios de joyas revueltas, zapatos y chaquetas de cuero, pistolas, porras de policía y botes de gas pimienta. Luego hay cosas que no sirven de nada: piezas de radio caídas por el suelo, un viejo armario de madera, taburetes de cuerda y un cofre lleno de juguetes de plástico rotos. En el otro extremo de la habitación hay una puerta de cemento pintada de color rojo cereza.

—Venga.

Julián me agarra violentamente del brazo y tira de mí hacia ella.

—No —me suelto de un tirón; no sabemos dónde estamos y no tenemos ni idea de cuánto tiempo pasará hasta que podamos escapar—. Aquí hay comida. Armas. Tenemos que aprovisionarnos.

Él abre la boca para contestar, pero desde el corredor llega un sonido de gritos y un martilleo de pies. De alguna forma, el guardia debe de haber dado la voz de alarma.

—Tenemos que escondernos.

Julián me lleva hasta el armario. Dentro huele a caca de ratón y a moho.

Abro de par en par las puertas; el espacio es tan pequeño que Julián y yo prácticamente nos sentamos uno encima del otro. Me pongo la mochila en el regazo. Tengo la espalda apretada contra su pecho, y siento cómo sube y baja con la respiración. A pesar de todo, me alegra que esté conmigo. No estoy segura de que hubiera conseguido llegar tan lejos sola.

El teclado emite otro zumbido; la puerta del almacén se abre de par en par y golpea la pared. Me encojo sin querer y las manos de Julián encuentran mis hombros. Me da un apretón, una muestra rápida de aliento.

—¡Maldita sea! —es el albino, con su voz bronca, tan llena de ira, como un cable cargado de electricidad—. ¿Cómo coño ha sucedido? ¿Cómo han podido...?

—No pueden haber ido muy lejos. No tienen el código.

—Muy bien, pero entonces, ¿dónde demonios están? Dos críos de mierda, joder.

—Puede que se hayan escondido en alguno de los cuartos —dice el otro.

Interviene otra voz, esta de mujer, probablemente la de los *pierings*:

—Briggs lo está comprobando. La chica se ha lanzado sobre Matt y lo ha atado. Tienen un cuchillo.

—¡Joder!

—A estas alturas ya estarán en los túneles —dice la chica—. Seguro. Matt debe de haberles revelado el código.

—¿Te lo ha dicho él?

—Bueno, no iba a admitirlo, ¿no?

—Vale, —mira es el albino otra vez, es el que manda—. Ring, tu registra los cuartos de contención con Briggs. Nosotros miraremos en los túneles. Nick, tu coge el este. Yo voy para el oeste con Don. Diles a Briggs y Forest que se ocupen del norte, y ya encontraré a alguien que cubra el sur.

Voy haciendo una lista con los nombres y contando: así que tenemos que vernosla con siete carroñeros por lo menos. Más de lo que esperaba.

El albino dice:

—Quiero tener a esos mierdas de vuelta en una hora. Ni de coña me van a joder el día de cobro por esto, ¿vale? No porque haya habido una metedura de pata en el último momento.

Día de cobro. Una idea se revuelve en los confines de mi conciencia, pero cuando intento centrarme en ella, se disuelve en la niebla. Si esto no tiene que ver con un rescate, ¿qué tipo de paga están esperando? Quizá supongan que Julián va a cantar y les va a soltar toda la información que necesitan para entrar en su casa, pero es un procedimiento complicado y peligroso para un robo normal en una vivienda. Además, no es la forma en la que operan habitualmente. Ellos no hacen planes. Prenden fuego, aterrorizan y se apoderan de cosas.

Y sigo sin ver qué pinto yo en todo esto.

Ahora se oye un ruido de gente que arrastra los pies, que carga armas y se

coloca correas. Entonces el miedo regresa a toda velocidad: al otro lado de una fina puerta de contrachapado hay tres carroñeros con un arsenal digno de un ejército. Por un momento me parece que me voy a desmayar. Hace tanto calor y esto es tan reducido que tengo la camiseta empapada de sudor. Nunca vamos a conseguir salir vivos de aquí. Es imposible. No hay forma.

Cierro los ojos y pienso en Álex, en cuando iba apretada junto a él en la moto y tenía esa misma certeza.

—Nos vemos aquí dentro de una hora —dice el albino—. Ahora id a buscar a esa pareja de mierdas y traédmelos ensartados en un palo si hace falta.

Las pisadas se desplazan hacia la esquina opuesta, así que la puerta roja debe de conducir a los túneles. La puerta se abre y se vuelve a cerrar. Luego hay silencio.

Julián y yo nos quedamos inmóviles. En un momento dado hago ademán de moverme, pero él me detiene.

—Espera —susurra—. Solo para estar seguros.

Ahora que ya no hay voces ni distracciones, me siento incómodamente consciente del calor que desprende su piel. Su aliento me hace cosquillas en la nuca.

Por fin y a no puedo soportarlo más.

—Está bien —digo—. Vámonos.

Abrimos de un empujón la puerta del armario con cautela, por si acaso hay más carroñeros husmeando.

—¿Y ahora qué? —pregunta Julián en voz baja—. Nos están buscando en los túneles.

—Tendremos que arriesgarnos —replico—. Es la única forma de salir de aquí.

Él aparta la mirada, aceptándolo.

—Vamos a hacer acopio —digo.

Julián se acerca a una de las baldas y se pone a inspeccionar una pila de ropa. Me lanza una camiseta.

—Toma —dice—. Parece de tu talla.

Encuentro también un par de vaqueros limpios, un sujetador deportivo y calcetines blancos. Me cambio rápidamente detrás del armario.

Aunque sigo sucia y sudorosa, me resulta asombroso ponerme ropa limpia. Julián coge una camiseta y un par de vaqueros. Le quedan demasiado grandes, así que se los sujeta con un cable eléctrico a manera de cinturón.

Llenamos la mochila con barriles de cereales y agua, guardamos dos linternas, bolsas de frutos secos y cecina. Hay una balda llena de medicamentos, así que cojo ungüento, vendas y toallitas antibacterianas. Julián me contempla sin hablar. Cuando se cruzan nuestras miradas, no tengo ni idea de lo que está pensando.

Bajo los medicamentos hay una balda en la que reposa una solitaria caja de madera. Curiosa, me agacho y levanto la tapa. El aliento se me corta en la garganta.

Tarjetas de identidad. La caja está llena de cientos y cientos de tarjetas atadas con gomas. Hay también un montón de identificaciones de la ASD que brillan en la oscuridad.

—Julián —susurro—. Mira esto.

De pie junto a mí, contempla sin hablar las tarjetas laminadas: un borrón de caras, hechos, identidades.

—Venga —dice un minuto después—. Tenemos que darnos prisa.

Elijo rápidamente media docena de tarjetas que corresponden a chicas de mi edad. Las ato con una goma y me las meto en un bolsillo. También cojo una identificación de la ASD. Puede venirnos bien en algún momento.

Por fin es el momento de las armas. Hay cajas enteras: viejos rifles que cogen polvo, amontonados como un amasijo de enormes espinas; pistolas bien engrasadas y pulidas por el uso; gruesas porras y cajas de munición. Le paso una pistola a Julián tras comprobar que esté cargada. Echo una caja de balas en la mochila.

—Nunca he disparado —admite manejándola con cautela, como si le preocupara que fuera a dispararse sola en cualquier momento—. ¿Y tú?

—Alguna vez —respondo, y él se muerde el labio inferior.

—Llévala tú —me pide, y la meto en la mochila, aunque no me gusta la idea de cargar tanto peso.

Los cuchillos, por el contrario, no solo son útiles para hacer daño a la gente. Me coloco una navaja bajo la correa del sujetador. Julián coge otra y también se la guarda.

—¿Estás lista? —me pregunta.

En este momento me doy cuenta: esa preocupación sorda que me rondaba la cabeza se hincha y explota. Esto está mal, esto está muy mal. Todo está demasiado organizado. Hay demasiados cuartos, demasiadas armas, demasiado orden.

—Han debido de tener ayuda —murmuro, como si la idea se me acabara de ocurrir—. Los carroñeros nunca podrían haber hecho esto solos.

—¿Quiénes? —pregunta impaciente Julián, lanzando una mirada ansiosa a la puerta.

Sé que tenemos que irnos, pero me siento incapaz de moverme; un cosquilleo me sube por las piernas desde los dedos de los pies. Ahora hay otra idea que parpadea en el fondo de mi mente, una impresión crece, un recuerdo de algo que he visto.

—Los carroñeros. Son no curados.

—Inválidos —sentencia Julián correctamente—. Como tú.

No. Como yo, no, ni inválidos. Distintos.

Aprieto los ojos y la imagen cristaliza: cuando hice presión con la punta del cuchillo contra la carne bajo la mandíbula del carroñero, justo ahí había una débil marca azul que de alguna forma me resultaba conocida.

—Ay, Dios mío.

Abro los ojos. Me falta el aliento, como si alguien me estuviera golpeando en el pecho.

—Lena, tenemos que irnos.

Julián hace ademán de agarrarme del brazo, pero me aparto de él.

—La ASD —casi no puedo pronunciarlo—. Ese tipo, el guardia de ahí, al que atamos, tenía un tatuaje de un águila y una jeringa. Ese es el emblema de la ASD.

Julián se tensa. Es como si una corriente hubiera recorrido todo su cuerpo.

—Debe de ser una coincidencia.

Muevo la cabeza. Se me amontonan las ideas en la mente, pero todas fluyen en una dirección. Todo tiene sentido: el día de cobro, todo este equipo, el tatuaje, la caja llena de identificaciones. El complejo, la seguridad; todo esto cuesta dinero.

—Deben de estar trabajando juntos. No sé por qué o para qué.

—No —la voz de Julián es baja y gélida—. Te equivocas.

—Julián.

Me corta.

—Estás equivocada, ¿me entiendes? Es imposible.

Me obligo a sostenerle la mirada, aunque hay algo extraño en el fondo de sus ojos; un remolino, que se enturbia y me marea, como si estuviera en lo alto de un acantilado a punto de caer.

Así estamos, inmóviles como en un cuadro, cuando la puerta se abre de golpe y dos carroñeros irrumpen en el cuarto.

Durante un instante, no se mueve nadie. Me da tiempo a distinguir a un hombre (mediana edad) y una chica (pelo negro azulado, más alta que yo), ambos desconocidos. Quizá sea por el miedo, pero me centro también en los detalles más extraños: en el párpado izquierdo caído del hombre, como si la gravedad tirara de él, y en la expresión de la chica, que se queda paralizada con la boca abierta, mostrando una lengua más cereza. Debe de haber estado chupando algo, pienso. Un chupa-chup o algún dulce. Mi mente vuela hasta Grace.

Luego, la escena parece descongelarse. La chica intenta coger su arma, y ya no se puede pensar más.

Me lanzo sobre ella y le quito la pistola antes de que tenga tiempo de apuntarme con ella. Detrás de mí, Julián grita algo. Se oye un tiro. No puedo pararme a ver quién ha disparado. La chica me asesta un golpe en la mandíbula

con el puño. Nunca me habían dado un puñetazo, y me aturde más la sorpresa que el dolor. En esa décima de segundo, consigue sacar la navaja y lo siguiente que veo es la hoja que se me acerca con un silbido. La esquivo, agacho la cabeza y me lanzo contra su estómago.

Suelta un gruñido. El impulso nos hace perder el equilibrio y caemos tambaleándonos sobre una caja de zapatos viejos que se hunde bajo nuestro peso. Estamos tan cerca que puedo oler su cabello y sentir el roce de su piel en mi boca. Primero consigo ponerme encima, forcejeando, luego le toca a ella: logra darme la vuelta y me doy con la cabeza contra el cemento. Siento sus duras rodillas en mis costillas; me aprietan tanto que me está vaciando de aire los pulmones. Intenta sacar otro cuchillo del cinturón y yo palpo afanosamente el suelo buscando otra arma, la que sea; pero me sujeta con demasiada fuerza, me tiene muy bien atrapada, así que lo único que encuentran mis dedos es aire y cemento.

Julián y el hombre están enzarzados en un abrazo confuso, luchando por conseguir ventaja sobre el otro, con la cabeza baja y gruñendo. Dan un giro violento y chocan contra una estantería de madera cargada de cazuelas y ollas. Se tambalea antes de caer, y al final las cazuelas se desparraman por todas partes en una cacofonía de tintineos metálicos.

La chica mira hacia atrás y esa pequeña distracción me proporciona espacio suficiente para moverme. Lanzo el puño hacia arriba con todas mis fuerzas y le doy en un lado de la cara. No creo que le haya hecho mucho daño, pero se aparta un poco y consigo quitármela de encima. Me doy la vuelta, ruedo sobre ella y le arrebató el cuchillo. Mi odio y mi miedo fluyen ahora duros, eléctricos y calientes. Sin pensar, levanto la hoja y se la clavo en el pecho con fuerza. Se estremece una vez, suelta un grito y luego se queda quieta. Mi mente entra en un bucle, en un estribillo interminable: « culpa tuya, culpa tuya, culpa tuya ». Se oye un sollozo irreconocible que no sé de dónde viene. Tardo en darme cuenta de que quien llora soy yo.

Luego, todo se vuelve negro y el dolor llega una décima de segundo después de la oscuridad, cuando el otro carroñero, el hombre, me alcanza en la cabeza con una porra. Se oye un crujido atronador, caigo y todo se convierte en un borrón de imágenes inconexas: Julián de bruces cerca de la estantería caída; un reloj de pared en la esquina, que no había visto antes; grietas en el suelo de cemento que se expanden como una red para abrazarme.

Luego, nada durante varios segundos. Corte a la siguiente escena: estoy tumbada de espaldas, el cielo da vueltas a mí alrededor. Me muero. Extrañamente, pienso en Julián. Ha luchado bien.

El hombre está encima de mí y respira fuerte en mi cara. Le huele el aliento como algo que se hubiera estropeado en un lugar cerrado. Tiene un corte largo e irregular bajo el ojo —muy bien, Julián— y parte de esa sangre me cae en la

cara. Noto la mordedura aguda de un cuchillo bajo la barbilla y dejo el cuerpo inmóvil. Me quedo completamente paralizada. Me mira con tal odio que de repente me siento muy serena. Voy a morir. Me va a matar. Esa certeza me relaja. Me hundo en la nieve blanca. Cierro los ojos y trato de visualizar a Álex igual que cuando solía soñar con él, de pie al final del túnel. Espero que aparezca, que me tienda las manos.

Vengo y vuelvo de la consciencia. Planeo por encima del suelo, luego vuelvo a él. Tengo en la garganta un sabor a ciénaga.

—No me has dado opción —jadea el carroñero, y abro los ojos de golpe. Hay algo en su voz, arrepentimiento quizá, o una disculpa, que no me esperaba. La esperanza vuelve a toda prisa, y también el pánico: « Por favor, por favor, quiero vivir ».

Justo entonces toma aire, se tensa y la punta del cuchillo me rasga la piel y es demasiado tarde.

Entonces se convulsiona de repente encima de mí.

El arma cae de su mano. Sus ojos se giran hacia el techo, horribles, como la mirada bacía de una muñeca. Cae lentamente hacia delante, sobre mí, y me deja sin aire. Julián está de pie, respirando con dificultad, tembloroso. El mango de un cuchillo sobresale de la espalda del carroñero.

Sobre mí yace un hombre muerto. Me entra una sensación de histeria que se eleva y de repente me pongo a balbucear.

—¡Quítamelo de encima! ¡Quítamelo de encima!

Julián mueve la cabeza, mareado.

—Yo... yo no quería hacerlo.

—Por Dios bendito, Julián. ¡Quítamelo de encima! Tenemos que irnos ya.

Se sobresalta, parpadea y me mira. El peso del carroñero me está aplastando.

—Por favor, Julián.

Por fin se mueve. Se inclina y levanta el cuerpo. Me pongo de pie deprisa. Me late el corazón aceleradamente y me hormiguea la piel. Siento unas ganas desesperadas de bañarme, de quitarme toda esa muerte de encima. Los dos carroñeros yacen tan juntos que casi se tocan. Va extendiéndose en el suelo una mancha de sangre con forma de mariposa. Siento ganas de vomitar.

—Yo no quería, Lena. Solo que... le he visto encima de ti y he cogido un cuchillo y yo —mueve la cabeza—. Ha sido un accidente.

—Julián —le pongo las manos en los hombros—. Mira: me has salvado la vida.

Cierra los ojos por un instante y luego los abre de nuevo.

—Me has salvado la vida —repito—. Gracias.

Parece que va a decir algo, pero se limita a asentir y se pone la mochila. Le cojo la mano de manera impulsiva. No se aparta, y eso me alegra. Le necesito para que me sujete. Le necesito para que me ayude a mantenerme en pie.

—Hora de irse —digo, y salimos juntos del cuarto dando traspiés hasta que llegamos al fresco olor a moho de los viejos túneles, a los ecos, las sombras y la oscuridad.

entonces

Durante el trayecto hacia el segundo campamento, la temperatura cae de repente. Me congelo hasta cuando duermo en las tiendas. Cuando me toca dormir fuera, a menudo me despierto con esquilas de hielo enredadas en el pelo.

Sarah permanece estoica, silenciosa y pálida. Blue cae enferma. El primer día se despierta aletargada. Le cuesta mantener el ritmo y se queda dormida al final del día de ruta, antes incluso de que hayamos hecho un fuego, ovillada en el suelo como un pequeño animal.

Raven la lleva a su tienda y esa noche me despiertan gritos amortiguados. Me incorporo sobresaltada. El cielo está despejado y las estrellas se ven muy claras y brillantes. En el aire hay un olor a nieve.

En la tienda de Raven se escuchan algunos gemidos, el sonido de un consuelo susurrado. Blue sufre pesadillas.

A la mañana siguiente, la niña tiene fiebre. No hay opción: tiene que caminar de todos modos. Se acerca la nieve y aún nos faltan cincuenta kilómetros hasta el segundo campamento, y muchos más hasta el hogar de invierno.

Llora mientras camina, tropezando cada vez más. Nos turnamos para transportarla: Raven, Bram, Lu, Grandpa y yo. Arde de fiebre. Sus brazos en torno a mi cuello son como cables de alta tensión; laten de calor.

Al día siguiente llegamos al segundo campamento: una zona de pizarra suelta, bajo una vieja pared de ladrillo medio derruida que forma una barrera y nos cobija un poco del viento. Nos ponemos a trabajar, desenterramos la comida, montamos las tiendas e inspeccionamos la zona, que antes debía de ser una ciudad de buen tamaño, en busca de comida enlatada y de todo lo que pueda sernos útil. Nos quedaremos aquí dos días, quizás tres, según lo que podamos encontrar. Más allá del ulular de los búhos y del ruido de las criaturas nocturnas, nos llega el sonido distante de estruendosos camiones. Estamos a menos de quince kilómetros de una de las autopistas interurbanas.

Es extraño pensar en lo cerca que hemos estado de los sitios acondicionados, de ciudades estables donde abundan la comida, la ropa y las medicinas, y sin embargo es como si estuviéramos en un universo separado. Ahora el mundo está

bifurcado, dividido en dos de forma nítida, como los lados de una tienda de campaña: los válidos y los inválidos viven en planos diferentes, en dimensiones distintas.

Los terrores nocturnos de Blue empeoran. Sus gritos son desgarradores y balbucea cosas sin sentido en el lenguaje incomprensible de los sueños. Cuando llega la hora de ponerse en marcha hacia el tercer campamento —las nubes han cubierto el cielo como un capa densa, y la luz es de un gris apagado y oscuro que presagia nieve—, la niña casi no responde. Ese día la carga Raven y no deja que nadie la ayude, aunque ella también está débil y a menudo se queda atrás.

Caminamos en silencio. El miedo nos lastra, nos cubre con una tupida manta, nos hace sentir que ya estamos caminando por la nieve, porque todos sabemos que la niña va a morir. Raven también lo sabe. Tiene que saberlo.

Esa noche, Raven enciende el fuego y sitúa a Blue al lado de la hoguera. Aunque le arde la piel, la niña tiembla con tanta intensidad que le castañean los dientes, los demás nos movemos en el mayor silencio posible, como sombras en el humo, me quedo dormida fuera, junto a Raven, que permanece despierta para atizar el fuego y asegurarse de que los niños conserven el calor.

En mitad de la noche me despierta un llanto ahogado, Raven esta arrodillada sobre Blue. Se me desfonda el estómago y me invade el pánico, nunca antes había visto llorar a Raven. Me da miedo hablar, respirar, moverme. Sé que debe de creer que estamos dormidos; de otro modo, nunca se permitiría llorar.

Soy incapaz de quedarme en silencio. Hago ruido con el saco de dormir y al momento cesa el llanto. Me incorporo

—¿Está...? —susurro. No puedo pronunciar la última palabra.

Muerta.

Raven niega con la cabeza

—No respira muy bien

—Al menos respira —digo. Se extiende entre nosotras un largo silencio. Estoy desesperada por arreglar esto. Sin saber cómo, sé que si perdemos a Blue perderemos también una parte de Raven. Y la necesitamos, en especial ahora que Tack no está—. Se pondrá mejor —la reconforto—. Estoy segura de que se va a poner bien.

Raven se vuelve hacia mí. El fuego refleja en sus ojos y hace que brillen como los de un animal.

—No —replica con sencillez—. No se va a poner bien.

Su voz está llena de certeza. No puedo contradecirla. Durante un instante, no dice nada más. Luego continúa:

—¿Sabes por qué la llamé Blue?

La pregunta me sorprende.

—Creía que por sus ojos.

Raven se vuelve hacia el fuego y se abraza las rodillas.

—Yo vivía en Yarmouth, cerca de una alambrada fronteriza. Una zona pobre. Nadie más quería vivir tan cerca de la Tierra Salvaje.

Siempre afirmaba que no existía tal cosa. Que no había un antes.

—Yo era como todos los demás, la verdad. Simplemente aceptaba lo que la gente me decía y no pensaba mucho más en ello. Solo los curados van al cielo. Las patrullas están para protegernos. Los incurados son sucios, se vuelven como animales. La enfermedad te pudre desde dentro. La estabilidad es adoración a Dios y felicidad —se encoge de hombros, como si quisiera sacudirse el recuerdo de la persona que era entonces—. Solo que yo no me sentía feliz, y no comprendía por qué. No comprendía por qué no podía ser como los demás.

Entonces me acuerdo de Hana, dando vueltas en su habitación con los brazos extendido diciendo: «¿crees que esto es todo? ¿Qué no hay nada más?».

—El verano que cumplí catorce años, empezaron una nueva construcción junto a la cerca. En realidad eran viviendas sociales para las familias más pobres de Yarmouth: los que habían sido mal emparejados y la gente que había adquirido fama de simpatizante, aunque no fuera más que un rumor. Ya sabes cómo es, por el día jugábamos cerca de la obra. Éramos unos cuantos. Claro, teníamos cuidado de mantenernos separados, los chicos y las chicas. Había una línea que nos dividía: todo lo que estaba al este del agua nos pertenecía y lo que estaba al oeste era de ellos —se ríe suavemente—. Ahora me parece un sueño. Pero en aquel momento me resultaba lo más normal del mundo.

—No había nada con lo que compararlo—digo, y ella me lanza una rápida mirada y asiente bruscamente.

—Luego hubo una semana de lluvias. La construcción se paró y nadie quería explorar la obra. A mí no me importaba la lluvia. No me gustaba mucho estar en casa. Mi padre era... —se le quiebra la voz y se interrumpe—. Después de la operación, no quedo del todo bien. La intervención no funcionó adecuadamente. Sufría una disrupción de los lóbulos temporales, que regulan los estados de ánimo. Así es como lo llamaban. La mayor parte del tiempo estaba bien, como cualquier persona. Pero de vez en cuando le daban ataques de ira.

Durante un rato se queda mirando al fuego fijamente, en silencio.

—Mi madre —continúa— nos ayudaba a tapar los cardenales con maquillaje y cosas así. No se lo podíamos contar a nadie, no queríamos que la gente se enterara que la cura de mi padre no había salido bien. La gente se pone histérica; podrían haberle despedido. Mi madre decía que tendríamos problemas, así que lo ocultábamos. Manga larga en verano. Muchos días en casa por enfermedad. Muchas mentiras también: me he caído, me he dado un golpe en la cabeza, me he tropezado con la jamba de la puerta.

Nunca me había imaginado a Raven de joven, pero visualizo a una chica delgada con la misma boca orgullosa, tapándose los cardenales de los brazos, de los hombros y del rostro.

—Lo siento—murmuro. Las palabras suenan frágiles, ridículas. Ella carraspea y pone los hombros derechos.

—No tiene importancia —añade rápidamente. Rompe en pedacitos una rama larga y fina y la va echando al fuego, un trozo cada vez. Me pregunto si se ha olvidado del tema original de la conversación, el nombre de Blue, pero en ese momento retoma la historia—. Esa semana, la de la lluvia, coincidió con una de las épocas más malas de mi padre, así que yo iba mucho a la obra. Un día estaba rebuscando cerca de los cimientos; todo eran bloques y pozos, en realidad casi no habían construido nada del edificio. Y entonces vi una caja pequeña. Una caja de zapatos.

Toma aire y hasta en la oscuridad distingo su tensión. El resto de su historia brota apresuradamente.

—Alguien debía de haberla dejado ahí, en un hueco bajo los cimientos, pero había llovido tanto que el agua provocó un pequeño alud de barro que arrastro la caja afuera. No sé por qué decidí mirar dentro. Estaba muy sucia. Supongo que pensaba que habría un par de zapatos o quizás algunas joyas.

Ya sé adónde conduce esta historia. Camino junto a Raven hacia la caja enlodada y levanto la tapa abombaba por el agua. El horror y la indignación son también como una avalancha de fango que se alza negra en mi interior hasta ahogarme.

La voz de Raven se reduce a un susurro.

—Estaba envuelta en una manta. Una manta azul con corderitos amarillos. No respiraba. Yo... yo creí que estaba muerta. Estaba, estaba azul. La piel, las uñas, los labios, los dedos. Tenía los dedos tan pequeñitos.

El barro me llena la garganta. No puedo respirar.

—No sé por qué intente revivirla. Creo que me entro una especie de locura. Aquel verano trabajaba como socorrista ayudante, así que me habían enseñado a hacer las respiración boca a boca, pero nunca la había puesto en práctica. Y ella era tan pequeña, quizá tenía una semana, tal vez dos. Pero funcionó. Nunca me olvidare de cómo me sentí cuando tomo aliento, cuando le volvió el color a la piel rápidamente. Era como si el mundo entero se hubiera partido en dos, y todo lo que yo sentía que faltaba: el sentimiento, el colorido. Todo aquello me llegara con su primer aliento. La llame Blue para acordarme siempre de aquel momento, para no olvidarlo nunca.

Deja de hablar abruptamente. Alarga la mano y ajusta el saco de dormir de Blue. A la luz del fuego, un resplandor rojo atenuado, observo la palidez de la niña. Tiene la frente cubierta de sudor y respira despacio, con estertores. Me llena una furia ciega, abrumadora y sin destinatario.

Raven no ha terminado su historia.

—Ni siquiera volví a casa. Simplemente la cogí y salí corriendo. Sabía que en Yarmouth no podría conservarla. Este tipo de secretos no se pueden guardar

durante mucho tiempo. Ya era bastante duro tapar los moretones, y sabía que ella debía ser ilegal: de alguna chica sin emparejar. Un bebé de los *deliria* están contaminados. Crecen torcidos, lisiados, locos. Probablemente se la llevarían y la matarían. Ni siquiera la enterrarían. Les preocuparía el riesgo de contagio. La incinerarían y la tirarían a la basura.

Coge otra ramita y la echa a la hoguera. Arde un momento, con una violenta lengua blanca de fuego.

—Había oído rumores de que una parte de la valla no estaba reformada. Solíamos contar historias de que los inválidos entraban y salían y se comían el cerebro de la gente, esas cosas que se cuentan cuando se es niño. No estoy segura de si me lo seguía creyendo o no, pero me arriesgué con la alambrada. Tardé muchísimo en encontrar la forma de pasar con Blue. Al final tuve que usar la manta para hacer una bolsa en la que cargarla. La lluvia me vino bien; los guardias y los reguladores se mantenían a cubierto y conseguí cruzar sin dificultad. No sabía adónde iba ni qué iba a hacer una vez hubiera cruzado. No les dije adiós ni a mi padre ni a mi madre. Lo único que hice fue correr —me mira de soslayo—. Pero supongo que con eso fue suficiente. Y supongo que eso lo sabes tú también.

—Sí —respondo con un graznido. Tengo un dolor que me desgarran la garganta. Podría llorar en cualquier momento. En lugar de eso me hincan las uñas, tan profundo como puedo, en los muslos, tratando de rasgar la piel por debajo de la tela de los vaqueros.

Blue murmura algo ininteligible y da vueltas dormida. Los estertores se han hecho más fuertes. Cada respiración trae consigo un horrible ruido chirriante y un eco acuoso y fluido. Raven se inclina hacia delante y le aparta de la frente el pelo empapado de sudor.

—Está ardiendo—dice.

—Traeré un poco de agua—me ofrezco, desesperada por hacer algo, lo que sea, para ayudar.

—No va a cambiar nada—susurra suavemente Raven.

Pero yo necesito moverme, así que voy de todas formas. En la helada oscuridad, me abro paso hacia el arroyo cubierto por una capa de hielo recorrida de grietas y fisuras. Hay luna llena; está alta, y se refleja en la superficie plateada y en el agua oscura que fluye por debajo. Rompo el hielo con un cubo metálico y suelto un grito entrecortado cuando el agua fluye entre mis dedos para llenarlo.

Raven y yo no dormimos esa noche. Nos turnamos con una toalla para enfriarle la frente a Blue hasta que su respiración se calma y se reducen los gemidos. Al final deja de moverse y yace dócil y silenciosa bajo nuestras manos. Nos vamos alternando con la toalla hasta que amanece. El cielo tiene un rubor rosado, pálido y líquido. Para entonces hace horas que Blue ya no respira.

ahora

Julián y yo nos movemos en una oscuridad sofocante. Avanzamos despacio, trabajosamente; aunque estamos deseando con todas nuestras fuerzas echar a correr, no podemos arriesgarnos a hacer ruido ni a que se vea la luz de una linterna. Aunque andamos por lo que parece ser una vasta red de túneles, me siento como una rata dentro de una caja. No camino con seguridad. La oscuridad está llena de formas que giran como en un remolino y tengo que mantener la mano izquierda apoyada en la pared resbaladiza del túnel, cubierta de humedad y de insectos.

Hay ratas. Ratas que salen de los rincones con un chillido, ratas que corretean por las vías, patas que resuena contra la piedra con un tic, tic, tic.

No sé durante cuánto tiempo avanzamos. Es imposible calcularlo porque no se percibe ningún cambio en el sonido ni en la negrura. No hay forma de saber si vamos hacia el este o el oeste o si estamos caminando en círculos interminables.

A veces nos desplazamos a lo largo de viejas vías de ferrocarril, por lo que deben de ser los túneles de los trenes subterráneos, a pesar del agotamiento y los nervios, no puedo evitar el asombro ante la idea de estos espacios laberínticos y retorcidos. Los imagino llenos de tuneladoras y de gente que grita libremente en la oscuridad.

Otras veces los túneles están inundados, ya sea con un pequeño reguero de agua o con un charco grande de algún líquido maloliente y lleno de basura que probablemente proceda de una alcantarilla. Eso significa que no estamos demasiado lejos de una ciudad.

Cada vez doy más trapiés. Hace días que no como nada sólido y me duele mucho el cuello, en el punto en que el carroñero me corto la piel con el cuchillo. Gradualmente, Julián tiene que sujetarme con más fuerza hasta que me pone una mano en la espalda para dirigirme hacia delante. Agradezco el contacto. Hace más soportable la agonía de caminar, el silencio y el esfuerzo por distinguir los sonidos de los carroñeros de los ecos y las goteras.

Seguimos durante horas sin detenernos. Por fin la oscuridad se va haciendo blanquecina hasta que veo un poco de luz, una larga corriente plateada que se

filtra desde arriba. En el techo hay cinco rejillas. Sobre nuestras cabezas, por primera vez en días, veo el cielo: un fragmento de cielo nocturno, lleno de nubes y estrellas.

Sin darme cuenta, suelto un grito. Es lo más bello que he visto en mi vida.

—Las rejillas —digo— ¿podemos...?

Julián se adelanta y nos arriesgamos a encender la linterna. La enfoca hacia arriba y luego niega con la cabeza.

—Están atornilladas desde el exterior —se pone de puntillas y da un empujón—. No hay forma de moverlas.

La decepción me quema en el fondo de la garganta. Estamos tan cerca de la libertad, lo puedo oler: el viento y el espacio y algo más. La lluvia. Debe de haber llovido hace poco. El olor me hace llorar. Nos encontramos en un andén elevado. Las vías están inundadas de agua y tiene una capa de hojas que habrán caído por las rejillas. A la izquierda hay un hueco a medio excavar lleno de cajas de madera; en la pared se distingue un cartel, asombrosamente bien conservado, PELIGRO, dice. ZONA DE CONSTRUCCIÓN. OBLIGATORIO LLEVAR CASCO.

No puedo soportarlo más. Me aparto del apoyo de Julián y caigo pesadamente de rodillas.

—Oye —se arrodilla a mi lado—. ¿Estás bien?

—Cansada —suelto con un jadeo. Me hago un ovillo en el suelo y oculto la cabeza en el hueco del brazo, se me hace cada vez más difícil mantener los ojos abiertos. Cuando lo consigo, las estrellas de arriba se confunden y se mezclan en un único punto enorme de luz antes de volver a fragmentarse.

—Duerme —dice Julián mientras deja en el suelo la mochila y se sienta junto a mí.

—¿Y si vienen los carroñeros?

—Yo me quedare despierto —contesta—. Y a la escucha.

Un minuto después, se tumba de espaldas. Por las rejillas sopla el viento, y me estremezco sin querer.

—¿Tienes frío? —me pregunta.

—Un poco —admito. Apenas puedo hablar. También la garganta se me ha quedado helada.

Hay una pausa. Luego, se vuelve de lado y me pasa un brazo por los hombros. Me va acercando hasta que estamos pegados, hasta que me arropa con su cuerpo. Su corazón late contra mi espalda con un ritmo extraño, como un tartamudeo.

—¿No te preocupan los *deliria*? —le pregunto

—Sí —ríe brevemente— pero yo también tengo frío.

Poco después, sus latidos se hacen más regulares y los míos se van calmando para acoplarse a los suyos. Se me empieza a pasar el frío.

—¿Lena? —susurra Julián. Abro los ojos: la luna está ahora justo encima de nosotros, un alto rayo blanco.

Noto que su corazón ha vuelto a acelerarse.

—¿Quieres saber cómo murió mi hermano? Mi hermano y mi padre nunca se llevaron bien. Mi hermano era testarudo, muy obstinado, y además tenía mal genio. La gente decía que todo iría bien cuando estuviera curado —se detiene—, pero se volvió cada vez peor a medida que crecía. Mis padres hablaban de adelantar la operación. No daba buena impresión, ya sabes, para la ASD y todo eso. Era un rebelde, no hacía caso a mi padre y ni siquiera estoy seguro de que creyera en la cura. Tenía seis años más que yo. Yo tenía... yo tenía miedo por él. ¿Sabes lo que quiero decir?

No puedo hablar, así que asiento con la cabeza. Los recuerdos se me están acumulando. Surgen lo de los lugares oscuros en los que los había encerrado: la constante ansiedad que sentía cuando era niña, como un zumbido, cuando veía a mi madre reír, bailar, y cantar al ritmo de la música extraña que salía de nuestros altavoces; una alegría entretejida de pánico; miedo por Hana, miedo por Álex, miedo por todos nosotros.

—Hace siete años, tuvimos otra gran concentración en Nueva York. La ASD estaba alcanzando repercusión nacional. Fue el primer mitin al que acudí; tenía once años. Mi hermano no fue. No sé qué excusa dio.

Julián se mueve. Durante un momento me aprieta con los brazos en un gesto involuntario, luego se relaja una vez más. Sin saber cómo, sé que es la primera vez que le cuenta a alguien esta historia.

—Fue un desastre. A mitad de la concentración, los manifestantes irrumpieron donde estábamos, en el ayuntamiento. La mitad de ellos iban enmascarados. La protesta se volvió violenta y llegó la policía para disolverla, y de repente se convirtió en una auténtica pelea. Yo me escondí detrás del estrado, como un niño pequeño. Me dio tanta vergüenza después. Uno de los manifestantes se acercó demasiado al escenario, donde estaba mi padre. Gritaba algo, pero no entendí lo que decía. Llevaba puesto un pasamontañas, y un guardia lo derribó con la porra. Curiosamente, recuerdo que oí eso: el chasquido de la madera contra su rodilla, el ruido cuando se desplomó. Entonces fue cuando mi padre debió de ver la marca de nacimiento en el dorso de la mano izquierda, como una gran media luna. La marca de mi hermano. Saltó del estrado hacia el público, le quitó el gorro y... era él. Mi hermano yacía ahí, paralizado por el dolor, con la rodilla destrozada en mil fragmentos. Nunca olvidaré la mirada que le lanzó a mi padre. Totalmente serena y también resignada, como... como si supiera lo que iba a suceder. Finalmente conseguimos salir, la policía nos escoltó hasta casa. Mi hermano iba tendido en la parte trasera de la camioneta, gimiendo. Yo quería preguntarle si se encontraba bien, pero sabía que mi padre me mataría. Fue conduciendo todo el camino a casa sin decir una palabra, sin

apartar los ojos de la calzada. No sé que sentiría mi madre. Quizá no mucho, pero sé que estaba preocupada. El manual de FSS dice que nuestra obligación para con nuestros hijos es sagrada, ¿no? «Y la buena madre solo termina de dar cumplimiento a sus deberes en el cielo.» —cita en voz baja—. Ella quería que lo viera un médico, pero mi padre no quiso ni oír hablar de ello. La rodilla de mi hermano tenía mal aspecto. Estaba hinchada, prácticamente como una pelota. Sudaba un montón y sentía muchísimo dolor. Yo quería ayudar. Yo quería —le recorre un temblor—. Cuando llegamos a casa, mi padre metió a mi hermano en el sótano y lo encerró. Pensaba dejarle ahí durante un día, en la oscuridad, para que aprendiera la lección.

Me imagino a Thomas Fineman; la ropa limpia y planchada los gemelos de oro que deben darle tanta satisfacción; el reloj elegante; el pelo bien arreglado. Puro, limpio, sin tacha, como un hombre que siempre duerme bien por la noche. «Te odio» pienso en nombre de Julián, que nunca ha tenido la oportunidad de decir esas palabras, de sentir el alivio que representan.

—Oíamos a mi hermano gritar al otro lado de la puerta. Le oíamos desde el comedor mientras cenábamos. Mi padre nos hizo estar ahí quietos toda la comida. Nunca lo perdonaré.

La última frase es apenas un susurro. Busco su mano, entrelazo los dedos con los suyos y aprieto. Me devuelve el gesto.

Durante un rato nos quedamos en silencio. Luego, desde arriba, nos llega un sonido suave que pronto se divide y se convierte en miles de gotas de lluvia que golpean la acera. El agua se cuela por las rejillas y resuena en los raíles de metal de las viejas vías.

—Luego, los gritos cesaron —dice Julián con sencillez, y yo me acuerdo de aquel día en la Tierra Salvaje con Raven, cuando nos turnábamos para enjuagar la frente de Blue mientras el sol salía como una ola sobre los árboles, aunque hacía bastante rato que Blue se había quedado fría. Julián se aclara la garganta—. Dijeron que había sido un accidente inesperado; un coágulo de sangre de la herida le había subido hasta el cerebro. Una posibilidad entre un millón. Mi padre no tenía forma de saberlo. Pero aún así, y o... —se interrumpe—. A partir de eso, sabes, siempre tuve mucho cuidado. Lo hacía todo bien. Era el hijo perfecto un modelo para la ASD. Incluso cuando me enteré de que la cura probablemente me mataría. Era más que miedo —dice, en un torrente apresurado de palabras—. Pensé que si cumplía las reglas, las cosas irían bien. Eso es lo que tiene la cura, ¿no? No solo por los *delirios*. Tiene que ver con el orden. Un sendero para cada uno. Solo tienes que seguirlo y todo irá bien. De eso va la ASD. Eso es en lo que yo creía, en lo que tenía que creer. Porque si no, solo hay caos.

—¿Le echas de menos? —pregunto.

No me contesta inmediatamente y sé, de alguna manera, que nadie le ha hecho esa pregunta antes.

—Creo que sí —admite por fin, en voz baja—. Le eché de menos durante mucho tiempo. Mi madre me dijo que después de la operación no sería tan malo. Dijo que ya no pensaría más en él de esa forma.

—Eso es incluso peor —murmuro suavemente—. Entonces es cuando se han ido de verdad.

Cuento tres largos segundos de silencio y, en cada uno de ellos, el corazón de Julián golpea contra mi espalda. Ya no tengo frío. Si acaso, tengo demasiado calor. Nuestros cuerpos están muy cerca, piel contra piel, los dedos entrelazados, su aliento en mi cuello.

—Ya no sé lo que está pasando —susurra Julián—. Ya no entiendo nada. No sé qué es lo que se supone que ocurre después.

—Se supone que no tienes que saberlo —respondo, y es cierto: los túneles pueden ser largos, llenos de curvas y oscuros, pero debes recorrerlos igualmente.

Más silencio. Por fin, Julián dice:

—Tengo miedo.

Es solo un susurro, pero siento que sus labios se mueven contra mi cuello. Es como si deletreara ahí las palabras.

—Lo sé —digo—. Yo también.

Ya no puedo seguir despierta. Navego por el tiempo y la memoria, entre esta lluvia y otras lluvias antes que esta, subiendo y bajando por una escalera de caracol. Julián me rodea con el brazo y luego lo hace Álex; después, Raven me acuna, pongo la cabeza en su regazo, y más tarde, mi madre me canta.

—Contigo tengo menos miedo —dice Julián. Quizá es Álex quien habla, o tal vez solo he soñado las palabras. Abro la boca para responder, pero no puedo hablar. Trago agua y luego estoy flotando y después ya no queda nada más que sueño, líquido y profundo.

entonces

Enterramos a Blue junto al río. Nos lleva horas romper el suelo helado y cavar un hoyo en el que quepa su cuerpo. Antes de introducirla, tenemos que quitarle el chaquetón. No podemos permitirnos no aprovecharlo. Al bajarla al agujero, pesa tan poco que es como una cría de pájaro, frágil y de huesos ligeros.

En el último momento, cuando estábamos a punto de cubrirla de tierra, Raven se lanza hacia delante con una histeria repentina.

—Va a tener frío —dice—. Así se va a congelar.

Nadie quiere detenerla. Se quita el jersey y salta al interior de la improvisada tumba, toma a la niña en sus brazos y la envuelve en la prenda. Está llorando. Casi todos nos damos la vuelta, incómodos. Solo Lu da un paso adelante.

—Raven, Blue estará bien —musita suavemente—. La nieve la abrigará.

Raven alza la vista, con la cara surcada por las lágrimas y un gesto feroz. Recorre nuestros rostros con la mirada como si estuviera luchando por recordar quiénes somos. Se incorpora de golpe y sale de la tumba.

Bram se adelanta y empieza a echar paladas de tierra otra vez sobre el cuerpo de Blue, pero Raven le detiene.

—Déjala —pronuncia en voz alta, con un extraño tono agudo—. Lu tiene razón. Va a nevar en cualquier momento.

Así es: se pone a nevar según estamos recogiendo el campamento. Sigue nevando durante todo el día, mientras caminamos por los bosques en una larga línea irregular. El frío es ya un dolor constante, un tormento atroz en los dedos de las manos y los pies. La nieve está helada y quema como ceniza ardiente, pero me imagino que cae dulcemente sobre Blue y que la cubre como una manta, para cobijarla y mantenerla a salvo hasta la primavera.

ahora

Por la mañana sigue lloviendo.

Me incorpоро espacio. Tengo un dolor de cabeza tremendo y estoy mareada. Julián no está a mi lado. La lluvia cae por las rejillas como largas cintas negras que se retuercen. Julián está de pie bajo ellas.

Permanece de espaldas, vestido únicamente con un par de gastados pantalones cortos de algodón que debió de encontrar mientras buscábamos ropa y provisiones. El aliento se me corta en la garganta. Sé que debería apartar la vista, pero no puedo. Estoy paralizada por la visión de la lluvia que se desliza por su espalda: una espalda ancha, fuerte, musculosa, como la de Álex; atrapada en el paisaje ondulado de sus brazos y sus hombros; en su pelo, oscuro ahora por el agua, en la forma en que inclina la cabeza hacia atrás y deja que el agua le entre en la boca.

En la Tierra Salvaje me acostumbré por fin a ver hombres desnudos o semidesnudos. Me acostumbré a sus cuerpos extraños, al pelo rizado del pecho, que a veces se extendía por la espalda y los hombros, a la superficie ancha y plana de su estómago y las alas de sus caderas, que se arquean sobre la cinturilla de los pantalones. Pero esto es diferente. Julián permanece en una quietud perfecta y, a la pálida luz gris, parece brillar un poco, como una estatua tallada en roca blanca.

Es bello.

Sacude un poco la cabeza y el agua salta de su pelo haciendo molinillos en un semicírculo centelleante; feliz y ajeno, se pone a tararear quedamente. De repente me da mucha vergüenza: estoy invadiendo un momento íntimo. Me aclaro la garganta ruidosamente y se da la vuelta. Al ver que me he despertado, salta fuera del agua, recoge su ropa del extremo del andén y se cubre con ella.

—No sabía que estabas despierta —dice, luchando por ponerse la camiseta a pesar de que está empapado. Sin darse cuenta introduce la cabeza por un agujero de los brazos y luego lo intenta de nuevo. Me reíría si no tuviera un aire tan desesperado.

Ahora que se ha lavado la sangre, le veo claramente la cara. Ya no tiene los

ojos hinchados, pero conserva profundos cardenales alrededor. Los cortes de la frente y el labio están empezando a cicatrizar. Eso es buena señal.

—Acabo de despertarme —le informo cuando consigue ponerse la camiseta—. ¿Has dormido algo?

Ahora lucha con los vaqueros. Su pelo crea un dibujo de manchas de agua en el cuello de la camiseta.

—Un poco —admite con aire culpable—. No quería. Creo que caí sobre las cinco. Estaba empezando a amanecer—ya se ha puesto los vaqueros y sube a la plataforma de un salto, con una elegancia inesperada—. ¿Estás lista para seguir?

—Enseguida —digo—. Me gustaría... me gustaría lavarme, como tú. Bajo las rejillas.

—Vale.

Asiente pero no se mueve. Noto que me vuelvo a poner colorada. Hace mucho que no me sentía así, tan abierta y expuesta. Estoy perdiendo la conexión con la nueva Lena, la dura, la guerrera forjada en la Tierra Salvaje. Es como si no pudiera volver a meterme en su cuerpo.

—Tengo que desnudarme —suelto, ya que Julián parece no captar la indirecta.

—Ah. Ah, vale —tartamudea, retrocediendo—. Claro. Yo voy a adelantarme para explorar.

—Me daré prisa —digo—. Tenemos que ponernos en marcha otra vez.

Espero hasta que sus pisadas se convierten en un eco amortiguado antes de quitarme la ropa. Durante un minuto me olvido de que los carroñeros están por ahí en la oscuridad, buscándonos. Durante un minuto olvido lo que he hecho, lo que he tenido que hacer para escapar. Olvido la sangre que se extendía por el suelo del almacén, los ojos de la carroñera, sorprendidos, acusadores. Me quedo desnuda al borde del andén, con los brazos alzados hacia el cielo, mientras los ríos de agua caen sin cesar por las rejillas: líquido gris, como si el cielo hubiera empezado a derretirse. El aire frío hace que se me ponga la carne de gallina. Me agacho, salto a la vía y empiezo a andar sintiendo la dureza del metal y la madera en los pies descalzos. Voy chapoteando hasta las rejillas y levanto la cara para que la lluvia me caiga en ella directamente y baje por el pelo, la espalda los hombros doloridos y el pecho.

Nunca he sentido nada tan asombroso en mi vida. Desearía gritar de alegría, o cantar. El agua está helada y huele a limpio, como si en su descenso en espiral se hubiera empapado de los aromas de las ramas desnudas y los diminutos brotes de marzo.

Después de dejar que el agua me caiga por la cara y se acumule en mis ojos y en la boca, me inclino hacia delante y siento su golpeteo contra la espalda, como el tamborileo de miles de pies diminutos. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo dolorida que estoy. Me duele todo. Tengo las piernas y los brazos

cubiertos de cardenales.

Sé que ya no puedo quitarme más suciedad, pero me cuesta apartarme de la corriente de agua, aunque el frío me hace temblar. Es un frío bueno, que purifica.

Por fin regreso al andén. Me lleva dos intentos saltar las vías por lo débil que estoy. Salpico agua por todas partes, dejo charcos con forma humana, en el oscuro cemento. Me recojo el pelo, lo estrujo e incluso esto me produce alegría: la normalidad de la acción, rutinaria y familiar.

Me meto los pantalones que les cogí a los carroñeros y les doy una vuelta en la cintura para que no se me caigan; aun así me cuelgan bastante en las caderas.

Luego, pisadas a mis espaldas. Me doy la vuelta rápidamente, tapándome el pecho con las manos.

Julián sale de las sombras y yo agarro la camiseta sin dejar de cubrirme.

—Espera —grita. Algo en su tono de voz, entre la orden y la urgencia, me impulsa a detenerme—. Espera —repite con más suavidad.

Nos separan unos ocho metros, pero por la manera en que me mira me siento como si estuviéramos pegados. Noto sus ojos sobre mi piel, como una comezón. Sé que debería ponerme la camiseta, pero no puedo moverme. Casi no puedo ni respirar.

—Nunca antes había podido mirar —dice sencillamente, y da otro paso hacia mí. La luz cae directamente sobre su cara y en este momento distingo una suavidad en sus ojos, algo difuso que hace que el ardor rugiente en mi cuerpo se funda y dé paso a una calidez, un sentimiento firme y maravilloso. Al mismo tiempo, se alza una voz diminuta en el fondo de mi mente: « Peligro, peligro, peligro ». Por debajo, un eco más tenue « Álex, Álex, Álex » .

Álex solía mirarme así.

—Tienes una cintura tan estrecha.

Eso es todo lo que dice, en una voz tan baja que casi no le oigo.

Me obligo a darme la vuelta. Me tiemblan las manos mientras forcejeo con el sujetador deportivo para metérmelo por la cabeza. Luego hago lo mismo con la camiseta. Cuando me giro otra vez, no sé por qué Julián me da miedo. Se ha acercado más. Huele a lluvia.

Me ha visto sin sujetador, expuesta.

Me ha mirado como si fuera guapa.

—¿Te sientes mejor? —pregunta.

—Sí —murmuro bajando la mirada. Me paso el dedo con cuidado por el corte del cuello. Mide unos dos centímetros y ya le ha salido una costra de sangre seca.

—Déjame ver —alarga la mano y luego titubea, con los dedos casi rozándome la cara. Levanto la vista; parece que me esté pidiendo permiso. Asiento con la cabeza y me pasa la mano con dulzura por la barbilla, alzándola para poder verme el cuello—. Deberíamos venderlo.

Deberíamos, en plural. Ahora estamos del mismo lado. Ha enterrado el hecho de que yo le mentí y de que soy una incurada. Me pregunto cuánto le durará.

Se acerca a la mochila. Revuelve buscando artículos que robamos del botiquín y se aproxima a mí con una venda ancha, un frasco de agua oxigenada, un ungüento antibacteriano y varias bolas de algodón.

—Puedo hacerlo yo —dice. Primero moja las bolas de algodón con el agua oxigenada y me limpia el corte con cuidado. Escuece, y me echo hacia atrás con un gemido. Enarca las cejas—. Venga —me anima, curvando los labios para formar una sonrisa—. No duele tanto.

—Sí duele —insisto.

—¿Ayer te enfrentaste a dos maniacos homicidas y ahora no aguantas un poco de escozor?

—Eso es distinto —replico con hostilidad. Sé que se está burlando de mí y no me gusta—. Aquello era una cuestión de supervivencia.

El levanta las cejas, pero no dice nada. Me vuelve a frotar una vez más con el algodón y ahora aprieto los dientes y aguanto. Luego deposita una fina línea de pomada en la venda y me la coloca cuidadosamente en el cuello. Álex me curó una vez, justo así. Fue una noche de redada, estábamos escondidos en una caseta de herramientas diminuta y un perro acababa de llevarse un buen pedazo de mi pierna. Hacía mucho que no pensaba en esa noche y, cuando las manos de Julián se deslizan por mi piel, de repente me quedo sin aliento.

Me pregunto si así íntima la gente: se curan unos a otros las heridas, se arreglan la piel rasgada.

—Ya está. Como nuevo —sus ojos han tomado el color gris del cielo que se divisa por encima de las rejillas—. ¿Te encuentras con fuerzas para que nos marchemos?

Asiento con la cabeza, aunque aún me siento débil y muy mareada.

Julián alarga la mano y me da un apretón en el hombro. Me pregunto qué pensará cuando me toca, si notará el pulso eléctrico que recorre mi cuerpo. No está acostumbrado a tener contacto con chicas, pero no parece preocuparle. Ha cruzado una frontera. Me pregunto qué hará cuando finalmente salgamos de aquí. Sin duda volverá a su antigua vida, a su padre y a la ASD.

Quizá haga que me arresten.

Siento un ataque de náuseas y cierro los ojos, tambaleándome un poco.

—¿Estás segura de que te encuentras lo bastante bien como para que sigamos?

Su voz es tan dulce que el pecho me estalla en miles de piecitas aleteantes. Esto no formaba parte del plan. Esto no tenía que suceder.

Pienso en lo que le dije la noche pasada: «Se supone que no tienes que saberlo». La verdad, dura, insoportable, hermosa.

—Julián —abro los ojos, luchando porque mi voz suene menos temblorosa—,

no somos iguales. Estamos en lados diferentes. Eso lo sabes, ¿verdad?

Sus ojos se endurecen un poco, son más intensos: incluso en la penumbra tienen un azul resplandeciente. Pero cuando habla, su voz sigue siendo suave y tranquila.

—Yo ya no sé en qué lado estoy —dice.

Da otro paso hacia mí.

—Julián.

Casi no puedo pronunciar su nombre.

Entonces lo oímos: un sonido amortiguado que procede de uno de los túneles, un tamborileo de pisadas. Julián se tensa y en ese instante, cuando nos miramos, no hay ninguna necesidad de hablar.

Los carroñeros han llegado.

El terror es una descarga repentina. Las voces proceden del túnel por el que vinimos anoche, Julián recoge la mochila y yo me calzo rápidamente las zapatillas sin preocuparme de los calcetines. Cojo el cuchillo del suelo; Julián me agarra la otra mano y me empuja hacia adelante, más allá de las cajas de madera y del extremo más alejado del andén. Incluso a unos quince metros de las rejillas es casi imposible ver nada. Nos tragan una vez más el barro y las tinieblas. Parece como si entráramos en una boca, e intento luchar contra el terror que se sacude en mi interior.

Sé que debería estar agradecida por la penumbra y por todas las oportunidades que ofrece para esconderse, pero no puedo evitar pensar en lo que esa negrura podría ocultar: cosas silenciosas que aparecen de repente, cuerpos que se bambolean colgados de las tuberías.

Al final del andén se abre un túnel, tan bajo que tenemos que agacharnos para entrar. Al cabo de varios metros llegamos a una estrecha escalera de metal que nos conduce a un túnel más amplio de un nivel inferior. También lo recorren unas viejas vías de tren, pero por suerte está libre de agua. Cada pocos pasos, Julián se detiene para comprobar si se oyen ruidos de carroñeros.

Y luego oímos, inconfundible y ya más cerca, una voz que dice con un gruñido:

—Por aquí.

Esas dos palabras me dejan sin aliento, exactamente como si me hubieran dado un puñetazo. Es el albino. Me maldigo a mi misma por haber guardado la pistola en la mochila, tonta, tonta, ya no hay forma de sacarla en medio de la oscuridad, mientras avanzamos. Aprieto el mango del cuchillo, sintiéndome un poco reconfortada por el tacto suave de la madera, por el peso. Pero sigo débil, mareada y también hambrienta. Rezo en silencio para que podamos perderlos en la oscuridad.

—¡Por aquí abajo!

Pero las voces se hacen más fuertes, están más cerca. Oímos pies que

golpean en la escalera de metal, un sonido que hace que se me hiele la sangre de terror. Justo entonces lo veo: una luz que zigzaguea en las paredes lanzando tentáculos amarillos. Están usando linternas, claro. Por eso avanzan tan rápido. Ellos no tienen que preocuparse por ser vistos u oídos. Ellos son los depredadores.

Y nosotros somos la presa.

Ocultarnos. Es nuestra única esperanza. Debemos ocultarnos.

Hay un arco a la derecha, un recorte de oscuridad más intensa todavía. Aprieto la mano de Julián y tiro de él, dirigiéndole hacia ese otro túnel. Está unos centímetros más abajo que el anterior y se encuentra salpicado de charcos de agua estancada y maloliente.

Avanzamos muy despacio, a ciegas, palpando. Las paredes son completamente lisas, no hay entrantes ni cajas de madera apiladas. No hay donde esconderse, y mi pánico aumenta. Julián también debe de sentirlo, porque pierde el equilibrio en la oscuridad y tropieza en uno de los charcos con un chapoteo repentino.

Nos quedamos inmóviles.

Los carroñeros también se paran. Sus pasos se detienen, sus voces enmudecen.

Y entonces la luz se cuela por el arco como un animal que olfatea y se arrastra recorriendo el terreno, hambriento. Julián y yo no nos movemos. Me aprieta la mano una vez antes de soltarme. Le oigo bajarse la mochila del hombro y sé que debe de estar buscando un arma. Ya no tiene sentido correr. Ya no tiene sentido luchar tampoco, pero al menos pondremos llevarnos por delante a un carroñero o dos.

Se me enturbia la visión de pronto y me sobresalto. Las lágrimas hacen que me escuezan los ojos, y me las limpio con el dorso de la muñeca. Solo puedo pensar: «Aquí no, así no, no en este subterráneo, no con las ratas».

La luz se expande y se le une un segundo rayo. Los carroñeros se mueven ahora en silencio, pero noto que se toman su tiempo, que lo disfrutan, como un cazador que tensa su arco antes de soltar la flecha, esos últimos momentos de silencio y quietud antes de matar a la presa. Se me humedece la palma que sostiene el cuchillo. A mi lado, Julián respira pesadamente.

Así no, así no. Tengo la cabeza llena de ecos, de fragmentos desdibujados: el olor pesado de la madre selva en verano, los abejorros que zumban, los árboles que se inclinan bajo el peso de una nevada abundante, Hana que corre delante de mí, riendo, con su pelo rubio meciéndose.

Y curiosamente, lo que me sorprende en ese instante preciso en que sé con sólida certeza que voy a morir, es que he dejado atrás todos los besos que me han dado. Los *deliria*, el dolor, todos los problemas que ha provocado, todo aquello por lo que hemos luchado, para mí está acabado, ha quedado atrás, arrastrado por la marea de mi vida.

Y entonces, justo cuando los rayos de luz se amplían y se convierten en focos que nos apuntan, enormes y cegadores, cuando las sombras se desdobl原因 y se convierten en personas, me lleno de una rabia desesperada. No puedo ver; la luz me ha deslumbrado y la oscuridad se ha fundido para convertirse en explosiones de color, en puntos brillantes que flotan. Mientras me lanzo hacia delante y ataco ciegamente con el cuchillo, oigo gritos y rugidos atenuados y un aullido que reverbera en mi pecho, que sale entre mis dientes como el reflejo de un filo metálico.

Todo es caos: cuerpos calientes y jadeos. Siento un codo contra el pecho y gruesos brazos que me sujetan, ahogándome. Agarro un mechón de pelo grasiento, noto un filo de dolor en el costado, un aliento nauseabundo en la cara y gritos guturales. No sé cuantos carroñeros hay. ¿Tres, cuatro? No sé dónde está Julián. Golpeo sin mirar, luchando por respirar, y todos son cuerpos duros que me acorralan —no hay forma de huir, no hay forma de liberarse— y movimientos de mi cuchillo. Encuentro carne y más carne hasta que me arrebatan el arma y alguien me retuerce la muñeca hasta hacerme gritar.

Unas manos enormes encuentran mi cuello y aprietan. El túnel se queda sin aire, se arruga y se agudiza hasta que se convierte en la punta de un bolígrafo contra mis pulmones. Abro la boca para respirar, pero no puedo. En lo alto veo una diminuta burbuja de luz que flota inalcanzable en la oscuridad. Intento llegar a ella y lucho por salir de esa densidad espesa, absorbente, pero siento los pulmones como si estuvieran llenos de barro. Me hundo.

Hundirme. Morir.

Débilmente, escucho un diminuto tamborileo, un ruidito constante, repetido. Pienso que debe de estar lloviendo otra vez.

En ese momento vuelven a aparecer luces que me deslumbran a ambos lados: luces móviles que bailan, se retuercen y viven. Fuego.

De repente se rompe la presión en torno a mi cuello. El aire es como agua fresca que me lava y me hace jadear y resoplar. Caigo de rodillas y durante un momento de confusión me parece que estoy soñando. Me derrumbo sobre una corriente blanda y peluda, un borrón de pequeños cuerpos.

Mi mente empieza a aclararse y el mundo resurge de la niebla. Me doy cuenta de que el túnel está lleno de ratas. Cientos y cientos de ellas: ratas que saltan unas sobre otras, que se revuelven y se contorsionan, que chocan contra mis muñecas y me mordisquean las rodillas. Se oyen dos disparos que reverberan en el túnel; alguien grita de dolor. Por encima se distinguen formas, gente que forcejea que huelen a aceite sucio y cortan el aire con su fuego como los granjeros siegan el trigo en el campo. Varias imágenes inmóviles, iluminadas brevemente: Julián doblado en dos, con una mano en la pared del túnel; una carroñera con la cara contorsionada, que grita con el pelo en llamas.

Este es un nuevo tipo de terror. Me quedo quieta de rodillas mientras las ratas

pasan apresuradas junto a mí, golpeándome con sus cuerpos, chillando y dándome latigazos con la cola. Estoy asqueada, paralizada por el miedo.

Esto es una pesadilla. Debe de serlo.

Una rata se me sube al regazo. Grito y la aparto de un manotazo, mientras la náusea se me sube por la garganta. Golpea la pared con un sonido repugnante, chillando, y al momento cae de pie y se une de nuevo a la corriente hasta confundirse con ella. Siento tanta repugnancia que no puedo ni moverme.

Se me escapa un gemido. Quizá he muerto y he ido al infierno; quizá me estén castigando por los *delirios* y por todas las cosas horribles que he hecho, por vivir en el caos y la miseria, justo como predice el *Manual de FSS* que les sucederá a los desobedientes.

—Ponte de pie.

Alzo la cabeza. Hay dos monstruos por encima de mí, armados de antorchas. Eso es lo que parecen: bestias del subsuelo, no del todo humanas. Uno de los monstruos es enorme, casi un gigante. Tiene un ojo blanco lechoso, ciego; el otro posee un brillo tan oscuro como el de un animal.

La segunda figura está agachada, y su espalda parece tan abombada y torcida como el casco de un barco. No sé si es hombre o una mujer. El cabello largo y grasiento oculta la cara casi por completo. Ella, o él, le ha atado las manos a Julián por detrás con un cable. Los carroñeros han desaparecido.

Me levanto. Se me ha aflojado la venda del cuello y noto la piel húmeda y resbaladiza.

—Camina.

El hombre rata hace un gesto con su antorcha, apuntando hacia la oscuridad a mi espalda. Veo que está un poco torcido y que se agarra el costado derecho con la mano que no sostiene la antorcha. Me acuerdo de los disparos y de haber oído que alguien gritaba. Me pregunto si estará herido.

—Escucha —me tiembla la voz. Alzo las manos en un gesto de paz—. No sé quiénes sois ni qué queréis, pero solo estamos intentando salir de aquí. No tenemos mucho, pero podéis coger lo que queráis. Solo... dejadnos ir. Por favor. ¿Vale? —Se me quiebra un poco la voz—. Por favor, dejadnos ir.

—Camina —repite el hombre rata, y esta vez me acerca tanto la antorcha que siento el calor de la llama.

Miro a Julián. Hace un mínimo movimiento negativo con la cabeza. La expresión de sus ojos es clara. *¿Qué podemos hacer?*

Me vuelvo y camino. El hombre rata va detrás de mí con su antorcha. Por delante, cientos de ratas desaparecen en la oscuridad.

entonces

Nadie sabe qué podemos encontrarnos en el tercer campamento, ni siquiera si habrá un tercer campamento. Como Tack y Hunter no regresaron al hogar, no tenemos forma de saber si consiguieron enterrar provisiones en las afueras de Hartford, Connecticut, a unos doscientos setenta kilómetros al sur de Rochester, o si les sucedió algo por el camino. El frío ya había clavado sus garras en el paisaje. Es implacable y no va a remitir hasta la primavera. Estamos cansados, hambrientos y derrotados. Ni siquiera Raven consigue mantener la apariencia de fortaleza. Camina despacio, con la cabeza inclinada, sin hablar.

No sé qué vamos a hacer si no hay comida en el tercer campamento. Raven también está preocupada, aunque no hable de ello. Nadie lo menciona. Simplemente avanzamos a ciegas.

Pero el miedo sigue ahí. A medida que nos aproximamos a Hartford, abriéndonos paso entre las ruinas de antiguas ciudades y esqueletos de casas bombardeadas como caparazones de insectos secos, no hay sensación de alegría. En lugar de eso hay ansiedad. Es como un murmullo que nos recorre a todos, haciendo que el bosque nos parezca un sitio de mal agüero. La puesta de sol esta llena de malicia, las sombras son largos dedos puntiagudos, un bosque de manos oscuras, mañana alcanzaremos el tercer campamento, si esta ahí. Si no, algunos de nosotros moriremos de hambre antes de llegar al sur.

Y si no está ahí, podremos dejar de preguntarnos que les habrá sucedido a Tacky Hunter: con toda probabilidad, significa que están muertos.

La mañana amanece débilmente, cargada de una extraña electricidad, como el sentimiento de espera que suele preceder a una tormenta. Aparte del crujido que produce nuestro calzado en la nieve, caminamos en silencio.

Finalmente llegamos al lugar donde tendría que estar el tercer campamento, pero no hay señales de que Tack y Hunter hayan estado aquí: no se ven marcas en los árboles ni trozos de tela atados a las ramas, ninguno de los símbolos que usamos para comunicarnos. No vemos indicación alguna de que aquí se hayan enterrado comida o suministros. Eso es lo que todos temíamos, pero aun así la decepción es casi física.

Raven suelta una breve exclamación de dolor, como si la hubieran abofeteado. Sarah se derrumba ahí mismo, en la nieve, y repite « ¡No, no, no, no! », hasta que Lu le ordena que se calle. Yo siento que algo se me ha desprendido del pecho.

—Debe de haber algún error —digo. Mi voz suena demasiado alta en mitad del claro—. Nos habremos equivocado de sitio.

—No —insisto—. Tenemos que haber cogido el camino equivocado. O Tack habrá encontrado un sitio mejor para las provisiones.

—Calla, Lena —exige Raven. Se frota las sienes enérgicamente. Veo que sus uñas tienen el borde morado—. Tengo que pensar.

—Hay que encontrar a Tack —sé que no estoy ayudando; sé que estoy medio histerica. Pero el frío y el hambre me embotan las ideas y es lo único que soy capaz de decir—. Tiene nuestra comida. Hay que encontrarle. Tenemos...

Me interrumpo cuando Bram dice:

—Chist.

Sarah se pone en pie de un salto. De repente nos tensamos, vigilantes. Todos los hemos oído: el chasquido de una ramita en los arboles, agudo como una detonación de rifle. Mientras lanzo una mirada a los demás y observo sus caras alerta y ansiosas, me acuerdo de un ciervo que vimos hace dos días en el bosque, de la forma en que se quedo inmóvil y se puso en tensión justo antes de salir corriendo.

El bosque está totalmente tranquilo: pinceladas de arboles negros, derechos y sin hojas, extensiones de blanco, maderos caídos y troncos podridos encorvados bajo la nieve.

Y en ese momento, uno de los maderos —desde lejos es solo una masa gris y parda— se mueve. Entonces me doy cuenta de que algo va mal, muy mal. Abro la boca para decirlo, pero en ese mismo instante, todo estalla: los carroñeros salen de todas partes sacudiendo la ropa y las pieles con las que se cubren: los arboles se convierten en gente que se transforma en armas y en cuchillos y lanzas, y nos dispersamos, corremos gritando en todas las direcciones.

Eso es por supuesto, lo que quieren: que estemos aterrorizados, débiles y separados.

Así es más fácil matarnos.

ahora

El túnel que seguimos empieza a descender. Por un minuto me imagino que estamos avanzado hacia el centro de la Tierra.

Más adelante hay luz y movimiento: un resplandor intenso y sonidos de golpes y voces. Tengo el cuello empapado en sudor y los mareos son más intensos que antes. Me cuesta mantenerme en pie.

Tropiezo y apenas puedo volver a enderezarme. El hombre rata da un paso adelante y me agarra por el brazo. Intento soltarme, pero mantiene la mano firmemente en mi codo mientras camina junto a mí. Huele fatal.

La luz se extiende y se abre en una sala cavernosa llena de fuego y de gente. El techo está abovedado, y salimos de la oscuridad a un espacio con altos andenes a ambos lados. En ellos hay más monstruos: gente sucia, astrosa, harapienta, todos ellos pálidos, como si les faltara la sangre. Bizquean y cojean, se desplazan entre cubos de basura metálicos en los que arden varias hogueras. El ambiente está cargado de humo y de olor a aceite usado. Las paredes están cubiertas de azulejos, empapeladas con anuncios desgastados y llenas de pintadas.

A medida que avanzamos por las vías, la gente se vuelve y se nos queda mirando. Todos están marchitos o dañados de algún modo. A muchas les falta algún miembro o tienen otros tipos de defectos: manos infantiles retorcidas, extraños tumores en la cara, la columna vertebral torcida o las rodillas tullidas

—Arriba —ordena el hombre rata apuntando con la barbilla hacia el andén. Está muy alto.

Julián continúa con las manos atadas a la espalda. Dos de los hombres más corpulentos de los andenes se acercan le agarran por las axilas y le ayudan a subir. El jorobado se mueve con elegancia sorprendente. Atisbo brazos fuertes y muñecas delicadas, bien torneadas. Así que se trata de una mujer

—Yo... yo no puedo —digo. La gente de los andenes se ha quedado inmóvil. Nos miran fijamente a Julián y a mí—. Está demasiado alto.

—Arriba —repite el hombre rata. Me pregunto si conocerá otras palabras aparte de *en pie, camina, arriba, abajo*.

El andén queda al nivel de mis ojos. Apoyo las manos sobre el cemento e intento darme impulso, pero estoy demasiado débil. Me caigo hacia atrás.

—Esta herida —grita Julián—. ¿No lo veis? Por Dios bendito tenemos que salir de aquí.

Es la primera vez que habla desde que los carroñeros dieron con nosotros, y su voz está llena de miedo y dolor.

El hombre rata me vuelve a dirigir hacia el andén, pero esta vez, como si siguieran un acuerdo silencioso, se nos acercan al mismo tiempo algunos observadores, se agachan junto al extremo de la plataforma y alargan los brazos, intento retorcerme, pero el hombre rata me agarra fuerte por la cintura.

—Parad —ahora Julián intenta liberarse de sus captores. Los dos hombres que le ayudaron a subir le siguen sujetando con fuerza— ¡soltadla!

Me agarran manos por todas partes. No puedo dejar de gritar. Caras monstruosas se ciernen sobre mí, flotando en la luz mortecina.

Julián sigue gritando.

—¿Me oís? ¡Apartaos de ella! ¡Soltadla!

Una mujer avanza entre la gente hacia mí. Parece faltarle parte de la cara, tiene la boca torcida en una mueca horrible.

No. Quiero gritar. Las manos me agarran y me suben al andén. Doy patadas y me sueltan. Caigo de costado con dureza y me giro hasta quedar de espaldas. La mujer con la media cara se cierne sobre mí. Extiende las dos manos.

Me va a estrangular.

—¡Apártate de mí! —grito debatiéndome, intentado apartarla, mi cabeza golpea el suelo y durante un instante veo una explosión de colores.

—Quieta —susurra con voz tranquilizadora, una voz de canción de cuna, curiosamente tierna y el dolor cede y los gritos cesan y me adentro en la niebla.

entonces

Nos dispersamos como animales acosados, ciegos y llenos de pavor. No hemos tenido tiempo de cargar las armas y nos faltan las fuerzas para luchar. Mi cuchillo está en la mochila, fuera de mi alcance. No hay tiempo de pararse y sacarlo. Los carroñeros son veloces y fuertes; mas grandes, me parece, que una persona normal, mas grandes de lo que debería ser cualquiera que pasa la vida en la Tierra Salvaje.

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Raven corre delante de mí arrastrando de la mano a Sarah, que tiene demasiado miedo para gritar. Apenas puede mantener el ritmo de Raven. Tropezas en la nieve.

El terror es un latido que golpetea en mi pecho. Nos persiguen tres carroñeros. Uno de ellos sostiene una hacha. Oigo el silbido del filo en el aire. Me arde la garganta, y a cada paso me hundo quince centímetros y tengo que sacar la pierna para volver a avanzar. Me tiemblan los muslos por el esfuerzo.

Llegamos a una colina y, de repente, ante nosotras aparece un afloramiento de roca, grandes piedras unidas unas a otras como si se juntaran para darse calor. Están cubiertas de hielo y forman una serie de cuevas que se comunican, bocas oscuras donde no ha penetrado la nieve. No hay forma de rodearlas o de escalarlas. Aquí nos van a atrapar, aprisionadas como animales en un corral.

Raven se detiene un momento y veo que está aterrorizada. Un carroñero se lanza sobre ella y yo suelto un grito. Raven tira otra vez a Sarah hacia delante y corre directa hacia la roca; no hay otra salida. La veo buscar en el cinturón su largo cuchillo. Mueve los dedos con torpeza; los tiene completamente helados. No consigue sacarlo de la funda y me doy cuenta, con el corazón encogido, de que tiene intención de plantar cara. Ese es su único plan: vamos a morir aquí y nuestra sangre empapará la nieve.

Tengo la garganta áspera; las ramas desnudas me golpean la cara, haciéndome llorar. Un carroñero esta cerca de mí, tan cerca que puedo oír sus jadeos y ver su sombra corriendo al tiempo que la mía, a la izquierda: dos largas figuras gemelas proyectadas en la nieve. En ese momento, antes de que me

alcance, me acuerdo de Hana. Dos sombras en las calles de Portland, el sol alto y cálido, las piernas que se mueven al mismo ritmo.

Y luego ya no queda ninguna salida.

—¡Vete!

Raven esta gritando mientras empuja a Sarah hacia delante para que se meta en un espacio oscuro, una de las cuevas formadas por las rocas. Sarah es pequeña cabe. Es de esperar que los carroñeros no puedan alcanzarla. Luego noto una mano en la espalda, doy un traspié y caigo violentamente de rodillas. Los dientes me retumban cuando choco con el hielo. Me doy la vuelta a pocos centímetros de la pared de roca.

Esta encima de mí: un gigante, un monstruo maligno. Alza el hacha y el filo reluce al sol. Tengo tanto miedo que no puedo moverme, ni respirar, ni gritar.

Se tensa, listo para blandir el arma.

Cierro los ojos.

En el silencio resuena un disparo de rifle y luego dos más. Abro los ojos y el carroñero se desploma a un lado como una marioneta a la que le han cortado los hilos de repente. El hacha cae en la nieve, con el filo hacia abajo. Otros dos carroñeros han caído también, perforados por las balas: su sangre se extiende por el blanco de la nieve.

Y entonces los veo: Tack y Hunter corren hacia nosotros con los rifles en la mano, delgados, pálidos, demacrados y vivos.

ahora

Cuando recupero el sentido, estoy tumbada sobre una sábana vieja. Julián permanece arrodillado junto a mí, con las manos libres.

—¿Cómo te encuentras?

De repente me vuelven los recuerdos: las ratas, los monstruos y la mujer con media cara. Lucho por incorporarme. En mi cabeza estallan pequeños fuegos artificiales de dolor.

—Con cuidado, con cuidado —Julián me pasa el brazo por los hombros y me ayuda a sentarme—. Te has dado un buen golpe en la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

Estamos en una zona parcialmente separada con cajas de cartón. A lo largo de todo el andén hay sábanas de flores colgadas entre láminas rotas de contrachapado, lo que permite cierta intimidad a los que viven aquí; en el interior de las particiones han colocado colchones en enormes estructuras de cartón medio derrumbadas, y las paredes y los apuntalamientos se han conseguido trabando sillas rotas y mesas de tres patas. El ambiente es sorprendentemente cálido, y huele a aceite y ceniza. Observo cómo el humo traza una línea a lo largo del techo hasta ser absorbido por un diminuto conducto de ventilación.

—Te han curado —murmura Julián con tono de incredulidad—. Al principio he pensado que te iban a... —se interrumpe moviendo la cabeza—. Pero luego ha venido una mujer, con vendas y todo. Te ha vendado el cuello. Había vuelto a sangrar.

Me toco el cuello. Me han puesto una gasa gruesa. También se han ocupado de Julián. Le han limpiado el corte en el labio y le ha bajado la hinchazón de los moretones de los ojos.

—¿Quiénes son estas personas? —digo—. ¿Qué es este sitio?

Julián mueve la cabeza otra vez.

—Inválidos —al verme hacer un gesto de incomodad, se excusa—. No conozco otra palabra para llamarlos, ni para llamarte a ti.

—No somos iguales —replico, observando las figuras inclinadas y tullidas que se mueven más allá del fuego humeante. Están cocinando algo. Lo huelo. No

quiero pensar qué tipo de comida comerán aquí abajo ni que animales conseguirán atrapar. Pienso en las ratas y mi estomago sufre una sacudida— ¿todavía no lo entiendes? Todos somos diferentes. Queremos cosas distintas. Vivimos de maneras diversas. Esa es la clave.

El abre la boca para responder, pero en ese momento aparece la mujer monstruo con la que he intentado luchar al borde del andén. Hace a un lado la barricada de cartón y me doy cuenta de que la han puesto así para que Julián y yo tengamos cierta intimidad.

—Estas despierta —dice la mujer.

Ya no me da tanto miedo. No le falta parte de la cara, como yo pensaba; lo que pasa es que el lado derecho del rostro es más pequeño que el izquierdo. Esta como hundido hacia dentro, como si estuviera compuesta de dos mascarás distintas mal unidas. Un defecto de nacimiento, imagino, aunque en mi vida solo he visto a unos pocos defectivos, en los libros de texto. En la escuela nos decían siempre que los niños de los incurados acabarían así, tullidos y destrozados. Los sacerdotes nos decían que los *deliria* se manifestaban en su cuerpo.

Los niños nacidos de los sanos y de los completos son sanos y completos; los niños nacidos de la enfermedad tendrán enfermedad en sus huesos y en su sangre.

Toda esta gente, nacida lisiada, contrahecha o deforme, se ha visto reducida a vivir en el subsuelo. Me pregunto que les habría sucedido cuando eran bebés, cuando eran niños, de haberse quedado en la superficie.

En ese momento me acuerdo de lo que me dijo Raven cuando encontró a Blue. *Ya sabes lo que dicen de los bebés de los deliria... probablemente se la habrían llevado y la habrían matado. Ni siquiera la habrían enterrado... la habrían incinerado y la habrían tirado a la basura.*

La mujer no espera a que conteste. Se arrodilla junto a mí. Julián y yo guardamos silencio, quiero decir algo, darle las gracias, pero me faltan las palabras. Quiero apartar la vista de su rostro, pero no puedo.

—Gracias —consigo decir por fin. Me mira rápidamente. Sus ojos castaños están bordeados de finas arrugas y tiene una bizquera permanente, probablemente a consecuencia de vivir en este extraño mundo crepuscular.

—¿Cuántos eran? —pregunta. Esperaba que tuviera la voz estropeada y rota, un reflejo de su cara, pero es aguda y clara. Bonita. Insiste cuando no respondo —. Los intrusos. ¿Cuántos eran?

Inmediatamente intuyo que se refiere a los carroñeros, aunque emplea una palabra distinta para denominarlos. Lo sé por la forma en que lo dice, por la mezcla de enfado, miedo y asco.

—No estoy segura —respondo—. Al menos siete. Tal vez más.

—Vinieron hace tres estaciones —comenta ella—. Quizá cuatro.

Debo de parecer sorprendida porque añade:

—En los túneles es fácil perder la noción del tiempo. Días, semanas. A menos que subamos a la superficie, no hay forma de saberlo.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí abajo? —pregunto, casi con miedo de saber la respuesta.

Me mira bizqueado con esos ojos pequeños de color del barro. Hago todo lo posible por no mirarle la boca y la barbilla: ahí es donde se manifiesta más claramente la deformidad, como si su cara se curvara sobre si misma, una flor que se marchita.

Yo he estado siempre aquí —dice—. O casi siempre.

—¿Cómo...?

La pregunta se me queda atrapada en la garganta.

Sonríe. Al menos, me parece que es una sonrisa. Un lado de la boca se eleva, torcido como un sacacorchos.

—Para nosotros no hay nada en la superficie —dice—. Bueno nada más que la muerte, vaya.

Es lo que yo pensaba, entonces. Me pregunto si eso es lo que sucede siempre a los bebés que no consiguen llegar al subsuelo o a un hogar en la Tierra Salvaje. A lo mejor los encierran en cárceles e instituciones mentales. O quizás sencillamente los matan.

—Durante toda mi vida, los túneles nos han pertenecido —dice. Me sigue costando reconciliar la melodía de su voz con su aspecto. Me centro en sus ojos: incluso a la luz mortecina y llena de humo, veo que están llenos de calidez—. La gente encuentra la forma de llegar a nosotros con sus bebés. Este es un lugar seguro para ellos.

Sus ojos vuelan hacia Julián e inspecciona su cuello carente de marcas; luego se vuelve hacia mí.

—Tú has sido curada —dice—. Así es como lo llaman en la superficie, ¿no?

Asiento. Abro la boca para intentar explicar: «yo soy de los buenos, estoy de vuestro lado», pero, para mi sorpresa, interviene Julián.

—Nosotros no estamos con los intrusos —dice— no estamos con nadie. Nosotros estamos solos.

No estamos con nadie, sé que lo dice solo para contentarla pero aun así las palabras me animan y me ayudan a romper el nudo de miedo que se me ha alojado en el pecho desde que nos encontramos bajo tierra.

Luego me acuerdo de Álex y me vuelven a dar náuseas. Ojalá nunca hubiéramos abandonado la Tierra Salvaje. Ojalá nunca hubiera aceptado unirme a la Resistencia.

—¿Cómo llegasteis aquí? —dice la mujer.

Sirve agua de una jarra y me ofrece una taza de plástico: una taza infantil, con un dibujo gastado de ciervos que brincan en torno al borde. Esto, como todo lo que hay aquí abajo, debe de haber llegado de arriba: desechado, descartado,

se colaría por las grietas del terreno como la nieve derretida.

—Nos atraparon —la voz de Julián se hace mas fuerte—. Nos secuestraron los intrusos —duda, y sé que está pensando en las identificaciones de la ASD que encontramos, en el tatuaje que yo vi. Aún no lo entiende, y yo tampoco, pero sé que aquello no fue solo cosa de los carroñeros. Alguien debió de pagarles o prometió que les iba a pagar por ello—. No sabemos por qué —añade.

—Estamos intentando encontrar una salida —añado, y entonces recuerdo algo que ha dicho antes la mujer y siento una repentina descarga de esperanza—. Espera, has dicho antes que aquí no había forma de medir el paso del tiempo a menos que subierais a la superficie, ¿no? Así que, ¿hay una forma de salir? ¿De subir a la superficie?

—Yo no voy a la superficie —pronuncia la palabra *superficie* como si fuera un taco.

—Pero alguien lo sabe —insisto—. Alguien tiene que saberlo.

Tiene que haber formas de conseguir provisiones: sábanas, tazas, combustibles y todos esos montones de muebles desvencijados que nos rodean en el andén.

—Sí —dice sin alterar la voz—. Claro

—¿Nos llevaréis? —pregunto. Tengo la garganta seca. Solo pensar en el sol, en el espacio y en la superficie, me dan ganas de llorar. No sé lo que va a pasar una vez que estemos arriba de nuevo, pero destierro mis dudas.

—Aún estás muy débil —dice—. Tienes que comer y descansar.

—Estoy bien —insisto—. Puedo caminar.

Intento ponerme de pie y la visión se me nubla en negro. Me vuelvo a tumbar pesadamente.

—Lena.

Julián me pone la mano en el hombro. Algo se vislumbra en sus ojos: «Confía en mí, está bien, un poco más de tiempo no nos hará daño». No sé qué está pasando, ni cómo hemos empezado a comunicarnos en silencio, ni por qué me gusta tanto.

Se vuelve hacia la mujer

—Vamos a descansar un poco. Luego, ¿podrá alguien mostrarnos el camino para subir?

La mujer vuelve a mirarnos a Julián y a mí. Después asiente.

—Vosotros no tenéis por qué quedaros aquí abajo —sentencia, y se pone de pie.

De repente siento que he recibido una lección de humildad. Toda esta gente se ha construido una vida a base de basura y objetos rotos. Viven en la oscuridad, respirando humo, y sin embargo nos han ayudado. Nos han ayudado aunque no nos conocían, y sin más razón que porque sabían cómo hacerlo. Me pregunto si yo habría hecho lo mismo, de haber estado en su situación. No estoy segura.

Álex lo habría hecho, creo. Y luego se me ocurre que Julián también lo haría.
—¡Espera! —le dice Julián a la mujer—. Nosotros, no sabemos cómo te llamas.

Una expresión de sorpresa atraviesa su cara. Luego sonríe otra vez, con sus pequeños labios de sacacorchos.

—Me bautizaron aquí —dice—. Me llaman Coin.

Julián arruga la frente, pero yo lo pillo al momento. Es un nombre de inválido: descriptivo, fácil de recordar, gracioso, con un poco de mala idea. *Coin*, moneda, por lo de las dos caras.

Coin tenía razón. Es difícil medir el paso del tiempo en los túneles, incluso más que en la celda. Al menos allí teníamos la luz eléctrica para orientarnos: encendida durante el día, apagada durante la noche. Aquí cada minuto se convierte en una hora.

Julián y yo nos comemos tres barritas de cereales cada uno y parte de la cecina que robamos del alijo de los carroñeros. Es como una fiesta, e incluso antes de terminar me empiezan los calambres en el estómago. Aún así, después de comer y de beberme una jarra entera de agua, me siento mejor que en los últimos días. Dormimos un poco, tumbados tan cerca que noto que el aliento de Julián me mueve el pelo. Nuestras piernas casi se rozan, y los dos nos despertamos a la vez.

Coin está ahí otra vez. Ha rellenado la jarra de agua. Julián suelta un grito ahogado mientras trata de despejarse. Luego se incorpora rápidamente, avergonzado. Se pasa las manos por el pelo y se lo deja de puntas en todas las direcciones de manera caótica. Me entran unas ganas enormes de colocárselo.

—¿Puedes andar? —me pregunta Coin. Yo asiento—. En ese caso, haré que alguien os lleve a la superficie.

Una vez más, pronuncia *superficie* como si fuera un taco o una maldición.

—Gracias —las palabras resultan mínimas e insuficientes—. No tenías por qué. Quiero decir, muchísimas gracias. De no haber sido por ti y por tus amigos seguramente estaríamos muertos.

Casi digo «tu gente», pero en el último momento me corrijo. Me acuerdo de cómo me enfadé con Julián por decirme eso mismo.

Se me queda mirando un momento sin sonreír y me pregunto si la he ofendido de alguna manera.

—Como he dicho, vosotros no tenéis por qué quedaros aquí abajo —alza la voz hasta alcanzar un tono agudo—. Hay un lugar para cada cosa y para cada persona, ¿sabéis? Ese es el error que cometen arriba. Creen que solo cierta gente tiene un sitio, que solo tienen cabida determinados tipos de personas. Es resto sobra. Pero incluso las sobras han de tener su lugar. Si no, se coagularán y atascarán los conductos, se pudrirán y supurarán.

La recorre un estremecimiento y agarra de forma convulsa los pliegues de su

sucio vestido.

—Voy a buscar a alguien que os lleve —dice bruscamente, como si le diera vergüenza el estallido anterior, y se aleja de nosotros.

El que viene hacia nosotros es el hombre rata. Verle me recuerda el vértigo y la náusea, aunque ahora está solo. Las ratas han vuelto a sus agujeros y escondrijos.

—Coin me ha dicho que queríais subir —es la frase más larga que le he oído hasta ahora. Julián y yo ya estamos de pie. Él ha cogido la mochila y, aunque le he dicho que puedo mantenerme en pie yo sola, insiste en cogerme del brazo. «Por si acaso», dice, y yo pienso en lo distinto que es del chico que vi en el escenario del Javits Center. Resulta impensable que aquella imagen fría que se proyectaba en la pantalla pueda ser la misma persona. Me pregunto si aquel chico es el verdadero Julián o lo es este, y si hay algún modo de saberlo.

Entonces me doy cuenta: ya tampoco estoy segura de quién es la verdadera Lena.

—Estamos listos —declara Julián.

Rodeamos los montones de basura y los improvisados refugios que cubren el andén. Por donde quiera que vayamos, alguien nos observa. Hay siluetas que se agazapan en las sombras. Han sido obligados a vivir aquí abajo, como nosotros nos hemos vistos forzados a vivir en la Tierra Salvaje: todo por una sociedad de orden y regularidad.

Para que una sociedad sea sana, ni uno solo de sus miembros puede estar enfermo. La filosofía de la ASD tiene unas implicaciones más profundas, mucho más profundas, de lo que yo cría. Los peligrosos no son solo los incurados: también los diferentes, los deformes, los anormales. Ellos también deben ser erradicados. Me pregunto si Julián se da cuenta de esto o si lo ha sabido siempre.

La irregularidad debe ser regulada, la suciedad debe ser limpiada, las leyes de la física nos enseñan que los sistemas tienden gradualmente al caos y por eso hay que trabajar sin tregua contra él. Las reglas de la censura están incluso escritas en el *Manual de FSS*.

Al final del andén, el hombre rata baja a las vías de un salto. Ahora camina bien. Si resultó herido durante la refriega con los carroñeros, le han atendido y vendado. Julián va detrás y luego me ayuda: alza los brazos y me sujeta de la cintura mientras bajo torpemente del andén. Aunque me siento mejor que antes, todavía no me siento bien del todo. Llevo demasiado tiempo sin comer ni beber lo suficiente y continúo notando un zumbido en la cabeza. Al apoyar el pie izquierdo, me falla el tobillo y por un momento caigo sobre Julián. Me golpeo la barbilla contra su pecho, pero él me sujeta entre sus brazos.

—¿Estás bien? —pregunta. Me siento muy consciente de la cercanía de nuestros cuerpos y de la calidez de sus brazos.

Me aparto de él mientras el corazón se me dispara.

—Sí, sí —digo.

Luego llega la hora de adentrarse una vez más en la oscuridad. Me resisto y el hombre rata debe de pensar que tengo miedo. Se vuelve y dice:

—Los intrusos no llegan hasta aquí. No te preocupes.

Él no lleva linterna ni lámpara. Me pregunto si usaron el fuego solo para intimidar a los carroñeros. El túnel esta oscuro como la boca de un lobo, pero el hombre rata parece ver perfectamente.

—Vamos —me anima Julián, y seguimos al hombre rata a la luz mortecina de la linterna, adentrándonos en las tinieblas.

Caminamos en silencio, aunque el hombre rata se para de vez en cuando y chasquea la lengua como si llamara a un perro. En cierto momento se agacha, saca de los bolsillos del abrigo trozos de galletas aplastadas y los esparce por el suelo entre las vigas de madera de las vías. De los rincones del túnel emergen las ratas: olisquean sus dedos, se pelean por las migajas, suben de un salto hasta sus palmas abiertas y corren hacia arriba por sus brazos hasta los hombros. Es horrible verlo, pero no puedo apartar los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunta Julián cuando el hombre rata se pone derecho otra vez. Ahora oímos a nuestro alrededor un sonido de uñas y dientes pequeños, y la linterna ilumina rápidas sombras que se revuelven. Me entra un pánico repentino a que las ratas me rodeen por todas partes, hasta por el techo.

—No sé —contesta el hombre rata—. He perdido la cuenta.

A diferencia de las otras personas que han construido su hogar en el andén, no tiene deformidades físicas visibles. No puedo remediarlo y lo suelto:

—¿Por qué?

Se vuelve hacia mí de golpe. Durante un minuto no dice nada y los tres nos quedamos ahí, en la asfixiante oscuridad. Respiro rápidamente, con la garganta áspera.

—No quise que me curaran —replica finalmente, y las palabras suenan tan normales, tan propias de mi mundo, de la superficie, que el alivio se abre paso en mi pecho. Después de todo, no está loco.

—¿Por qué no? —pregunta Julián.

Otra pausa.

—Yo ya estaba enfermo —responde el hombre rata. Aunque no puedo verle la cara, siento que sonríe levemente. Me pregunto si Julián estará tan sorprendido como yo.

Entonces se me ocurre que las personas mismas están llenas de túneles: sinuosos espacios oscuros y cavernas imposibles de conocer. Imposibles incluso de imaginar.

—¿Qué sucedió? —insiste Julián.

—Ella fue curada —dice cortante el hombre rata antes de darnos la espalda y

reanudar la marcha—. Y yo elegí, esto.

—Espera, espera —Julián tira de mí y corremos un poco para alcanzarle—. No lo entiendo. ¿Os infectasteis y luego la curaron a ella?

—Sí.

—¿Y tú elegiste esto? —Julián mueve la cabeza—. Debiste de ver lo que le pasaba. Quiero decir que la cura habría acabado con el dolor.

En las palabras de Julián se intuye una pregunta. Sé que está luchando, que se está aferrando todavía a sus antiguas creencias, a las ideas que le han reconfortado durante tanto tiempo.

—No lo vi —el hombre rata camina más deprisa. Debe de haber memorizado las curvas y depresiones del túnel, y Julián y yo casi no podemos seguirle el ritmo—. Después de aquello, no volví a verla.

—No lo entiendo —dice Julián, y durante un segundo mi corazón vuela hacia él. Tiene la misma edad que y o, pero hay tantas cosas que no sabe.

El hombre rata se detiene. No nos mira, pero veo que le suben y bajan los hombros con un suspiro inaudible.

—Ya me la habían quitado una vez —murmura—. No quería volver a perderla.

Siento ganas de ponerle una mano en el hombro y decirle: « Lo comprendo » .

Pero las palabras parecen estúpidas. Nunca podemos comprender, solo intentarlo, avanzar torpemente por lo túneles tratando de alcanzar la luz.

Y en ese momento dice: « Hemos llegado » , y se echa a un lado. La luz de la linterna ilumina una escalera de metal oxidado y, antes de que se me ocurra nada más que decir, él se sube al primer peldaño y empieza a ascender hacia la superficie.

En cuanto llega arriba, el hombre rata se pone a forzar una tapa metálica del techo. Cuando consigue deslizarla a un lado, y tengo que apartar la vista, parpadeando, mientras giran puntos de color en mis párpados.

El hombre rata se da impulso y sale por el agujero antes de tenderme la mano para ayudarme. Julián viene en último lugar.

Hemos salido a un amplio andén al aire libre. Más abajo hay una vía de tren destrozada: un revoltijo de madera y hierros rotos. En algún punto descenderá a los túneles subterráneos. El andén está manchado de cagadas de pájaro. Las palomas están por todas partes, posadas en los bancos descoloridos, en los viejos cubos de basura y entre las vías. Un letrero desgastado por el sol y el viento debió de contener en algún momento el nombre de la estación. Ahora resulta ilegible, salvo por unas cuantas letras: H, O, B, K. Las paredes están manchadas con eslóganes: MI VIDA, MI DECISIÓN, dice uno.

Otro dice: MANTENED A SALVO A AMÉRICA. Viejas consignas, antiguas señales de la lucha entre los creyentes y los no creyentes.

—¿Dónde estamos? —le pregunto al hombre rata. Está agachado junto a la

boca negra del agujero que lleva al subsuelo. Se ha puesto la capucha del abrigo para protegerse los ojos del sol y parece tener mucha prisa por regresar a la oscuridad. Es la primera vez que tengo la oportunidad de verle bien, y me doy cuenta de que es mucho más joven de lo que pensaba. Aparte de algunas leves arrugas entrecruzadas junto a los ojos, su piel está tersa y suave, tan pálida que posee el tinte azulado de la leche. Los ojos castaños tienen una mirada confusa, borrosa; no están acostumbrados a tanta luz.

—Eso es el vertedero —dice extendiendo un brazo. A unos cien metros en la dirección hacia la que apunta hay una alta alambrada, más allá de la cual vemos un montón brillante de basura y metal—. Manhattan está al otro lado del río.

—El vertedero —repito lentamente. Claro, la gente del subsuelo necesita abastecerse y el vertedero es perfecto para ello. En él hay montones y montones de cosas que se tiran: comida, cables, muebles...

De repente siento una sacudida y me parece reconocer este lugar. Me pongo de pie de un salto.

—Sé dónde estamos —digo—. Aquí cerca hay un hogar.

—¿Un qué? —pregunta Julián con los ojos entrecerrados, pero estoy demasiado nerviosa para contestarle. Bajo corriendo del andén; mi aliento forma nubes de vaho. Alzo los brazos al sol. El vertedero es enorme. Tack me dijo que ocupaba varios kilómetros cuadrados, que daba servicio a todo Manhattan y a sus ciudades hermanas, pero seguramente nos encontramos en el extremo norte. Hay un camino de grava que nace en sus puertas y pasa entre las ruinas de viejos edificios bombardeados. Este pozo de basura fue una vez una ciudad, y a menos de un kilómetro y medio hay un hogar. Raven, Tack y yo vivimos ahí durante un mes mientras esperábamos a que llegaran nuestra documentación y las últimas instrucciones de la Resistencia para la reubicación y reabsorción. En el hogar habrá comida, agua y ropa, y encontraremos un modo de contactar con Raven y Tack. Mientras vivíamos ahí usábamos señales de radio, y cuando fue demasiado peligroso, trapos de distintos colores, que izábamos en el asta calcinada de una escuela cercana.

—Aquí os dejo —dice el hombre rata. Ya ha metido la mitad del cuerpo en el agujero. Se nota que está impaciente por alejarse del sol y regresar adonde se siente seguro.

—Gracias —digo. La palabra parece tonta e insuficiente, pero no se me ocurren otras. El hombre rata asiente y está a punto de bajar por la escalerilla cuando Julián lo detiene.

—No sabemos tu nombre —dice.

Los labios del hombre rata se tuercen en una sonrisa.

—No tengo —dice.

Julián parece sorprendido.

—Todo el mundo tiene un nombre.

—Ya no —responde el hombre rata con esa sonrisa amarga—. Los nombres ya no significan nada. El pasado está muerto.

El pasado está muerto. La cantinela de Raven. Se me seca la garganta. Después de todo, no soy tan distinta de esa gente del subsuelo.

—Tened cuidado —la mirada del hombre rata se desenfoca de nuevo—. Siempre están vigilando.

Luego se introduce por completo en el agujero. Un segundo más tarde, vuelve a colocar la tapa de hierro en su lugar. Julián y yo nos quedamos en silencio, mirándonos.

—Lo hemos conseguido —dice por fin, sonriéndome. Está un poco más abajo, en el andén, y el sol vetea el pelo de blanco y oro. A su espalda pasa un pájaro por el cielo, una sombra veloz contra el azul. En las grietas del pavimento crecen florecitas blancas.

De pronto me doy cuenta de que estoy llorando. Sollozo de alivio y de gratitud. Hemos conseguido salir, el sol sigue brillando y el mundo aún existe.

—¡Eh! —Julián se acerca a mí. Duda un momento, luego extiende la mano y me acaricia la espalda, moviéndola en pequeños círculos—. Eh, no pasa nada. Lena, no pasa nada.

Niego con la cabeza. Quiero decirle que lo sé y que por eso estoy llorando, pero no puedo hablar. Me atrae hacia sí y lloro sobre su camiseta y nos quedamos así, al sol, en el mundo exterior, donde estas cosas son ilegales. Y alrededor todo es silencio, excepto el gorjeo ocasional de los pájaros y el ruido de las palomas en el andén vacío.

Por fin me aparto. Durante un instante me parece ver movimiento detrás de él, en los recovecos sombríos de la escalera de la vieja estación, pero enseguida decido que han sido solo imaginaciones mías. La luz es implacable. No me puedo imaginar el aspecto que debo tener en este momento. A pesar de que la gente del subsuelo ha curado y tratado las heridas de Julián, su cara sigue cubierta de cardenales como un edredón de retales multicolores. Seguro que yo estoy igual o peor que él.

Bajo la superficie hemos sido aliados, amigos. Arriba no sé lo que somos, y me siento intranquila.

Por suerte, él rompe la tensión.

—Bueno... Entonces, ¿sabes dónde estamos? —dice.

Asiento con la cabeza.

Sé dónde podemos conseguir ayuda de... mi gente.

No hace ningún gesto, lo que le honra.

—Vamos, entonces —dice.

Me sigue por las vías. Espantamos a las palomas, que echan a volar a nuestro alrededor formando un remolino, un huracán difuso, emplumado. Avanzamos despacio por las vías y luego por la hierba alta y descolorida por el sol, todavía

ribeteada de escarcha. El suelo está duro y recubierto de hielo, aunque aquí también se ven señales de la primavera: pequeños brotes verdes enroscados, unas pocas flores tempranas dispersas entre la tierra.

El sol nos calienta la nuca, pero sopla un viento helado. Ojalá tuviera algo más abrigado que una sudadera. El frío se cuela a través del algodón, me agarra de las entrañas y tira de ellas.

Por fin el paisaje se vuelve conocido. El sol traza descarnadas sombras en el suelo: formas enhiestas y fragmentadas de viejos edificios bombardeados. Pasamos una antigua señal de tráfico, doblada por la mitad, que antaño marcaba la dirección a Columbia Avenue. En la actualidad, esa calle no es más que unas placas rotas de asfalto, hierba cubierta de escarcha y una alfombra de diminutas esquiras de cristal, convertidas en polvo reflector.

—Aquí es —digo—. Justo aquí.

Echo a correr. La entrada al hogar está a menos de veinte metros, pasando una curva del camino.

Y sin embargo, experimento una sensación obsesiva: una alarma interior que suena en silencio. *Conveniente*. Esa es la palabra que gira una y otra vez por mi mente. Es tan conveniente que saliéramos tan cerca del hogar, es tan conveniente que los túneles nos condujeran hasta aquí...

Demasiado conveniente para que sea una coincidencia.

Aparto la idea.

Doblamos la esquina y lo vemos. Sin más, todas mis preocupaciones desaparecen, barridas por una descarga de alegría. Julián se detiene, pero yo voy derecha hasta la puerta, renovada y llena de energía. Casi todos los hogares, al menos los que yo he visto, están contruidos en lugares ocultos: sótanos, bodegas, refugios antiaéreos y cámaras acorazadas de bancos afectados por los bombardeos. Los hemos poblado como insectos reivindicando la tierra.

Pero este hogar no se construyó mucho después de que terminara la gran campaña de bombardeos. Raven me contó que fue uno de los primeros, y que sirvió de cuartel general al primer grupo improvisado de la Resistencia. Ellos buscaron materiales y construyeron una especie de casa, una extraña estructura hecha de madera, cemento, piedra y metal. El sitio tiene un aire improvisado, una fachada a lo Frankenstein; es inverosímil que se mantenga en pie.

Y sin embargo, ahí está.

—¿Qué pasa? —digo volviéndome hacia Julián—. ¿Vienes o qué?

—Nunca... No es posible —Julián mueve la cabeza como si intentara despertarse de un sueño—. Esto no se parece en absoluto a lo que yo me imaginaba.

—Podemos construir algo casi a partir de la nada, solo con desechos —recuerdo de pronto que Raven me dijo casi lo mismo poco después de escaparme, cuando estaba enferma y débil y no sabía si quería vivir o morir.

Aquello fue hace medio año, hace una vida. Durante un segundo, me asalta la tristeza: pienso en los horizontes que se desvanecen detrás de nosotros, en las personas y los lugares que dejamos atrás, como si fueran diminutas casas de muñecas que almacenamos y acabamos por enterrar.

Los ojos de Julián de un tono eléctrico, reflejo del cielo, se vuelven hacia mí.

—Hasta hace dos años, creía que todo era un cuento de hadas. La Tierra Salvaje, los inválidos —da dos pasos y de repente, estamos muy cerca—. Tú. Yo. Nunca lo hubiera creído.

Nos separan todavía algunos centímetros, pero a mí me parece que nos estamos tocando. Entre nosotros hay una electricidad que hace que ese espacio encoja hasta desaparecer.

—Yo soy de verdad —declaro, y la electricidad es como un picor, un brinco nervioso bajo mi piel. Me siento demasiado expuesta. Todo está demasiado iluminado, demasiado silencioso.

Julián dice:

—No creo. No estoy seguro de que pueda regresar.

Sus ojos están llenos de una profundidad líquida. Quiero apartar la mirada de ellos, pero no puedo. Siento que estoy cayendo.

—No entiendo lo que dices —me obligo a pronunciar las palabras.

—Lo que quiero decir es que yo...

Se oye un fuerte estallido a la derecha, como si alguien te hubiera dado una fuerte patada o algo. Julián se interrumpe y veo que su cuerpo se tensa. Instintivamente, lo sitúo detrás de mí, en dirección a la puerta. Saco como puedo la pistola de la mochila. Recorro la zona con la mirada: metralla y piedra, hondonadas y huecos, muchos lugares para esconderse. Tengo el vello de punta en el cuello y todo el cuerpo en estado de alerta. *Siempre están vigilando.*

Nos quedamos quietos en un silencio angustioso. El viento levanta una bolsa de plástico del suelo quebradizo. Describe tres vueltas lentamente y luego cae junto a la base de una farola inutilizada desde hace tiempo.

De repente veo un movimiento hacia la izquierda. Me vuelvo con un grito, empujando el arma. Un gato sale corriendo de detrás de un montón de bloques de cemento. Julián suelta el aliento y yo aflojo la presión en la pistola, relajando el cuerpo. El gato, flaco y con los ojos muy redondos, se detiene y vuelve la cabeza en nuestra dirección. Maúlla lastimero.

Julián me roza los hombros con las dos manos y salto rápidamente, de manera instintiva.

—Vamos —ordeno. Me doy cuenta de que he herido sus sentimientos.

—Iba a decirte una cosa —dice Julián. Noto que busca mi mirada, que desea que le mire, pero yo ya estoy en la puerta, luchando con el pomo oxidado.

—Dímela luego —me inclino sobre la puerta. Por fin cede y se abre hacia adentro, soltando una vaharada de olor a polvo y moho. A él no le queda otra

opción que seguirme.

Me da miedo lo que tiene que decir, lo que va a elegir y por donde va a ir. Pero me da mucho más miedo lo que yo quiero para él y, lo que es peor, de él.

Porque quiero algo. Ni siquiera estoy segura de qué exactamente pero el deseo está ahí, igual que antes estaban el odio, la ira. Pero no es una torre; es un pozo interminable, como un túnel, que se adentra profundamente y abre un agujero en mi interior.

entonces

Tack y Hunter no pudieron rescatar muchas provisiones del hogar de Rochester porque las bombas y los incendios posteriores cumplieron su función, pero encontraron algunas cosas, milagrosamente conservadas entre los escombros humeantes: latas de alubias, varias armas, trampas y, extrañamente, una barra de chocolate entera, intacta, sin fundir. Tack insiste en que no nos la comamos. La ata a su mochila, como un amuleto. Sarah la mira mientras caminamos.

Desde luego, el chocolate nos trae buena suerte, o quizá es sólo que tener de vuelta a Tack y Hunter le cambia el ánimo a Raven. El tiempo se estabiliza. Sigue haciendo frío, pero todos agradecemos el sol.

Las alubias bastan para darnos energía con la que continuar, y sólo medio día después de abandonar el último campamento nos encontramos por casualidad con una casa totalmente conservada en mitad del bosque. Debió de construirse lejos de cualquier carretera importante y parece un champiñón que sobresale de la tierra; sus muros están cubiertos de hiedra marrón, tupida como si fuera pelo, y tiene el tejado bajo y redondo, inclinado como un gorro. Antes de la campaña de bombardeos sería una casa de ermitaño, alejada del mundo. No es de extrañar que haya sobrevivido intacta. Los bombarderos no la verían, y ni siquiera los incendios llegarían hasta aquí.

Unos inválidos la han convertido en su hogar. Nos invitan a acampar en su terreno. Hay dos hombres, dos mujeres y cinco niños, ninguno de los cuales parece pertenecer a una pareja en particular. Nos cuentan durante la cena que todos se comportan como una única familia y que llevan diez años viviendo en esta casa. Son lo suficiente generosos como para compartir lo que tienen: berenjena y calabacitas encurtidas, muy agrias, con ajo y vinagre, tiras de venado seco conservado desde el otoño y varios tipos más de carne ahumada de mamíferos y aves: conejo, faisán, ardilla.

Hunter y Tack pasan la velada volviendo sobre nuestros pasos y haciendo marcas en los árboles para que el año próximo, cuando emigremos, si volvemos a hacerlo, seamos capaces de encontrar la casa champiñón.

Por la mañana, uno de los niños sale a todo correr mientras estamos

preparando para irnos. Va descalzo a pesar de la nieve.

—Tomad —dice, y me da un trapo de cocina. Dentro hay varias hogazas duras y planas de pan. Una de las mujeres había comentado que lo hacían con bellotas. También nos entrega carne seca.

—Gracias —digo, pero se va corriendo de vuelta, dando saltos y riendo. Durante un momento, siento envidia: él ha crecido aquí, sin miedo, feliz. Quizá nunca sepa del mundo del otro lado de la alambrada, el mundo real. Para él no existirá tal cosa.

Pero tampoco tendrán medicinas cuando se ponga enfermo ni habrá comida suficiente para todos, y algunos inviernos serán tan fríos que las mañanas se sentirán como un puñetazo en el estómago.

Y algún día, a menos que triunfe la Resistencia y se haga cargo del país, los aviones y los incendios le encontrarán. Algún día, el ojo se volverá en su dirección, como un rayo láser, consumiendo todo lo que encuentre en su camino. Algún día, toda la Tierra Salvaje será arrasada y nos quedaremos con un paisaje de cemento, un paisaje de casas bonitas y cuidados jardines, de parques y bosques planificados; un mundo que funciona como un reloj puesto en hora: un mundo de metal y marchas, y de gente que avanza, tic, tic, tic, hacia la muerte.

Racionamos la comida con cuidado y, por fin, después de tres días más de marcha, llegamos al puente que marca los últimos cincuenta kilómetros. Es enorme y estrecho, fabricado con gruesas cuerdas de metal. Está ennegrecido por el tiempo y resbaladizo por el hielo. Me parece un insecto gigante a horcajadas sobre el río, hundiendo sus patas puntiagudas en el agua. Hace años lo cerraron con maderas, pero lleva tanto tiempo sin que lo usen más que los inválidos, que las tablas erigidas torpemente a la entrada casi se han podrido y se han caído.

Hay una gran señal verde colgada a un lado del soporte de metal; las palabras están en vertical. Leo al pasar: PUENTE TARPAN ZEE. Se bambolea con el viento, que sopla furioso. En terreno abierto, como ahora, nos atraviesa haciéndonos llorar, y llena el aire de gemidos fantasmales.

Abajo, el agua es de color cemento y está coronada de olas. La altura de vértigo. Una vez leí que tirarse al agua desde esta altura sería como zambullirse en piedra. Me acuerdo de la historia de una incurada que se mató lanzándose desde la azotea de los laboratorios el día de su operación, y el recuerdo me trae un sentimiento de culpa.

Pero esto es lo que Álex hubiera querido para mí: la cicatriz en el cuello, milagrosamente bien curada, como si fuera una marca real de la operación; los músculos fibrosos; ese sentido de misión. Él creía en la Resistencia y ahora yo voy a creer en ella por él.

Y quizá algún día vuelva a verle. Puede que haya de verdad un cielo tras la muerte. Y tal vez esté abierto para todos, no solo para los curados.

Pero por ahora el futuro, como el pasado, no significa nada. Por ahora solo hay un hogar construido de basura y desechos al borde de la ciudad destruida, más allá de un enorme basurero urbano. Y hemos llegado hambrientos, medio congelados, a un lugar con comida, con agua y paredes que no dejan pasar los crudos vientos. Esto, para nosotros, es el paraíso.

ahora

El paraíso es agua caliente. El paraíso es jabón.

Salvamento, como siempre hemos llamado a este hogar, se compone de cuatro habitaciones. Hay una cocina; un amplio espacio para guardar cosas, que tiene casi el tamaño del resto de la casa, y un abarrotado dormitorio lleno de literas destartaladas y torpemente construidas.

El último cuarto es para bañarse. Varias tinas de metal han sido transformadas en bañeras de distintos tamaños. Se asientan en una plataforma elevada que tiene una amplia rejilla; por debajo hay una parte de piedra plana y de maderos calcinados, restos de los fuegos que mantuvimos encendidos durante el invierno para calentar el cuarto y el agua a la vez.

En cuanto me abro paso en la oscuridad y encuentro una linterna, enciendo un fuego usando la madera que hay amontonada en una esquina de la caseta de almacenamiento, mientras Julián explora las otras partes de la casa con un quinqué. A continuación saco agua del pozo. Estoy débil y solo puedo llenar la mitad de una bañera antes de que me tiemblen los brazos. Pero es suficiente.

Cojo una pastilla de jabón del almacén y hasta encuentro una toalla de verdad. Me pica la piel, cubierta de polvo. Lo siento en todas partes, hasta en los párpados.

Antes de comenzar a desvestirme, grito:

—¿Julián?

—¿Sí? —su voz suena amortiguada. Deduzco por el sonido que está en el espacio de dormir.

—Quédate donde estás, ¿vale?

No hay puerta en el cuarto de baño. No hace falta, y en la Tierra Salvaje las cosas que no hacen falta no se construyen ni se usan.

Hay una ligera pausa.

—Vale —responde.

Me pregunto qué estará pensando. Su voz tiene un tono agudo, crispado, aunque podría ser el efecto de la distorsión al atravesar las paredes de conglomerado y metal.

Dejo la pistola en el suelo y me quito la ropa. Disfruto del sonido pesado de los vaqueros al caer. Durante un momento, mi cuerpo me resulta ajeno. Hubo un tiempo en que yo era redondita, salvo por los músculos de los muslos y las pantorrillas, desarrollados de tanto correr. Tenía un poco de tripa, y mis pechos eran abundantes y pesados.

Ahora estoy tallada hacia dentro, soy toda alambre y cuerda. Mis pechos forman dos picos pequeños y duros y tengo la piel cubierta de moretones. Me pregunto si a Álex le seguiría pareciendo bella. Me pregunto si Julián piensa que soy fea.

Aparto ambos pensamientos. Innecesarios, irrelevantes.

Me froto cada centímetro de piel: entre las uñas, por detrás y dentro de las orejas, entre los dedos de los pies y entre las piernas. Me enjabono el pelo y dejo que la espuma me entre en los ojos y me produzca escozor. Cuando por fin me pongo de pie, aún resbaladiza de jabón, como un pez, la bañera tiene un anillo de suciedad. Una vez más, agradezco que aquí no tengamos espejos; en la superficie del agua, mi reflejo es algo oscuro e indistinto, un ser de sombra. No quiero ver mi aspecto con mayor claridad.

Me seco y me pongo ropa limpia: pantalones de chandal, calcetines gordos y una amplia sudadera. El baño me ha revitalizado y me siento con fuerza suficiente para sacar más agua del pozo y llenar otra bañera para Julián.

Le encuentro en el almacén, agachado ante una estantería baja. Alguien ha dejado algunos libros, todos ellos prohibidos hace mucho. Está hojeando uno de ellos.

—Te toca —digo, y se sobresalta y cierra el libro de golpe. Se endereza y, cuando se vuelve, tiene cara de culpabilidad. Luego, sus ojos cambian de expresión y ya no puedo identificarla.

—No importa —le tranquilizo—. Aquí puedes leer lo que quieras.

—Yo... —titubea y luego se interrumpe, moviendo la cabeza. Sigue mirándome con esa extraña expresión en el rostro. Noto la piel acalorada. El baño debía de estar demasiado caliente—. Me acuerdo de este libro —murmura por fin, pero da la sensación de que no iba a decir eso inicialmente—. Estaba en el estudio de mi padre. En el segundo estudio, del que te hablé.

Asiento con la cabeza. Me enseña el libro: es un ejemplar de *Grandes esperanzas*, de Charles Dickens.

—Aún no lo he leído —confieso—. Tack siempre decía que era uno de sus preferidos.

Contengo el aliento. No debería haber mencionado el nombre de Tack. He ido confiando en Julián, contándole cosas poco a poco.

Pero sigue siendo Julián Fineman, y la fuerza de la Resistencia depende de su secreto.

Por suerte, no hace comentarios.

—Mi hermano.

Tose y vuelve a comenzar:

—Encontré este libro entre sus cosas. Después de su muerte. No sé por qué; no sé qué es lo que buscaba...

«una forma de volver atrás», pienso, pero no lo digo.

—Lo observé —Julían tuerce un lado de su boca en una leve sonrisa—. Hice una raja en el colchón y la usé para guardarlo allí, para que mi padre no lo encontrara. Ese día empecé a leerlo.

—¿Es bueno? —pregunto.

—Está lleno de cosas ilegales —pronuncia despacio, como si estuviera volviendo a valorar el significado de las palabras. Sus ojos se van apartando de los míos y, por un momento, se produce una pausa tensa. Luego me mira y esta vez, cuando sonríe, sus ojos están llenos de luz—. Pero sí. Es bueno. Es muy bueno, creo yo.

Por alguna razón, me río; solo eso, la forma en que lo dice, rompe la tensión del cuarto y hace que todo sea fácil y manejable. Nos han secuestrado, nos han dado una paliza y nos han perseguido; no tenemos forma de volver a casa. Procedemos de dos mundos distintos y estábamos en dos lados opuestos. Pero todo va a ir bien.

—Te he llenado la bañera —digo—. Ya debería estar caliente. Puedes coger ropa limpia.

Señalo las baldas, ordenadas y etiquetadas: camisetas de hombre, pantalones de mujer, zapatos de niño. Esto es obra de Raven, por supuesto.

—Gracias —Julían elige en las estanterías una camiseta y pantalones nuevos y, tras un momento de duda, vuelve a dejar *Grandes esperanzas* entre los otros libros. Luego se endereza apretando la ropa contra el pecho—. Esto no está nada mal, ¿sabes?

Me encojo de hombros.

—Hacemos lo que podemos —digo, pero en secreto me siento complacida.

Para dirigirse al baño tiene que pasar junto a mí. Cuando llega a mi altura se detiene de repente. Todo su cuerpo se pone en tensión. Veo que le recorre un temblor y, durante un instante de pánico, pienso: «Ay, Dios mío, le va a dar un ataque».

Luego dice sencillamente:

—Tu pelo.

—¿Qué?

Me sorprende tanto que apenas puedo soltar la palabra con un graznido.

Julían no me mira, pero siento que todo su cuerpo está alerta, absorto, y eso me hace sentir incluso más expuesta que si estuviera mirándome fijamente.

—Tu pelo huele a rosas.

Antes de que pueda responderle, se aparta de repente, se va por el pasillo y

y o me quedo sola, con un aleteo en el pecho.

Mientras él se baña, yo organizo la cena. Estoy demasiado cansada para encender la vieja cocina de madera, así que saco galletas saladas y abro dos latas de alubias, una de champiñones y otra de tomates; todo lo que no requiere ser cocinado. También hay carne salada de vaca. Solo cojo una lata pequeña, aunque tengo tanta hambre que podría comerme una vaca entera y o sola. Pero hay que dejar algo para los que vengan después. Esa es la norma.

En Salvamentento no hay ventanas y todo está oscuro. Apago la linterna porque no quiero desperdiciar pilas, busco unas cuantas velas gordas bastante gastadas y las pongo en el suelo. No hay mesa en este hogar, cuando viví aquí con Raven y Tack, después de que Hunter se fuera con los otros más al sur, a Delaware, comíamos así cada noche, agachados sobre un plato común, con las rodillas en contacto mientras las sombras se reflejaban en las paredes. Creo que entonces fui más feliz que nunca desde que salí de Portland.

Del cuarto de baño me llegan ruidos de salpicaduras y un tarareo. Julián también ha encontrado el paraíso en las cosas pequeñas. Voy a la puerta principal y la entreabro. El sol ya se está poniendo; el cielo es de color azul pálido y está entretejido de nubes rosas y doradas. Los detritos metálicos que rodean el hogar, los escombros y la metralla, lanzan un resplandor rojo. Me parece distinguir un leve movimiento a mi izquierda. Debe de ser otra vez el gato, caminando entre la basura.

—¿Qué miras?

Me giro y cierro la puerta sin querer. No había oído venir a Julián. Está muy cerca de mí. Puedo oler su piel: desprende un aroma a jabón y, sin embargo, sigue oliendo a chico. Su pelo forma rizos húmedos en torno a la mandíbula.

—Nada —respondo. Se queda ahí, observándome con fijeza—. Casi pareces humano.

—Me siento casi humano —dice, pasándose la mano por el pelo. Ha encontrado una sencilla camiseta blanca y vaqueros de su talla.

Me alegro de que no haga demasiadas preguntas sobre este hogar, sobre quién vive aquí y cuándo se construyó, aunque debe de tener muchas ganas de saberlo. Enciendo las velas y nos sentamos en el suelo con las piernas cruzadas. Durante un rato estamos demasiado ocupados comiendo como para decir nada, pero una vez hemos saciado el hambre —ese horrible filo agudo—, hablamos: Julián me cuenta su infancia en Nueva York y me pregunta cosas de Portland. Me dice que quería estudiar Exactas en la universidad y yo le hablo de cuando practicaba cross.

No hablamos de la cura, de la Resistencia, de la ASD ni de lo que pasará mañana, y durante esa hora, mientras estamos sentados en el suelo uno enfrente del otro, siento que tengo un amigo de verdad. Se ríe con facilidad, como hacía Hana. Sabe hablar, y sabe escuchar incluso mejor. Me siento curiosamente a

gusto con él, hasta más a gusto de lo que me encontraba con Álex.

No tenía intención de comparar, pero lo hago y me pongo en pie de golpe mientras Julián está en mitad de una historia. Llevo los platos al fregadero y él se interrumpe para observar cómo los suelo con estrépito.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Muy bien —replico, bastante cortante. En ese momento, me odio a mí misma y también a Julián, sin saber por qué—. Solo estoy cansada.

Eso al menos es verdad. De repente me siento más cansada de que he estado nunca. Podría dormir eternamente, podría dejar que el sueño cayera sobre mí como la nieve.

—Voy a buscar algunas mantas —se ofrece Julián, y se levanta. Siento que vacila detrás de mí y finjo que estoy ocupada en el fregadero. En este momento no soporto mirarle.

—Eh... —dice—. No te he dado las gracias —tose—. Me has salvado la vida ahí abajo, en los túneles.

Me encojo de hombros sin volverme hacia él. Agarro los bordes de la pila con tal intensidad que se me ponen blancos los nudillos.

—Tú también me has salvado la vida —respondo—. Por poco me agarra uno de los carroñeros.

Cuando vuelve a hablar, noto que está sonriendo.

—Bueno, entonces supongo que nos hemos salvado el uno al otro.

Me vuelvo en ese momento, pero él ya ha cogido una vela y se ha alejado por el pasillo, así que me quedo a solas con las sombras.

Ha seleccionado dos literas bajas y ha hecho las camas lo mejor que ha podido, con sábanas que no acaban de encajar y finas mantas de lana. Ha colocado mi mochila a los pies de mi cama. Hay una docena de camas en el cuarto y, sin embargo, ha elegido dos que están juntas. Intento no pensar en lo que significa esto. Está sentado en su litera, con la cabeza inclinada, quitándose los calcetines. Cuando entro con la vela, alza la mirada hacia mí con el rostro tan lleno de felicidad que casi la dejo caer. La llama se apaga y nos quedamos en penumbra.

—¿Puedes ver por dónde vas? —dice.

—Sí.

Avanzo hacia su voz, usando las otras literas para orientarme con cuidado.

Noto que su mano se desliza brevemente por mi espalda cuando paso junto a él antes de encontrar mi propia cama. Me tumbo entre la sábana y la manta de lana. Ambas huelen a moho y, muy tenuemente, a caca de ratón, pero agradezco que me abriguen. El calor del fuego de la sala de baños no ha llegado hasta aquí. Cuando suelto el aliento, pequeñas nubes de vaho cristalizan en la oscuridad. Va a ser difícil dormir. El agitación que se apoderó de mí después de la cena se ha evaporado tan rápido como llegó. Mi cuerpo está en máxima alerta, lleno de

escarcha reluciente. Me siento tremendamente consciente de la respiración de Julián, de su largo cuerpo casi al lado del mío en la profunda oscuridad. Noto que él también está despierto.

Poco después habla. Su voz es grave, un poco ronca.

—¿Lena?

Me late el corazón a toda velocidad en la garganta y en el pecho. Noto que se da la vuelta para mirarme. Estamos a menos de medio metro.

—¿Te acuerdas de él alguna vez? ¿Del chico que te contagió?

Las imágenes se suceden a toda velocidad en la oscuridad: el pelo castaño como hojas de otoño que arden, la mancha de un cuerpo, una sombra que corre a mi lado, una figura de sueño.

—Intento no hacerlo —digo.

—¿Por qué no?

La voz de Julián es muy baja.

—Porque duele.

Su respiración es rítmica, me reconforta.

Pregunto:

—¿Tú te acuerdas alguna vez de tu hermano?

Hay una pausa.

—Todo el tiempo —responde Julián—. Me dijeron que mejoraría después de que me operaran —guarda un momento de silencio—. ¿Puedo contarte otro secreto?

—Sí.

Me aprieto más la manta sobre los hombro. Todavía tengo el pelo húmedo.

—Sabía que no funcionaría; la cura, quiero decir. Sabía que me mataría. Yo... y yo quería que fuera así —las palabras salen apresuradas y bajas—. Esto nunca se lo he contado a nadie.

De repente podría ponerme a llorar. Desearía alargar la mano y coger la suya. Quiero decirle que no importa, y sentir la suavidad de su oreja en mis labios. Quiero enroscarme junto a él, como hubiera hecho con Álex, y permitirme aspirar su cálida piel.

Él no es Álex. No quieres a Julián. Quieres a Álex. Álex está muerto.

Pero eso no es del todo cierto. Quiero a Julián también. Mi cuerpo está lleno de anhelo. Deseo sus labios llenos y suaves contra los míos, y sus manos cálidas en mi espalda y mi pelo. Quiero perderme en él, disolverme en su cuerpo y sentir que nuestras pieles se funden.

Aprieto bien los ojos, deseando que esa idea desaparezca. Pero con los ojos cerrados, Julián y Álex se mezclan. Sus rostros se juntan y se separan para volverse a unir como imágenes reflejadas en un arroyo, pasan una sobre otra hasta que ya no estoy segura de cuál es la intento agarrar en la oscuridad, en mi mente.

—¿Lena? —vuelve a preguntar Julián, esta vez en voz aún más baja. Hace que mi nombre suene como si fuera música. Se ha acercado más. Puedo sentir las líneas largas de su cuerpo, el lugar donde ha desplazado la sombra. Yo también me he movido sin querer. Estoy al borde de la cama, lo más cerca posible de él. Pero no me doy la vuelta. Me obligo a quedarme quieta, dándole la espalda. Inmovilizo mis brazos y piernas y procuro paralizar también mi corazón.

—¿Sí, Julián?

—¿Cómo es?

Sé a qué se refiere, pero aun así pregunto:

—¿Cómo es qué?

—Los *deliria* —se detiene. Luego le oigo bajar lentamente de la cama. Se arrodilla en el espacio entre nuestras literas. No puedo moverme ni respirar. Si giro la cabeza, nuestros labios estarán a unos veinte centímetros de distancia... a menos, incluso— estar contagiado.

—No... no puedo describirlo.

Tengo que obligarme a hablar. No puedo respirar, no puedo respirar, no puedo respirar. Su piel huele a humo de un fuego de leña, a jabón, a paraíso. Me imagino probando su piel, me imagino mordiendo sus labios.

—Quiero saber cómo es —sus palabras son un susurro, apenas audibles—. Quiero saber cómo es contigo.

Entonces sus dedos comienzan a recorrer mi frente con mucha dulzura. Su toque también es un susurro, el aliento más ligero, y yo sigo paralizada, inmóvil. Acaricia el puente de mi nariz y mis labios, con la más tenue presión, de forma que pruebo el sabor salado de su piel y siento las crestas y espirales de su pulgar en mi labio inferior, y luego pasar por mi barbilla y en torno a mi mandíbula y viaja hacia mi pelo, y me lleno de una blancura caliente y estruendosa que me ancla a la cama y me mantiene en mi sitio.

—Te dije... —Julián traga saliva, su voz suena ahora potente y ronca—. Te dije que una vez vi a dos personas besándose. ¿Quieres...?

Julián no termina su pregunta. No hace falta. De golpe, mi cuerpo sale de su inmovilidad; un calor blanco estalla en mi pecho y me afloja los labios. Todo lo que tengo que hacer es volver la cabeza, sólo un poco, y ahí está su boca.

Y entonces nos besamos, al principio despacio porque él no sabe cómo y para mí hace mucho tiempo, tanto que parece desde siempre. Percibo sabores a sal y a azúcar y jabón; paso la lengua por su labio inferior y durante un segundo se queda inmóvil. Sus labios son cálidos y llenos y maravillosos. Su lengua recorre mi boca y de repente nos separamos y respiramos cada uno el aliento del otro, y él sostiene mi cara con sus manos y yo cabalgo una ola de pura alegría; estoy tan feliz que casi podría llorar. Su pecho es sólido, y se aprieta contra el mío. Sin saber muy bien cómo, hago que suba a la cama conmigo. No quiero que esto termine. Podría besarle y sentir sus dedos en mi pelo, oírle decir mi nombre

eternamente.

Por primera vez desde que Álex murió, he encontrado el camino hasta un espacio verdaderamente libre: un espacio sin los límites de unos muros y sin las inhibiciones del miedo.

—Lena —jadea con esfuerzo, como si acabara de correr una larga distancia.

—No lo digas —aún siento que podría llorar. Hay tanta fragilidad en besar, en las otras personas. Todo es cristal—. No lo estropees.

Pero él lo dice de todos modos:

—¿Qué va a suceder mañana?

—No lo sé —atraigo su cabeza hacia la almohada, junto a la mía. Durante un segundo me parece percibir una presencia junto a nosotros en la oscuridad, una figura en movimiento. Vuelvo la vista rápidamente hacia la izquierda. Nada. Me estoy imaginando fantasmas a nuestro alrededor. Estoy pensando en Álex—. No te preocupes por eso ahora —añado, tanto para él, como para mí.

La cama es muy estrecha. Me vuelvo de lado, de espaldas a Julián, pero cuando me rodea con sus brazos me relajo y me aprieto contra él; me cobijo en la larga curva de su cuerpo como si hubiera sido moldeada para mí. Quiero salir corriendo y llorar. Quiero rogarle a Álex, dondequiera que esté, allá donde se encuentre, que me perdone. Quiero volver a besar a Julián.

Pero no lo hago. Me quedo quieta y siento la respiración regular de Julián en mi espalda hasta que mi corazón se calma a su vez. Dejo que me abraze y, justo antes de quedarme dormida, pronuncio una breve oración para que nunca llegue la mañana.

Pero la mañana llega. Encuentra su camino colándose por las grietas del contrachapado y por las fisuras del techo. Es un gris turbio, un ligero amortiguamiento de la oscuridad. Mis primeros momentos de consciencia son confusos: me parece estar con Álex. No. Julián. Su brazo me rodea, su aliento cálido envuelve mi cuello. Durante la noche he apartado las sábanas hasta el pie de la cama. Veo un ligero movimiento en el pasillo, el gato se las ha ingeniado para entrar en la casa.

Luego, de repente, una certeza: no, anoche cerré la puerta y eché el cerrojo. El terror me aprieta el pecho.

—Julián —le llamo incorporándome.

Y entonces todo estalla. Entran por la puerta, echan abajo las paredes gritando y vociferando, decenas de policías y reguladores con máscaras antigás y uniformes grises a juego. Uno de ellos me agarra y otro tira de Julián para sacarlo de la cama. Ya está despierto, me llama, pero su voz queda ahogada por el tumulto y por esos gritos que deben de proceder de mí. Agarro la mochila, que seguía a los pies de la cama, y golpeo con ella al regulador, pero hay tres más, rodeándome en el estrecho espacio entre las literas. Es imposible. Me acuerdo de la pistola: todavía sigue en la sala de baños, lejos de mi alcance. Alguien me tira

del cuello y me ahogo. Otro regulador me dobla los brazos hacia atrás y me esposa. Me empuja hacia adelante y camino medio a rastras, obligada desde atrás. Salimos de Salvamento a la brillante luz del sol y veo más armas y máscaras antigás. Permanecen inmóviles, silenciosos, esperando.

Una trampa. Esas son las palabras que martillean mi mente atravesando el pánico. Una trampa. No cabe otra posibilidad.

—Los tenemos —anuncia alguien por un intercomunicador. De repente, el aire parece hacerse vivo y vibra de sonido: todos se gritan unos a otros y se hacen gestos. Dos agentes de policía arrancan sus motos y la peste de humo se extiende por el aire. Los intercomunicadores chasquean por todas partes con un zumbido, una cacofonía de sonidos.

—Diez-cuatro, diez-cuatro. Los tenemos.

—A treinta kilómetros de territorio regulado... parecía una especie de escondite.

—Unidad quinientos ocho a Cuartel General.

Julián está detrás de mí, rodeado de reguladores; él también ha sido esposado.

—¡Lena, Lena!

Le oigo gritar mi nombre. Intento volverme, pero el regulador me empuja hacia adelante.

—Sigue andando —dice, y me sorprende oír una voz de mujer distorsionada por la máscara antigás.

Una caravana de vehículos está aparcada en el camino por el que vinimos Julián y yo, y ahí hay más agentes de policía y más miembros de las fuerzas especiales. Algunos llevan puesto el uniforme completo y todo el equipo, pero otros se apoyan relajados en sus coches, vestidos de paisano, charlando y soplando sus tazas desechables de café. Me miran mientras avanzo por la línea de vehículos sin dejar de debatirme. Me llena una rabia ciega, una furia que me hace desear escupir. Para ellos, esto es algo rutinario. Al final del día volverán a casa, a sus casas ordenadas y a sus familias ordenadas, y no pensarán ni por un minuto en la chica a la que vieron gritando y dando patadas mientras se llevaban a rastras probablemente hacia la muerte.

Veo un turismo negro; el rostro blanco y estrecho de Thomas Fineman me observa impasible al pasar. Si pudiera soltar un puño, lo metería por la ventana para estallar el cristal y clavárselo en el rostro; a ver lo tranquilo que estaba entonces.

—¡Eh, eh, eh!

Un agente de policía nos hace señales con la mano desde más adelante, señalando con su intercomunicador un furgón policial. Las palabras en negro se destacan claramente en la pintura blanca reluciente: *Ciudad de Nueva York, Departamento de Corrección, Reforma y Purificación*. En Portland teníamos una sola cárcel: las Criptas. Albergaba a todos los delincuentes y miembros de la

Resistencia, además de a los locos residentes que habían perdido la razón como consecuencia de operaciones prematuras o chapuceras. En Nueva York y sus ciudades hermanas hay una red de cárceles interconectadas que se extiende por todas las ciudades. Su nombre es casi tan malo como el de la prisión de Portland: Craps.

—¡Por aquí, por este lado!

Ahora un policía nos indica otro furgón y hay una pausa momentánea. Toda la escena es un revoltijo confuso, más caótico que las demás redadas que he visto. Hay demasiada gente. Hay demasiados coches ahogando el aire con sus humos, demasiadas radios zumbando a la vez, gente que habla y grita sin hacerse caso. Un regulador y un agente de las fuerzas especiales discuten sobre jurisdicción.

Me duele la cabeza, el sol me quema los ojos. Todo lo que veo es la luz solar brillante, cegadora; un río metálico de coches y motocicletas y el humo que convierte el aire en un espejismo, en una bruma densa.

De repente, el pánico alcanza la cumbre. No sé qué le ha sucedido a Julián. Ya no está detrás de mí y no puedo verle en la multitud.

—¡Julián! —grito. No hay respuesta, aunque un policía se vuelve al oírme. Menea la cabeza y lanza un escupitajo marrón al suelo, a mis pies. Lucho otra vez contra la mujer que me sujeta desde atrás, intentando soltarme, pero me agarra con fuerza por las muñecas y, cuanto más forcejeo, más me aprieta.

—¡Julián!, ¡Julián!

No hay respuesta. El pánico se ha convertido en un grumo sólido que me atasca la garganta. No, no, no, no. Otra vez no.

—Venga, sigue andando.

La voz de la mujer, distorsionada por la máscara, me insta a que siga delante. Me lleva más allá de la línea de coches que esperan. El regulador que dirigía la procesión discute velozmente por el intercomunicador sobre quién va a llevarme a la comisaria, y apenas nos mira mientras atravesamos la multitud. Sigo luchando con toda la fuerza que tengo. La mujer me sujeta el brazo de forma que me duele intensamente desde las muñecas a los hombros; aunque consiguiera liberarme, seguiría esposada y no podría alejarme más que unos pocos metros sin que me atraparan.

Pero la roca en mi garganta sigue ahí, y el pánico, y la certeza. Tengo que encontrar a Julián. Tengo que salvarle.

Por debajo, palabras más antiguas, más urgentes, siguen recorriéndome: «Otra vez no, otra vez no, otra vez no».

—¡Julián!

Lanzo un golpe hacia atrás con el pie y le doy a la mujer en la espinilla. La oído maldecir y durante un segundo afloja un poco. Pero vuelve a retenerme, tirando de mis muñecas con tal fuerza que tengo que inclinarme hacia atrás,

jadeante.

Y entonces, según estoy echada hacia atrás para aliviar mis brazos; intentando recobrar el aliento, intentando no llorar, ella se inclina un poco hacia delante de forma que la boca de la máscara me roza una oreja.

—Lena —murmura—. Por favor. No quiero hacerte daño. Soy una luchadora por la libertad.

Esas palabras me inmovilizaron: es un código secreto que usan simpatizantes e inválidos para identificarse. Dejo de intentar luchar y ella, a su vez, relaja la presión. Pero sigue impulsándome hacia delante, más allá de la caravana de coches. Camina rápidamente y con tal determinación que nadie la detiene o interfiere.

Más adelante veo un furgón blanco aparcado en la cuneta del camino de tierra. Tiene también el letrero de CRAP, pero las marcas parecen un poco extrañas: algo pequeño, aunque hay que mirarlas detenidamente para darse cuenta. Hemos pasado una curva en el camino y estamos ocultos de resto del personal de seguridad por una enorme pila de metal retorcido y hormigón fragmentado.

De repente, la mujer me suelta los brazos. Va hasta el furgón y saca un juego de llaves de uno de sus bolsillos. Abre las puertas de atrás: el interior está oscuro y vacío, y desprende un olor ligeramente agrio.

—Adentro —dice.

—¿Adónde me lleváis?

Estoy harta de esta impotencia; llevo días en un remolino de confusión, y me invade una impresión de alianzas secretas y conspiraciones complicadas.

—A un sitio seguro —contesta, y través de la máscara percibo la urgencia de su voz. No me queda más remedio que creerla. Me ayuda a subir al vehículo y me ordena que me vuelva mientras me quita las esposas. Luego me entrega la mochila y cierra la puerta de golpe. Doy un respingo cuando la oigo echar el cierre. Ahora estoy atrapada, pero no puede ser peor que lo que me esperaría fuera. Se me cae el alma a los pies cada vez que pienso en Julián. Me pregunto qué le va a suceder. Siento un breve aleteo de esperanza: le tratarán con indulgencia, por su padre. Quizá decidan que todo ha sido un error.

Y fue un error: los besos, la forma en que nos tocamos.

¿O no?

El furgón se pone en marcha y me tambaleo. Las ruedas traquetean mientras avanzamos por el camino lleno de baches. Intento reproducir mentalmente nuestro avance: ya debemos de estar cerca del vertedero, luego pasamos la vieja estación de tren y nos dirigimos hacia el túnel que entra en Nueva York. Diez minutos después, nos detenemos. Me arrastro hasta la parte delantera y aprieto el oído contra el cristal pintado de negro, totalmente opaco, que me separa del asiento del conductor. Me llega la voz de la mujer. Distingo una segunda voz, esta

de hombre. Debe de ser un guardia de control de Fronteras.

La espera es una agonía. Ahora estarán comprobando su tarjeta SVS, pienso. Pero los segundos van pasado lentamente y se entienden hasta convertirse en minutos. La mujer guarda silencio. Quizá el SVS esté colapsado. Aunque hace frío en el interior de vehículo, tengo las axilas mojadas de sudor. A veces se tarda un rato.

Luego vuelvo a escuchar la segunda voz, que suelta una orden como un ladrido, se apaga el motor y el silencio es repentino y extremo. La puerta de conductor se abre y se cierra con un golpe. El furgón se mece un poco.

¿Por qué se ha bajado? Mi mente va a toda velocidad: si ella forma parte de la Resistencia, puede que la hayan cogido, que la hayan reconocido. Seguro que después me encuentran a mí. O puede que no me encuentren. No sé qué es peor; si me quedo atrapada aquí, moriré de hambre o me asfixiaré. De repente me cuesta respirar. El aire parece denso y pesado. El sudor me gotea por el cuello y me cubre el cuero cabelludo.

Luego se vuelve a abrir la puerta del conductor, el motor se pone en marcha y el furgón se lanza hacia delante. Suelto el aire casi con un sollozo. De alguna forma puedo sentir cuándo entramos en el túnel de Holland: la larga garganta oscura en torno al camión, un lugar acuoso lleno de ecos. Me imagino el río por encima de nosotros, con un moteado grisáceo. Me acuerdo de los ojos de Julián, de la forma en que cambian como el agua para reflejar distintos tipos de luz.

La furgoneta pilla un bache y mi estómago se sobresalta cuando salto en el aire como un cohete y caigo de nuevo al piso de la furgoneta. Luego subimos una cuesta y me llegan ruidos de tráfico a través de las paredes metálicas: el runrún distante de una sirena, una bocina que suena cerca. Seguramente estamos en Nueva York. Espero que el vehículo pare en cualquier momento; espero que se abran las puertas y que la mujer de la máscara me lleve a Craps, aunque me ha dicho que estaba de mi lado. Pasan otros veinte minutos. He dejado de intentar adivinar dónde estamos. En vez de eso me hago un ovillo en el suelo sucio, que vibra bajo mi mejilla. Aún tengo náuseas. El ambiente huele a comida putrefacta y a cuerpos sin lavar.

Por fin el furgón reduce la velocidad, y luego se detiene del todo. Me siento, con el corazón golpeándome en el pecho. Oigo una breve conversación, la mujer dice algo que no puedo distinguir y alguien más comenta: « Todo despejado ». Luego se oye un chirrido prolongado, como si unas puertas viejas giraran sobre sus bisagras. El vehículo avanza otros cinco o diez metros y vuelve a parar. El motor se queda en silencio. Oigo que la conductora se baja y me tenso agarrando la mochila con una mano, preparada para luchar o huir.

Se abren las puertas y, mientras me acerco cautelosamente, la decepción es un puño en mi garganta. Esperaba descubrir alguna clave, alguna respuesta sobre por qué me han detenido y quién lo ha hecho. En vez de eso, me encuentro en un

cuarto sin rasgos distintivos, todo cemento y vigas metálicas. En una pared hay una enorme puerta doble, lo suficientemente ancha para que quepa el furgón; en otra hay otra puerta metálica, pintada del mismo gris apagado que el resto. Al menos hay luces eléctricas. Eso significa que estamos en una ciudad aprobada, o al menos cerca.

La conductora se ha quitado la máscara de gas, pero aún lleva ajustada a la cabeza una especie de tela de nailon con agujeros recortados para los ojos, nariz y boca.

—¿Dónde estamos? —Pregunto mientras me enderezo y me cuelgo la mochila de un hombro—. ¿Quién eres tú?

Me mira atentamente sin contestarme. Sus ojos son grises, un color tormentoso. De repente, extiende el brazo como para tocarme la cara. Doy un salto hacia atrás y me golpeo con el furgón. Ella también retrocede un paso, apretando el puño.

—Espera aquí —dice. Se vuelve para salir por las puertas dobles, pero la agarro por la muñeca.

—Quiero saber de que va esto —insisto. Estoy cansada de paredes vacías y cuartos cerrados y máscaras y juegos. Necesito respuestas—. Quiero saber cómo me encontrasteis y quién te envió a por mí.

—Yo no te puedo dar las respuestas que necesitas —responde tratando de escabullirse.

—Quítate la máscara —exijo. Durante un segundo me parece distinguir un destello de miedo en sus ojos. Luego, eso desaparece.

—Suéltame.

Su voz es suave, pero firme.

—Vale —digo—. Te la quitaré yo misma.

Intento alcanzar la máscara. Me aparta la mano, pero no lo suficientemente rápido. Consigo alzar una esquina de la tela y dejar al descubierto el cuello, donde se ve un número tatuado verticalmente desde el oído hacia el hombro: 5996. Antes de que pueda subir más la capucha, me agarra la muñeca y me aparta.

—Por favor, Lena —dice, y de nuevo oigo la urgencia en su voz.

—Deja de decir mi nombre.

No tienes derecho a decir mi nombre. La cólera brota en mi pecho y le lanzo un golpe con la mochila, pero ella la esquivo. Antes de que pueda golpearla de nuevo, se abre la puerta que está detrás de mí y me doy la vuelta justo en el momento en que Raven entra en la sala.

—¡Raven! —grito corriendo hacia ella. Impulsivamente, lanzo mis brazos alrededor de ella. Nunca nos habíamos abrazado, pero me permite que la apriete fuerte durante unos segundos antes de apartarse. Está sonriendo.

—Hola, chica —me pasa un dedo suavemente por el corte del cuello y me

mira la cara buscando otras heridas—. Tienes una pinta horrible.

Detrás de ella está Tack, apoyado en la jamba. Sonríe igualmente y casi no puedo contener las ganas de lanzarme también sobre él. Me contento con acercarme y apretarle la mano que me ofrece.

—Bienvenida de vuelta, Lena —dice. Sus ojos cálidos.

—No lo entiendo —estoy abrumadoramente feliz; el alivio hace olas en mi pecho—. ¿Cómo me habéis encontrado? ¿Cómo sabíais dónde iba a estar? Ella no me ha querido decir nada, y yo.

Me vuelvo para señalar a la mujer enmascarada, pero se ha ido. Ha debido de escabullirse por la puerta doble.

—Tranquila, tranquila —Raven se ríe y me pasa un abrazo por los hombros—. Vamos a buscarte algo de comer, ¿vale? Probablemente también estés cansada. ¿Estás cansada?

Me dirige hacia la puerta abierta, más allá de Tack. Debemos de estar en una especie de nave reconvertida. A través de los endeble tabiques divisorios, oigo otras voces que hablan y ríen.

—Me secuestraron —en este momento las palabras me salen como burbujas. Necesito contárselo todo a Tack y Raven. Ellos lo entenderán, ellos me lo podrán explicar y encontrarle sentido—. Después de la manifestación, seguí a Julián hasta los antiguos túneles. Unos carroñeros aparecieron, me atacaron y me capturaron, solo que creo que estaban conchabados con la ASD y...

Raven y Tack intercambian una mirada.

—Oye, Lena —interviene Tack con voz tranquilizadora—. Sabemos que lo has pasado muy mal. Relájate, ¿vale? Ahora estás a salvo. Come y descansa.

Me han llevado a una sala dominada por una amplia mesa metálica plegable. En ella hay alimentos que no he probado desde hace un montón de tiempo: fruta fresca, verdura, pan, queso. Es lo más bonito que he visto nunca. Huele a café, bueno y fuerte.

Pero todavía no me puedo sentar a comer. Primero tengo que saber. Y necesito que ellos sepan, necesito hablarles de los carroñeros y de la gente que vive en el subsuelo y de la redada de esta mañana y de Julián.

Ellos pueden ayudarme a rescatarle: la idea se me ocurre de repente, como una liberación.

—Pero, —empiezo a protestar. Raven me interrumpe poniéndome una mano en el hombro.

—Tack tiene razón, Lena. Tienes que recuperar las fuerzas. Ya habrá tiempo de sobra para hablar cuando estemos de camino.

—¿De camino? —repito mirándolos. Ambos me siguen sonriendo, y eso me produce una especie de picor nervioso en el pecho. Es una sonrisa paternalista, como la que usan los médicos con los niños cuando les tiene que poner una inyección dolorosa «vamos, te prometo que esto va a ser solo un pequeño

pinchazo» .

—Nos vamos al norte —dice Raven con una voz demasiado alegre—. De vuelta al hogar. Bueno, no al de siempre; pasaremos el verano a las afueras de Waterbury. Hunter ha tenido noticias de un gran hogar cerca del noreste de la ciudad. Al otro lado hay muchos simpatizantes y.

Se me ha quedado la mente en blanco.

—¿Nos vamos? —murmuro atontada, y Raven y Tack se vuelve a mirar entre ellos—. No podemos irnos ahora.

—No tenemos otra opción —dice ella, y yo comienzo a sentir que la ira se alza en mi pecho. Usa una voz cantarina, como si le estuviera hablando a un bebé.

—No —muevo la cabeza en sentido negativo, aprieto los puños contra los muslos—. No ¿No lo entendéis? Creo que los carroñeros están colaborando con la ASD. Me secuestraron junto a Julián Fineman. Nos tuvieron presos bajo tierra durante días.

—Lo sabemos —dice Tack, pero yo sigo navegando sobre la furia, dejando que aumente.

—Tuvimos que salir luchando. Casi... casi me matan. Julián me salvo —la roca que tengo en el estomago se está desplazando hacia la garganta—. Y ahora le han cogido a él y quién sabe lo que le van a hacer. Probablemente, llevarle directamente a los laboratorios o meterle en la cárcel y...

—Lena —Raven me pone las manos en los hombros—. Cálmate.

Pero no puedo, estoy temblando, de miedo y de rabia, Tack y Raven deben comprender, tienen que comprender.

—Tenemos que hacer algo. Tenemos que ayudarle. Tenemos que...

—Lena —la voz de Raven se hace más cortante—. Sabemos lo de los carroñeros, ¿vale? Sabemos que han estado trabajando con la ASD. Y lo sabemos todo sobre Julián y lo que pasó en el subsuelo. Te hemos buscado por todas las salidas de los túneles. Esperábamos que consiguieras salir hace días.

Esto, por lo menos, me hace callar. Por fin han dejado de sonreír, en vez de hacerlo, me miran ambos con el mismo aire compasivo

—¿Qué quieres decir? —me aparto de Raven y me tambaleo un poco; cuando Tack aparta una silla de la mesa, me dejo caer en ella, ninguno de los dos me responde—. No lo entiendo.

Tack coge la silla de enfrente. Se mira las manos y luego dice lentamente:

—La Resistencia sabe desde hace tiempo que a los carroñeros los unta la ASD, fueron contratados para montar aquel número que viste durante la manifestación.

—Eso no tiene sentido.

Es como si tuviera el cerebro cubierto de una pasta espesa: mis pensamientos están confusos y no llegan a concretarse. Me acuerdo de los gritos, los disparos,

los cuchillos relucientes de los carroñeros.

—Tiene todo el sentido —interviene Raven. Sigue de pie, con los brazos cruzados frente al pecho—. En Zombilandia nadie conoce la diferencia entre los carroñeros y el resto de nosotros los inválidos. Para ellos, todos somos lo mismo. Así que ellos llegan y actúan como animales, y ASD le muestra al país entero lo horribles que somos sin la cura y lo importante que es que todo el mundo sea tratado inmediatamente de los *deliria*. De otro modo, el mundo se irá al carajo. Los carroñeros lo demuestran.

—Pero... —me acuerdo de cómo los carroñeros irrumpieron entre la gente como un enjambre, de los rostros monstruosos que gritaban—. Pero murió gente.

—Doscientos —dice Tack en voz baja. Sigue sin mirarme—. Veinticuatro agentes, el resto, civiles. No se molestaron en contar los carroñeros que murieron —se encoge de hombros, en una rápida convulsión—. A veces es necesario que los individuos se sacrifiquen por la salud del común.

Eso parece sacado directamente de un panfleto de la ASD.

—Vale —digo. Me tiemblan las manos y me agarro a los lados de la silla. Me sigue costando pensar de manera lógica—. Vale. ¿Y qué vamos a hacer al respecto?

Los ojos de Raven vuelan hacia Tack pero este mantiene la cabeza inclinada.

—Ya hemos hecho algo, Lena —dice ella, aún con esa voz dedicada a los bebés, y de nuevo siento un extraño picor en el pecho. Hay algo que no me están contando, algo malo.

—No lo entiendo.

Mi voz suena hueca.

Siguen algunos minutos de silencio tenso. Luego Tack suspira y se dirige a Raven:

—Te lo dije, se lo teníamos que haber contado desde el principio. Te dije que debíamos confiar en ella.

Raven no dice nada. Le tiembla un músculo en la mandíbula. Y de repente me acuerdo de cuando bajé al sótano, pocas semanas antes de la concentración, y lo pille discutiendo.

Es que no entiendo por qué no podemos ser sinceros unos con otros... se supone que estamos del mismo lado.

Ya sabes que eso es muy poco realista, Tack. Es mejor así. Tienes que fiarte de mí.

Eres tú la que no se fia...

Se estaban peleando por mí.

—¿Contarme el qué?

La comezón se está convirtiendo en un zumbido sordo, agudo y doloroso.

—Adelante —le dice Raven a Tack—. Si estás desesperado por contárselo, no te cortes.

Su tono es mordaz, pero noto que por debajo tiene miedo. Tiene miedo de mí y de cómo voy a reaccionar.

—¿Contarme el qué?

Ya no puedo soportar las miradas enigmáticas, la red impenetrable de frases a medias.

Tack se pasa una mano por la frente.

—Vale, mira —habla rápidamente, como si estuviera ansioso por terminar la conversación—. No fue un error que los carroñeros os cogieran a Julián y a ti, ¿vale? No fue un error. Estaba planeado.

El calor me sube por la nuca. Me humedezco los labios.

—¿Quién lo planeó? —pregunto, aunque ya lo sé: tiene que haber sido la ASD. Contesto a mi propia pregunta murmurando: «La ASD», justo en el momento en que Tack hace una mueca y dice:

—Nosotros.

Se produce un silencio palpable, uno, dos, tres, cuatro. Cuento los segundos, respiro hondo, cierro los ojos y los vuelvo a abrir.

—¿Qué?

Tack hasta se pone colorado.

—Lo hicimos nosotros. Lo planeó la Resistencia.

Más silencio. La garganta y la boca se han convertido en polvo.

—No... no lo entiendo.

Él vuelve a evitar mi mirada. Pasa un dedo por el borde de la mesa, arriba y abajo, arriba y abajo.

—Pagamos a los carroñeros para que se llevaran a Julián. Bueno, lo hizo la Resistencia. Uno de los más altos cargos del movimiento ha estado haciéndose pasar por un agente de la ASD, aunque eso no importa. Los carroñeros harían lo que fuera por dinero. Es verdad que la ASD los tiene en el bolsillo desde hace tiempo, pero eso no significa que su lealtad no esté en venta.

—Julián —murmuro. El aturdimiento se está apoderando de mi cuerpo—. ¿Y qué pasó conmigo?

Tack duda durante una fracción de segundo.

—Les pagaron para que te cogieran también a ti. Se les informó de que a Julián le seguía una chica, para que os pusieran a los dos juntos.

—Y ellos pensaron que obtendrían un rescate por nosotros —digo. Tack asiente con la cabeza. Mi voz suena extraña, como si llegara de lejos. Apenas puedo respirar—. ¿Por qué? —consigo soltar con un jadeo.

Raven está de pie, quieta, mirando fijamente al suelo. De repente suelta:

—Nunca estuviste en peligro. No en peligro de verdad. Los carroñeros sabían que no se les pagaría si te tocaban.

Me acuerdo de la discusión que escuche en los túneles, de la voz aduladora que urgía al albino a seguir con el plan original, de la forma en la que intentaron

sonsacar a Julián sus códigos de seguridad. Evidentemente, los carroñeros se estaban impacientando. Querían adelantar el día de paga.

—¿Que nunca estuve en peligro? —repito. Raven tampoco me mira—. Estuve a punto de morir —la cólera extiende sus calientes tentáculos por mi pecho—. Pasamos hambre. Nos atacaron. A Julián le dieron una paliza que lo dejaron medio muerto. Tuvimos que luchar.

—Y luchaste —por fin Raven me mira y me horroriza ver que le brillan los ojos, que está contenta—. Conseguiste escapar y también conseguiste salvar a Julián.

Durante varios segundos, no puedo hablar. Me quemo, estallo en llamas cuando me doy cuenta del verdadero significado de todo esto.

—Esto... ¿todo esto es una prueba?

—No —dice Tack con firmeza—. No, Lena. Tienes que comprender. Eso era una parte, pero... —me aparto bruscamente de la mesa, me alejo del sonido de su voz. Desearía hacerme una bola, gritar o darle un golpe a algo—. Fue mucho más que eso lo que hiciste, lo que nos has ayudado a conseguir. Y nos habíamos asegurado de que estuvieras a salvo. Tenemos a nuestra propia gente en el subsuelo. Se le dijo que os cuidaran.

El hombre rata y Coin. Con razón nos ayudaron. Se les había pagado para ello.

Ya no puedo hablar. Me cuesta tragar. Solo mantenerme en pie requiere toda mi energía. La celda, el miedo, los guardaespaldas que fueron asesinados en el metro, todo culpa de la Resistencia. Culpa nuestra. Una prueba.

La voz de Raven está llena de tranquila urgencia: es como un vendedor intentando convencerte de que compres, compres, compres.

—Has hecho una gran cosa por nosotros, Lena has ayudado a la Resistencia de más maneras de las que crees.

—No he hecho nada —suelto.

—Lo has hecho todo. Julián tenía una importancia tremenda para la ASD. Era un símbolo de todo lo que representa la organización. Líder de las Juventudes. Eso son seiscientos mil personas, solas, jóvenes, incuradas. No convencidas.

Toda mi sangre se vuelve hielo. Me doy cuenta despacio. Raven y Tack me miran esperanzados, como si pensarán que esto me iba a gustar.

—¿Qué tiene que ver Julián con todo esto? —pregunto.

De nuevo intercambian una mirada. Esta vez deduzco lo que piensan: estoy resistiéndome, haciéndome la tonta. Ya debería haberlo comprendido todo.

—Julián tiene que ver con todo esto, Lena —explica Raven. Se sienta junto Tack. Ellos son los padres pacientes y yo la adolescente que monta una escenita. Podríamos estar comentando un examen suspendido—. Julián está fuera de la ASD, si le expulsan.

—O mejor aún, si él decide irse —interviene Tack, y Raven extiende las

manos como para decir: « Por supuesto» .

Raven continúa:

—Tanto si le expulsan como si se va solo, en cualquier caso eso constituye un mensaje muy poderoso para todos los incurados que le han seguido y le consideran su líder. Puede que se piensen de qué lado están; por lo menos, algunos lo harán. Tenemos una oportunidad de atraerlos a nuestra causa. Piénsalo, Lena. Eso basta para marcar la diferencia de verdad. Eso basta para dar vuelta a la tortilla a nuestro favor.

Mi mente se mueve lentamente, como si estuviera metida en hielo, la realidad de esta mañana, planeada. Se me había ocurrido que era una trampa, y tenía razón. La Resistencia estaba detrás: les dieron el soplo a la policía y a los reguladores. Han revelado la ubicación de uno de sus propios hogares solo para atrapar a Julián.

Y yo he contribuido. Me acuerdo de la cara de su padre, flotando en la ventanilla del turismo negro: tiesa, sombría, resuelta. Me acuerdo de la historia que Julián me contó sobre su hermano mayor, la forma en que su padre le encerró en el sótano, herido, para que muriera solo en la oscuridad. Y solamente por participar en una manifestación.

Julián estaba en la cama junto a mí. Quién sabe lo que le van a hacer como castigo.

La negrura se alza en mi interior. Cierro los ojos y veo las caras de Álex y Julián: se funden y se separan como en mi sueño. Está sucediendo otra vez. Está volviendo a suceder y una vez más es culpa mía.

—¿Lena? —Oigo el ruido de una silla que se aparta de la mesa y Raven me pasa un brazo por los hombros—. ¿Estás bien?

—¿Te podemos traer algo? —pregunta Tack

Me aparto.

—No me toques.

—Lena —llama Raven con voz persuasiva—. Venga, siéntate.

Vuelve a intentar rodearme con el brazo.

—He dicho que no me toques.

Me aparto de ella, me tambaleo hacia atrás tropiezo con una silla.

—Voy a traer un poco de agua—dice Tack Se levanta de la mesa y se dirige a un pasillo que seguramente conduzca al resto de la nave. Durante un momento oigo que las conversaciones suben de volumen, estridentes, acogedoras. Luego, silencio.

Me tiemblan tanto las manos que ni siquiera puedo apretar los puños. Si no, le daría un puñetazo en la cara a Raven.

Ella suspira.

—Entiendo por qué estas tan furiosa. Quizá Tack tuviera razón. Quizá tendríamos que haberte contado todo el plan desde el inicio.

Se le oye cansada.

—Vosotros... vosotros me habéis utilizado —suelto.

—Dijiste que querías ayudar —responde Raven simplemente.

—No. Así no.

—No podemos elegir —vuelve a sentarse y coloca las manos sobre la mesa

—. No es así como funciona.

Siento que desea fervientemente que yo ceda, que me siente, que comprenda. Pero no puedo y no lo voy a hacer.

—¿Y qué pasa con Julián?

Me obligo a mirarla a los ojos y me parece que la veo estremeceré ligeramente.

—Él no es problema tuyo.

Su voz es ahora un poco más dura.

—¿Ah, sí? —me acuerdo de los dedos de Julián acariciándome el pelo, del cálido abrigo de sus brazos, de cómo me susurro: «Quiero saber. Quiero saberlo contigo» —. ¿Y qué pasa si quiero que sea mi problema?

Nuestros ojos se encuentran y nos miramos fijamente. A ella se le está acabando la paciencia. Su boca traza una línea enfadada y tiesa.

—No hay nada que puedas hacer —replica cortante—. ¿No lo entiendes? Lena Morgan Jones ya no existe. Paf. Ha desaparecido. No hay forma de que regrese. Tu trabajo ha terminado.

—¿Así que dejamos que le maten? ¿O que le metan en la cárcel?

Suspira una vez más, como si yo fuera una niña mimada con una rabieta.

—Julián Fineman es el presidente de las Juventudes de la ASD —comienza de nuevo.

—Ya sé todo eso —estallo—. Me hiciste memorizarlo, ¿te acuerdas? ¿Y qué? ¿Tiene que ser sacrificado por la causa?

Raven me mira en silencio: asentimiento.

—Vosotros sois tan malos como ellos —consigo articular, a pesar de la opresión de la furia en la garganta y de la pesada losa de la indignación. Ese es también el lema de la ASD; «algunos morirán por la salud del común». Nos hemos hecho como ellos.

Raven se pone de pie otra vez y se dirige al pasillo.

—No puedes sentirte culpable, Lena —dice—. Esto es una guerra, ya lo sabes.

—¿No lo entiendes? —contraataco con las mismas palabras que ella usó conmigo hace mucho tiempo en la madriguera. Cuando murió Miyako—. No puedes decirme lo que debo sentir.

Ella mueve la cabeza. Veo un destello de compasión en su cara.

—¿Tè... te gustaba de verdad, entonces? ¿Julián?

No puedo contestar. Solo asiento con la cabeza.

Se frota la frente con aire cansado y vuelve a suspirar. Durante un segundo me parece que va a dar marcha atrás. Va a aceptar ayudarme. Siento una oleada de esperanza.

Pero luego me mira de nuevo y su rostro está sereno, sin emociones.

—Salimos mañana hacia el norte —informa y así termina la conversación. Julián irá a la cárcel por nosotros, y nosotros sonreiremos y soñaremos con la victoria, un amanecer cercano, una mañana de neblina roja, color de sangre.

El resto del día pasa entre la bruma. Deambulo de habitación en habitación. Las caras se vuelven hacia mí, expectantes y sonrientes, y se dan la vuelta cuando no les hago caso. Deben de ser otros miembros de la Resistencia. Solo reconozco a uno, un tipo de la edad de Tack que fue una vez a Salvamento para llevarnos nuestras tarjetas de identidad. Busco a la mujer que me ha traído aquí, pero no veo a nadie que se le parezca, nadie que hable como ella.

Me dejo llevar y escucho. Voy comprendiendo que estamos a unos treinta kilómetros al norte de Nueva York, junto al sur de la ciudad llamada White Plains. Debemos de estar puenteándoles la electricidad, porque tenemos luces, una radio y hasta una cafetera eléctrica. Un de los cuartos está lleno de tiendas de campaña y de sacos de dormir enrollados. Tack y Raven ya nos han preparado para el traslado. No tengo ni idea de cuántos miembros más de la Resistencia se unirán a nosotros; es de imaginar que se queden algunos, por lo menos aparte de la mesa plegable, las sillas y los catres para dormir, no hay muebles. La radio y la cafetera están colocadas directamente en el suelo de cemento, entre una maraña de cables. La radio esta encendida la mayor parte del día. El sonido traspasa los finos tabiques y, vaya, no puedo escapar de él.

« Julián Fineman... presidente de las Juventudes de América sin Deliria e hijo del presidente de la organización... él también víctima de la enfermedad...»

Cada emisora es igual. Todas cuentan la misma historia.

« ... descubierto hoy ...

» ...en este momento bajo arresto domiciliario...

» ... Julián, ha dimitido de su puesto y se ha negado a recibir la cura...»

Hace un año, de esta historia ni siquiera se habría informado. Se habría ocultado. Como seguramente se fue eliminando de los registros públicos lenta y sistemáticamente la propia existencia de su hermano después de su muerte. Pero las cosas han cambiado desde los incidentes. Raven lleva razón en una cosa: ha estallado la guerra, y los ejércitos necesitan símbolos.

« ... reunión de emergencia del Comité Regulador de Nueva York, el CRNY... juicio sumarísimo... prevista la ejecución por inyección letal mañana a las diez de la mañana...

» ...algunos consideran las medidas innecesariamente estrictas... protesta pública contra la ASD y el CRNY...»

Me hundo en una opacidad, en un espacio suspendido: ya no puedo sentir

nada. El enfado se ha disuelto, y también la culpa. Estoy completamente aturdida. Julián va a morir mañana. Yo he contribuido a que muera.

Ese era el plan desde el principio. No me reconforta saber que si le hubieran operado, con toda probabilidad también habría muerto. Tengo el cuerpo helado, congelado como el hielo. Aunque llevo puesta un sudadera, no puedo entrar en calor.

«... la declaración oficial de Thomas Fineman...

»... las ASD apoya la decisión del Comité Regulador... Los Estados Unidos se hallan en una encrucijada crítica, y ya no podemos tolerar a quienes quieren hacernos daño... hay que sentar un precedente...»

La ASD y los Estados Unidos de América ya no pueden permitirse ser indulgentes. La Resistencia es demasiado fuerte. Está creciendo de forma clandestina bajo el subsuelo, en túneles y madrigueras, en los lugares oscuros y húmedos a las que no pueden llegar.

Así que van a usar esto para hacer un escarmiento público. A la luz del día.

En la cena consigo comer algo y, aunque aún soy incapaz de mirar a Raven y a Tack, noto que interpretan el hecho de que coma como una señal de que he transigido. Muestran una alegría forzada, demasiado chillona. Cuentan chistes e historias para los otros cuatro o cinco miembros de la Resistencia que se han reunido en torno de la mesa. La voz de la radio se filtra y penetra por las paredes como el siseo sibilante de una serpiente.

«... ninguna otra declaración de Julián ni de Thomas Fineman...»

Después de la cena voy a la letrina exterior, una pequeña cabaña a veinte metros del edificio principal, más allá de una extensión de pavimento agrietado.

Es la primera vez que salgo en todo el día y aprovecho para echar un vistazo. Estamos en una especie de nave vieja, ubicada al final de un largo y sinuoso sendero rodeado de bosques. Hacia el norte distingo el resplandor brillante de la iluminación urbana: eso debe ser White Plains. Hacia el sur, contra el cielo rosa azulado del atardecer, puedo detectar apenas un resplandor desvaído, como un halo: corona artificial de luces que identifica a la ciudad de Nueva York. Deben de ser sobre las siete, demasiado pronto para el toque de queda o el apagón obligatorio. Julián tiene que encontrarse en algún sitio entre esas luces, en esa mañana de gente y edificios. Me pregunto si estará asustado. Me pregunto si estará pensando en mí.

Sopla un viento frío, pero lleva consigo el olor de la tierra que se deshela y de la vegetación que vuelve a crecer: un olor a primavera. Me acuerdo de nuestro apartamento en Brooklyn, todo recogido ya o quizás registrado de arriba abajo por los reguladores y la policía. Lena Morgan Jones está muerta, como ha dicho Raven, y ahora habrá una nueva Lena, al igual que cada primavera a los árboles les salen nuevas hojas y brotes por encima de los viejos, sobre lo muerto y lo podrido. Me pregunto quién será esa Lena.

Durante un momento siento una punzada de tristeza. Ya he tenido que renunciar a tanto, a tantas vidas y a tantos yos. He crecido y he resurgido de los escombros de mis antiguas vidas, de las cosas y las personas a las que he amado. Mi madre, Grace, Hana, Álex.

Y ahora, Julián.

No quería ser esta persona.

Un búho ulula es algún sitio. Es un sonido agudo en la creciente penumbra, como una alarma lejana. Entonces me doy cuenta de la verdad, y la certeza es como un muro de hormigón que se eleva en mi interior. Esto no es lo que yo quería. No vine a la Tierra Salvaje para esto. Álex no quería que yo viniera para ser así, para volver la espalda y enterrar a las personas que me importan y erigirme dura e indiferente sobre sus cadáveres, como hace Raven. Como hace también los zombis.

Pero yo no lo haré. He dejado que desaparezcan demasiadas cosas. Ya he renunciado a bastante.

El búho vuelve a ulular y ahora el sonido se oye agudo, nítido. Todo me parece más claro: el crujido de los árboles secos: los olores que flotan en el aire, matizados y profundos; un estruendo distante, que se hace más fuerte y luego vuelve a decaer.

Camiones. Los escuchaba sin pensar, pero luego la palabra, la idea, se vuelve más clara; no podemos estar lejos de una autopista. Tenemos que haber llegado en un coche desde la ciudad, lo que significa que debe haber una forma de entrar.

No necesito a Raven ni a Tack. E incluso aunque Raven tuviera razón sobre Lena Morgan Jones —ella ya no existe, después de todo—, por suerte, tampoco la necesito a ella.

Vuelvo al interior del edificio. Raven está sentada frente la mesa plegable, empaquetando comida en fardos de tela. Nos los ataremos a las mochilas y, cuando acampemos por la noche. Los colgaremos de los árboles para que los animales no puedan alcanzarlos.

Por lo menos, eso es lo que va a hacer ella.

—Hola —me sonrío demasiado amistosa, como ha hecho toda la noche—. ¿Has comido suficiente?

Asiento con la cabeza.

—Hacia mucho tiempo que no comía tanto —respondo, y hace una pequeña mueca. Es una indirecta, pero no puedo evitarlo. Me apoyo en la mesa; hay varios cuchillos afilados puestos a secar sobre un trapo de cocina.

Raven se abraza una rodilla contra el pecho.

—Oye, Lena. Siento no habértelo dicho antes. Pensé que sería... Bueno, sólo pensé que sería mejor así.

—Además, así la prueba era más real —replico, y ella alza la mirada rápidamente. Me inclino hacia adelante y coloco la palma sobre el mango de uno

de los cuchillos. Siento cómo su contorno se me clava en la carne.

Ella suspira y aparta la vista.

—Sé que en este momento debes de odiarnos —empieza a decir, pero la corto.

—No os odio.

Me vuelvo a enderezar, llevándome conmigo el cuchillo. Me lo guardo cuidadosamente en el bolsillo trasero.

—¿De verdad?

Durante un momento parece mucho más joven de lo que es.

—De verdad —repito, y me dedica una sonrisa pequeña, tensa, aliviada. Es una sonrisa sincera—. Pero tampoco quiero ser como vosotros.

Su sonrisa flaquea. Mientras estoy ahí de pie, mirándola se me ocurre que esta podría ser la última vez que la veo. Me atraviesa un dolor afilado, como un filo en el centro del pecho. No estoy segura de haberla amado alguna vez, pero ella me parió aquí, en la Tierra salvaje. Ha sido tanto una madre como una hermana. Es otra persona más que tendré que enterrar.

—Algún día lo comprenderás —dice, y sé que lo cree de verdad. Me mira con los ojos muy abiertos, deseando que entienda que la gente debe de ser sacrificada por las causas, que la belleza se puede construir sobre la espalda de los muertos.

Pero no es culpa suya. En realidad, no. Raven ha sufrido pérdidas profundas una y otra vez, y ella también ha tenido que enterrarse a sí misma. Hay fragmentos de Raven repartidos por todas partes. Su corazón está acurrucado junto a un pequeño conjunto de huesos enterrados a la orilla de un río helado, que volverán a salir con el deshielo de primavera como el armazón de un barco que se eleva de las aguas.

—Espero que no —declaro, con toda la suavidad que puedo y así es como le digo adiós.

Guardo el cuchillo en la mochila y palpo para asegurarme de que aún conservo el pequeño paquete de tarjetas de identificación que les robé a los carroñeros. Desde luego, me van a venir muy bien. Cojo un anorak de uno de los catres y robo barritas de cereales y varias botellas de agua de una bolsa de nailon ya preparada para mañana. Me pesa la mochila, incluso después de sacar el *Manual de FSS* —eso ya no lo voy a necesitar nunca más—, pero no me atrevo a dejar las provisiones. Si consigo liberar a Julián, tendremos que huir rápido e irnos lejos, aún no sé cuánto tiempo puede pasar hasta que nos encontremos con un hogar.

Me desplazo sin ruido hacia la parte de atrás de la nave hacia una puerta lateral que da al aparcamiento y la letrina exterior. Solo me cruzo con una persona, un tipo alto y desgarrado con pelo rojo fuego que me mira una vez y luego aparta la vista. Esa es una habilidad que aprendí en Portland y que nunca

he olvidado: cómo encogerme sobre mí misma y hacerme invisible. Me escabullo rápidamente y paso de largo el cuarto en el que están la mayor parte de los miembros de la Resistencia, incluido Tack, holgazaneando en torno a la radio, riendo y hablando. Alguien fuma un cigarrillo liado a mano. Otro juega con una baraja de cartas. Veo la nuca de Tack y mentalmente le mando un adiós.

Y luego salgo una vez más a la oscuridad, y soy libre.

Al sur de aquí, Nueva York sigue lanzando su aureola resplandeciente hacia el cielo. Debe de faltar una hora larga para el toque de queda y el apagón que afecta a casi toda la ciudad. Solo los ricos, los funcionarios del gobierno, los científicos y la gente como Thomas Fineman tienen acceso ilimitado a la luz.

Echo a correr en dirección a la autopista, haciendo pausas de vez en cuando para tratar de escuchar el ruido de los camiones. En general hay silencio, solo interrumpido por los búhos que ululan y los pequeños animales que se escabullen en la oscuridad. El tráfico es esporádico. Sin duda es una carretera que se usa casi exclusivamente para camiones de aprovisionamiento.

De repente, ahí está: un río largo y grueso de cemento, iluminado por la luz plateada de la luna que se alza en el cielo. Giro hacia el sur y reduzco la velocidad hasta ir al paso. Mi aliento se convierte en vaho delante de mí. El aire está limpio y frío y me parte los pulmones cada vez que aspiro, pero es una buena sensación.

Sigo caminando de forma que la autopista quede a mi derecha, con cuidado de no acercarme demasiado. Puede que haya puestos de control por el camino, y lo último que necesito es que me agarre una patrulla.

Quedan aproximadamente unos treinta kilómetros hasta la frontera norte de Manhattan. Resulta fácil perder la noción del tiempo, pero creo que pasan al menos seis horas antes de que vea, en la distancia, los altos muros de hormigón que marcan la frontera de la ciudad. La marcha ha sido lenta. No tengo linterna y a menudo la luna se perdía entre la densa maraña de ramas entrelazadas por encima de mí, entre esos dedos esqueléticos que se enredan unos con otros. En algunos tramos prácticamente tenía que avanzar a tientas. Por suerte, la autopista producía alguna luz a mi derecha y me servía para orientarme. De otro modo, estoy segura de que me hubiera perdido.

Portland estaba completamente rodeado por una alambrada de tela metálica que teóricamente estaba electrificada. En Nueva York hay tramos de la frontera que están hechos de hormigón y alambre de espino. Se ven altas torres de vigía situadas a intervalos a lo largo del muro, con potentes focos dirigidos a la oscuridad que iluminan las siluetas de los árboles del otro lado, la Tierra Salvaje. Aún me faltan unos cientos de metros hasta el puesto de cruce y se ven un poco las luces entre los árboles, pero me agacho y me muevo lentamente hacia la autopista, atenta a cualquier movimiento. Dudo que haya patrullas a este lado de la frontera, pero por otro lado, las cosas están cambiando.

Nunca se es lo suficientemente cuidadoso.

A unos cinco metros de la carretera hay un barranco largo y poco profundo cubierto por una fina capa de hojas en descomposición. Todavía tiene charcos de lluvia y nieve derretida. Bajo hasta él y me tumbo boca abajo. De esta forma debería ser prácticamente invisible desde la autopista, incluso si alguien estuviera de patrulla. La humedad traspasa mis pantalones y me doy cuenta de que, cuando llegue a Manhattan, voy a necesitar otro juego de ropa y un sitio para cambiarme. Va a ser imposible caminar por las calles de la ciudad vestida así sin levantar sospechas. Ya me ocuparé más tarde de eso.

Pasa mucho tiempo antes de que oiga a lo lejos un rugido del motor de un camión. Luego aparecen los faros en la oscuridad, iluminando la neblina. El camión pasa renqueante junto a mí, enorme, blanco, estampado con el logotipo de una cadena de alimentación. Va frenando a medida que se acerca al puesto fronterizo. Me alzo sobre los codos. Hay un hueco en el muro a través del cual la autopista se extiende como una lengua plateada. Está cerrado con una pesada verja de hierro. Cuando el camión frena, salen dos figuras oscuras de una garita. Iluminadas por los focos, no son más que sombras grabadas en las que se destaca la silueta negra de los rifles. Estoy demasiado lejos para distinguir lo que dicen, pero imagino que están comprobando los papeles del conductor. Uno de los guardias da una vuelta en torno al vehículo, para inspeccionarlo. Sin embargo, no abre la puerta trasera para comprobar el interior. Descuidado. El descuido es bueno.

A lo largo de las horas siguientes, observo pasar otros cinco camiones más. En cada caso se repite el ritual, aunque un camión que luce un letrero de EXXON es abierto y registrado exhaustivamente. Mientras espero, hago planes. Me acerco más, manteniéndome en el suelo, moviéndome sólo cuando la carretera está vacía y la luna se ha ocultado tras alguna de las pesadas masas de nubes en el cielo. Cuando me faltan unos quince metros para llegar al muro, me agacho de nuevo a esperar. Estoy tan cerca que puedo distinguir rasgos particulares de los guardias, ambos hombres, cuando salen de la garita para dar la vuelta a los camiones que se acercan. Oigo también fragmentos de conversaciones: piden la tarjeta de identidad, comprueban el permiso y la matrícula. El ritual no dura más de tres o cuatro minutos. Tendré que actuar rápidamente.

Debería haberme puesto algo de más abrigo que un anorak, aunque al menos el frío me mantiene despierta.

Cuando veo la oportunidad de moverme, el sol ya se está alzando tras una fina capa de nubes oscuras. Los focos siguen encendidos, pero su potencia se ve reducida por el turbio amanecer y ya no resultan tan cegadores.

Un camión de la basura, con una escalera que asciende por uno de los lados hasta el techo metálico, se detiene con un estremecimiento ante la verja. Me agacho y agarro bien la piedra que he cogido antes en la zanja. He de flexionar

los dedos unas cuantas veces para que circule la sangre. Tengo los miembros agarratados y me duelen de frío.

Un guardia da la vuelta al vehículo mientras completa la inspección, sosteniendo el rifle contra su pecho. El otro se mantiene en la ventana del conductor, echándose el aliento en las manos y preguntando las cosas habituales: «¿De dónde vienes? ¿A dónde te diriges?»

Me pongo de pie con la piedra en la mano derecha y me meto rápidamente entre los árboles, con cuidado de pisar donde las hojas se han convertido ya en un mantillo húmedo para que amortigüen mis pisadas. Me late tan fuerte el corazón que casi no puedo respirar. Los guardias están a unos siete metros hacia la derecha, quizá menos. Sólo tengo una oportunidad.

Cuando estoy lo suficientemente cerca del muro como para poder confiar en mi puntería, tomo impulso y lanzo la piedra hacia uno de los reflectores. Al impactar contra él, hay una pequeña explosión y se oye el ruido del cristal que cae. Inmediatamente, vuelvo sobre mis pasos dando una vuelta por detrás, mientras los dos guardias se giran.

—¿Qué diablos? —dice uno de ellos, y echa a correr hacia el foco dañado, preparando el rifle. Rezo para que el segundo guardia le siga. Este vacila, se pasa el arma de la mano derecha a la izquierda. Escupe.

Ve, ve, ve.

—Espera aquí —le dice al conductor, y entonces él también se aleja del camión de basura.

Eso es, esta es mi oportunidad, mientras los guardias están distraídos estudiando la luz rota a quince metros de distancia. Tengo que acercarme al camión en ángulo, por el lado del copiloto. Me doblo en dos e intento hacerme lo más pequeña posible. No puedo arriesgarme a que el conductor me vea por el retrovisor.

Durante veinte minutos de pánico estoy en la carretera, al descubierto, lejos de los árboles y de los retorcidos arbustos pardos que me han servido de protección, y justo en ese momento me acuerdo de la primera vez que Álex me llevó a la Tierra Salvaje, del miedo que tenía de trepar la alambrada, de lo vulnerable que me sentía, aterrorizada y expuesta, como si me hubieran cortado para abrirme.

Tres metros, dos metros, un metro. Y luego subo por la escalera: el metal helado me muerde los dedos. Cuando llego al techo, me tumbo boca abajo sobre una capa de polvo y cagadas de pájaro. Hasta el metal huele dulce y extraño, como a basura podrida. Es un olor que ha debido de ir penetrando a lo largo de los años en el almacén del camión. Entierro la cara contra el puño del anorak para no toser. El techo es un poco cóncavo y está bordeado por una barandilla metálica de unos seis centímetros de alto, lo que significa que al menos no corro peligro de carme cuando el vehículo se ponga en marcha. Eso espero.

—¡Oye! —grita el conductor llamando a los guardias—. ¿Me dejáis pasar o qué? Tengo un horario que cumplir.

No hay una reacción inmediata. Parece que pasa una eternidad antes de que oiga las pisadas que vuelven al camión y la voz de uno de los guardias, que dice:

—Vale, adelante.

La verja metálica se abre con un chasquido y el camión se pone en marcha. Cuando coge velocidad, me deslizo hacia atrás, pero consigo encajar manos y piernas en la barandilla de metal. Desde arriba debo de parecer una estrella de mar gigante, pegada al techo de ventosas. El viento golpea fuerte y me hace llorar; el frío cortante trae consigo los olores del río Hudson, y sé que debe de estar cerca. A la izquierda, justo al lado de la autopista, se encuentra la ciudad: vallas publicitarias, farolas desmanteladas y los feos edificios de apartamentos con fachadas entre el gris y el morado, como caras hostiles y magulladas vueltas hacia el horizonte.

El camión prosigue por la autopista y yo tengo que hacer un esfuerzo para sostenerme, para no caer al suelo en un bache. El frío es ya una agonía: mil agujas en la cara y las manos. Tengo que apretar los ojos por lo mucho que me lloran. Llega el día, oscuro y lento. El resplandor rojo del horizonte arde rápidamente y se consume, tragando por unas nubes esponjosas como la lana. Comienza a lloviznar. Cada gota de agua es una esquirla de cristal contra mi piel, y el techo del camión se pone resbaladizo, lo que me hace más difícil permanecer agarrada.

Por suerte, el camión enseguida reduce la velocidad y sale de la autopista. Es aún muy temprano y las calles están prácticamente en silencio. Pasamos por estrechos cañones entre torres enormes de piedra y acero. Por encima se ciernen edificios de apartamentos como dedos enormes que apuntan al cielo. Ahora percibo aromas a comida que salen a la calle por las ventanas de millones y millones de personas.

Esta es mi parada.

En cuanto el camión se detiene en un semáforo, me deslizo por la escalera, observando la calle para asegurarme de que no haya nadie mirando, y salto a la acera. El camión de la basura prosigue su torpe viaje mientras yo intento entrar en calor dando saltitos y soplándome en las manos. La 72. Julián vive en Charles Street, según me dijo, al otro lado del centro. A juzgar por la luz, deben de ser sobre las siete, quizá algo más tarde, pues la espesa cubierta de nubes hace difícil precisar la hora con exactitud. No puedo arriesgarme a que me vean en un autobús con la pinta que tengo: con manchas de agua, cubierta de barro.

Doblo hacia West Side Highway y atravieso el sendero para peatones que corta de norte a sur por el parque amplio y bien cuidado que discurre paralelo al Hudson. Por ahí será más fácil evitar a la gente; nadie va a dar un paseo tan pronto por la mañana en un día lluvioso. En este momento, el agotamiento me

arde en los ojos y noto los pies como si fueran de plomo. Cada paso es una agonía.

Pero cada paso me acerca más a Julián y a la persona en que he prometido convertirme.

He visto en las noticias fotos de la casa de los Fineman y, una vez llego a la mañana de calles estrechas del West Village, tan diferente a la plantilla ordenada que define al resto de Manhattan —una elección sorprendente para Thomas Fineman—. No tardó mucho en dar con ella. La lluvia sigue cayendo, y mis zapatillas chapotean en la acera a cada paso que doy. La casa de los Fineman es inconfundible; es la más grande de la manzana y la única que está rodeada por un alto muro de piedra. Una verja de hierro, medio cubierta de hiedra parda, ofrece una vista parcial del sendero delantero y de un pequeño patio marrón, cubierto casi completamente de barro. Me paseo por la calle buscando señales de actividad en la casa, pero todas las ventanas están oscuras y, si hay guardias que vigilen a Julián deben estar dentro. Siento una oleada de placer al ver la pintada que alguien ha hecho en el muro de la casa: ASESINO. Raven llevaba razón: la Resistencia crece cada día.

Otra vuelta a la manzana y esta vez observo toda la calle, manteniendo la vista alta y buscando testigos, vecinos fisgones, problemas, rutas de escape. Aunque estoy empapada, agradezco la lluvia. Me facilitará las cosas. Al menos, mantiene a la gente fuera de las calles.

Me acerco a la verja de hierro de los Fineman, intentando ignorar la ansiedad que me recorre como un zumbido. Hay un teclado electrónico, justo como me dijo Julián: una diminuta pantalla me pide que teclee un código de acceso. Durante un instante, a pesar de la lluvia y del golpeteo desesperado de mi corazón en el pecho, no puedo evitar quedarme ahí, asombrada ante esa elegancia: un mundo de cosas hermosas y vibrantes, electricidad generosa y controles remotos, mientras la mitad del país lucha penosamente en la oscuridad y los espacios cerrados, entre el frío y calor, rebañando migajas de poder como los perros chupan cartilago de un hueso.

Por primera vez se me ocurre que esto, en realidad, puede haber sido el objetivo de los muros y las fronteras, de la intervención y las mentiras: convertirse en un puño que aprieta cada vez más. Es un mundo hermoso para la gente a la que le toca hacer de puño.

Siento que el odio se tensa en mi interior. Eso también me va a ayudar.

Julián comentó que su familia dejaba claves en la verja o alrededor para recordar el código.

No tardo mucho en deducir los tres primeros dígitos. En lo alto de la cerca hay una placa metálica grabada con una cita del *Manual de FSS*: «felicis son quienes tiene un lugar, sabios son quienes siguen el sendero, benditos son quienes obedecen la palabra».

Es un proverbio famoso, uno que procede, por cierto, del *Libro de Magdalena*, un pasaje del *Manual* que conozco bien. Magdalena es mi tocaya, así que solía leer esas páginas con detenimiento, buscando huellas de mi madre, de sus razones y de su mensaje para mí.

Libro 9, Proverbio 17. Tecleo 917 en el teclado: si tengo razón solo me falta un número. Estoy a punto de probar al azar cuando algo capta mi atención. Cuatro farolillos blancos de papel con el logo de la ASD ondean sobre el porche, agitándose con el viento, uno casi se ha soltado de la cuerda; cuelga de una manera rara, como una cabeza medio decapitada, y golpea rítmicamente en la puerta principal. Salvo por el logo de la ASD, las lamparitas parecen decoraciones típicas de una fiesta infantil de cumpleaños. Resultan extrañamente incongruentes coronado el enorme porche de piedra, meciéndose por encima del desolado patio.

Una señal. Tiene que serlo.

9174. la verja produce un chasquido cuando se deslizan los cerrojos.

Entro rápidamente en el patio delantero y cierro a mi espalda, tratando de absorber la mayor cantidad de información posible. Cinco pisos, incluido un sótano; las cortinas echadas, todo a oscuras. Ni siquiera me planteo entrar por la puerta principal. Estará cerrada con llave y, si hay guardias en alguna parte, sin duda estarán esperando en el recibidor. En vez de eso, me deslizo por el costado de la casa y encuentro unas escaleras de cemento que descienden hasta una puerta combada de madera: la entrada al sótano. Hay una ventanita en la pared de ladrillo, pero está tapada por unas pesadas persianas de madrea y no consigo ver el interior. Tendré que entrar a ciegas y rezar por que no haya guardias aquí.

Esta puerta también está cerrada, pero el pomo es viejo y esta suelto, así que debería resultar bastante fácil abrirlo... me pongo de rodillas y saco el cuchillo. Tack me mostro una vez como abrir cerrojos con la punta de una navaja, pero Hana y yo habíamos adquirido esa habilidad hacia años, porque sus padres guardaban todas las galletas y los dulces bajo llave en una despensa. Introduzco la punta del cuchillo en el resquicio entre la puerta y el marco. Tras unos instantes de forcejeo, noto que el cerrojo cede. Me guardo el cuchillo en el bolsillo de anorak. Ahora tendré que tenerlo a mano. Respiro hondo y entro con cautela en la casa.

Esta muy oscuro. Lo primero que noto es el olor: un olor a lavandería, a toallas con aroma a limón y sabanas pasadas por la secadora. Lo segundo que noto es el silencio. Me apoyo en la puerta y dejo que mis ojos se adapten a la oscuridad. Las formas comienzan a precisarse: una lavadora y una secadora en un rincón, un cuarto lleno de cuerdas de tender.

Me pregunto si aquí encerraron al hermano de Julián, si moriría en este lugar solo, hecho un ovillo en el suelo de cemento, bajo sabanas que goteaban con el olor a humedad llenándole la nariz.

Aparto rápidamente esa idea de mi mente. La ira sirve solo hasta cierto punto. Más allá, se convierte en cólera, y la cólera te hace descuidado.

Suelto un poco de aire. Aquí abajo no hay nadie, siento el silencio.

Atravieso la lavandería, pasando por debajo de varios pares de calzoncillos que están tendidos en una cuerda. Se me cruza velozmente por la mente la idea de que alguno de ellos podría ser de Julián.

Es absurdo como la mente intenta distraerse.

Pasando el cuarto de lavar hay un trastero lleno de productos de limpieza y, más allá, unas estrechas escaleras de madera que conducen a la planta baja. Las subo muy lentamente. Muchos de los peldaños están abombados y podrían hacer ruido.

En lo alto hay una puerta. Me detengo a escuchar. La casa está en silencio y me empieza a recorrer la piel un sentimiento de ansiedad creciente. Esto no está bien. Es demasiado fácil. Debería haber guardias y reguladores, algo más que este silencio de peso muerto, que cuelga insoportablemente como una manta gruesa.

Cuando abro la puerta con cuidado y salgo al vestíbulo, la constatación es como un golpe físico; ya se han ido todos. Llego demasiado tarde. Deben de haberse llevado a Julián esta mañana temprano y ahora la casa está vacía.

Aun así, me siento obligada a comprobar cada cuarto. Se está formando en mi interior una sensación de pánico: llego demasiado tarde, se ha ido, todo ha acabado, y lo único que puedo hacer para contenerla es seguir moviéndome, seguir avanzando sin hacer ruido por los suelos enmoquetados y buscar en cada armario, como si Julián pudiera estar en alguno de ellos.

Compruebo el salón, que huele a barniz. Los pesados cortinajes están cerrados. Lo que impide ver la calle. Hay una cocina immaculada y un comedor que parece que no se usa, un baño que huele de forma empalagosa a lavanda, y un pequeño cuarto de estar, presidido por la pantalla de televisión más grande que he visto en mi vida. Hay un estudio lleno de panfletos de la ASD y otros artículos de propaganda a favor de la cura. Más abajo, me encuentro una puerta cerrada con llave. Me acuerdo de lo que Julián me contó sobre el segundo estudio del señor Fineman. Este debe ser el cuarto de los libros prohibidos.

Arriba hay tres dormitorios. El primero está vacío, deshabitado, huele a cerrado. Me invade la certeza de que era la habitación del hermano de Julián y que ha permanecido cerrada desde su muerte.

Aspiro profundamente cuando llego al cuarto de Julián, sé que es el suyo. Huele a él. Aunque ha estado preso aquí, no hay señales de lucha. Hasta la cama está hecha, pero la colcha estirada de cualquier manera sobre las sábanas de rayas verdes y blancas.

Durante un instante siento un impulso de meterme en su cama y llorar, de envolverme con sus mantas como deje que me envolviera entre sus brazos en

Salvamento. Su armario está entreabierto; veo estanterías llenas de vaqueros desgastados y alegres camisas. La normalidad de todo esto casi acaba conmigo. Hasta en un mundo de revés, un mundo de guerra y locura, la gente cuelga su ropa, dobla sus pantalones, hace la cama.

Es la única forma.

La siguiente habitación es mucho más grande y está dominada por dos camas dobles, separadas por un espacio amplio: es el dormitorio principal. Me veo de repente en un enorme espejo colgado sobre una de las camas y doy un paso atrás. Hacía días que no veía mi reflejo. Tengo la cara pálida y la piel tirante sobre los pómulos. Mi barbilla está sucia de tierra, y mi ropa también. El pelo se me ha encrespado con la lluvia. Por mi aspecto, cualquiera diría que acabo de escaparme de un manicomio.

Rebusco entre la ropa de la señora Fineman y encuentro un suave jersey de cachemir y un par de vaqueros negros limpios. Me quedan grandes de la cintura, pero cuando me pongo un cinturón tengo un aspecto casi normal. Saco el cuchillo de la mochila y envuelvo la hoja en una camiseta para llevarlo sin peligro en el bolsillo del anorak. Hago un rebusco con el resto de mi ropa y la escondo en la parte de atrás del armario, detrás del zapatero. Miro la hora en el reloj en la mesilla. Las ocho y media de la mañana.

Al bajar, veo una estantería en un entrante del pasillo y la figurita de un gallo colocada en la balda superior. No sé explicar las sensaciones que me abruman ni por qué me importa, pero de repente necesito saber si Thomas Fineman ha seguido guardando ahí la llave del segundo estudio durante todos estos años. Es el tipo de hombre que haría eso, incluso después de que su hijo hubiera descubierto el escondrijo. Estoy segura de que consideró que la paliza había sido suficiente como elemento disuasorio. Es muy posible que dejara ahí la llave para ponerle a prueba y para provocarle, para que cada vez que Julián la viera, se acordara y lo lamentara.

La estantería no es particularmente grande, y la última balda no está muy alta. Julián podría llegar sin dificultad, pero yo tengo que subirme a un taburete para alcanzar la figurita. En cuanto tiro del animal de porcelana hacia mí, algo suena en su tripa. La cabeza del gallo se desenrosca y cae en mi mano una llave metálica.

Y en ese momento oigo un sonido amortiguado de pasos y alguien que dice «sí, sí, exacto». Se me para el corazón: es la voz de Thomas Fineman. En el extremo del pasillo, veo que el pomo de la puerta principal se mueve mientras Fineman gira una llave en la cerradura.

Instintivamente, bajo del taburete, aun con la llave en la mano, y voy corriendo a la puerta cerrada. Me lleva unos segundos meterla en la cerradura mientras oigo como se deslizan los cerrojos, primero uno y luego el otro. Me quedo inmóvil en el pasillo, aterrorizada, cuando la puerta principal se abre un

poco.

Luego, Fineman dice:

—Maldición.

Se detiene

—No, Mitch, no es por ti. Se me ha caído una cosa.

Debe estar hablando por teléfono. En el tiempo que le lleva hacer una pausa y recoger lo que se ha caído, consigo introducir la llave y me meto rápidamente en el estudio prohibido. Cierro una decima de segundo antes de que la puerta principal se cierre también, en una especie de doble latido.

Luego, las pisadas se acercan por el pasillo. Yo me alejo de la puerta como si Fineman pudiera olerme. El cuarto esta en penumbra y los pesados cortinajes de terciopelo de la ventana no están bien cerrados, lo que permite que penetre un hilo de luz gris. Torres de libros y dibujos se elevan hacia el techo en espiral como tótems retorcidos. Me tropiezo con una mesa y tengo que girarme. Atrapo en el último momento un pesado volumen encuadernado en cuero, antes de que caiga al suelo y haga ruido.

Fineman se detiene frente a la puerta del estudio y creo que voy a desmayarme. Me tiemblan las manos.

Ya no me acuerdo de si he devuelto a su sitio la cabeza del gallo.

Por favor, por favor, por favor sigue tu camino.

—Ajá —dice por teléfono. Su voz es precisa y fría, dura como el pedernal: no se parece en nada al acento arrastrando y optimista que usa cuando habla en entrevistas de radio y en los actos de la ASD—. Sí, exactamente. A las diez. Está decidido.

Otra pausa, y luego dice:

—Bueno, la verdad es que hay otra opción, ¿no? ¿Qué impresión daría si yo tratara de apelar?

Sus pasos se alejan escaleras arriba y yo suelto un poco de aire, aunque sigo demasiado asustada para moverme. Me aterroriza volver a tropezarme con algo y tirar alguno de los montones de libros. Me quedo petrificada, inmóvil, hasta que los pasos de Fineman se vuelven a ir bajando las escaleras.

—Lo tengo —dice. Y su voz se va haciendo más tenue—. Se va calle Dieciocho con Sexta. Centro Médico Noreste.

Luego, la puerta principal se abre y se vuelve a cerrar, y todo vuelve a quedar en silencio.

Espero algunos minutos más antes de moverme, solo para estar totalmente segura de que estoy sola, de que Fineman no va a regresar. Me sudan tanto las palmas que apenas puedo devolver el libro a su sitio. Es un volumen de gran formato, con letras doradas, que estaba colocado en una mesa junto a una docena de libros similares. Pienso que debe de ser una especie de enciclopedia hasta que veo grabadas en el lomo las palabras *Costa Este, Nueva York:*

terroristas, anarquista, disidentes.

De repente tengo la sensación de que me han dado un puñetazo en el estomago. Me agacho para leer los títulos con más calma. No son libros, sino registros: una lista numerada de los presos más peligrosos de los Estados Unidos, divididos por zonas y por sistemas penitenciario.

Debería irme. El tiempo se acaba y tengo que encontrar a Julián, aunque sea demasiado tarde para ayudarlo. Pero dentro de mi otro impulso igual de fuerte: el de encontrarla, ver su nombre. Necesito saber si está incluida en la lista, aunque sé que tiene que estar. Mi madre estuvo confinada durante doce años en el Pabellón Seis, un lugar de celdas de aislamiento reservadas exclusivamente para los miembros de la Resistencia y los agitadores políticos más peligrosos.

No sé por qué me importa. Mi madre escapó. Consiguió abrir un agujero hasta perforar el muro, escarbando y escarbando a lo largo de años, durante más de una década, como un animal. Y ahora está en algún sitio, libre. La he visto en mis sueños, corriendo por una parte de la Tierra Salvaje que es siempre verde, donde siempre hace sol y abunda la comida.

Aun así, tengo que ver su nombre.

No tardo en encontrar Costa Este, Maine Connecticut. La lista de los presos políticos que han estado encarcelados en las Criptas durante los últimos veinte años ocupa cincuenta páginas. Los nombres no están ordenados alfabéticamente, sino por fecha, este libro ha pasado por muchas manos. Tengo que acercarme a la ventana, hasta la fina grieta de luz, para leer. Me tiemblan las manos, así que apoyo el libro en una esquina del escritorio casi completamente oculta por más libros, títulos prohibidos de los tiempos anteriores a la cura. Estoy demasiado centrada en la lista de nombres —cada uno una persona, cada uno una vida oculta por muros de piedra— para que me importen o para mirar más de cerca. Solo me consuela un poco saber que algunas de estas personas habrán escapado tras el atentado de las Criptas.

Localizo sin dificultad el año en que se llevaron a mi madre, cuando cumplí seis años, cuando me dijeron que se había muerto. Es una sección de cinco o seis páginas, y contiene unos doscientos nombres.

Voy corriendo la página hacia abajo con el dedo, sintiéndome mareada sin razón. Sé que va a estar en el libro. Y sé que en este momento está a salvo. Pero aun así. Tengo que verlo; hay una parte de ella que existe en los desvaídos trazos de su nombre. Su vida fue tomada por ese trazo de pluma, y también la mía.

Y entonces lo veo. Se me queda el aliento atrapado en la garganta. Su nombre está escrito pulcramente, en una caligrafía amplia y elegante, como si quien tuviera el libro en aquel momento disfrutara con las amplias curvas de las *aes* y las *eles*: «Annabel Gilles Haloway. Las Criptas. Pabellón Seis. Celda de aislamiento. Agitadora nivel 8»

Junto a esas palabras figura su número. Está escrito con cuidado, nitidamente:

Mi visión se estrecha y en ese momento el número parece iluminado por un rayo enorme. Todo lo demás es negrura niebla. 5996... el descolorido número verde que tenía tatuado la mujer que me rescato de Salvamento, la mujer de la máscara.

Mi madre.

Ahora regresan mis impresiones de ella. Pero deshilvanadas, como piezas de un rompecabezas que no acaban de encajar. Su voz, grave, desesperada y algo más. ¿Quizás suplicante? La forma en que alargó la mano como para tocarme el rostro, antes de que yo la rechazara de un manotazo. La forma que repetía mi nombre, su altura. La recordaba alta, pero es bajita como yo, no debe medir más de un metro sesenta y dos. La última vez que la vi, yo tenía seis años. Cómo no iba a parecerme alta entonces.

Dos palabras me recorren ardientes y cada una es una mano caliente que me desgarran las entrañas: *imposible y madre*.

La culpa y la incredulidad me destrozan, me aflojan el estómago. No la reconocí. Siempre pensé que la reconocería. Me imaginaba que sería como la madre de mis recuerdos, de mis sueños: borrosa, castaña, risueña. Me imaginé que olería a jabón y a limones, que sus manos tendrían una suavidad de crema.

Ahora me doy cuenta de que era una tontería. Ha pasado más de una década en las Criptas, en una celda. Ha cambiado, se ha endurecido.

Cierro el libro de golpe, con rapidez, como si eso pudiera ayudarme, como si su nombre fuera un insecto que corriera entre las páginas y yo pudiera mandarlo de vuelta al pasado solo con aplastarlo. *Madre. Imposible*. Después de todo aquello, de esperar y desear y buscar, estuvimos tan cerca. Nos tocamos.

Y aun así, prefirió no decirme quien era. Aun así, prefirió marcharse.

Voy a vomitar. Camino sin ver. Dando tumbos por el pasillo. Salgo a la llovizna. No pienso, apenas puedo respirar. Solo cuando llego a la Sexta Avenida, a varias manzanas de distancia, el frío comienza a despejar la bruma de mi mente. En ese momento me doy cuenta de que sigo apretando la llave del estudio prohibido en una mano. Se me ha olvidado volver a cerrarlo. Ni siquiera estoy segura de haber cerrado la puerta principal al salir; igual la he dejado abierta de par en par.

Ya no importa. No importa nada. Llego demasiado tarde para ayudar a Julián. Llego demasiado tarde para hacer nada más que verle morir.

Los pies me llevan hacia la calle Dieciocho, donde Thomas Fineman va presenciando la ejecución de su hijo. Mientras camino con la cabeza baja, aferro el mango del cuchillo que llevo en el bolsillo del anorak.

Quizá no sea demasiado tarde para la venganza.

El Centro Médico Noreste es uno de los complejos de laboratorios más bonitos que he visto nunca, con fachada de piedra y balcones de hierro

decorados. Solo una discreta placa dorada encima de la puerta de madera indica que es una institución médica. Probablemente antaño fuera un banco o una oficina de correos, en aquellos días en que el gasto no estaba regulado, cuando la gente se comunicada libremente entre ciudades y fronteras. Tiene ese aire majestuoso e imponente. Claro que Julián Fineman no puede ser ejecutado entre mortales comunes, en uno de los pabellones municipales o en el ala hospitalaria de las Criptas. Solo lo mejor para los Fineman, hasta el mismo fin.

La llovizna por fin afloja un poco y me detengo en la esquina. Me meto en el portal de un edificio vecino y miro rápidamente el montón de tarjetas de identidad que robe a los carroñeros. Elijo a Sarah Beth Miller, una chica que se me parece mucho en edad y aspecto, y uso el cuchillo para hacer una muesca donde indica la altura, 1,72 metros, de forma que no se pueda leer bien. Luego emborrono el número de identificación que aparece bajo la foto. No cabe duda de que ese número ha sido inválido. Con toda probabilidad, Sarah Beth Miller está muerta.

Me aliso el pelo, rezando para tener un aspecto medio decente, y abro de un empujón la puerta principal del laboratorio.

Dentro hay una sala de espera decorada con gusto, con una lujosa moqueta verde y muebles de caoba. En la pared, un gran reloj, ostentosamente antiguo o fabricado para parecerlo, marca la hora sin hacer ruido. El péndulo oscila a intervalos rítmicos. Tras un amplio escritorio hay una enfermera sentada. Tras ella, una pequeña zona de oficina: una serie de archivadores metálicos, otro escritorio y una cafetera medio llena. Pero el reloj, los muebles caros y hasta el aroma a café recién hecho no pueden ocultar el olor a desinfectante de los laboratorios.

—¿Querías algo? —me pregunta la enfermera.

Camino directamente hasta él y pongo las manos en el mostrador, queriendo parecer segura de mí misma, serena.

—Necesito hablar con alguien —digo—. Es muy urgente.

—¿Tiene que ver con un tema médico? —pregunta. Tiene las uñas largas, bien limadas en forma redonda, y una cara que me recuerda a un bulldog, con los carrillos caídos y pesados.

—Sí. Bueno, no. Más o menos —me lo estoy inventado todo allí mismo. Frunce el ceño y yo vuelvo a intentarlo—. No es un tema médico mío. Tengo que informar —bajo la voz hasta que es solo un susurro—. Actividades no autorizadas. Creo... creo que mis vecinos se han contagiado.

Ella golpetea con las uñas en el mostrador.

—Lo mejor es presentar un informe oficial en comisaría. También puedes ir a cualquiera de las oficinas reguladoras municipales.

—No.

La interrumpo. Junto a mí hay un montón de hojas de asistencia, unidas con

un clip, y las enderezo mientras leo rápidamente la lista de médicos, pacientes, dolencias: « Problemas de insomnio/¡sueños!; estados de ánimo desregulados; gripe». Elijo un nombre al azar.

—Mire, tengo que hablar con el doctor Branshaw.

—¿Eres paciente suya?

Vuelve a golpear con las uñas. Está aburrida.

—El doctor Branshaw sabrá qué hacer. Estoy muy alterada. Tiene que comprenderlo. Vivo debajo de esa gente. Y mi hermana, es incurada. Estoy pensando también en ella, ¿sabe? ¿No hay algún tipo de, no sé, vacuna que se le pueda dar?

Suspira. Vuelve su atención a la pantalla del ordenador, teclea algo rápidamente.

—El doctor Branshaw tiene el día completo. Todos nuestros especialistas médicos tienen citas copadas. Un hecho extraordinario lo ha hecho necesario.

—Sí, lo sé. Julián Fineman. Lo sé todo.

Hago un gesto con la mano y me mira con el ceño fruncido. Sus ojos son cautelosos.

—¿Cómo te has enterado...?

—Está en todos los boletines de noticias —la interrumpo. Ahora ya me estoy metiendo en mi papel: hija rica y mimada de político, quizá de un miembro importante de la ASD. Una chica acostumbrada a salirse con la suya—. Bueno, ya me imagino que querían mantener todo el asunto en secreto. Que no quieren que aparezca la prensa en manada. No se preocupe, no dicen dónde es. Pero yo tengo amigos que tienen amigos y... Bueno, ya sabe cómo se difunden estas cosas.

Me inclino hacia delante colocando las dos manos en el escritorio, como si ella fuera mi mejor amiga y yo estuviera a punto de contarle un secreto.

—Personalmente, creo que es un poco tonto, ¿no? Si el doctor Branshaw le hubiera administrado la cura antes, la primera vez que vino aquí, un pequeño corte, un pequeño tijeatazo. Así es como funciona, ¿no? Todo esto se podría haber evitado.

Me echo hacia atrás.

—Y se lo voy a decir a él también, cuando le vea.

Rezo en silencio para que el doctor Branshaw sea un hombre. Es una apuesta bastante segura. La carrera de medicina es larga y dura, y lo que esta sociedad espera de las mujeres, por muy inteligentes que sean, es que dediquen su vida a cumplir con sus deberes de procreación y crianza de los hijos.

—Ese caso no le corresponde a él —replica la enfermera rápidamente—. No se le puede culpar.

Pongo los ojos en blanco como hacía Hana cuando Andrea Grengol comentaba algo particularmente tonto en clase.

—Claro que sí. Todo el mundo sabe que el doctor Branshaw es el médico de cabecera de Julián.

—El médico de cabecera de Julián es el doctor Hillebrand —me corrige.

Siento un rápido pulso de excitación, pero lo escondo con un resoplido desdeñoso.

—Lo que usted diga. ¿Va a avisar al doctor Branshaw o no? —me cruzo de brazos—. No me iré hasta haberle visto.

Me lanza una mirada de animal herido, de reproche, como si la hubiera pellizcado en la nariz. Estoy perturbando su mañana, la quietud rutinaria de sus horas.

—Tarjeta de identidad, por favor —dice.

Saco la tarjeta de Sarah Beth Miller del bolsillo y se la paso. El sonido del reloj parece haberse amplificado: el paso de los minutos suena muy fuerte y el aire de la sala vibra con él. Solo puedo centrarme en los segundos que acercan a Julián a la muerte. Me obligo a estar quieta mientras lo comprueba, frunciendo el ceño otra vez.

—No puedo leer este número —me dice.

—Se quedó dentro de la secadora el año pasado —comento sin darle importancia—. Mire, le agradecería mucho si pudiera simplemente avisar al doctor Branshaw. Si pudiera decirle que estoy aquí.

—Tendré que comprobarte en el SVS —dice. Ahora su expresión de infelicidad se ha hecho más profunda. Lanza una mirada compungida a la cafetera que hay a su espalda y distingo una revista medio oculta bajo un montón de expedientes. Sin duda está pensando que su pacífica mañana se ha evaporado. Se pone de pie. Es una mujer corpulenta. Los botones de su uniforme corren un gran peligro: apenas consiguen mantener la tela cerrada sobre sus pechos y su estómago—. Siéntate. Esto me va a llevar algunos minutos.

Asiento con la cabeza y ella camina balanceándose entre las filas de archivadores antes de desaparecer. Se abre una puerta y por un momento oigo el sonido de un teléfono y voces. Luego, la puerta se cierra y todo queda en silencio excepto el tictac del reloj. Al momento, abro de un empujón la puerta doble y entro.

La imagen de riqueza no llega hasta esta zona. Aquí, por fin, se ve el mismo revestimiento de linóleo apagado, las mismas paredes deslucidas de tantos laboratorios y hospitales. Justo a la izquierda hay otra puerta doble, marcada con un letrero de salida de emergencia; por un pequeño panel de cristal veo una escalera estrecha.

Avanzo rápido por el corredor. Mis zapatillas resuenan en el suelo. Voy mirando las puertas de los lados; casi todas están cerradas, pero algunas permanecen abiertas de par en par mostrando habitaciones vacías, oscuras.

Una doctora viene hacia mí mientras consulta un historial. Me observa con

curiosidad cuando paso, pero yo mantengo la mirada baja. Por suerte, no me para. Me froto las manos en la parte de atrás del pantalón. Me sudan.

El laboratorio es pequeño, y cuando llego al final del pasillo me doy cuenta de que tiene una distribución sencilla: un único corredor discurre a lo largo del edificio, y al final se accede a los otros seis pisos por un ascensor. No tengo más plan que encontrar a Julián, verle. No estoy segura de qué espero conseguir, pero el peso del cuchillo apretado contra mi estómago me reconforta como un secreto afilado.

Cojo el ascensor hasta la primera planta. Aquí hay más actividad: pitidos y conversaciones amortiguadas, médicos que entran y salen apresurados de las salas de consulta.

Me meto rápidamente en la puerta de la derecha, que resulta ser un baño. Respiro hondo, intento centrarme y calmarme.

Hay una bandeja en la parte de atrás de la estancia con un montón de vasos de plástico para muestras de orina. Cojo uno, lo lleno a medias de agua y vuelvo a salir al pasillo.

Dos técnicas están de pie junto a la puerta de una de las salas. Al acercarme se quedan calladas, aunque evito mirarlas a los ojos. Noto que me miran fijamente.

—¿Necesitas algo? —pregunta una cuando paso. Ambas parecen idénticas y por un momento pienso que son gemelas, pero es solo el efecto del pelo peinado hacia atrás, de los uniformes impolutos y de la misma mirada de indiferencia cínica.

Les enseño el vaso de plástico.

—Solo tengo que darle mi muestra al doctor Hillebrand —digo.

La enfermera se retira un poquito.

—La auxiliar del doctor Hillebrand está en la sexta planta —dice—. Se la puedes dejar a ella.

—Gracias —digo. Siento que sus ojos me siguen mientras continúo por el pasillo. El aire es seco, hace demasiado calor y me duele la garganta cada vez que intento tragar. Al final del pasillo veo una puerta de cristal. Al otro lado hay varios pacientes sentados en sillones, viendo la televisión, vestidos con camisones de papel blanco. Están atados de brazos y piernas a los asientos.

Entro por la puerta que da a la escalera. Con toda probabilidad, el doctor Hillebrand presidirá la muerte de Julián y, si su auxiliar está en la planta sexta, hay bastantes posibilidades de que sea ahí donde el médico lleva a cabo la mayor parte de su trabajo. Cuando llego a ese piso, me tiemblan las piernas y ya no sé si son los nervios, la falta de sueño o ambas cosas. Me deshago del vaso de plástico y me detengo un momento para recuperar el aliento. El sudor me va bajando por la espalda.

« Por favor », pienso sin dirigirme a nadie en particular. No estoy segura de lo

que estoy pidiendo exactamente. Una oportunidad de salvarle. Una oportunidad, incluso, de verle. Necesito que sepa que he venido por él.

Por favor.

En cuanto salgo de la escalera, me doy cuenta de que lo he encontrado. A unos quince metros más allá, en el pasillo, está Thomas Fineman de pie ante la puerta de una sala de consulta, de brazos cruzados, rodeado de guardaespaldas, hablando en voz baja con un médico y tres técnicos de laboratorio.

Dos, tres segundos. Solo dispongo de un momento hasta que se vuelvan, hasta que me vean y me pregunten qué hago aquí.

Desde donde estoy no puedo descifrar su conversación porque hablan prácticamente en susurros. Por un instante se me funde el corazón y sé que es demasiado tarde, que ya ha sucedido y que Julián está muerto.

Luego, el médico —¿será el doctor Hillebrand? —mira el reloj. Las siguientes palabras que pronuncia son más altas, imposiblemente altas, y atraviesan el espacio y el silencio como si las gritara.

—Es la hora —dice, y a medida que el grupo comienza a deshacerse, a mí se me acaba el tiempo. Me meto a toda velocidad por la primera puerta que veo. Es una pequeña sala que por suerte está vacía.

No sé qué hacer a continuación. El pánico se alza en mi pecho, Julián está aquí, a mi lado, pero es totalmente inalcanzable. Había al menos tres guardaespaldas con Thomas Fineman, y no me cabe duda de que habrá más dentro. Nunca conseguiré pasar.

Me apoyo en la puerta procurando centrarme, pensar. He acabado en una pequeña antecámara. En una pared hay una puerta que conduce a una sala más grande, de operaciones, donde se llevan a cabo las cirugías complejas y la intervención para curar los *delirios*.

El pequeño espacio está presidido por una mesa cubierta de papel: en ella hay batas apiladas y dobladas, y una bandeja de instrumental quirúrgico. El cuarto huele a lejía y parece idéntico a aquel donde me desvestí para mi evaluación hace casi un año, el día en que empezó todo, el día que me lanzó hacia delante como un cohete y me hizo aterrizar aquí, en este nuevo cuerpo, en este nuevo futuro. Durante un instante me siento mareada y tengo que cerrar los ojos. Cuando los abro, tengo la impresión de estar mirando dos espejos colocados cara a cara, de estar siendo propulsada del pasado al ahora y de vuelta hacia atrás. Los recuerdos comienzan a brotar, y se acumulan: el paseo hasta los laboratorios en el aire pegajoso de Portland, las gaviotas, la primera vez que vi a Álex, la oscura caverna de su boca mientras me miraba desde la plataforma de observación, riéndose.

Entonces me doy cuenta: la plataforma de observación. Álex me miraba desde una plataforma que discurría a lo largo de la sala de operaciones. Si este laboratorio tiene una distribución similar al de Portland, quizá pueda acceder a la

sala de Julián desde el séptimo piso.

Salgo con cautela al pasillo. Thomas Fineman ha desaparecido y solo queda un guardaespaldas. Por un momento me planteo probar suerte con él. El cuchillo está ahí, pesado, esperando, como una necesidad, pero luego el hombre vuelve los ojos en mi dirección. Son duros: no tienen color, son como dos piedras, y me hacen retroceder como si hubiera extendido el brazo por el corredor y me hubiera golpeado.

Antes de que pueda decirme nada, antes de que pueda identificar mi cara, doblo la esquina y salgo a la escalera.

El séptimo piso es oscuro y está más sucio que los demás. Reina el silencio: no hay conversaciones tras las puertas cerradas, no hay pitidos regulares de equipos médicos ni técnicos de laboratorio que recorran los pasillos haciendo ruido con sus zapatillas blancas. Todo está quieto, como si el aire no se moviera muy a menudo.

Por el pasillo de la derecha se extiende una serie de puertas. El corazón me da un salto al ver que en la primera pone PLATAFORMA DE OBSERVACIÓN A.

Recorro el corredor de puntillas. Obviamente, no hay nadie aquí arriba, pero el silencio me pone nerviosa. Hay algo siniestro en tanta puerta cerrada, en el aire pesado y caliente como una manta; tengo la sensación amenazadora de que alguien me observa, de que todas las puertas son bocas listas para abrirse y denunciar a gritos mi presencia.

La última está marcada como PLATAFORMA DE OBSERVACIÓN D. Me sudan tanto las manos que casi no puedo girar el pomo para abrirla. En el último momento saco el cuchillo del bolsillo del anorak, por si acaso, y desenvuelvo la camiseta de la señora Fineman para dejar la hoja al descubierto. Entro agachada por la puerta, agarrando el arma con tanta fuerza que me duelen los nudillos.

La plataforma es amplia y oscura, está vacía y tiene forma de ele. Se extiende a lo largo de dos paredes enteras de la sala de operaciones de abajo. Está recubierta de cristal y contiene cuatro filas escalonadas de asientos, todos los cuales miran al piso principal. Huele como un cine, a chicle y a tapicería húmeda.

Bajo las escaleras manteniendo el cuerpo agachado, agradecida porque las luces estén apagadas y porque el muro bajo de ladrillo que sustenta los paneles de cristal me mantenga oculta, al menos parcialmente, de la vista de quienes están abajo.

No tengo ni idea de qué hacer a continuación.

Las luces de la sala de operaciones son deslumbrantes. Hay una camilla de metal en el centro y un par de técnicos de laboratorio que circulan, ajustan el equipo y apartan cosas a un lado. Thomas Fineman y otros pocos hombres, los del pasillo, han sido trasladados a una sala adyacente, también separada por dos cristales. Aunque se han dispuesto sillas para ellos, están todos de pie. Trato de

imaginar en qué pensará Fineman. Me acuerdo brevemente de la madre de Julián. Me pregunto dónde estará.

No veo a Julián por ninguna parte.

Un destello de luz. Pienso: « Una explosión » , pienso: « Corre » , y todo en mí se hace un nudo apretado y despavorido, hasta que me doy cuenta de que en una esquina hay un hombre con una cámara y una identificación de prensa prendida en la corbata. Está tomando fotos del escenario. El resplandor del flash se refleja en las superficies metálicas pulidas y zigzaguea por las paredes.

Claro. Debería haber supuesto que los medios estarían invitados a tomar fotos. Deben dejar constancia del hecho y difundir la noticia para que tenga algún significado.

Se alza el odio y, con él, una ola alta, hinchada, de furia. Todos ellos se pueden ir al infierno.

Hay movimiento en una esquina, en la parte de la sala que queda oculta bajo la plataforma. Veo que Thomas Fineman y los otros se giran en esa dirección. Por detrás del cristal, Thomas se seca la frente con un pañuelo; es la primera señal de incomodidad que muestra. El cámara se gira también: flash, flash. Dos momentos de blanca luz cegadora.

Y entonces Julián entra en la sala. Está flanqueado por dos reguladores, aunque camina sin que le fuercen. Los sigue un hombre que lleva el alzacuello de los sacerdotes y sostiene delante del pecho una copia encuadernada en oro del *Manual de FSS*, como un talismán que le protegiera de todo lo sucio y horrible del mundo.

El odio es una cuerda que se tensa en torno a mi garganta.

Julián tiene las manos esposadas por delante. Lleva una americana azul oscuro y vaqueros planchados. Me pregunto si lo ha elegido él o si le han obligado a vestirse bien para su propia ejecución. Está de espaldas a mí, y le envío el deseo silencioso de que se vuelva y alce la vista. Necesito que sepa que estoy aquí, que no está solo. Alzo la mano sin pensar y la paso por el cristal. Querría hacerlo añicos, bajar de un salto y llevarme a Julián, pero el vidrio es grueso y posiblemente irrompible. Nunca funcionaría. No podríamos sacar más que unos pocos metros de ventaja, y luego habría una doble ejecución.

Pero quizá ya no importe. No me queda nada, no tengo nada a lo que regresar.

Los reguladores se han detenido en la mesa. Hay una breve conversación y oigo que Julián dice:

—Prefiero no tumbarme.

Su voz suena amortiguada y poco definida por el cristal, por la altura, pero su sonido me da ganas de gritar. Ahora todo mi cuerpo es un latido, una urgencia pulsante de hacer algo. Pero estoy inmóvil, pesada como una piedra.

Uno de los reguladores da un paso hacia adelante y le quita las esposas. Julián

se vuelve y puedo verle la cara. Se masajea las muñecas con una mueca de dolor. Casi al momento, el regulador le amarra la mano derecha a una de las patas de la mesa y lo empuja de forma que se ve obligado a sentarse. No ha mirado a su padre ni una sola vez.

En la esquina de la sala, el médico se lava las manos en un lavabo amplio. El agua que golpetea contra el metal suena demasiado fuerte. Hay un silencio excesivo. Parece mentira que las ejecuciones tengan lugar aquí, en medio de esta brillantez y este silencio. El médico se seca las manos y se pone unos guantes de látex.

El sacerdote se adelanta y comienza a leer. Su voz es un zumbido bajo, monótono, amortiguado por el cristal.

Y así Isaac creció y fue el orgullo de su padre anciano, y durante un tiempo fue un reflejo perfecto de la voluntad de Abraham...

Esta leyendo el *Libro de Abraham*. Por supuesto. En él, Dios ordena a Abraham que mate a su único hijo, Isaac, cuando este enferma de *deliria*. Y lo hace. Lleva a su hijo a una montaña y le clava un puñal en el pecho. Me pregunto si el señor Fineman habrá pedido que leyeran este pasaje. Obediencia a Dios, a la seguridad, al orden natural. Eso es lo que nos enseña el Libro de Abraham.

Pero cuando Abraham vio que su hijo ya no era limpio, pidió consejo en su corazón.

Me trago el nombre de Julián. Mirame.

El doctor y los dos técnicos de laboratorio se adelantan. El médico sostiene una jeringa. La prueba dándole un toquecito con un dedo, mientras uno de los técnicos le sube a Julián la manga de la camisa hasta el codo.

Justo en ese momento, se produce un alboroto abajo. Inmediatamente se propaga por la sala. Julián alza la cabeza de golpe; el médico se aparta de él y vuelve a colocar la jeringa en la bandeja metálica que lleva el técnico. Thomas Fineman se inclina hacia adelante con el ceño fruncido y le susurra algo aun guardaespaldas en el momento en que otro técnico irrumpe la sala. No distingo lo que dice. Lleva una mascarilla de papel. Y una bata de laboratorio demasiado grande. Veo que es una mujer por la trenza que se balancea a su espalda. Gesticula agitadamente.

Algo sucede.

Me inclinó para acercarme más al vidrio, intentando oír lo que dice. Una idea aletea en el fondo de mi mente, una idea que no puedo precisar. Hay algo familiar en esa mujer, en la forma en que mueve las manos haciendo grandes aspavientos mientras señala el pasillo al doctor. Él mueve la cabeza, se quita los guantes y los hace una bola que guarda en su bolsillo. Suelta una orden breve como un ladrido antes de salir de la sala de operaciones. Uno de los técnicos se escurre detrás de él.

Thomas Fineman se dirige a la puerta de acceso al laboratorio. Julián se ha puesto pálido e incluso desde mi posición me doy cuenta de que está sucediendo. Su voz es más aguda de lo normal, tensa.

—¿Qué pasa? —su voz llega hasta mí—. Que alguien me diga qué está pasando.

La técnica de la trenza se ha desplazado por la sala para abrirle la puerta a Thomas Fineman. Se mete una mano en el bolsillo de la bata cuando él irrumpe en la sala, con el rostro colorado.

La idea rompe como una ola y se alza sobre mí: la trenza, las manos, Raven. Y justo entonces se produce una única explosión, un chasquido y la boca de Thomas Fineman se abre sin control. Se tambalea hacia atrás y se desploma mientras rojos pétalos de sangre florecen en la parte delantera de su camisa.

Durante un momento, todo se detiene: Thomas Fineman, despatarrado en el suelo como una muñeca de trapo; Julián, pálido en la camilla; el periodista, con la cámara aún colocada; el sacerdote, en la esquina; los reguladores, junto a Julián, con las armas todavía en los cinturones; Raven, con una pistola.

Un destello.

El técnico de laboratorio, el de verdad, chillá.

Y todo es caos.

Más disparos que rebotan por toda la sala. Los reguladores gritan:

—¡Al suelo! ¡Al suelo!

Crac. Una gruesa bala se incrusta en el grueso cristal encima de mi cabeza, y desde ahí comienza a extenderse una red de fisuras. Es todo lo que necesitaba. Agarro una silla y la lanzo fuerte, en arco, rezando para que Julián haya agachado la cabeza.

El ruido es tremendo. Durante una fracción de segundo, todo está en silencio excepto la cascada de vidrio, una lluvia afilada. Luego salto sobre el murete de cemento y caigo al suelo del piso inferior. El cristal cruje bajo mis zapatillas y al aterrizar pierdo el equilibrio. Trato de recuperarlo apoyando una mano en el suelo. Al alzarla, esta manchada de sangre.

Raven es una mancha difusa en movimiento. Gira el cuerpo para escapar de un regulador, se vuelve hacia atrás y le golpea fuerte en la rodilla con el mango de la pistola. Cuando él se inclina hacia adelante, Raven le pone un pie en la espalda y empuja; se oye un chasquido cuando la cabeza choca con el lavabo de metal. Se vuelve hacia el cuarto donde están los guardaespaldas de Fineman e inserta un bisturí en el agujero de la cerradura para inutilizarla. Por si acaso, coloca una bandeja de metal con ruedas como una cuña en la puerta. Cuando los reguladores le dan empujones a la puerta, gritando, el instrumento quirúrgico sale despedido en todas direcciones y la bandeja se inclina algunos centímetros, pero la puerta resiste, al menos por el momento.

Estoy a tres metros de Julián. Gritos, disparos y el aullido de una alarma

estridente; luego, dos metros y cuando por fin llego a su lado, le agarro de los brazos, de los hombros. Solo quiero sentirle, asegurarme de que es real.

—¡Lena!

Estaba forcejeando con las esposas que mantienen una de sus muñecas unida a la camilla, intentando abrirla. Ahora alza la vista, los ojos brillantes, relucientes, azules como el cielo.

—¿Qué haces tú...?

—No hay tiempo —le digo—. Quédate agachado.

Corro hacia el regulador que aún esta caído junto a los lavabos. A duras penas soy consciente de los gritos, de que Raven sigue dando vueltas esquivando golpes —desde lejos parece que baila— y de las explosiones amortiguadas. No veo al periodista; debe de haber huido.

El regulador esta casi inconsciente. Me arrodillo y le quito el cinturón rápidamente; luego cojo las llaves y regreso a la camilla. Tengo la palma derecha ensangrentada, pero casi no siento el dolor. Hago dos intentos antes de lograr introducir la llave en el cierre de las esposas; por fin lo consigo y Julián extiende el brazo, ya libre de la camilla, y me atrae hacia sí.

—Has venido —dice.

—Claro.

Raven se acerca a nosotros.

—¡Hora de irse!

Ha pasado un minuto, quizá menos. Thomas Fineman está muerto y la sala es un caos, pero estamos libres. Atravesamos la antesala corriendo justo cuando se oyó un estruendo metálico estremecedor y gritos cada vez más altos: los guardaespaldas habrán conseguido escapar. Luego salimos al pasillo, donde resuenan las alarmas, y escuchamos un ruido de pasos por la escalera.

Raven vuelve la cabeza hacia la derecha, hacia una puerta donde pone: ACCESO A LA TERRAZA, SOLO PARA EMERGENCIAS. Nos movemos rápidamente en silencio, tensos, hacia la puerta que lleva a la salida de incendios. Luego bajamos a toda velocidad por la escalera metálica, en fila india, hacia la calle. Raven se quita su enorme bata de laboratorio y la mascarilla de papel, hace una bola con todo y se lo coloca bajo el brazo. Me pregunto dónde lo habrá conseguido hasta que me acuerdo de la mujer corpulenta de la recepción, aquella cuyos pechos casi hacían estallar la bata.

—Por aquí —indica brevemente Raven en cuanto llegamos abajo. Cuando vuelve la cabeza, veo que tiene cortes en la mejilla y en el cuello; las esquirlas de cristal deben de haberle pasado rozando.

Acabamos en un pequeño patio sucio, dominado por un juego de muebles de jardín oxidados y alfombrados por un trozo de áspera hierba parda. Lo bordea una valla de tela metálica de poca altura, que Raven salta sin dificultad. A mí me cuesta un poco más y Julián, que va detrás de mí, tiene que ayudarme a recobrar

el equilibrio. Ha empezado a dolerme la mano y la tela metálica esta resbaladiza. La lluvia arrecia.

En el lado opuesto de la valla hay otro patio diminuto, casi idéntico al anterior, y otro desolado edificio marrón. Raven se lanza directa hacia la puerta, que se mantiene abierta por un ladrillo. Entramos en un pasillo oscuro lleno de puertas cerradas con placas doradas. Durante un momento me entra el pánico; pienso que hemos acabado volviendo a los laboratorios. Pero salimos a un amplio vestíbulo, también a oscuras, decorado con varias plantas falsas y letreros que indican el camino a las oficinas de Edward Wu y Metropolitan Vision Associates. Una puerta giratoria nos ofrece una visión borrosa de la calle: gente que pasa con paraguas, empujándose unos a otros.

Raven se dirige directamente a la salida, deteniéndose solo lo suficiente para recoger una mochila que habrá dejado antes detrás de una de las macetas. Se vuelve y nos lanza un paraguas a cada uno. Se pone un impermeable amarillo y se coloca la capucha. La ata de forma que los cortes en la cara queden ocultos.

Luego salimos a la calle y nos mezclamos con el flujo de gente que viene o va a algún sitio, entre la muchedumbre sin rostro, en una masa de cuerpos en movimiento. Nunca me he sentido más agradecida por el tamaño de Manhattan, por su apetito. Nos sumergimos en sus calles y ellas nos tragan, nos convertimos en cualquiera y en nadie: una mujer con un poncho amarillo, una chica bajita con un anorak rojo, un chico con la cara oculta por un paraguas enorme.

Giramos a la derecha en la Octava Avenida, luego a la izquierda en la calle Veinticuatro. Para entonces hemos escapado de la multitud: las calles están vacías; los edificios ciegos; las cortinas, corridas, y los postigos, cerrados contra la lluvia. Por encima de nuestras cabezas, la luz parpadea detrás de las finas persianas de los cuartos que se vuelven hacia adentro, de espaldas a la calle. Avanzamos inadvertidos, invisibles, por el mundo gris y acuoso las alcantarillas rebosan y se forman remolinos con basura, trozos de papel y colillas. He soltado la mano de Julián, pero camina a mi lado adaptando su zancada al ritmo de mi paso, de forma que casi nos tocamos.

Llegamos a un aparcamiento vacío, excepto por un furgón blanco que reconozco: es el que la Resistencia ha camuflado para hacerlo pasar por un vehículo de CRAP. Me acuerdo otra vez de mi madre, pero no es momento de preguntarle a Raven por ella. Abre las puertas traseras y se quita la capucha.

—Adentro —dice.

Julián vacila durante un minuto. Veo que sus ojos patinan sobre las palabras.

—Todo va bien —digo y subo a la parte de atrás. Me siento con las piernas cruzadas en el suelo sucio. Él me sigue. Raven asiente y cierra la puerta. Oigo que se monta en el asiento del copiloto. Luego hay silencio. Solo se oye la lluvia que golpea el fino techo de metal. Su ritmo produce una vibración en todo mi cuerpo. Hace frío.

—¿Qué...? —pregunta Julián, pero le hago callar. Aun no estamos fuera de peligro, no del todo, y no voy a relajarme hasta que hayamos salido de la ciudad. Uso el anorak para limpiarme la sangre de la mano, hago un fruncido con el dobladillo y presiono.

Oímos unos pasos fuertes, el ruido de la puerta del conductor al abrirse y la voz de Tack un gruñido.

—¿Los tienes?

La respuesta de Raven:

—¿Estaría aquí de no ser así?

—Estás sangrando.

—Es solo un rasguño.

—Vámonos, entonces.

El motor se pone en marcha con un rugido, y de repente podría gritar de alegría. Raven y Tackhan vuelto y discuten como han hecho y seguirán haciendo siempre. Han vuelto por mí y ahora nos iremos al norte. Volvemos a estar del mismo lado. Volvemos a la tierra salvaje y veré de nuevo a Hunter, a Sara y a Lu.

Nos enroscaremos como un helecho que se dobla para protegerse de la helada y dejaremos a la Resistencia con sus armas y sus planes, a los carroñeros con sus túneles, a la ASD con sus curas y al mundo entero con su enfermedad y su ceguera. Dejaremos que caiga en la destrucción. Nosotros estaremos a salvo, protegidos bajo los árboles, haciendo nidos como los pájaros.

Y tengo a Julián. Le he encontrado y él me ha seguido. En la penumbra extendiendo el brazo, sin hablar, y encuentro sus manos. Entrelazamos los dedos y, aunque no diga nada, siento la calidez y la energía que pasan del uno al otro, un diálogo mudo. « Gracias », dice él, y yo respondo: « Estoy muy contenta, estoy tan contenta, necesitaba que tú estuvieras a salvo » .

Espero que lo comprenda.

Hace veinticuatro horas que estoy despierta y, a pesar de las sacudidas del vehículo y del ruido atronador de la lluvia, acabo por quedarme dormida. Me despierta Julián llamándome suavemente, mi cabeza descansa en su regazo y aspiro el olor de sus vaqueros. Me incorporo rápidamente, avergonzada, frotándome los ojos.

—Nos hemos detenido —indica, aunque es obvio. La lluvia se ha reducido a un suave golpeteo. Las puertas del furgón dan un portazo; Raven y Tack rien a carcajadas, en voz alta llenos de alegría. Nos hemos tenido que alejar bastante de la frontera.

Las puertas traseras se abren y ahí está ella con una sonrisa de oreja a oreja, delante de Tack, que está de brazos cruzados, muy satisfecho consigo mismo. Reconozco la vieja nave por el suelo agrietado del aparcamiento y por la forma de la letrina exterior.

Raven me ofrece la mano y me ayuda a bajar. Me agarra fuerte.

—¿Cuál es la palabra mágica? —dice en cuanto mis pies tocan el suelo. Esta relajada, sonriente y feliz.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto. Quiere que le dé las gracias, pero no lo hago. No hay necesidad. Me da un abrazo antes de soltarme y sé que entiende lo agradecida que estoy.

—Solo había un sitio donde pudieras estar —señala a Julián con los ojos antes de volver a mirarme, y siento que es su forma de hacer las paces conmigo y de admitir que estaba equivocada.

Julián también se ha bajado de la furgoneta y mira a su alrededor, con los ojos y la boca abiertos de par en par. Sigue teniendo el pelo mojado y se le ha empezado a rizar un poco por las puntas.

—Está bien —le digo. Alargo el brazo y le cojo la mano. La alegría vuelve a recorrerme. Aquí está bien cogerse de la mano, acurrucarse juntos para darse calor, acoplarse por la noche como estatuas diseñadas para encajar una al lado de la otra.

—¡Venga! —Tack camina hacia tras, dando saltitos, hacia la nave—. Estamos acabando de preparar el equipaje y nos vamos. Ya hemos perdido un día. Hunter nos estará esperando con los otros en Connecticut.

Raven sube un poco más la mochila y me hace un guiño.

—Ya sabes cómo es Hunter cuando esta de mal humor —dice—. Más vale que nos pongamos en marcha.

Noto la confusión de Julián: el tamborileo del diálogo, los nombres desconocidos, la cercanía de los árboles, descuidados y sin podar; todo eso debe de ser abrumador. Pero yo se lo enseñaré y a él le encantará. Aprenderá y amará, y le encantará aprender. Las palabras discurren por mi interior como un río, serenas, hermosas. Ahora hay tiempo absolutamente para todo.

—¡Esperad!

Salgo corriendo tras Raven, que ya ha echado a andar detrás de Tack. Julián se queda atrás. Mantengo la voz baja para que no me oiga.

—¿Tú... lo sabías? —pregunto tragando saliva. Me noto sin aliento, aunque he corrido menos de ocho metros. Lo de mi madre, quiero decir.

Raven me mira confundida.

—¿Tú madre?

—Chist.

Por alguna razón, no quiero que Julián se entere, es demasiado, demasiado profundo, demasiado pronto. Ella niega con la cabeza.

—La mujer que vino por mí en Salvamento —insisto a pesar de la mirada de total confusión de Raven—. Tiene un tatuaje en el cuello: 5996. Ese era el número de presa de mi madre en las Criptas —trago saliva—. Era mi madre.

Ella extiende los dedos como para tocarme el hombro: luego se lo piensa y

deja caer la mano.

—Lo siento, Lena. No tenía ni idea.

Su voz es inusualmente tierna.

—Tengo que hablar con ella antes de que nos vayamos —le pido—. Hay... hay cosas que tengo que decirle.

La verdad es que tan solo hay una cosa que quiero decirle, y pensar en ella hace que el corazón se me acelere. *¿Por qué, por qué, por qué? ¿Por qué dejaste que te llevaran? ¿Por qué permitiste que pensara que habías muerto? ¿Por qué no volviste por mí? ¿Por qué no me amaste más?*

Una vez que permites que la palabra se introduzca, una vez que permites que arraigue. Se extiende como el moho por todos los rincones y lugares oscuros. Con ella aparecen las preguntas y los miedos temblorosos, escindidos, suficientes para mantenerme siempre despierta. La ASD tiene razón sobre eso, al menos.

Raven junta las cejas.

—Se ha ido, Lena.

Se me seca la boca.

—¿Qué quieres decir?

Ella se encoge de hombros.

—Se ha ido esta mañana con algunos otros. Tiene una posición superior a la mía. No sé adonde se dirigían. No debo preguntar.

—Entonces... ¿entonces ella pertenece a la Resistencia? —pregunto, aunque está claro.

Asiente con la cabeza.

—Es de las que mandan —dice suavemente, como si eso lo compensara todo. Abre las manos—. No sé más.

Aparto la vista mordiéndome el labio. Hacia el sur, las nubes se abren como la lana. Se desenredan lentamente, mostrándome fragmentos de cielo desnudo.

—Durante la mayor parte de mi vida, he creído que estaba muerta —murmuro. No sé por qué se lo cuento ni que va a cambiar por decirselo.

Entonces ella me roza el codo.

—Anoche llegó alguien de Portland, un fugitivo. Se escapó de las Criptas después del atentado. No ha contado mucho. No ha dicho siquiera su nombre. No estoy segura de qué le harían allí dentro, pero... —Raven se interrumpe—. Bueno, quizás sepa algo de tu madre. Sobre el tiempo que paso allí. Por lo menos.

—Vale —digo. La desilusión me hace torpe. Apagada. No quiero contarle a Raven que a mi madre la mantuvieron en una celda de aislamiento todo el tiempo que estuvo en la cárcel. Además, no me hace falta saber cómo era en aquella época. Quiero conocerla ahora.

—Lo siento —repite Raven, y me doy cuenta de que lo dice de verdad—. Pero al menos sabes que está libre. ¿No? Está libre y a salvo —sonríe brevemente—. Como tú.

—Sí —lleva razón, claro. La desilusión se aligera un poco. Libres y a salvo Julián, Raven, Tack, mi madre y yo. Todos vamos a estar bien.

—Voy a ver si Tack necesita ayuda —declara Raven, otra vez con tono práctico—. Nos vamos esta noche.

Asiento con la cabeza a pesar de todo lo sucedido, me gusta hablar con ella y verla de esta forma, preparada para partir, así es como debería ser. Entra en la nave y yo me quedo un momento con los ojos cerrados, aspirando el aire frío: olores a tierra húmeda y a corteza de árbol mojada; un aroma húmedo a renacimiento. Nos va a ir bien. Y algún día volveré a encontrar a mi madre.

—¿Lena? —la voz de Julián suena suavemente a mis espaldas. Me vuelvo. Está de pie junto a la furgoneta, con las manos caídas a los costados como si le diera miedo moverse por este nuevo mundo—. ¿Estás bien?

Al verle aquí, junto a los árboles que se extienden tupidos a nuestro alrededor y las nubes que se retiran, la alegría me llena una vez más. Me acerco corriendo, sin pensar, y me lanzo a sus brazos con tanta fuerza que casi se cae de espaldas.

—Sí —digo—. Estoy bien, estamos bien —me rio—. Todo va a ir bien.

—Tú me has salvado —susurra. Siento su boca contra mi frente. El tacto de sus labios hace que el calor baile en mi interior—. No podía creerlo, nunca pensé que vendrías.

—Tenía que hacerlo. —Me aparto para poder mirarlo a los ojos, manteniendo los brazos en torno a su cintura. Él apoya las manos en mi espalda. Aunque he pasado mucho tiempo en la Tierra Salvaje, me sorprende una vez más lo prodigioso que es estar con alguien. Nadie puede decirnos que no. Nadie puede detenernos. Nos hemos elegido el uno al otro y el resto del mundo se puede ir a la mierda.

Él alza una mano y me aparta un mechón de pelo de los ojos.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunta.

—Lo que nosotros queramos —respondo. La alegría es una descarga. Podría elevarme con ella y ascender hasta el cielo.

—¿Cualquier cosa?

Su sonrisa se extiende lentamente desde la boca hasta los ojos.

Los dos nos movemos al mismo tiempo y nuestros labios se encuentran. Al principio es torpe. Su nariz me golpea los labios y mi barbilla choca con la suya. Pero él sonríe y nos tomamos nuestro tiempo hasta que encontramos el ritmo del otro.

Paso mis labios lentamente por los suyos, exploro su lengua suavemente con la mía. Él me acaricia el pelo. Aspiro el olor de su piel; huele fresco y también a bosque, a jabón y a árboles perennes, todo mezclado.

Nos besamos despacio, delicadamente, porque ahora disponemos de todo el tiempo del mundo, tenemos todo el tiempo y el espacio para conocernos en libertad, y para besarnos cuanto queramos. Mi vida comienza de nuevo.

Julían se aparta de mí. Recorre mi mandíbula con un dedo.

—Creo que me los has pasado —dice, casi sin aliento—. Los...

—Amor —digo, y le aprieto la cintura—. Dilo.

Duda un momento;

—Amor —dice, probando la palabra. Luego sonrío—. Creo que me gusta.

—Te va a encantar. Confía en mí.

Me pongo de puntillas y me besa la nariz; luego me roza los labios hasta llegar a los pómulos, pasa junto al oído y deposita pequeños besos en mi coronilla.

—Prométeme que estaremos juntos, ¿vale? —sus ojos vuelven a tener el azul claro de una piscina totalmente transparente. Son ojos en los que nadar, en los que flotar para siempre—. Tú y yo.

—Te lo prometo —respondo. A nuestras espaldas, se entreabre la puerta y me vuelvo esperando que sea Raven. En ese momento, una voz corta el aire.

—No la creas.

El mundo entero se cierra a mí alrededor como un parpado por un momento, todo se vuelve oscuro.

Me caigo. Tengo los oídos llenos de ruido; una fuerza ha tirado de mí para meterme en un túnel, en un lugar de caos y de presión. Mi cabeza está a punto de estallar.

Ha cambiado. Esta mucho más delgado y tiene una cicatriz que baja desde la ceja hasta la mandíbula. En el cuello, justo detrás del oído izquierdo, un pequeño número tatuado se curva en torno a la cicatriz de tres puntas que me llevó a creer, durante mucho tiempo, que se había curado. Sus ojos, que antes tenía un tono dulce como caramelo fundido, como almíbar, se han endurecido. Ahora son fríos, impenetrables.

Solo su pelo sigue siendo del mismo color, esa corona castaña, rojiza, como hojas de otoño.

Imposible. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir: el muchacho de un sueño, el de otra vida. Un chico que ha regresado de la muerte.

Álex.



LAUREN OLIVER proviene de una familia de escritores en la que pasarse horas delante del ordenador es algo habitual. Empezó a escribir siendo una niña y afirma que cuando terminaba una historia le apremiaba el deseo de iniciar una secuela para no desprenderse de los personajes que había creado su imaginación.

Estudió Literatura y Filosofía en la Universidad de Chicago y completó sus estudios con un master en Bellas Artes en la Universidad de Nueva York. Luego trabajó como asistente editorial en la ciudad de los rascacielos, donde continúa viviendo en el barrio de Brooklyn.

Sus aficiones son muy variadas. Además de escribir constantemente, le gusta leer, dibujar, cocinar, viajar, bailar y cantar sus canciones favoritas. Se considera curiosa por naturaleza y disfruta probando cosas nuevas. Entre sus autores preferidos se encuentran Henry James, Edith Wharton, Gabriel García Márquez, C. S. Lewis y Roald Dahl.

Sus obras más conocidas son la trilogía *Delirium* y *Si no despierto*, que será adaptada al cine.